

✓ 52. b. 13



Rick Ford





POESIAS

SELECTAS CASTELLANAS:

SEGUNDA PARTE.

MUSA ÉPICA:

6

**COLECCION DE LOS TROZOS MEJORES DE NUESTROS
POEMAS HEROICOS.**

RECOGIDOS Y ORDENADOS

POR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

52 b 13
TOMO II.

**MADRID 1853:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.**



F R A G M E N T O S

DEL BERNARDO.

NOTICIAS DE BALBUENA.

El doctor don Bernardo de Balbuena nació en la villa de Valdepeñas, provincia de la Mancha, año de 1568, de Gregorio de Villanueva y Luisa de Balbuena, hijosdalgo de aquel pueblo. No se sabe donde empezó su carrera escolástica, ni quienes fueron sus maestros; pero si consta, que era todavía muy jóven cuando pasó á Nueva España, y que acabó y perfeccionó sus estudios siendo individuo de uno de los colegios de Méjico. Allí se señaló muy pronto por su aplicación, por su saber, y por el talento que tenía para la poesía, llevándose ordinariamente los premios en las justas poéticas que se celebraban con frecuencia. Por los años de 1608 vino á España, se graduó de doctor de teología en Sigüenza y obtuvo la abadía mayor de la isla de Jamaica, de donde fue promovido á la silla episcopal de Puerto-rico en 1620. En esta isla falleció siete años después, teniendo de edad cincuenta y nueve, y sus huesos fueron sepultados en la capilla de san Bernardo, que él había fundado en aquella catedral.

Las obras que de él se conocen son las siguientes: 1.^a *La Grandeza Mejicana* publicada en Méjico en 1609, y se reduce á una descripción poética en tercetos de la población, riqueza, industria y poder de aquella capital: 2.^a *El siglo de oro*, novela pastoral en prosa y verso, donde insertó doce églogas imitando á Teocrito, Virgilio y Sanazaro, impresa en Madrid año de 1608. Estas dos obras se han reimpresso en Madrid por la real Academia Española, y de la primera ha hecho también una edición pequeña el editor de esta colección. 3.^a *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, poema heróico en veinte y cuatro libros, dado á luz en Madrid en 1624, y reimpresso por Sancha en 1808. Otras obras compuso, segun parece, entre ellas una *Cristiada*, *La alteza de Laura*, un *Arte nuevo de poesía*, y una *Cosmografía universal* que no se han impreso, y acaso se perdieron, cuando los holandeses invadieron á Puerto-rico y robaron la librería de nuestro poeta.

Noticia sacada de la que el Colector puso en la colección del Bernardo de 1808.

EL BERNARDO.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Invocacion y proposicion. - Dedicacion al conde de Lemos. - Primera hazaña de Bernardo contada por don Teudonio al conde de Saldaña en las prisiones del castillo de Luna.

Cuéntame, oh musa, tú, el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra,
Cuando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra :
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña
De defender su invicta tierra España!

Allí, donde de un grave desafio,
El trágico suceso lastimoso,
A los pies de un leónés, el cuerpo frío
Del francés, arrojó, mas orgulloso.
Tú de esta fuente caudaloso río,
De su real sucesión fruto precioso,
Por quien la fama ya promete á Castro
Láminas de oro, y bultos de alabastro:

Mientras que de Austria el sucesor divino ,
 Por honra á su diadema soberana,
 A su diestra el asiento mas vecino ,
 Cual mereces en dártele se ufana;
 Y el nuevo mundo, de gozarte indigno ,
 En voz te adora y en librea humana ,
 Y tu sangre heredada de mil reyes ,
 Honor le envia , y moderadas leyes;

Muestra aquí tu valor , que si allanares
 Del Parnaso á mi voz las agrias cuestas ,
 Las alas que en mis hombros levantares ,
 Te dejaré en tu heróico templo puestas :
 Estéñese Apolo y Baco en sus altares ,
 Éste dando furor , y aquel respuestas ,
 Que tú , que en majestad al mundo sobras ,
 Con tus grandezas honrarás mis obras .

Donde en el mar cantábrico se acaba
 La rica Europa , y en su golfo helado ,
 Las fértiles arenas ciñe y lava
 Al inculto español nunca domado ;
 Un pequeño rincón solo quedaba ,
 Que al bárbaro furor había sobrado ,
 Y en él el casto Alfonso recogido ,
 De estrecho y breve término ceñido .

Aquí se conservaba antigamente ,
 Como en el duro pedernal guardada ,
 La santa luz de una centella ardiente ,
 Jamas del infernal hielo apagada :
 Aquella ilustre y belicosa gente
 De la fortuna hija regalada ,
 Corona universal , cetro fecundo ,
 De honor á España y de gobierno al mundo .

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,
 Y hubo en Saldaña un conde valeroso,
 Ella Venus en gala cortesana,
 Y él en braveza un Marte belicoso:
 Y ambos de la nobleza castellana
 La fuente de caudal mas abundoso,
 En quien mostraron su poder á una
 Los tiempos, el amor y la fortuna.

El tiempo les dió en gracia y gentileza
 Colmada á sus deseos la medida,
 Y del pródigo amor la ancha largueza
 Todo el vivo placer con que convida:
 Solo de la fortuna la tibieza
 Su gloria dejó en llanto convertida,
 Con que sus gustos vueltos en dolores
 Tuvieron mas de amargo que de amores.

Sobre tres quintos lustros daba el cuarto
 De su curso infeliz la mayor parte,
 Que de gustos ayuno, y penas harto,
 La honra y la fama de Saldaña y Marte,
 En el mas solo y encubierto cuarto,
 En que un torreado alcazar se reparte,
 Vivia en su cadena y prisión fuerte,
 Si es la vida en prisión vida y no muerte.

Guardaba el mundo tan oculto al conde,
 Que ya los vivos le tenian por muerto,
 Y si está preso, nadie sabe donde,
 Que el rey por mas seguro lo ha encubierto;
 Y siempre á un desdichado corresponde
 Olvido general, favor incierto,
 Que la fortuna al trastornar su esfera,
 Ninguna gloria antigua deja entera.

Asi en larga cadena aherrojado,
 El preso conde sin vivir vivia,
 Cuando un hombre de nuevo aprisionado
 Su tristeza aumentó, y su compañia :
 De aspecto asable, rostro autorizado,
 De discrecion un centro y cortesía ,
 Que son las partes que con fiesta doble
 El lustre muestran de la sangre noble.

Ceñido en torno de un doblado muro
 En la Mota de Luna un cuarto habia,
 Que un ciego caracol por mas seguro
 A sus lóbregos senos descendia:
 Secreta estancia , calabozo oscuro ,
 Donde jamas llegó la luz del dia ,
 Y tal que al delinciente mas amigo
 De carcel le servia y de castigo.

A esta bajó Teudonio por mas fuerte ,
 Que así el honrado preso se llamaba ,
 Y al aflagido conde allí la muerte
 Por sobrarle la vida le faltaba :
 Llegó el huesped , y tuvo á feliz suerte ,
 Aunque en la ciega sepultura entraba ,
 Ver otro muerto allí , que todavía
 Consuela en la afliccion la compañía.

Diéronse en cortés trueco asablemente
 El pésame y la bien venida á una ,
 Doliéndose cada uno del presente
 Daño que al otro ha hecho la fortuna :
 El conde , como aquel que ha estado ausente
 Del cielo , el claro sol , y errante luna ,
 Tantos años cerrado en el profundo ,
 Podíase ya contar por de otro mundo .

Y deseando saber qué nuevo estado
 Las cosas alcanzaban de la tierra,
 Quién gobernaba el reino, á cuál cuidado
 La dulce paz está, y á cuál la guerra;
 Dejando su valor disimulado,
 Que quien luego lo dice todo yerra,
 Así con un fingido regocijo,
 Afable, vuelto á don Teudonio, dijo:

"Señor, aunque en mis culpas he aprendido
 Que jamas el castigo faltó en ellas,
 Sé tambien que no siempre un afillido
 Padece y sufre agravios por tenellas;
 Que el tiempo muchas veces compelido
 Del contrario rigor de las estrellas
 Trocarse vemos, y enviar al suelo,
 En vez de alegre sol, borrasca y hielo.

Y ahora vuestra presencia resplandece
 Aun entre estas tinieblas de tal modo,
 Que en su compuesta gravedad parece
 Retrato singular del valor godo.
 Yo, señor, soy un hombre en quien fenece
 De mi principio y fin el nombre todo;
 No tengo mas valor, ni mas estado,
 Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.

No os quiero ya informar de mi derecho,
 Que en la carcel no hay preso con delito,
 Todos estan sin culpa, y sin provecho
 Es dorar á la culpa el sobrescrito:
 Solo os ruego, señor, si á un noble pecho
 Amor con sola ceremonia y rito
 Puede obligar, conozca ahora el vuestro,
 Que le deseo servir en mas que muestro.

Y en recambio me deis de vuestras cosas
 La parte que sin riesgo os pareciere,
 Seguro que en las tristes ó dichosas,
 Mi gusto os seguirá como pudiere:
 Mas, si estas son demandas peligrosas,
 Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,
 Contadme en trueco, porque así se ahorren,
 En el mundo qué mundo y tiempos corren.

¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?
 ¿Qué guerras hay de nuevo? ¿qué dictados?
 ¿Si es ciega todavía la señora,
 Que da y reparte reinos emprestados?
 ¿Quién se señala en armas? ¿quién adora
 La fama? ¿quién celebra sus cuidados?
 ¿Qué ritos? ¿qué premáticas? ¿qué leyes?
 ¿Ó qué lisonjas privan con los reyes?"

Así el conde, y Teudonio así admirado
 De la prudencia y gravedad del preso,
 En tanto que habló estuvo colgado
 De su dulce discurso y raro seso:
 De aquel discreto preguntar pagado,
 De las preguntas, y su grave peso,
 La entereza del ánimo, y el modo,
 Tan de pecho real y heróico en todo.

Y en sus penas suspenso y divertido,
 Sin conocer al olvidado conde,
 Teudonio, mas de honrado y comedido
 Que gustoso de hablar, así responde:
 "Si los agravios, con que me ha traído
 Fortuna aquí, lugar me dan por donde
 Aliviar tu cadena y mis prisiones,
 Gran campo han descubierto tus razones.

La tierra está sembrada de portentos,
 De grandes hasta ahora nunca vistas,
 Famosos hombres, de altos pensamientos,
 Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas:
 Fieros jayanes, bárbaros intentos,
 Altivos reyes, que en copiosas listas
 El mundo sacan al soberbio alarde
 De undesman nuevo en que hoy se enciende y arde.

En gran riesgo está España de perderse
 Preñada de costosos enemigos,
 Ligero el rey, y fácil de creerse,
 Y sin lealtad y fe los mas amigos:
 Harto desto en mis causas puede verse,
 Y servir mis agravios de testigos,
 Pues mis nuevas cadenas y prisiones
 Son de eterna lealtad los galardones.

Estado tuve, y tengo suficiente
 Por mí, y por mis mayores levantado,
 De reyes como el rey soy descendiente,
 Y tan leal con él como agraviado:
 Un tiempo me trató por su pariente,
 Con favor y caricias de privado,
 Mas siempre las privanzas de los reyes,
 Como viven sin ley, mueren sin leyes.

Del trono real á descansar bajaba
 Al valle de Miduerna comarcano
 Tal vez el Casto rey, donde gozaba
 De ver correr un oso de verano:
 Y el montañés Filarco le hospedaba
 Con espléndida mesa y franca mano
 En un real bosque, que en hinchada loma
 Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

En esta insigne casa de contento
 De alcaide el fiel Garilo nos servia,
 Puesto en olvido el alevoso intento,
 Con que á tener mas tiempo me vendia;
 Aunque él á la traicion trocando el viento,
 La doró con decir que pretendia
 Con aquella ocasion verse á mi lado,
 Para morir allí, ó salir honrado.

Es facil de engañar un noble pecho,
 Y en un traidor jamas faltan engaños;
 Este pues, que parece que fue hecho
 Para sacar á luz los mas extraños,
 Era en Miduerna alcaide á mi despecho
 Por el gusto de Arlinda habia dos años,
 Cuando de Mahamut la torpe gente
 Á Leon llegó con su falaz presente.

Y ahora por grave suma de tesoro,
 Ó la esperanza de otra mas cumplida
 En él, porque escondió el escuadron moro,
 Del Casto rey deseando la venida,
 Donde la fuerza los guardó del oro,
 Sin ser de nadie su traicion sentida,
 Hasta que el señalado tiempo vino,
 Y un notable suceso en el camino.

El Casto Alfonso al real jardin derecho
 A espaciar se guió, cuando en un llano,
 Que el monte da á la humilde selva hecho,
 Un doncel pareció y un hombre anciano:
 El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
 De rostro enjuto, talle cortesano,
 Palabras pocas, y modestia mucha,
 Dos grandes bienes al que ve y escucha.

Del doncel solo no sabré pintarte
 La gallarda postura con que vino,
 Que al brio natural llegado el arte,
 Era en humano traje angel divino:
 Hijo hermoso de Venus y de Marte
 En su aire le juzgáras peregrino,
 Y humilde de Narciso la pintura,
 Si como yo te hablara su hermosura.

Niño que el tierno bozo le apuntaba,
 De cuerpo algo mas grande que pequeño,
 De alegres ojos, y de vista brava,
 Suave en el mirar, y zahareño:
 Temor el verlo y alegría causaba,
 Y el rostro armado de capote y ceño,
 Mezclando á lo hermoso lo robusto,
 La cifra hacia del deleite y gusto.

En un bravo fantástico caballo
 De la color y lustre del arniño,
 Que Genil vió nacer, Betis criollo,
 Y de su juncia aun no perdió el cariño:
 Sin poder con el freno sosegallo,
 Lozano el potro, y el ginete niño,
 Y así trocando manos y visages
 Heria el jaez, temblaban los plumages.

De azul, tela de plata y encarnado,
 Rico jubon, coleto y calza al uso,
 El boemio en arniños aforrado,
 Que el regalo y la gala juntos puso:
 Con broches de diamantes recamado
 Y perlas en labor y órden confuso,
 Y en el sombrero, en plumas y en airones,
 Engastes de rubíes hechos florones.

La calza de obra, y ricas entretelas,
 Lanzando rayos con vislumbres de oro,
 De puntas de diamantes dos espuelas,
 Y de rubíes por ellas un tesoro:
 El blando freno, estribos y charnelas,
 Con pardos nieles de artificio moro,
 La guarnicion de la gallarda espada
 De esmeraldas y perlas amasada.

Varios entalles de oro en cada hebilla,
 Sonando del pretal las guarniciones,
 De verde brocatel la corva silla,
 Y del mismo matiz riéndas y acciones;
 Gripado lo embutido de platilla,
 Y en nuevos trebolillos y florones,
 Con asientos de perlas y rubazos,
 Floridos brichos, y escarchados lazos.

Así tal vez entre celajes pardos
 Suele bullendo en luz resplandeciente,
 Con bellas alas de oro y pasos tardos,
 El lucero alegrar al rojo oriente;
 Y entre peñascos de ámbares gallardos
 Dorar las nuevas rosas de su frente,
 Recamando de aljófares y grana
 El tierño dia, el mundo y la mañana.

Tal el doncel llegó, tal en mirallo
 Deleite puso y gusto en los presentes:
 El rey por le hablar paró el caballo,
 Hecho un tejido muro de sus gentes:
 Cuando el sabio gentil, que á presentallo
 Al Casto rey venía, estas prudentes
 Palabras sembró al aire, y fue escuchado
 Del circunstante pueblo descuidado.

"Aunque jamas en mí, rey poderoso,
 Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
 Por si fuí en algun lance sospechoso,
 Y tu gusto agravié por complacerte,
 El brazo deste jóven valeroso
 De mi culpa podrá satisfacerte,
 Cuando su espada ampare, no vencida,
 De varios riesgos tu importante vida.

Tienes con él mas parte que conmigo,
 Con ser yo por mil partes todo tuyo;
 No tardarás en conocerme amigo,
 Y en suficiente prueba el valor suyo:
 Que el furor de un doméstico enemigo
 Te aguarda en este parque, para cuyo
 Remedio todo lo posible he hecho
 En reducirle á tiempo de provecho."

Dijo, y el Casto responder quería
 Del grave anciano al noble ofrecimiento,
 Cuando el jayan Fracaso, que venia
 Por traidor capitan del falso intento,
 Viendo que el rey el paso suspendia,
 Feroz salió en su loco atrevimiento,
 Temiendo en verle así por cosa cierta
 Ser su oculta traicion ya descubierta.

Con cien valientes moros, del castillo
 Muera el ingrato rey salió gritando:
 Suspendímonos todos en oillo,
 Al Casto en frágil escuadron cercando,
 Por donde á todo riesgo abrió portillo
 Del furor ciego el enemigo bando,
 Dejando su confusa arremetida
 Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

El doncel de la selva compelido
 De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,
 Niño lozano, y de ánimo atrevido,
 La espada sacó á un tiempo, y el caballo;
 Y cual si temeroso ciervo herido
 Le espoleára el deseo de alcanzallo
 Salió contra la bárbara emboscada,
 Sacando mas que el sol rayos su espada.

Era Fracaso un moro berberisco,
 De grueso cuerpo y ánimo doblado,
 En rostro sierpe, en ira basilisco,
 En vista torpe, en lengua libertado:
 Cuba de alegre vino, que el morisco
 Que en esto se desnanda es consumado,
 Y á la sazon sobre un frison polaco
 Hecho venia recien comido un Baco.

Lleno el celebro de arrogancia y vino,
 Cual fantástica torre iba el primero
 Cuando el diestro doncel salió al camino,
 Vestido uno de seda, otro de acero:
 Hízole al moro errar su desatino,
 Y acertarle el contrario un revés fiero,
 Que dejó por el suelo su braveza,
 Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
 Cual si vivo buscara á nuestra gente,
 Donde al miedo primero de mirallo,
 La nueva admiracion creció presente;
 Acudió á toda rienda por vengallo
 De su morisma el escuadron valiente,
 Que en confuso alarido sin reparo
 Por el nuestro rompió de claro en claro.

Eran los diestros moros escogidos,
 Armas, lanzas, caballos, caballeros,
 Al alevoso asalto apercibidos,
 Y á cualquier trance de ánimos enteros:
 Los nuestros solo á caza prevenidos,
 Aljabas de color, petos ligeros,
 Propios para huir desamanera,
 Ó de la muerte ahora, ó de una fiera.

Quedaron los mas bravos por el suelo,
 Sembrados los no tales por el llano,
 Que ni del rey ni de su honor el zelo
 Freno dar pudo á su temor liviano.
 Encontrósé Dorasto con Tranquelo,
 Aquel moro valiente, este cristiano,
 Y vinieron al prado sin sentido
 El moro muerto, y el cristiano herido.

Volvióse á levantar, cobró sangriento
 Su fiel caballo, y el contrario escudo,
 Y con él, con su espada, y con su aliento
 Del rey lo fué mientras durarle pudo.
 Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
 Vestido de lealtad, de armas desnudo,
 La defensa que pude, y que debia,
 Sin dar un paso atrás hice aquel dia.

Mas ¡quién dirá entre tantas las proezas
 Que el doncel bello en este tiempo hacia!
 ¡Los peligrosos golpes, las destrezas
 Con que unos daba y otros rebatía!
 Cortando piernas, brazos y cabezas,
 Á este ayudaba, al otro defendía:
 Aquí se ampara, y acullá ejecuta,
 Y á todo acude con presteza astuta;

Cual rayo ardiente, que en revuelta llama
 De tres puntas, los rústicos haberes
 Del campo asuela, y la copada rama
 Del sáuce, alegre sombra á mil placeres,
 Humeando deja, el hueco monte brama,
 Gime el cielo al caer, la rubia ceres
 Arde en secas aristas, y en su daño
 La madura esperanza esconde al año.

El Casto rey entre escabrosas breñas
 Á su gente formó frágil reparo,
 Y con mañosa industria á sus pequeñas
 Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:
 Bien que contra las armas extremeñas
 El vencer fuera incierto, el morir claro,
 Si el doncel de la selva le faltara,
 Ó su presta venida se tardara.

Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
 Resplandeciendo en láminas de acero,
 Uno en los abrasados Garamantes
 Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:
 De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes
 Á rendir el furor de un campo entero,
 Y para en él llevar nuestro rey preso
 Un fuerte carro de acerado peso.

El mauro Dragonel que iba delante,
 Armadas de un alfange ambas las manos,
 Con presto herir, y con feroz semblante,
 En campo á un tiempo entró con diez cristianos:
 Mató á Feinigue, músico y danzante,
 Al duro Orbelio, y á Franconio hermano,
 Que en ciego pleito andaban por su herencia,
 Y el gigante igualó la diferencia.

Aun todavía con ellos combatiendo,
 Muerto el uno del todo, el otro herido,
 El gallardo doncel pasó corriendo
 Del gran combate por lo mas tejido;
 Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
 Detener el caballo desabrido,
 En el jayan chocó, y á todo vuelo
 Como una gruesa torre vino al suelo.

Quedó sin la una pierna en la caida,
 Y encima della y dél muerto el caballo:
 Causó la no pensada arremetida
 El dar en el gigante, y derriballo,
 Ver el confuso campo de vencida,
 Preso el anciano rey, y por librallo
 Á toda furia arremetió, y al paso
 Le ofreció el cielo el venturoso caso.

Fué á dar con el báscoso desatiento
 En el vano Altravicio que venia;
 Cayó sobre él, y como león hambriento
 Á rabiosos bocados le comia;
 Y él, que en su boca nunca tuvo tiento,
 Muriendo en otra conoció aquél dia,
 Que es justo el cielo en que permita y quiera
 Que allí cada uno con sus armas muera.

Ya el preso rey en su carroza estaba
 De la sangrienta lid un largo trecho,
 Con diez soldados, cuya vista brava
 Cobarde hacia al mas valiente pecho:
 Siguieron algunos, pero el que llegaba
 No era al segundo golpe de provecho;
 Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
 Gallardo á su pesar pasó adelante.

Mató un caballo, y manca la carroza
 El curso refrenó, y un diestro moro
 Alcambisto, nacido en Zaragoza,
 Alcaide en Portugal, casado en Toro,
 De anciano parecer, y sangre moza,
 Armado en blanco con plumajes de oro,
 Á encontrallo salió, y pudo encontrallo
 Si no cayera su andaluz caballo.

Pasó furioso el moro: el doncel, visto
 Su riesgo, revolvió mas concertado,
 Dando al segundo encuentro de Alcambisto
 Del roto escudo un cerco destrozado,
 Por donde el hierro de la lanza listo
 Pasó el acero y parte del costado,
 Quedando sin escudo, y sin sentido,
 Y el buen caballo en un cuadril herido.

El herido doncel, tras un caballo
 De los que al rojo campo andaban sueltos
 Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
 En la morisca lid nos dejó envueltos:
 Ninguno le siguió ni fue á buscallo,
 Hasta que, ya de la victoria vueltos,
 De alegre gusto y de despojos llenos,
 Su singular valor echamos menos.

El rey, que vió su libertad y vida
 Deberla toda á aquella heroica espada,
 Y la honra y majestad antes perdida
 Con sus famosos golpes restaurada,
 No viendo el dueño, y viendo su partida
 Tan sin sazon ni tiempo acelerada,
 Y que ni el sábio que antes le traía,
 Ni él por el campo y bosque parecía;

Á notorio milagro le tuvimos
 De nuestro gran patron, que de aquel modo
 Ya muchas veces batallar le vimos,
 Y á su espada rendirse un campo todo:
 Otros que eran los ángeles creimos
 Que antes la cruz labraron al rey godo,
 Porque de las bazañas la braveza
 Sobraba á toda humana fortaleza.

¿Quién pudiera creer que fuera humano
 Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,
 Tras la codicia de buscarle en vano
 Sin le poder hallar muerto ni vivo!
 Hasta que, por las nuevas de un villano
 El rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
 De sus heridas, y el gallardo lustre
 De su linaje real, y sangre ilustre.

Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,
 Y es cansarte añadir nuevas historias,
 Que ni son de tu gusto ni mi intento,
 Y las mas para tí poco notorias:
 Y así digo, señor, que el fundamento
 Fué de mi daño, frágiles memorias
 De mis servicios y sin culpa mia,
 La traidora emboscada de aquel dia.

Que como del florido parque el daño
 Nació, en que iba á hospedarse el rey seguro,
 De Filarco y de mí temió el engaño,
 Y sospechas cobró del fuerte muro:
 Mandó arrasarlo, y con rigor extraño
 De estéril sal cubrir el campo duro,
 Y derribar por él torres y almenas
 De mas lealtad que de desastres llenas.

Huyó el traidor alcaide, con que puso
 Escrupuloso al rey de nuestro trato,
 Y á prendernos de hecho se dispuso,
 Por ser tan justiciero como ingrato;
 Que olvidar los servicios es el uso
 Que en la corte se vende mas barato,
 Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,
 Desde el menor lacayo hasta los reyes.

Esta es la historia y curso de mi vida,
 Y la traicion que aquí me trajo preso,
 Con otras circunstancias añadida
 De menos importancia, y de mas peso:
 Mas, porque no sea en todo desabrida
 Ni dura mi prision, ahora tu seso,
 Señor, la temple, y, si te viene á cuento,
 Me dí quién eres, para no ir á tiento.

Que si por la presencia he de juzgarte,
 Templanza, autoridad, talle y figura,
 Bastantes causas dan de respetarte.
 Tu mucha gravedad y compostura;
 Y aquesta misma estimacion es parte
 De hacer la mia en tu valor segura,
 Y que deseé saber con fundamento
 Qué aire alteró de tu fortuna el viento."

Así Teudonio dijo: el de Saldaña
 Con pecho y corazon sobresaltado,
 Como que en una historia tan extraña
 Algun caso le toque no pensado;
 Oyendo del doncel de la montaña,
 Niño de tierna edad, y ánimo osado,
 De sangre real, la suya alborotada,
 Así con voz le respondió turbada:

"Señor, si desde luego no he traído
 Á tus pies con humilde reverencia
 Aquel respeto á tu valor debido,
 Y el que pide y se debe á tu presencia,
 Esta dura cadena lo ha impedido,
 Y el no fiarne aquí de la experiencia,
 Para creer que á un príncipe tan alto
 Fortuna obligue á dar tan bajo salto."

Mas , ya que el tiempo por consuelo mío
 Quiso igualarte á mí en tu desventura,
 Y que de mi fortuna el desvarío
 Con otro mayor cure su locura;
 En mi intencion y tu valor confío
 Que alcanzaré perdon y honra segura
 De quien la puede dar al mundo todo,
 Ó preso, ó libre , de cualquiera modo.

Perdona si dilato y no te digo
 Todo el secreto y casos de mi vida,
 Que la honra que me hizo igual contigo
 No la quiero tan presto ver perdida,
 Hasta pedirte ahora como amigo,
 Y no como inferior, dejes cumplida
 Tu historia , y me declares si has sabido
 Quién fué el doncel tan bien encarecido;

De dónde vino á se volver tan presto
 Un tierno niño , y un jayan tan fuerte,
 Que lo deseo saber , para tras esto
 En todo sin estorbo obedecerte.
 Perdóname, señor, serte molesto,
 Que el ver tan llena mi felice suerte
 De tu afabilidad y gracia , ha sido
 Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido."

Don Sancho así con pecho alborotado,
 Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
 Humilde al gran Teudonio, y reportado
 El nombre pide del doncel valiente:
 Cuando del dulce estilo acariciado,
 Término cortesano y élocuente
 Del preso ignoto, en gravedad compuesta,
 Esto dió á su pregunta por respuesta:

"En triunfo triste y suspension callada,
 El destrozado rey daba la vuelta,
 Del riesgo aun la persona alborotada,
 Y en deseos de venganza el alma envuelta;
 Cuando al sordo bajar de una cañada,
 De los cristales de Ezla en flores vuelta,
 Dellas cubierto el rústico Silvano
 Salia de su vecina selva al llano;

Y ante el brioso alazan que el rey traía,
 Postrado con medroso encogimiento:
 "Señor, dijo: á la humilde choza mia,
 Que á los pies tiene deste monte asiento,
 Á la hora vino ayer que se fue el dia
 La alegre vista de un doncel sangriento
 Con un viejo sagaz que era su guia,
 Y á tu real mano este papel envia.

Por enjugar la sangre á las heridas
 Del amado doncel paró un instante,
 Y en bálsamos de yerbas conocidas
 Mitigado el dolor pasó adelante."
 Del Casto rey las nuevas recibidas
 En gusto general, ver lo restante
 En el papel mandó, y el que servía
 De secretario dijo que decia:

"Al Casto Alfonso , el mago Orontes griego,
 Salud, y muerte al bando sarracino,
 Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego
 Estorbo de tu gusto, y mi camino:
 El mismo esta partida ordena , y ruego
 Al curso eterno del volar divino,
 Por tales puntos sus estrellas guie,
 Que á tu honra bienes sin cesar envie.

El tierno brazo que con nueva espada
 Hoy hizo extremo della en tu servicio,
 Y de bárbara sangre barnizada
 Dió de la suya real bastante indicio;
 No ha vuelto su partida acelerada
 Antojo nuevo de inconstante vicio,
 Mas celestial impulso que le llama
 Por este curso al colmo de su fama.

Conviene á la salud y al noble aumento
 De su importante nombre esta partida:
 Á tiempo volverá que mas contento
 Que pena ahora cause en su venida ;
 Que yo , que solo á tu servicio atento
 Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida;
 Muerto hoy sin su favor te ví en mi ciencia,
 Y ahora en riesgo á él si no hace ausencia.

Esta causa nos lleva , esta nos pudo
 Á tus montes volver de los de oriente,
 Despues que en turbio cielo , y dia sañudo,
 Niño en Miduerna le robé á tu gente:
 Dos llenos lustros en silencio mudo
 De España por mas bien ha estado ausente,
 Probando en el honor de hechos preclaros
 La noble vida de sus miembros caros.

No en deservicio tuyo el robo ilustre,
 Mas en favor de su importante vida
 El hado le trazó, porque deslustre
 Su espada el golpe de la mas temida;
 Al fin, del reino el bien, de España el lustre,
 Es sangre de la tuya producida,
 Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
 Tan llorado este tiempo por perdido.

De Francia no te altere el rompimiento
 Si guerra da á tu oserta en vez de gracias,
 Que es nube hinchada de ambicioso viento,
 Que en daño suyo ha de llover desgracias;
 Y de tu gran sobrino el firme aliento
 Así sus brios y sus fuerzas lácias
 De un golpe dejará, que sea testigo
 El de ser sangre tuya, y yo tu amigo."

Esta en suma es la carta, oye quién sea
 El sobrino del rey, y por qué via:
 Junto de Oviedo en una alegre aldea,
 Donde la corte un tiempo residía,
 En gallardo ademan, y real librea,
 Una infanta bellísima vivía,
 Niña de tierna edad, y alma lozana,
 Y del rey Casto Alfonso única hermana.

Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
 Unió con ella un conde de Saldaña,
 De la gótica sangre descendiente,
 Y de la nata del valor de España,
 Privado ilustre; y de su rey pariente;
 Mas en una desdicha todo daña,
 Y así no valió al conde en cosa alguna
 Amor, priyanza, sangre, ni fortuna.

Tomó en agravio el rey lo que pudiera
 Á feliz suerte de su hermosa hermana,
 Si el real respeto con rigor no fuera
 Contrario en esto á la razon humana :
 Quiso que el conde en larga prision muera,
 Y en clausura la infanta soberana,
 Nacido della ya el doncel gallardo,
 Que de su abuelo se llamó Bernardo.

Crióle el Casto rey con nombre de hijo,
 Tiernos gustos de amor, y se paterna,
 Hasta que en la ocasion de un regocijo
 El sábio Orontes le robó en Miduerna:
 La causa ni la sé, ni nos la dijo,
 Ni de donde nació amistad tan tierna
 Con el doncel, y con el rey gallego,
 Siendo el uno español y el otro griego.

El Casto, con la alegre nueva ufano
 Del doncel, ya llorado por perdido,
 Viéndole vivo, y por su altiva mano
 Á su primer grandeza reducido,
 Ni al moro teme, ni al poder cristiano,
 De la experiencia y la esperanza asido,
 Antes para la guerra venidera
 Solo que vuelva su sobrino espera.

Y si no son lisonjas de la fama,
 Ó el tiempo sin sazon corta la espiga,
 No hay lengua en cuanto España se derrama
 Que otras grandezas que las suyas diga:
 Uno Marte español, otro Je llama
 Alcides nuevo, y todo en voz amiga
 Celebra, ora de vista, ora de oidas,
 Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.

La guerra que con Francia está aplazada
 Del mundo sin por qué mortal ruina,
 Es toda de ambicion ocasionada,
 Y de imprudente traza repentina....
 Mas ¿qué accidente ó causa no pensada
 Á tal congoja y lágrimas te inclina?
 ¿Qué desgracia ó pasion puesta en olvido
 Mi cuento á la memoria te ha traído?

Si es por hallarte sin por qué enterrado
 Á tal sazon en sótanos estrechos,
 Que cual yo pienso el ocio desalmado
 Carcoma es interior de honrados pechos,
 El reino está y el rey tan apurado
 De hidalgos que lo sean en sus hechos,
 Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
 Mas aun las de la muerte si pudiera.

Mitiga ahora, señor, tu acérbo llanto,
 Y de cualquiera causa que proceda,
 Qué podré hacer por tí, me advierte, en tanto
 Que este altibajo de fortuna rueda;
 Que tu valor en mí ha podido tanto,
 Que nada el mio te negará que pueda,
 Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
 El desear yo tanto tu alegría."

Dijo, y el preso conde á sus razones:
 "¡Oh invicto D. Teudonio, cuán al vivo
 Tus palabras descubren los blasones
 De la real sangre por quien muero y vivo!
 No tiene ni ha tenido el rey prisiones,
 Cárcel cruel, ni calabozo esquivo,
 Que puedan agraviar, y hacer ultraje,
 A quien no fuere de tu real linaje;

Y así lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor, á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre real la mia extraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me ví algun tiempo vivo."

"¡ Oh cielo santo! D. Teudonio dijo,
¡ Posible es que veo viva la persona
Así agraviada del valiente hijo
Del conde de Saldaña y Barcelona!
¡ Oh humano engaño! ¡ oh corto regocijo!...."
Mas ya á mi voz el llanto desentona,
Que venturas halladas en cadenas,
Solo para lloradas salen buenas.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Poderío de Carlo Magno : ódio que las Hadas, principalmente Alcina, tienen á él y á sus paladines. Conferencian ella y Morgana sobre el modo de destruirlos, viéndose del valor de Bernardo; á quien Morgana promete las armas de Aquiles.

Reinaba en las regiones de occidente
 Carlo Magno, un gran príncipe famoso,
 Príncipe á quien las águilas de oriente
 Su estandarte volvieron mas pomposo:
 Obedecido de invencible gente,
 Y sobre mil ciudades poderoso,
 Á cuyo nombre ilustre y lirios de oro
 Reverenció el cristiano, y tembló el moro;

Los altos muros de trofeos cargados,
 (Fama á sus victoriosos escuadrones)
 Los altares y templos coronados
 De conquistadas armas y pendones;
 Despojos de enemigos destrozados
 De indómitas y bárbaras naciones,
 Que las mas peregrinas y extrangeras
 Llenas vieron de espanto sus banderas.

Tenian sus belicosos paladines
 Lleno el mundo y la fama de proezas,
 Que en lisonjera lengua á varios fines
 Nuevas ensanchas daba á sus grandes:
 Sonando en lo mejor de sus clarines
 De Orlando las victorias y bravuras,
 Los muertos reyes, los gigantes fieros
 De su invencible brazo prisioneros.

Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,
 Y el altivo Agricano la sangre ardiente,
 Que halló su espada, y derramó su mano
 Sobre las yerbas, aun se está caliente;
 Y de Cimosco el instrumento vano,
 Ya sin rayos ni luz resplandeciente,
 Por orla al vencimiento, y triste caso,
 Del soberbio Agramante, y rey Gradaso.

Mas, como no hay valor, siendo extremado,
 Sin carcoma de pechos envidiosos,
 El mundo, deste antiguo error llevado,
 Lleno estaba de quejas y quejosos:
 De tan largas venturas enfadado,
 Que no hay sin agraviados victoriosos,
 Ni hombre tan ajustado, y tan querido,
 Que de alguno no sea aborrecido,

Las Hadas, que á las cosas variables
 De nuestro inferior mundo dan gobierno,
 Y en cavernas y grutas espantables,
 Vecinas viven del silencio eterno;
 Y del antojo humano los mudables
 Gustos al suyo revalidan tierno,
 Y en sus vacíos asientos desiguales,
 Los bienes acrecientan y los males:

Estas de los franceses paladines
 En general estaban agraviadas,
 Destruidos sus palacios y jardines,
 Y su halago y caricias despreciadas:
 Alcina sus tritones y delfines,
 Focas, ballena, y redes delicadas,
 Deshechas ya, y en libertad Rugero
 Del torpe lazo en que se vió primero:

Despreciada Morgana y su riqueza,
 Febosilla su fama destruida,
 Falerina su astucia y sutileza,
 Olosana sus gulas y comida,
 Filteorana su amor y su belleza,
 Y la soberbia máquina caida
 De Limaturia, Bruna y Aquilina,
 Y el juvenil ardor de Dragontina.

Ninguna en el fatal colegio habia
 Sin queja de francés, ninguna al cielo
 Sin lágrimas miró desde aquel dia
 Que la furia de Francia pisó el suelo:
 Sino fué Logistila, que seguia
 Desta parcialidad el mejor zelo,
 Y sobre todas la afeitada Alcina
 Es la que á su venganza mas se inclina.

Esta, en un lago obscuro de horror lleno
 Su jardin y su casa destruida,
 Consumiéndose estaba en el veneno
 De la afrentosa injuria recibida:
 Bien que su fétil isla y bosque ameno
 Cobrar pudieran la beldad perdida,
 Y ella su alcázar con mayor tesoro
 De cristal reformar, y lazos de oro.

Mas, ardiendo en deseos de venganza,
 Á solo este deleite y gusto aspira,
 Que es muger agraviada con mudanza,
 Metida en un zeloso infierno de ira:
 Conoce que le ofende la tardanza,
 Y que si la ocasión se le retira,
 Su agravio pasará, que el tiempo leve
 Las penas traga, y los agravios bebe.

Y, como con la cólera quemada
 Se alumbra y sutiliza el pensamiento,
 De uno en otro discurso dijo la Hada
 En la traza mejor para su intento:
 De aquella rica y peligrosa espada
 Que Falérina obró en su encantamiento,
 En conjunciones de menguante luna,
 Y templos de mudanzas de fortuna,

Se acuerda: y revolviendo sobre el caso
 Los libros de su ciencia peregrina,
 Sin dejar del oriente al turbio ocaso
 Planeta, signo, aspecto, y luz divina
 Que no consulte, siga, y mida el paso,
 Llegó á saber que el hado determina
 Adquiera aquella espada vigor nuevo
 En la templada sangre de un mancebo.

Faltóle un punto cuando fue forjada
 En las observaciones de su estrella;
 Y esta falta, con sangre reparada,
 Sus vivos filos volverán sin mella:
 Invencible, y su artifice vengada
 La dejara, y Alcina sin querella,
 Si la banare en una oculta guerra
 La mas heroica sangre de la tierra.

De un mago aspecto el abreviado punto
 Á decirle llegó, que el mar Tirreno
 Ya sobre sus cristales tiene junto
 Á un galeon, de amor y de armas lleno,
 Un jóven español, que puesto á punto
 Se via entrar por su entoldado seno,
 A que la autoridad de un rey severo,
 Blason y armas le dé de caballero.

Es de suyo el contento bullicioso,
 Y Alcina qué le ha puesto en la venganza,
 Al orgullo de su ánimo brioso,
 Cada hora le es un siglo de tardanza:
 Una carroza de cristal lustroso,
 Que una piedra preciosa á otra se alcanza,
 De oro las ruedas, de marfil los tiros,
 Los clavos de diamantes y zafiros;

Para ir á los jardines de Morgana
 Hace aprestar; y en forma contrahecha
 De varia plumería y pompa ufana,
 Al yugo dos soberbios grifos echa:
 Que en invencible vuelo por la vana
 Region del aire, una alba hermosa hecha
 La llevan, y ella derramando amores,
 Que hechos aljofar llueven por las flores.

En silla de oro y rica pedrería,
 En el triunfante carro recostada,
 Con mayor luz que la que saca el dia
 La mañana de mayo mas pintada;
 De perlas, de rubis y argentería
 Por el cabello vuela una lazada,
 Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama,
 Que en bellos arreboles se derrama.

De blanca tela de oro con plumajes,
 De diamantes y aljófares menudos
 Vestida, y por las puntas y follajes
 Erres de perlas y cuajados nudos:
 Entre doradas nubes y zelajes,
 Volando pasa por los aires mudos
 Al lago blanco que Morgana habita,
 Entre el frio Geta y el helado Escita.

Estampa de las ruedas las molduras
 En la vega de Elsingue placentera,
 Gozando de las nuevas hermosuras
 Que en sus flores sembró la primavera;
 Y por entre arboledas y frescuras
 Del lago blanco llega á la ribera,
 En cuyas playas el mayor espacio
 Ocupa de Morgana el gran palacio.

A la honda boca de una obscura cueva
 Desceñida la halló el siguiente dia,
 Y en medio sus conjuros la luz nueva
 El alma la asombró que la seguía;
 Huyó á su centro, y ella con la nueva
 De deseada venganza y alegría
 La vuelta daba, cuando dió con ella
 La bella Alcina, en su carroza bella.

Son del mago colegio estas dos Hadas
 Las que mas se conforman en los gustos,
 Y así ahora de su antiguo amor llevadas
 Al cuello hacen los lazos mas robustos;
 Y en la carroza de marfil sentadas,
 Olvidados de Francia los disgustos,
 En tierno labio y pláticas sabrosas
 Cuenta se dan y piden de sus cosas.

Llegan al real palacio de Morgana
 Cuando ya el sol de lleno le embestia,
 Y entre el rocio del campo y la mañana
 En lumbres de oro y de cristal se ardia,
 Donde el diestro pincel con mano ufana
 Bellos dibujos á la vista envia,
 Sonando el pueblo dentro, antes dormido,
 De las puertas de bronce al gran ruïdo.

Pasaron las dos Hadas á sentarse
 En persianos tapetes de brocado,
 En una sala, que á dejar mirarse
 Su techo de oro y pedrería grabado,
 Pudiera de pobreza avergonzarse
 Neron con su palacio celebrado,
 Aunque fue el desconcierto sin segundo,
 Que el oro embebió en sí de todo el mundo.

Exhalando perfumes y vapores
 De aromas finas, pebeteros de oro,
 Con lo mejor de Arabia, y sus olores
 Fiesta á la diosa hacen del tesoro;
 Y de cítaras, liras y cantores,
 Vihuelas y harpas, un tropel sonoro,
 En conforme y suavísima harmónia,
 Le añaden gala á la en que nace el dia.

En gozar della, y ver la hermosura
 Del fértil campo en bellos miradores,
 De la aurora pasaron la frescura,
 Y del sol los primeros resplandores:
 Mientras el maestresala, que procura
 Las mesas adornar y aparadores,
 Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
 De rica y nueva majestad los carga.

En la sala de Apolo la real fiesta,
 Por mas ostentacion hizo aquel dia,
 Dicha asi de una imagen suya puesta
 En un rico Parnaso que allí habia,
 Con soberbios collados y floresta,
 De árboles de oro y varia pedreria,
 Aves de alegres plumas y colores,
 Y ricas perlas en lugar de flores.

Víase Dafne en medio, convertida
 En un fresco laurel; víase á su lado
 El dios de amor, la veda desceñida,
 Riendo el triunfo, al arco recostado:
 Llorando Apolo, Dafne arrepentida,
 El mundo triste, y el crue'l vengado,
 Y entre las arboledas de Peneo
 Tañendo á veces y cantando Orfeo.

Es de la alta sala la techumbre
 Un repartido cielo en mil estrellas,
 Que del sol de un carbunco enciende lumbre
 La plateada luna á un tiempo, y ellas;
 Á quien sigue la excelsa pesadumbre
 De clavos de cristal y ruedas bellas,
 Con su cerco vital, cuyo tesoro
 La esfera parte en varios climas de oro.

Los apartados polos, donde el hielo
 El blanco nácar dá á las ondas frias,
 Las templadas regiones, y aquel suelo
 Donde tú, Apolo, soplo ardiente envias;
 El oriente abrasador del cielo,
 Término de las noches y los dias,
 Profunda sima, y anchurosa cava,
 Adonde el mundo sin morir se acaba.

El abrasado igual meridiano,
 De luz sembrado y puntas de oro fino,
 Cuya dorada y no torcida mano
 Fiel lumbre al mundo llueve de contíno;
 Los trópicos de invierno y de verano,
 Del sol cerrada cárcel y camino,
 Uno de nieve y tempestad cubierto,
 Y en siempre nuevas flores otro abierto.

La línea de igualdad, cuyas vertientes
 Los montes miran sin ninguna altura,
 Que unas tiznadas y desnudas gentes
 Cultivan en eterna calentura:
 Los coluros que ciñen anchas frentes
 Á los dos nortes, y con luz segura,
 El estrellado cerco que los guia
 Adonde vive sin morirse el dia.

Hay un camino de oro que divide
 Del círculo vital la anchura ardiente,
 Por quien el rubio sol que el cielo mide
 Ya con luto se ha visto entre la gente;
 Y la encantada luna, que preside
 Al flojo sueño en su mayor creciente,
 Se vió alegre salir con sus estrellas,
 Y faltarle la luz en medio dellás.

Relumbra aquí el dorado vellocino
 Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa,
 Y el toro que con cuernos de oro fino
 Nadando el mar pasó una ninfa hermosa:
 Dos niños, uno humano, otro divino,
 El cancro y su figura portentosa,
 El leon con la cerviz de oro estrellada,
 Y la virgen de espigas coronada,

El peso ajustador de nuestras horas,
 El escorpion de su veneno armado,
 El que con arco y flechas voladoras
 De tierna nieve deja el campo helado :
 El frio capricornio, que en sonoras
 Borrascas da el sereno mar turbado,
 El copero que á Júpiter infama,
 Con los dos peces de argentada escama.

Las frias nietas del nevado Atlante,
 El dorado Orión armado y fiero,
 Que al triste y solitario caminante
 De guia á veces sirve y compañero:
 El carro de oro en ruedas de diamante,
 Las dos osas, las guardas, y el lucero,
 Y el fijo norte que á sus pies relumbra,
 Que es quien las horas de la noche alumbrá.

Ó sea pincel sutil , ó mago aliento,
 Fuerza de ingenio , yerbas , ó conjuro,
 No hay en el cielo esfera , movimiento,
 Signo , estrella , planeta , ni conjuro,
 Aspecto , casa , conjuncion , aumento,
 Oriente claro , ni poniente obscuro,
 Que por esta ancha sala y su discurso
 No haga en su natural periodo curso.

El año , la semana , el mes y el dia,
 Creciendo en su volar , y descreciendo,
 La clara luz á la tiniebla fria
 Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:
 De la flor tierna que el verano envia
 Dulce fruto el otoño está vertiendo
 Por sustento al invierno y al estío,
 Éste rico en calor , el otro en frio.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
 Que es del mundo la máquina abreviada,
 La alegre escuadra de aves que retoza;
 Toda la vuelve en suavidad bañada:
 Canta, gorjea, despierça y alboriza
 A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;
 Mas si ella con su gusto no lo entabla,
 Todo ello es oro muerto que no habla.

Aquí las reales mesas coronadas
 De costosas bajillas de oro fino,
 Con preciosos manjares ocupadas,
 Vestidas dió aquel dia el blanco lino;
 Donde en comida espléndida á las Hadas
 Las tazas colman de espumante vino,
 Y en graves salvas sirven y aparato
 La real ostentacion de cada plato.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,
 Y todo en furor bélico encendido,
 Por el aire sutil dejó sembrado
 Del suave acento un resonar medido,
 De tan varia hamonía acompañado,
 Que el alma cautivó por el oido,
 Al dulce son que en los sentidos dejan
 Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañía
 La dulce voz de su divino canto,
 La beldad comenuzó á cantar, que el dia
 Al mundo saca en su rosado manto:
 Las flores que derrama la alegría,
 En que á la noche trueca el ciego manto,
 Y en invisible y blando movimiento
 De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,
 Y á las estrellas su argentado brio,
 Entolda de jazmines su litera,
 Respira el aire blando aljofar frío,
 Sale el dorado sol, la mar se altera,
 Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
 Y de su barro al caluroso aliento
 El bajo suelo humea, y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura
 Al bello rostro acomodó de Alcina,
 Y el lisonjero labio su dulzura
 Envuelta dió en destreza peregrina:
 La antigüedad del largo tiempo obscura
 Veloz cantó, y la priesa en que camina
 El origen del mundo, y cuando el cielo
 Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las mudanzas de fortuna
 En su inconstante esfera el punto breve:
 Cantó al sol sus eclipses, y á la luna
 La luz que con dorados cuernos bebe:
 Cantó el fatal colegio, y de una en una
 Las Hadas celebró su canto leve,
 Tocando á vueltas no menuda parte
 De heroicos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida,
 En pomposa grandeza y aparato
 La una majestad á la otra unida,
 A gozar fueron del jardín un rato:
 En cuya alfombra fértil y florida,
 Vivo de la beldad dormia el retrato,
 Al templar con los árboles y el viento
 El tierno ruiseñor su alegre acento.

Habia por él diversos cenadores,
 Sobre estanques y arroyos cristalinos,
 De estátuas adornados y primores,
 Y de diestro pincel cuadros divinos:
 Allí burlas y juegos de pastores,
 Personajes de risa y desatinos,
 Aquí brutescos, acullá grimazos,
 Y de olmos y de parras mil abrazos.

Despues que con jazmínes y claveles,
 Azules lirios y encarnadas rosas,
 Lo mas vistoso hurtando á sus verjeles,
 Sus cabezas volvieron mas vistosas:
 Al márgen de un arroyo entre laureles,
 Sobre alcatifas pérsicas preciosas,
 A sombras frescas de una vid lozana,
 Así Alcina habló, y oyó Morgana:

"Si ya deseas saber, oh reina hermosa,
 De mi nueva venida el fundamento,
 Que causa hacerme pudo venturosa,
 A hurtarle á tu vista este contento;
 Negocios graves, ocasion forzosa,
 A salir me obligaron de mi asiento,
 Aunque el gusto de verte lo hiciera,
 Del muerto mundo cuando allá estuviera.

Mas hoy este regalo y mi venida
 A tu servicio queden, y á mí cuenta,
 Que tú en venirte á ver serás servida,
 Y yo en verte cual ves rica y contenta:
 Un agravio comun nunca se olvida,
 Ni á un noble la memoria de su afrenta,
 Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,
 La injuria que le hicieron á su amigo.

Despues que tu jardin fue destrozado
 Por la mano de aquel francés furioso
 Que ganó á Balisarda , y ha ganado
 Contra nuestra nacion nombre famoso;
 Nunca de mi memoria se ha borrado
 De la afrenta el ultraje vergonzoso
 En que su espada nos dejó , y quedamos
 Las que de sangre tuya nos preciamos.

Y aunque ninguna goza en tu linaje
 Derecha accion á la fatal beberida,
 De cuyo vaso y su inmortal brebaje
 El brio desciende á nuestra larga vida,
 Que recibido no haya algun ultraje
 Desta nacion francesa mal nacida,
 Todas sin hacer caso de los suyos,
 Como á mas principal lloran los tuyos.

Á tí contenta sola , á tí vengada,
 Desea en esta ocasion la mas briosa,
 Y yo mas , como mas interesada,
 Y en yerros contra tí menos piadosa,
 Que como rica debes ser honrada,
 Y en solo este cuidado cuidadosa,
 Ninguna diligencia he perdonado:
 Oye lo que con ellas he alcanzado.

Donde el mar Jónio al Ténaro le baña
 Los verdes jaspes de su fértil vena,
 Y en bosque espeso y hórrida montaña
 Sobre las nubes se encarama y suena:
 De entrada obscura , y abertura extraña
 De negro hollin , herrumbre , y lamas llena,
 Una espantosa cueva se descubre,
 Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

Por esta se camina al ciego mundo,
 Y Alcides á esta luz sacó el Cerbero,
 Cuando de las deidades del profundo
 Victorioso salió, arrogante y fiero.
 Aquí la muerte tiene otro segundo
 Caron, que asista y sirva de portero,
 Á cuyo aliento y cálido hocchorno
 El vivo huye, el muerto tiembla en torno.

En cierto aspecto de menguante luna
 La obscura cueva está en segura entrada,
 Hasta donde en los libros de fortuna,
 La humana cuenta se nos da ajustada:
 Por tu ocasión aquí en hora oportuna,
 De fantasmas bajé y horror cercada,
 Á consultar tu caso, y ser testigo
 De lo que allí hallé; y aquí te digo.

Después que por torcidos escalones,
 Vacíos de claridad, bajé á los senos
 De la tierra, y sus negros artesones,
 De hollin tiznados, y de sombras llenos,
 Antes del triste término y mojones,
 Del reino de Plutón vi unos serenos
 Campos, y allí un castillo, á quien el dia
 De la suya una luz dudosa envía.

En la jurisdicción de los mortales
 Este alcázar está, y quien dentro vive:
 De aquí el hago los bienes y los males
 Á la tierra despacha, y apercibe:
 Aquí con altibajos desiguales
 Fortunas labra, y su valor describe;
 Y aquí es al fin la casa de moneda,
 De cuanta el tiempo por el mundo rueda.

Aquí Demogorgon está sentado
 En su banco fatal, cuyo decreto
 De las supremas causas es guardado
 Por inviolable y celestial preceto:
 Las parcas y su estambre delicado,
 Á cuyo huso el mundo está sujeto,
 La fea muerte, y el vivir lucido;
 Y el negro lago del obscuro olvido.

Aquí se labra el siglo venidero,
 Y las humanas inviolables leyes,
 Que ni el tiempo las muda lisonjero,
 Ni las quebrantan príncipes ni reyes:
 Cuelga el último dia del primero,
 Y en torpe yunta de alquilados bueyes
 Ara la vida el mundo, y nadie advierte
 Que es el vivir dar pasos á la muerte.

Aquí en negro dosel, sin luz sentadas,
 Tres diosas hilan las humanas vidas,
 Al curso las madejas devanadas
 De nueve ruedas de cristal lucidas:
 Donde en el huso apenas marañadas,
 Las blandas hebras crecen mal tortidas,
 Cuando de todas tres la mas hijera,
 Por lo hilado corre la tijera.

Copos de suertes y colores variás,
 Unos blancos sin tez, otros lustrosos,
 Unos á quien los reyes pagan párias,
 Y otros que pechan á los más astrosos:
 Cuales de tornasol hebras voltarias,
 Cuales de rica luz hilos preciosos,
 Cuales de alquimia, y cuales de oro fino,
 Y en cada cual su hebra y su camino.

El siglo venidero, la mudanza
 De reyes, reinos, casas y dictados,
 Lo que el distrito de fortuna alcanza,
 Lo que al decreto toca de los hados;
 Cuanto se pesa con mortal balanza,
 Los que vendrán, presentes y pasados,
 Cuanto es, cuanto ha de ser, y cuanto ha sido,
 Aquí se hila, corta, y da tejido.

De los tiempos la masa vi abreviada,
 Manar al mundo, y revolver sus cosas,
 La vida de congojas asaltada,
 La muerte de sus bascas temerosas:
 La fortuna dichosa, y desdichada,
 Con sus dos caras ambas engañosas,
 Volando en sus favores y desdenes
 Los males engazados con los bienes.

Y entre estos mundos, al que ya nacia,
 Humilde vi la victoriosa Francia,
 Que un mancebo y su espada le tenía
 Por el suelo sembrada su arrogancia;
 Miréla, y admirada en lo que via,
 Aquella conocí ser la inconstancia
 Del bien humano, que los mas cumplidos
 Forzados vienen, y se van corridos.

No me admiré de ver que tanta alteza
 En tragedia tan triste se trocase,
 Que es cierto que en mortal naturaleza
 Todo tiene su fin, y ha de acabarse:
 La rueda me admiró con su presteza,
 Que apenas deja de la vista hallarse,
 Allí, ¡oh fortuna! quien de tí se fia,
 Verá cuan firme tiene su alegría.

La espada Balisarda vi presente,
 Que un victorioso jóven á tu instancia
 En la sangre bañaba de un valiente,
 Que asombró el mundo, y dió valor á Francia,
 De oro con estas letras en la frente:
 "Bernardo, honor de España, aunque en distancia
 Brevísima su fama así encogida,
 Que apenas al nacer fue conocida."

Es al presente un jóven valeroso,
 De real disposición, feroz denuedo,
 Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
 De pecho altivo, y corazon sin miedo;
 En paz afable, en guerras desdeñoso,
 De España al fin, que es cuánto decir puedo,
 Que un ánimo español de sangre noble,
 En cuantas goza el mundo es fiesta doble.

En la corte nació del rey su tío,
 De adonde el sabio Orontes, deudo nuestro,
 Peqneño le robó, y por gusto mio
 Ayo le ha sido fiel, guarda, y maestro:
 Salió, cual se esperaba de su brio,
 En todas armas valeroso y diestro,
 Cuya temprana espada y brazo fuerte
 Su rey libró de una alevosa muerte.

No se crió en regalos ni en blanduras,
 Ni el ocio padre fue de heróicos pechos,
 Que del deleite humilde las dulzuras,
 Solo son de almas pobres ricos lechos:
 Desde que á las primeras luces puras
 Abrió los tiernos ojos, los vió hechos
 Á soledades y asperezas solas,
 Y á oir del sordo mar las roncas olas.

En el crespo Archipiélago copioso
 De ásperas islas un preñado monte,
 De la jovial Creta al golfo ondoso,
 Su cabeza descubre á mi horizonte;
 Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,
 Y entre el principio de Asia y Negroponte,
 Hecha deja una isleta y costa brava,
 Que Icaria en otro tiempo se llamaba,

En cuyos solitarios arenales,
 Del atrevido Icaro la pluma,
 Aun eternas conserva las señales,
 Sin que el mudable tiempo las consuma;
 Y su nombre en las ondas inmortales,
 De herviente cubierto y blanca espuma;
 Sobre el sepulcro temeroso suena,
 Puesto al rigor de su mudable arena.

El sabio aquí por la esperanza mia
 Á su cargo tomó la ilustre empresa,
 Y en noble crianza y sábia policía,
 Salva guardó la destrucción francesa:
 Probando en aventuras que fingia
 De su niñez la inclinación traviesa,
 Y tras ella sus años juveniles,
 Al grave pondonor de hechos gentiles.

Vestile anoche un rico arnés de acero,
 Y armóle hoy caballero un rey persiano,
 Guardando á mis lecciones el agüero
 De un observado aspecto soberano:
 Con que ya su valor veo tan entero,
 Que golpe no dará en vacío humano,
 Y á darte nuevas destas buena suerte
 Las alas me prestó el deseo de verte.

Ya pues, diosa feliz, en lo restante
 Por tí mi joven se gobierne y rija,
 Y contra el brazo y el furor de Anglante
 Armas iguales tu saber le elija;
 Que aunque es á todo su valor bastante,
 Con prevencion prudente el bien se fija,
 Acudiendo á esta empresa por ser tuya
 Yo de mi parte, Orontes de la suya.

Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta
 Del rico engerto, y de la invicta rama,
 Que ha de darsombra al mundo, á Francia afrenta,
 Y á su España de honor lustrosa llama:
 Haz ahora tú, hermana, que yo sienta
 Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
 Y que eres diosa del tesoro humano,
 Que la guerra y la paz tiene en la mano."

Al dulce hablar de la afeitada Alcina,
 Morgana en gran deleite estuvo atenta,
 Que es la lisonja dulce golosina,
 Que al necio rico en ambicion sustenta;
 Y usana con el nombre de divina,
 Así arrogante respondió, y contenta,
 Sin mirar que la Hada en cuanto emprende,
 Solo á su gusto y no al ageno atiende.

"Siempre creí que en tu cuidado puesto,
 Vivia seguro el de mi honra y vida,
 Que mas promete tu nobleza que esto,
 Y en mas que esto te estoy agradecida:
 El cielo á mi venganza está dispuesto,
 Que pues la veo de ti favorecida,
 Ya no la dudo ni recelo en nada;
 Tú quedarás contenta, y yo vengada.

Por varios modos pretendí vengarme,
 Y todos ellos me han salido en vano,
 Ya del fiel Galalon quise ayudarme,
 Ya de la injusta muerte de Troyano:
 De Agramante el valor pudo alentarme,
 El tártaro furor y el africano
 De Mandricardo y Rodamonte fiero,
 Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.

En graves pensamientos ocupada
 El placer me halló de tu venida,
 Ya en mis perplejas dudas enterada
 Del francés riesgo en su fatal caída:
 Aunque ignorando la dichosa espada
 De tal hazaña digna y tal herida,
 Ahora que tu saber me la ha mostrado,
 Oye lo que al presente me da el hado.

Ya sabes que son mios de derecho
 Los tesoros del mar y de la tierra,
 Y que á mi cetro y gusto paga pecho
 Cuanto en los senos de los dos se encierra;
 Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho
 De Acroceranio bate la alta sierra,
 Cierta joya en el mundo celebrada
 Dias ha que á un grave fin tengo guardada.

Aquellas armas que del griego Aquiles
 A Ulises se entregaron por sentencia,
 De ricas perlas llenas y perfiles,
 En quien Vulcano echó toda su ciencia;
 Donde en realces de mágicos buriles
 Grabada está una oculta descendencia
 De héroes ilustres, que vendrán al mundo
 Del primer poseedor, y del segundo;

Del crespo mar una áspera tormenta
 Allí hasta hoy las dió depositadas,
 Sin que el furioso Telamon consienta
 Que le sean de mortal mano tocadas:
 Vive en su muerto corazon la afrenta
 De haberle sido sin razon quitadas,
 Y en virtud deste pensamiento altivo,
 Muerto para guardarlas se está vivo.

Si ya este nuevo espíritu valiente
 El fin supiere hallar desta aventura,
 Yo mi favor le prestaré decente,
 Y él me hará de su valor segura."
 Así Morgana al márgen de una fuente
 Al blando viento hurtaba la frescura,
 Y yo al sabor de su parlar atento
 Tambien bebí de su discurso el viento.

Cuando el tiple marcial que el clarín vierte,
 Y el ronco son de trompas y atambores
 Con que el mundo camina hacia la muerte,
 Su plática deshizo entre las flores:
 Cesó el sepulcro en que la Hada advierte
 Que el arnés vive lleno de primores
 Del griego capitán, á cuya mano
 Hector murió, y tembló el muro troyano.

Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda
 Por la tierra marcial furor derrama,
 Y en invisible aliento da el que pueda
 Crecer á soplos de ambicion la llama:
 Del rey francés los triunfos, con que queda
 En majestad vencido el de la fama,
 El requemado enojo, los desvíos,
 Y del Leonés los indomables brios.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Descripcion del templo de la Fama: Aventuras de Ferragut: libera una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la Fuente del desengaño: la ninfa le cuenta su historia, y en un lienzo bordado por ella le muestra en profecía algunos valerosos capitanes de España.

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
 Un soberbio castillo está labrado,
 Que aunque de huecos aires su cimiento,
 Y en frágiles palabras amasado,
 Basa no tiene de mayor asiento
 El mundo, ni los cielos se la han dado,
 Pues á solo él y su muralla fuerte,
 No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,
 La tierra y cielo desde allí juzgando,
 De anchos resquicios y atalayas llenas,
 De ojos cubiertas sin dormir velando;
 Y con mas lenguas que la mar arenas,
 Agenas vidas y obras pregonando,
 Sin que palabra, aunque pequeña suene,
 Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores,
 Es quien las torres del alcazar vela,
 Y en plumas de vistosos resplandores
 Por todo el orbe sin cansarse vuela:
 Favores pregonando, y disfavores,
 Que allí el parlero tiempo le revela,
 De ojos vestida, de alas y de lenguas,
 De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus claraboyas por la cumbre
 De la enarcada bóveda del cielo,
 Sobre pilares de oro, cuya lumbre
 El aire baña, y da hermosura al suelo:
 Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
 De huecas voces un sonoro vuelo,
 Que en confuso rumor los patios llena,
 Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas,
 Sin guardadoras llaves ni candados,
 Á todo tiempo y toda gente abiertas,
 De cualquier calidad, suerte y estados:
 Las ocultas verdades descubiertas,
 Los antiguos engaños disfrazados,
 Los vulgares rumores, cuyo enjambre,
 Al deseo de saber crece la hambre.

Á estos sin que el reciente rastro borre
 El vulgo la ignorante oreja aplica,
 Y al ciego aliento que en sus patios corre
 La mas templada boca multiplica:
 Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
 Tan mudados en otra los publica,
 Que volviendo á encontrarlos sus autores
 Nuevos los juzgan, y los dan mayores.

El firme umbral de sonoro bronce
 Al grave peso de la gente gime,
 Que el vario tiempo por el ancho esconde
 A todas horas de aquel mundo esgrime;
 Aquí de nudo eterno el mortal gonce
 Los siglos vence, y á la muerte oprime,
 Y en vuelo infatigable y ancha pompa,
 El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,
 De ronca voz y de alas encogida,
 Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
 Que á la luz deja en su cundir vencida;
 De feroz vista y proporcion que espanta,
 En vivas lenguas y ojos convertida,
 Y de tal propiedad y tal sugeto,
 Que á todo hace, y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda
 Al vuelo heróico de mi corta pluma,
 Que si hoy humilde y por el suelo queda,
 Mañana suba á ser de honor la espuma;
 Y en lo alto ya de la voluble rueda,
 El tiempo ni la halle ni consuma,
 Mas con su altiva voz tan hueca suene,
 Que el mundo espante y sus regiones llene.

De todas las humanas invenciones,
 Soberbias torres, máquinas, trofeos,
 Bellos teatros, ricos panteones,
 Altas columnas, graves mausoleos,
 Anchos doriscos, sacros iliones,
 Colosos, arcos, termas, coliseos,
 Pinçel, estatuas, bronces, escultura,
 Y otra si hay mas constante ó mas segura;

En todas cunde la infeliz polilla
 Del voraz tiempo, autor de las verdades :
 No hay real corona, ni suprema silla,
 Sagrado imperio, muros ni ciudades
 Contra sus fuerzas; todo lo aportilla ,
 En todo imprime y causa novedades :
 Los reinos muda , sus linderos trueca ,
 Y hoy, donde ayer fue mar, ya es tierra seca.

¿Quién me dirá de la usurpada España
 El cetro obscuro de ásperos Alanos?
 ¿Qué terrones rompió la inculta saña
 De Almonidas y antiguos Turdetanos?
 ¿Quién los Épalos fueron , cuya maña
 Al Betis dió los muros sevillanos ?
 Los Zacintos, los Celtas, los Ancones ,
 ¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?

Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias;
 La romana y la griega monarquía ,
 De Virgilio y de Homero plumas varias ,
 Murieron , y ellos viven todavía :
 Si á sus versos los reinos dieron párias ,
 Tambien yo espero que á la musa mia
 Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos ,
 Roma sus muros , Rodas sus colosos.

Estos deseos , sabrosa medicina
 Contra la muerte son de honrados pechos ,
 Que el alma eterna, de nacion divina,
 Eternizar tambien desea sus hechos :
 ¿Quién á un famoso nombre no se inclina?
 ¿Quién la honra no antepone á otros provechos?
 ¿Quién tan inútil, y de humilde suelo,
 Que de una inmortal voz no ame el señuelo?

Pues este altivo monstruo en pasos blando,
 De pechos nobles pasto apetecido,
 Hoy por un ciego mundo hace volando,
 Con mayor voz que nunca, mas ruido:
 La nueva infiusta guerra pregonando,
 El valor del francés nunca vencido,
 El aprieto de España, y de sus cosas,
 Unas alegres y otras lastimosas.

Y entre las que el clarín con mayor vuelo
 Del vulgo humilde al real dosel levanta,
 Es de Francia el ejército, que el suelo
 Con sombra cubre, y con braveza espanta:
 Por quanto ciñe el mar y abraza el cielo,
 Ni otra voz suena ni otra gloria canta,
 Que siempre el vario monstruo se recrea
 Con los que la fortuna lisonjea.

Tambien la invicta España en contra viene
 Del comun enemigo á la potencia
 Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene
 En religion y leyes diferencia:
 El que de arar la tierra se mantiene,
 Los que en mandarla alcanzan eminencia,
 Al que en alcázar real ó humilde choza,
 La nueva guerra asesta ó la paz goza,

Los que á Duero cultivan sus jazmines,
 Y al río Miño las riberas rojas;
 Y de Ebro los principios y los fines,
 De nieblas frias, y corrientes flojas;
 Los que del Tajo habitan los confines,
 Y pisan de sus álamos las hojas,
 Y el que sin fruto en Guadiana pesca,
 Ó al Betis ciñe la ribera fresca.

Marsilio en prevenirse fue el primero
 Contra el comun pavor que asombra á España,
 Y al rey Casto ofreciendo un campo entero
 El de su gente infiel puso en campaña:
 Mandando á Ferragut, que al mauro fiero
 Por gente pase natural y extraña,
 Y á la de Cataluña por Valencia,
 De Africa anude y junte la potencia.

Fue Ferragut un bárbaro brioso,
 De fornida estatura de gigante,
 Miembros doblados, ánimo orgulloso,
 Colérico en sus gustos, y arrogante:
 En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
 Velloso rostro, y áspero semblante,
 Y en el llegar con su opinion al cabo
 Entre los valerosos el mas bravo.

Á insignes triunfos de armas inclinado,
 Y á desvolver del mundo las regiones,
 Y dejar fama en él, que es un cuidado
 Que no cabe en estrechos corazones:
 Todo hasta el marcial pecho era encantado,
 Y este lleno de honradas pretensiones
 Á sembrar sale belicosa saña,
 De Zaragoza á lo mejor de España,

Del Ebro claro á la corriente fria
 Alterando llegó en rumor la tierra,
 Con rayos de orgullosa valentía,
 Que es la paz de su espíritu la guerra;
 Y del florido salto que hacia
 La preñada cuchilla de una sierra,
 Como en grillos de plata vió ceñido
 Del humilde collado el tumbo erguido.

Así enfrenada la corriente brava,
 De arboledas vestido y de frescura,
 Que el sosegado curso que llevaba
 A la vista engañara mas segura:
 El bosque en sus cristales se miraba,
 Y dando y recibiendo hermosura
 De Flora, á vueltas via el brazo tierno
 Rosas sembrando del florido cuerno.

La fresca vid al álamo sombrío
 Sus ramos dulcemente encadenaba,
 Y á costa del humor del manso río
 De una inmortal frescura le adornaba,
 Donde al ardiente sol, el blando frío
 Con pardas frescas sombras convidaba,
 Y á contemplar en su cristal profundo
 Otro bosque, otro cielo, y otro mundo.

En este alegre soto entretenido
 Sus flores Ferragut pisa contento,
 Y del lugar, y del calor movido,
 Un nuevo busca y apacible asiento:
 Este halla fresco, el otro mas florido,
 Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,
 Hasta que de uno en otro remolino,
 De un raudal espumoso al salto vino.

Al sordo murmurar que se despeña,
 El hondo valle suena comarcano,
 Y de una peña dando en otra peña,
 De aljofar lleno salta al verde llano:
 Aquí una cueva está que, aunque pequeña,
 Hecha parece por divina mano,
 En cuyo húmedo seno y hueco frío
 Las deidades habitan de aquel río;

Donde en tiernos cuidados ocupadas,
 En grutas de cristal y ondas ceñidas,
 Las ninfas sobre telas delicadas
 Sus amores dibujan y sus vidas:
 Las rubias hebras de oro marañadas,
 Entre la blanda lana retorcidas,
 A vueltas muestran de sus lazos bellos
 Mil lances de primor dellas y dellos.

Aquí entre olores que tributa el prado,
 Al ronco estruendo del cristal rompido,
 El moro en graves trazas ocupado,
 Sin saber cómo se quedó dormido:
 Débil Morféo en paso sosegado
 El sentir le robó sin ser sentido,
 Al blando entrar de una quietud suave,
 Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.

Y apenas de la vista en las ventanas
 El sentido comun fijó dos sellos,
 Y de las cosas las figuras vanas
 Hechas aire sutil voló pór ellos;
 Cuando con luces no del todo vanas
 El sueño le mostró en retratos bellos
 Un alarde, á quien dan rayos adustos
 Los malogrados fines de sus gustos.

Sueña que se halla en los alegres días
 Que á Doralice festejó en Granada,
 Cuando á un breve favor largas porfiás,
 La puerta le dejaron mas cerrada:
 Las armas y pomposas gallardías
 En la amorosa empresa celebrada
 De Angélica, y la bella Guadalara,
 Del Brabonel amante prenda cara.

Prosigue amor en su pesado sueño,
 Y hácele en Babilonia enamorado
 De Bagdélia, y que en Persia alzó por dueño
 A la Hada Argiran de su cuidado:
 Que á la dueña del lago en dulce empeño
 Tambien sin premio le entregó el cuidado,
 Y de Marsisa fue atrevido amante,
 Y oculto de la bella Bradamante.

Que á Flordelis, y á Flordespina quiso
 En diferentes partes, y en ninguna,
 Ó sea por cuidadoso, ó por remiso,
 Favorable le vino suerte alguna:
 Ó sea estrella cruel, hado preciso,
 Azotes, ó regalos de fortuna,
 Ó la aspereza de su rostro y talle,
 Que era oille temor, miedo miralle.

Nadie le codició por tierno amante,
 Ni él en saberlo ser halló ventura,
 Con que el parlero sueño fue bastante
 A despeñarlo en una cueva oscura,
 Donde en lloroso vió y mortal semblante
 La bella granadina hermosura,
 Que á la arrogancia de su pecho fiero
 Su primer gusto fue, y su amor primero.

Parécele que en triste cárcel puesta,
 Donde halagüeñas lágrimas vertía,
 Con medroso ademan y habla modesta
 Breve socorro á su afliccion pedía:
 Quiso darle las obras por respuesta,
 Y del pesado sueño la agonía
 Su quietud le hurtó, y en medio el prado
 Un sátiro á una ninfa vió abrazado;

Ahora fuese que al sabroso frio
 A recrearse sin temor saliese,
 Y á gozar de algun álamo sombrio
 Su labor y la siesta le moviese:
 Ó que en la cueva del cercano río
 En cuidosas lazadas le prendiese,
 Ó que ahumado encanto le fingia
 Lo que durmiendo oyó y despierto via.

En mil lazos el sátiro encadena
 El delicado cuerpo transparente,
 Y la boca de amarga espuma llena,
 Ya el dulce aliento de la ninfa siente,
 Que á desdeñosos golpes le refrena,
 Y en tesón duro, y forcejar valiente,
 El torpe nudo huye, y feo semblante
 Del atrevido deshonesto amante.

Procura libertar el tierno cuello
 Del peligroso nudo de sus brazos,
 Y el sátiro importuno el bulto bello
 Mas encadena en amorosos lazos:
 El cendal rompe, troza los cabellos,
 Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
 Y todo en vano, que aunque no rendida
 Está de la ocasión del gusto asida.

Cual parda sierpe, que de nudos llena,
 El águila real lleva á su nido,
 Las alas con sus roscas encadena,
 Y en ellas cuerpo y pies le tiene asido;
 Ó escura yedra, que en maraña amena,
 El tronco á un olmo deja entretelido;
 Ó el blanco risco que la jibia tiñe;
 Ó el pulpo en negros lazos teje y ciñe;

Tal el lascivo sátiro envolvía
 La bella ninfa en su prision forzada:
 El moro que entendió la demasía
 Del torpe amor y el tiempo ocasionada,
 Del fresco lecho salta en que dormia,
 Y al vano amante la desnuda espada
 Al ciego corazon le guió de suerte,
 Que echó fuera el amor, y entró la muerte.

Cayó descoyuntado al mortal hielo
 El corvo fauno, y una alegre fuente
 Las nuevas flores del pintado suelo
 En su cristal bañó resplandeciente:
 Ó fuese influjo de observado cielo,
 Ó de mágica fuerza cerco ardiente,
 Al desangrado amante entre la yedra
 El mundo recibió mudado en piedra.

Y un zeloso cristal por la herida
 De desengaños lleno corrió al río,
 Tal que si al gusto á verse en él convida,
 Tal vez le vuelve en tristes sombras frío;
 Que al pecho no dió amor duda escondida,
 Que clara no la dé el licor sombrío,
 Los zelos, las sospechas, los antojos,
 Descifrados su luz pone en los ojos.

El hijo de Lanfusa fue el primero
 Que el alinde probó de la onda pura,
 Y ya por culpa agena, ó rostró fiero,
 Del suyo le asombró ver la figura:
 Ó sea sospecha, ó caso verdadero,
 Él lo sabe, y amor, que le asegura
 Que de su arco los menos agraviados
 Salen, cuando no heridos, asombrados.

Ni importa en nobles gustos ser amado;
 Que en alegre verano, y pasto tierno,
 Al corderillo que hay mas regalado
 A vueltas crece de la lana el cuerno:
 El caso de Anteon, já cual honrado
 En el alma no imprime miedo eterno?
 Pues no hay Diana fiel si se le antoja,
 Que en ciervo no convierta á quien la enoja.

Para humillar de su altivez la rueda
 En gustos locamente confiados ,
 Labrada esta parlera fuente queda
 De un libre desengaño de cuidados ;
 Donde el Narciso de favores pueda
 En el agua escribir los mas fundados ,
 Y gozar en sus márgenes y orillas
 De los hurtos de amor las maravillas.

Del feo bulto del fauno heredó el nombre,
 Y de su pecho y cuernos agua fria,
 Y su fama en el mundo tal renombre ,
 Que de divino oráculo servia:
 ¡Ciega locura aventurar el hombre
 Sin ganancia el caudal de su alegría !
 ¡Vana curiosidad, locos antojos ,
 Donde es mejor no ver que tener ojos !

Bien que al cristal de su parlero seno ,
 Hermosos campos, y pinturas bellas ,
 Un tierno niño amor de gustos lleno ,
 Sobre un cielo de flores por estrellas :
 Mil bellas ninfas por un bosque ameno ,
 Venus que alegre se regala entre ellas ,
 Y al compás de sus sátiros que espantan
 Bailan las unas y las otras cantan ;

Cuanto el antojo del que al agua llega
 Por gusto pide halla retratado,
 Montañas de oro la codicia ciega.
 De Midas, si aun le dura ese cuidado:
 Cazas Adonis en su fértil vega,
 Desengaños de amor quien no es amado,
 El nuevo amante pensamientos tiernos,
 El galan galas, el zeloso infiernos.

Los caballeros guerras y aventuras,
 Los sábios mil secretos naturales,
 La vista melancólicas pinturas,
 Los placenteros ojos otros tales:
 El labrador sus mieses mal seguras,
 El pescador sus cañas y sedales,
 La dama bella amor, galas la fea,
 Y cada cual al fin lo que desea.

En campo abierto el agua transparente
 Un tiempo al mundo dió sus maravillas,
 Mas el ciego concurso de la gente
 Que á ver llegó sus márgenes y orillas,
 Con disgustos turbada la corriente,
 Rojas volvió sus flores de amarillas,
 Hasta que en defendida niebla oscura
 La ninfa le encantó la hermosura.

Fue esta aparente máquina de cosas
 Sombríos cercos de la Hada Alcina,
 Que á hacer las de Bernardo mas pomposas
 Su nuevo estudio y su saber camina;
 Y de España las sangres belicosas,
 A que su natural gusto la inclina,
 Entre estas sombras quiere y su aparato
 Al mundo dar un singular retrato.

A este fin levantó en sus huecos senos
 De un rico alcazar la belleza extraña,
 Cuyas cornisas y artesones llenos
 De lazos de oro tan sutil maraña,
 De marciales sucesos mas ó menos
 Que en venideros siglos tendrá España,
 Crecientes olas que en lenguajes mudos
 Los campos honrarán de mil escudos.

Hasta aquel siglo de oro, y rey prudente,
 Que como antes la vuelva monarquía,
 Y el lleno goce en el de su creciente,
 Y sin menguante corra su alegría:
 Esto en muros de vidrio transparente,
 Y en cristalinos tumbos de agua fria,
 La ninfa dibujó, y en niebla oscura
 Encantó hasta su tiempo su hermosura.

Al primer riesgo de la sábia fuente
 El lascivo animal perdió la vida,
 La ya vengada ninfa en la corriente
 Del claro rio sin temor metida:
 Viéndose con castigo suficiente,
 En su ofendido honor restituida,
 A su libertador vuelve lozana,
 Y á darle el premio del favor se humana.

Los espumosos tumbos refrenando,
 De entre ellos levantó el gallardo cuello,
 Con las nuevas vislumbres deslumbrando
 Al que se atreve con su riesgo á vello;
 Y en lazada sutil de un cendal blando,
 En crespos lazos reformó el cabello,
 Que á no ser de mas precio su tesoro,
 El dia comprará dél sus rayos de oro.

Halló el moro caida entre las flores
 De un sirgo azul la tela delicada,
 De matices cubierta y de primores,
 Milagros de la aguja de la Hada:
 Donde en preciosas sedas y colores
 Una historia sutil vió dibujada,
 Parte labrada ya, parte en amago,
 De punto natural, ó aspecto mago.

Nunca de Palas la sutil aguja,
 Cuando Aragne intentó su competencia,
 Á los heróicos dioses que dibuja,
 Igual perfección puso ni igual ciencia:
 Ni el divino cendal que sobrepuja
 Toda invención de humana suficiencia,
 Sembrar pudiera en el atento moro
 Igual deleite, ni mayor tesoro.

No entendió las figuras, aunque pudo
 Su gallardo ademán entretenello,
 Y atento á verlas por un rato mudo
 El gusto le dejó del cendal bello;
 La sabia ninfa, que del torpe nudo
 Del ya muerto animal vió libre el cuello,
 Y al caballero en entender atento
 De su labor el escondido cuento,

Por conveniente paga que al servicio
 En algo iguale de su espada hecho,
 Y el premio al recibido beneficio
 La majestad descubra de su pecho;
 Quiso al moro dejar que es noble oficio
 En su presente gusto satisfecho,
 Con breve relación de cuanto incluso
 En el rico cendal su aguja puso.

Huyóse de las aguas el ruïdo,
 Y por hacerse espejo á su belleza,
 El río en nuevo estanque convertido,
 Inmudable volvió su ligereza;
 Y ella en palabras de inmortal sonido
 Así, al invicto moro vuelta, empieza:
 "Bien que sea tu valor en cuanto haga
 De su antigua virtud la mayor paga;

Tal vez á un fiel servicio le ennoblecé,
 Que digno dél quien le recibe sea,
 Y el gusto y gloria de la hazaña crece
 Cuanto es mayor la parte en que se emplea:
 Pues porque el tuyo en lo que en sí merece
 Su colmo goce, y su creciente vea,
 Contarte quiero á quien por modo honrado
 Con tu invencible espada has obligado.

Conocerás de paso los varones
 Que en mi heróica labor voy dibujando,
 Que sombras de proféticas visiones
 No se pueden gozar solo mirando:
 Y yo, que el gusto miro en las acciones,
 Ya los deseos del tuyo estoy juzgando:
 Oye pues, te diré, moro valiente,
 Lo que deseas saber, y hay en mi fuente.

Una soy de las ninfas deste río,
 De su juncia nacida en las riberas,
 Ya en otro tiempo el ejercicio mio
 Fué por los montes fatigar las fieras:
 Ninguna selva ni lugar sombrío
 Sin los despojos de mi caza vieras,
 En armar redes y acechar paradas
 Las más diestras no fueron tan nombradas.

Sin lanudos sabuesos ni lebreles
 Al jabalí rendí y al oso fiero,
 Y si hay fieras mas fieras y crueles,
 Esas trataba de amansar primero.
 De rosas coronada y de laureles,
 Mas tuve, sin querer, de un prisionero,
 Que de lo que yo entonces me preciaba
 Era de un arco, un dardo, y una aljaba.

Y no me estraga el áspero ejercicio
 La atezada beldad de mi figura,
 Que si estimarla en poco no fue vicio,
 Nunca mas la estimé de lo que dura:
 El terso espejo, cuyo amargo oficio
 Es siempre preparar nueva hermosura,
 Nunca la mia templó, ni en clara fuente
 Por nuevo adorno contemplé mi frente.

Ya Febo estas montañas abrasaba,
 En iguales balanzas puesto el dia,
 Cuando yo sus collados trastornaba
 Rastrando un ciervo que flechado habia:
 El cansancio el calor me acrecentaba,
 Y una fresca alameda, que nacia
 De las orillas deste hondo rio,
 Señas hacia temblando á un viento frio.

Tejiendo en frescas hojas y altas ramas
 De sombrios sauces y ásperos laureles
 Tupidas cuevas, y floridas camas
 De azules lirios, carmesíes claveles,
 De atada yedra, y revoltosas gramas,
 Vistosos lazos, rejas y cancelles,
 Donde el blanco jazmin hacia ventana
 Al tierno grumo de la vid lozana.

La murta, madreselva y arrayanes,
 Los almeches cercaban y algarrobos,
 Y ellos con sus brutescos ademanes
 De hojosas ramas resonantes globos ;
 Por donde las calandrias y faisanes
 Cruzando daban silbos y corcovos,
 Y el sol por su tupida celosia
 Su luz queria engazar, y no podia.

Bebiendo al fresco viento el soplo blando
 Al frio llegué de la ribera amena,
 Por donde se iba sin mover pasando
 En brazos de cristal la onda serena,
 Cuyo profundo seno va volcando
 Los granos de oro en la menuda arena;
 Meto el pie dentro, y como siento el frio,
 Desnuda me arrojé en el manso rio.

Á veces con la una y otra mano
 Si asir procuro de las ondas frias,
 Ellas, haciendo mi trabajo vano,
 De mí se huyen por diversas vias:
 Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
 Y entre el huir del agua, y mis porfias,
 Sentí por ellas nuevos remolinos,
 Y vi temblar los árboles vecinos.

El dios deste lugar sagrado rio,
 De verdes cañas y ovas coronado,
 El rostro y barba llenos de rocío,
 Lloviendo arroyos de sudor helado;
 En una mano un álamo sombrío,
 Y en una urna de vidrio reclinado,
 Del lugar con el mio mas vecino
 Salió rompiendo el muro cristalino.

Al descubrir el dios quedé turbada,
 Y á huir medrosa comencé desnuda,
 Y él , viéndome sin ropa despojada
 De mi arco de oro, y de su flecha aguda,
 Ardiendo sintió el alma antes helada,
 Y de su nueva pretension no duda,
 Que al gran señuelo que el amor le hacia,
 Ningun estorbo en él serlo podia.

Yo huyo dél , cual tímida paloma
 Del presto gavilan que le da caza,
 Y él en seguirme tan por suyo toma,
 Como á paloma el gavilan de raza :
 Saliendo deste valle á aquella loma
 Subia , y como nada me embaraza,
 En lugar de correr creo que volaba,
 Y siempre á mis espaldas le llevaba..

En esto veo su sombra de improviso,
 Que el sol ya por mis hombros la subia,
 Si no era de algun álamo ó aliso,
 Y por suya el temor me la vendia:
 Mas no era el presto dios nada remiso,
 Ni sus pies solos cabe mí sentia,
 Que ya casi en mis pasos tropezaba,
 Y su aliento el cabello me volaba.

Pasmóme el corazon un miedo helado,
 Y allí sin poder mas me vi rendida,
 Que al desenvuelto amante el premio amado
 Metiendo espuelas via en la corrida:
 Los ojos volví al cielo, y el cuidado
 Le entregué de mi honra y de mi vida,
 Y á la casta Diana en tal estrecho
 Esta breve oracion dije en mi pecho :

"Divina diosa , si por mí ofrecidas
 Víctimas fueron humos de tus aras,
 Y sus puras entrañas encendidas
 Llamas en nombre tuyo dieron claras ;
 Si aljaba y flechas traje á tí debidas,
 Y tu selva aprobó sus diestras varas,
 Deste fiero enemigo y su torpeza
 Defiende , oh casta Diosa , mi limpiceza."

Á este fresco lugar en que ahora estamos
 Diciendo estas palabras descendia,
 Cuando Diana de entre aquellos ramos
 Salió esparciendo en mí una niebla fria :
 Las dos en medio della nos salvamos,
 Y el fugitivo dios, que ya ponía
 En mí sus brazos, aunque quedó ciego,
 Por mil partes cercó la nube luego.

Yo , viendo tan solícito enemigo,
 Aunque de la triforme luz guardada,
 Y en su inviolable amparo y casto abrigo
 Segura estaba de dañarme nada;
 La beldad ciega, que vivia conmigo,
 Inquieta me traía y alterada,
 Cual tímida cordera, que presente
 El lobo en torno del aprisco siente.

Cuando medrosa entre un sudor helado
 Me vi ir toda abrasando y consumiendo,
 Que á modo de rocío delicado
 De sus senos la nube fue lloviendo :
 Los huesos ya en cristal se habian trocado,
 Y como yelos se iban derritiendo,
 Corriendo entre las yerbas , y el amante
 Que el agua conoció , mudó el semblante.

Dejó la grave majestad pesada,
 Y en ver mis nuevas ondas atrevido,
 "La empresa mia , dijo , es acabada,"
 Y en sus aguas tras mí se ha convertido:
 Yo , viendo pretension tan porfiada,
 Rendime , y al tomarle por marido,
 Vi que á mudar el celestial decreto
 Ningun humano curso hace efeto.

Entre estos riscos mi morada tengo
 De cristal duro y blancos pedernales,
 Y aquí con otras ninfas me entretengo
 En dibujar empresas inmortales :
 Del dios Jano por recta linea vengo,
 Y saben las antorchas celestiales
 Que es Iberia mi nombre , y mi estandarte
 La mejor sombra del sangriento Marte.

Quisiérate mòstrar , pero no quiero,
 Los preciosos tesoros de mi cueva,
 Las grandezas que al siglo venidero
 Por todo el orbe su corriente lleva:
 Los triunfos , y el camino verdadero,
 Que al mundo sacará una gente nueva,
 Á reducir debajo de su lanza
 Cuanto rodea el sol , y el mar alcanza.

Los apartados reinos , y las gentes
 Por los senos del mundo derramadas,
 El fin del mar , las playas diferentes,
 Y aquellas islas del calor tostadas,
 Que al valor de mis claros descendientes
 Por las estrellas viven reservadas,
 Aunque no caben todas en la tierra,
 Lo menos cunden que mi pecho encierra.

Mas, no es posible alcance tantas cosas
 El presto huir de un tiempo tan escaso,
 Ni tú, en horas tan breves, mis famosas
 Grandezas puedas ver si no es de paso:
 Á otro brazo las lumbres poderosas
 La victoria pasaron dese caso,
 Y á tí lugar famoso al márgen suyo,
 En honra al real valor del brazo tuyo.

Mas, por bastante paga al beneficio
 De haber en mí favor tu espada honrado,
 Ya que el precioso hado te es propicio,
 Y tanto tu nobleza me ha obligado;
 Del mundo por venir un breve indicio
 Quiero que en mi labor veas abreviado,
 En nueve hermosos rayos, cuya llama
 Con los nueve compite de la fama.

Este lienzo entre lazos de oro fino
 Al mundo guarda vivos sus retratos,
 Cuya estampa y dibujo peregrino
 Labrando me entretiene alegres ratos:"
 Dijo, y desde el remanso cristalino
 La tela desdobló, que dió baratos
 Á sus ojos mil rayos de contento,
 Y ella así prosiguió su alegre cuenta:

"Estos que de mi aguja retratados
 Dan gloria á las edades venideras,
 Son nueve capitanes celebrados,
 Tras de quien vienen todas mis banderas:
 Los triunfos á sus hechos reservados
 Celebrados quedáran si los vieras,
 Que yo ahora no he de darles mas renombres,
 De que aquí los conozcas por sus nombres.

Este que ves entre moriscas lides
 Con seis azules roeles señalado,
 Antiguas armas del gentil Persides,
 En tiempo del rey Artus celebrado,
 Es el godo aleman Nuño Belchides;
 Y este escuadron que en sombras abreviado
 Aun se está en los principios de mi aguja,
 Y su luz la del cielo sobrepuja,

El fruto es de su tronco, que al cercano
 Mundo que ha de venir promete el cielo,
 Y yo en su nombre al reino castellano
 Príncipes dignos de su invicto suelo ;
 Y á Castro y Lemos , colmo soberano
 Desta creciente, cuando en feliz vuelo
 Nazca un Apolo por patron y guia
 De una famosa historiá suya y mia.

El que tras él no quiereatrás quedarse,
 Y su opinion tan adelante lleva,
 Que á todo el ancho mundo hará estimarse,
 Si á hacer llegare de su espada prueba ;
 Pues aquí no pudieron dibujarse,
 Celebre sus hazañas con voz nueva,
 Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,
 No solo España , pero todo el mundo.

De la real sangre que sucede y mana
 Á Sandoval desta sagrada fuente,
 Lerma gozará duques , y hará usana
 Á España un soberano descendiente ;
 De cuya sabia y fiel prudencia humana,
 El grave sucesor de un rey prudente,
 Hará el mejor gobierno que en Castilla
 Haya tenido la española silla.

Este de blancas plumas señalado,
 Que el campo de morisca sangre baña,
 Si el frigio Héctor no ha resucitado,
 Famoso Cid será , y honor de España :
 Temblará Mauritania en verle armado,
 Y en el frio ataúd ¡grandeza extraña!
 Hecho á vencer con su ademán altivo,
 Tan bien vencerá muerto como vivo.

Mira tras este al que por propio nombre
 El de Gran Capitan será debido,
 Y si el retrato te parece de hombre,
 Es porque en mortal lienzo está tejido:
 Su fama , sus hazañas , su renombre,
 No en columnas de mármol esculpido
 Al mundo dejará para memoria,
 Mas toda Italia cantará su gloria.

Este á quien favorece la fortuna
 Al parecer con tan alegre cara,
 Si los hados le sacan de la cuna,
 Marqués será famoso de Pescara :
 Victoria eterna en inmortal coluna,
 Digna promete á su grandeza rara,
 Y él al honor de España un gran tesoro,
 En el rey preso de los lirios de oro.

Aquel pór tantos mares venturosos
 En pequeños bajeles engolfado
 Es Hernando Cortés, que en mil colosos
 Su nombre ser merece eternizado :
 Descubrirán sus ojos venturosos,
 Y rendiré su esfuerzo afortunado,
 Otro mundo , otro cielo , y otro polo,
 Que es poco para él un mundo solo.

Este que tiene el venerable cuello
 De un bello toison de oro enriquecido,
 Y colgado del peso d'el y dello
 Del suelo lo mejor y mas florido;
 Si acaso el mundo mereciere vello,
 Como el ser su monarca ha merecido,
 Duque de Alba será, y honor de España
 En Portugal, en Flandes, y Alemania.

El que sobre este carro cristalino
 El mar gobierna en venturoso freno,
 Si al mundo hallare su valor camino
 Para dejarlo de victorias lleno,
 De Santacruz será Marques divino;
 Y si la parca en su enlutado seno
 Antes de tiempo su valor no encierra,
 Temblar hará el furor de la Anglia tierra.

Aquel en quien las horas presurosas
 El curso abreviarán con tal corrida,
 Que apenas á las puertas deleitosas
 Llegar le dejarán de nuestra vida;
 Cuando entre negras sombras tenebrosas,
 La tierna faz de amarillez teñida,
 Dejará el aire claro y nuevo dia,
 Que en su real presencia amanecia;

Yo digo de aquel príncipe famoso
 Que á España vestirá de luto y llanto,
 Despues que su valor vuelva espantoso
 El seno de Corsú, y el de Lepanto:
 Y desde allí con triunfo victorioso
 Al espanto del mundo ponga espanto,
 Mostrando en esto ser hijo segundo
 De Carlos Quinto, emperador del mundo.

Oh estrellas! ¡cómo fuistes envidiosas
 A la gloria de España! ¡oh duro hado!
 Si al golpe de sus suertes valerosas
 No les faltará tiempo señalado,
 Tú solo á mil regiones poderosas
 Pusieras yugo y freno concertado,
 Desde donde se hiela el fiero Scita,
 Adonde el abrasado Mauro habita.

Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
 Para esparcir sobre la tierna frente,
 En sacrificios y debidos loores
 Deste mi soberano descendiente:
 Y vosotros, divinos resplandores,
 Deshaced los agüeros felizmente,
 Y aquella sombra y triste centinela,
 Que sobre su cabeza en torno vuela.

Destos nueve bellísimos luceros,
 En oro ahora y rosicler grabados,
 Sin otra inmensa copia de guerreros,
 Entre sombras y luces esforzados,
 A los siglos prometen venideros
 Honra á los vivos, gloria á los pasados.
 No sé si diga en tan veloz corrida
 Otro que aquí de intento se me olvida.

Vive en el mundo, y es el adversario
 Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
 Por quien un nombre heróico el tiempo vario
 Para siempre dará á tus obras vivo:
 Dejára el alabar á tu contrario,
 Mas véotelo mirar con rostro esquivo,
 Y es de tan grandes llenos la figura,
 Que aun asombra su luz puesta en pintura.

Es pues el valeroso brio dispuesto,
 Que allí campea entre plumajes de oro,
 Y en tierna edad, y en ademán compuesto
 Al francés rinde, y doma al pueblo moro,
 El invicto Bernardo, en quien he puesto
 De mi esperanza el sin igual tesoro,
 Cuya braveza ha de librarr la mia
 De un yugo de ambiciosa tiranía.

Lugar precioso en esta rica tela
 Queda á otros nobles hijos de la fama,
 En cuya heróica historia me desvela
 La industria de mi mano y de su fama;
 Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
 Es la que á eterno nombre y voz los llama.
 Ahora, en tanto que ellos nos suceden,
 Oye lo que los hados te conceden.

Si en esta clara fuente siete veces
 Al rayo de la luna te lavares,
 Y á los difuntos dioses tus juéces
 Con nocturnos inciensos aplacares,
 Y una sagrada víctima le ofreces
 Al dios conservador destos lugares,
 Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
 Harán que al mundo eternamente vivas,

Y tu edad y tu siglo se renueve
 Como los campos con las frescas flores,
 Sin que tu vista eterna noche pruebe,
 Ni tus sentidos sientan sus temores;
 Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
 Y por abril nacieran los amores,
 Y el cielo coronaren las estrellas,
 Y los años volaren en pos dellas.

Mas , si por no observar las impresiones
 De los celestes astros lo dejares,
 Y destas ceremonias y oraciones
 Indigno el limpio y grave arnés juzgares,
 De las otras forzosas ocasiones
 Este rocío temple los azares,
 Y en tu antes duro trato vuelva el mio
 Gusto agradable lo que fue desvío.

Perderás las congojas del profundo
 Sueño que te inquietó la fantasía,
 Pués gozar de inmortal vida en el mundo
 El cielo te lo da por otra via,
 Si merecieres el lugar segundo
 En los contestos de una historia mia,
 Que ha de durar mas siglos en la tierra,
 Que ondas derrama el mar y arena encierra.”

Dijo, y de en medio del sagrado rio
 Con la mano arrojó licor bastante,
 Con que al valiente Moro creció el brio,
 Y lo áspero lavó al feroz semblante,
 Volviendo lo argentado del rocío
 El antes rostro bárbaro elegante,
 Desnudo del primer capote y ceño,
 Que de horrible le hacia zahareño,

De una apacible gravedad compuesto,
 Hasta en los ojos de la envidia amable,
 Así en gallarda proporcion dispuesto,
 Que aun el áspero gusto volvió afable;
 Que mas se da con la ventura que esto,
 Como sin ella es todo abominable:
 El agrado, la gala , y la hermosura
 No son mas que un rocío de ventura.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

Bernardo, llevado por el mar en un barco encantado, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella. Pide al rey de Persia, que la llevaba, que le arme caballero: el rey le arma, y Bernardo hace batalla con él por la libertad de Angélica, la cual es arrebatada por el aire en un carro de fuego.

El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar, y sordo viento
Los rincones buscó mas peregrinos,
Fijo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convecinos,
El viento en calma, y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.

Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera,
Engólfase hoy, engólfase otro dia,
Y halla la mar mas blanda, y menos fiera:
Pierde el primer temor que le tenía,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,
Ni golbos teme ya, ni de la airada
Scila la herviente espuma aljosarada.

Que el gusto en sus presentes pretensiones
 Atropellando pasa inconvenientes,
 Descubre otras riberas y regiones,
 Otro cielo y estrellas diferentes,
 Otras costumbres, leyes y naciones,
 Otra habla, otro trato, y otras gentes;
 Y llega al fin del mundo, y playas solas,
 Adonde el ronco mar quiebra sus olas.

Tal mi pequeño esquife va rompiendo
 El peligroso golfo en que me hallo,
 Unas veces en calma, otras corriendo,
 Y apenas del temor puedo apartallo,
 Por nuevo mundo y cielo discurriendo;
 Y pues ya el detenello es anegallo,
 Nobles deidades que guiais mi intento,
 Socorred mi barquilla con buen viento.

Y tú, gloria y honor, cetro segundo
 Destas ricas antárticas regiones,
 Que cerradas de inmenso mar profundo
 Ven otro cielo, estrellias y oriones;
 Vuelve los ojos á su nuevo mundo,
 Oye mi voz, atiende á sus razones,
 Serás mi Apolo, y en la lira suya
 Pondrá mi canto y la grandeza tuya.

Darle has honra y favor en escuchallo,
 Y en brio lozano con su nuevo aliento,
 El barco tras quien va podrá alcanzallo
 Con mas facilidad el pensamiento:
 Que conforme á la altura en que me hallo,
 Si aquí me falta de tu soplo el viento,
 En calma quedare, y en golfo incierto,
 Sin esperanzas del amado puerto.

Por el mar ancho en desenvuelto vuelo
 Un barquillo sin alas discurria,
 Y ahora ¡oh lustre del iberio suelo,
 Sucesor digno del que en él venia!
 Luego que al mundo el sin igual modelo
 De tu raro valor, con el que cria
 Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
 Principio ilustre á tu memoria eterna.

Venciendo el campo aleve con su espada,
 Su tío en libertad por ella puesto,
 Sin darse á conocer dejó asombrada
 La corte al rey, y del contrario el resto;
 Y con la bella oculta retirada
 Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
 Con las nuevas del nuevo coronista,
 Nuevos deseos de gozar su vista.

Despues que el griego Mago á sus heridas
 Con frescas yerbas dió salud bastante,
 Por montañas y sendas conocidas
 A las playas guaron de levante;
 Por breñas y quebradas escondidas
 Entreteniendo al generoso infante,
 A fin que en la distancia del camino
 El curso hiciese de un contrario sino.

Los floridos collados que Ezla riega
 Dejan atrás, y la Sublancia loma,
 Donde el gran Trismegisto en fértil vega
 La ciudad hizo que deshizo Roma;
 Y allí de un cerro, que á las nubes llega:
 "Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma
 Tras de aquel risco y áspera montaña,
 Tu antiguo patrimonio de Saldaña.

Allí el que te dió el ser su estado tuvo,
 Y en todo este ancho mundo tus mayores,
 Y á tí mas fama en él que en ellos hubo
 Te espera en tus divinos sucesores."
 Desde allí hasta Fontible se entretuvo
 En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
 Lloran hechos cristal por sus mejillas
 Dos riscos en las torres de Mantillas.

Templando el sol con los aientos frios
 De las nevadas cumbres de Iduveda,
 Pasan por bosques y árboles sombríos ,
 Entre Bribiesca y Burgos la fresneda :
 Pisan de Rioja los alegres ríos ,
 Los collados de Nicla y Valvaneda ,
 De Orbion las altas sierras y peñones ,
 Sitio antiguo de Uracos Pelendones.

Aquí miran el lago monstruoso
 Que á Duero da las aguas y arrogancia ,
 Y de á donde con ímpetu furioso
 Baja á buscar los muros de Numancia ;
 Y entre Ágreda á la diestra , y el frondoso
 Bosque de Tarazona á igual distancia ,
 Pasan del río Moncayo la alta sierra ,
 A quien dió nombre el que á Palatuo guerra .

Bajan de allí á Tudela , y á Ebro el llano
 Vadean humilde por canal estrecha ,
 Dejan á Jaca á la siniestra mano ,
 Y á Huesca en Aragon á la derecha ;
 Y entre Urgel y Cardona el gran pantano ,
 Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha ,
 Y el campo de Girona ven seguros ,
 Y allí el de Francia en torno de sus muros .

Era pública voz que la persona
 Del César al ejército asistia,
 Y de sus paladines la corona
 Con la suya llevaba y componia;
 Y Bernardo en el campo de Girona
 Que le arme caballero pretendia;
 Mas, desabrido ya de la inconstancia
 Del Casto, el rey tomó la posta á Francia.

Triste al doncel la no esperada nueva
 Dejó, viendo alargar su deseo santo
 De dar al moro de su brazo prueba,
 Y al mundo nuevo con su espada espanto;
 Y este cuidado tan sin él le lleva,
 Y en su disgusto divertido tanto,
 Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
 Al tomar de una senda erró el camino.

De su ayo astuto, y su encubierta gente
 Perdido, se halló en un bosqué espeso,
 El sol, ya en las montañas del poniente,
 De las tinieblas trastornando el peso:
 Dió en caminar sin luz confusamente,
 Y por derecha senda, ó curso avieso,
 Llegó al mar de Colibre, cuando el dia
 En el de la Coruña se escondia.

Era en la sorda playa la resaca
 El son con que la noche iba creciendo,
 Y á cada tumbo por la selva opaca
 Las fieras con bramidos respondiendo:
 El viento, que ni crece ni se aplaca,
 Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
 Él con su gusto, y sus deseos en guerra,
 Suspenso, solo, y sin saber la tierra.

Dejó la silla, y el caballo suelto
 Pacer sin rienda en el florido llano,
 Receloso que su ayo allí le ha vuelto
 Para del César le apartar en vano;
 Y en este antojo el suyo fue resuelto
 De no tomar las armas de otra mano,
 Ni heróica hazaña acometer que importe,
 Hasta ser uno de su casa y corte.

Mas, luego que el descuido entre las flores
 Robando el alma le dejó dormido,
 Una voz tierna hecha de temores
 Pidiéndole favor llegó á su oido:
 Ó fuese el viento, ó sueños burladores,
 Ó el sabio que se huyó lo haya fingido,
 Porque en principios no del todo humanos
 Él lo diese á sus hechos soberanos.

Parécele haber visto una doncella
 De un su enemigo sin por qué alegria,
 Y que era el enemigo tal, que en ella
 El gusto tiene puesto de su vida:
 Que el querella causaba su querella,
 Y el ser amada la hace desabrida,
 Y sin mas ocasión que esta agonía,
 Breve socorro á su afliccion pedia.

Salió alterado, y puso con presteza
 Furiosa mano á su atrevida espada,
 Buscando en vano la mortal belleza,
 Que de su favor vió necesitada:
 Sacude el sueño, y culpa su pereza,
 Y con el alma inquieta y voz turbada,
 Por no la haber con tiempo socorrido,
 Así desprieto habló á quien vió dormido.

"¿Dónde, oh nueva deidad, mandas te siga?
 Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino,
 En que tu intento y gusto se consiga,
 Y el mio de tanto bien no salga indino."
 Dijo, y por ver en vano se fatiga
 Por donde fue lo que en el sueño vió,
 Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,
 Que es falta cree de luz, ó sobras della.

A su lado halló unas armas bellas,
 De flores de oro y pedrería sembradas,
 Blancas y salpicadas con estrellas,
 De un verde azul y rosicler grabadas;
 Como pudo mejor se armó con ellas,
 Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
 En belicoso fuego se encendia,
 Deseando ver lo que durmiendo via.

Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
 Volando vió cruzar el hueco viento,
 Por rayo de un rumor, que de repente
 Sacar pareció al mundo de su asiento:
 La cercana deidad Bernardo siente,
 Y adorala en su oculto pensamiento,
 Con los pasos siguiendo y con la vista
 Del rayo ardiente la dorada lista.

Llegó á la playa, y de la mar salada
 Los pies mojó en la combatida arena,
 Pasando entre el silencio sosegada
 La noche de quietud y sueños llena:
 Sin viento el golfo, en calma sosegada,
 Como en estanque claro agua serena,
 Y el cielo noche y vidas abreviando,
 Sobre ejes de oro sin parar volando.

Un pequeño batel en la arenosa
 Playa, sin ver con qué, vió detenido,
 Y embarcándose en él ¡extraña cosa !
 Volando se engolcó en el mar tendido:
 De entre las manos no tan presurosa
 Sale dejando el ave el caro nido ,
 Ni el arponcillo de oro mas ligero
 De su arco despidió el mejor flechero.

Cual ave ó flecha por el blando viento
 Sin dejar rastro el agua va cortando ,
 En varias cosas puesto el pensamiento ,
 Y como en todas acertar trazando :
 De unas en otras su alto pensamiento
 Cual va su esquife por el mar volando ;
 Mas siga ahora su gusto, huya su pena ,
 Que de lo que él propone el cielo ordena .

El carro de oro sobre el hombro diestro
 Del mauritano Atlante volteaba ,
 Y en el del sol el carretero diestro
 A los caídos antípodas bajaba ,
 Y de su vela al marinero nuestro
 Rendir el primer cuarto convidaba ,
 Cuando el esquife á un galeon armado ,
 Sin ver cómo, ó por quién , se halló abordado .

El quieto mar en calma le tenía
 Pegadas á los árboles la velas ,
 La gente aun su bullicio mantenía ,
 Y el primer cuarto sus recientes velas :
 El bullicioso esquife que venia ,
 Al temor puso y alboroto espuelas ,
 Tales , que el que llegaba mas atento
 Temia por uno que miraba ciento .

Llegó al real bordo el encantado barco,
 Y en deseos de mostrarse los primeros,
 Alperso el rojo, y Galbarin el zarco,
 Dentro saltaron con braveza y fieros:
 Uno diestro en espada, el otro en arco,
 Y ambos de los persianos caballeros
 De mas denuedo, y opinion mas sábia,
 Aquel nacido en Persia, este en Arabia,

El altivo español con la templanza
 Que á disfrazar bastó su desden fiero,
 Brioso y comedido á la pujanza
 Salió del uno y otro caballero;
 Y á qué deseado puerto la esperanza
 Al pesado galeon lleva ligero
 Humilde preguntó, y al cómo, y dónde,
 Así de dos el uno le responde;

"A la gran Siria la derrota lleva,
 Si Éolo nos ayuda con su aliento,
 Que encerrados los aires en su cueva,
 Con prolijo calmar nos da tormento,
 Y andar haciendo de los vientos prueba,
 Es propiamente andarse tras el viento:
 Orimandro, famoso rey de Oriente,
 Navega aquí con su invencible gente."

Bernardo entonces "lo que á mí me toca
 Sabrás, dijo, que soy un navegante,
 Que no he hallado con fatiga poca
 De mi viaje el fin que veo delante:
 Mi nombre el caballero de la Roca,
 Poco famoso, y menos importante;
 Busco á tu rey, y solo hablarlo quiero,
 Si se deja hablar de un caballero."

"Mi rey, respondió Alperso, dar no excusa
 En todo tiempo á todos grata audiencia,
 Ni el verdadero príncipe rehusa,
 Ni en calidades hace diferencia."
 Entró Bernardo por la nao confusa,
 Y á los dos que le dieron la licencia,
 El contrahecho barco á lo profundo
 Libre arrojó de aquel mudable mundo.

Pasó gallardo, la visera alzada,
 Sin ser de nadie en nada defendido:
 La cámara de popa vió labrada
 De precioso marfil y oro bruñido,
 De persianos tapices entoldada,
 Y allí á una bella dama un rey rendido,
 De aspecto bravo, bien que ya no lo era,
 Que le había vuelto amor de acero en cera.

La reina del Catay, la luz mas pura,
 Que fue de Europa y Asia fuego ardiente,
 La que entregó á Medoro la ventura,
 Y á ella los reinos del rosado oriente;
 La angélica beldad, la hermosura
 Que á nadie dejó libre, el rey potente,
 Hecha su alma un altar de amor injusto,
 Por ídolo traía de su gusto.

Y en contemplar su hermosura atento
 Mas que hombre estatua muerta parecía,
 Insaciable en hartar el pensamiento
 Del sabroso veneno que bebia:
 Cuanto mas bebe queda mas sediento,
 Que es el amor mortal hidropesia,
 Y el gusto que se veda en quien padece,
 El que solo se estima y apetece.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
 De hallar menos altiva su aspereza ,
 Mas ni ese ni otro medio aprovechaba ,
 Que donde falta amor todo es dureza :
 Cuando él á su desden mas se humillaba ,
 Mas ella hermoseaba su fiereza ,
 Que es la muger de suyo áspera roca ,
 Si amor de cerca ó lejos no le toca.

"Gloria de esta alma tuya, le decia
 En su dolor y en ella transformado ,
 Si por haber aquesta vida mia
 Al gusto de tu altar sacrificado ,
 Con ese llanto anegas mi alegría ,
 Y el adorarte pagas con enfado ,
 ¿Qué mas grave tormento se me diera ,
 Si contra tí otra culpa cometiera ?

Bien sabes que fue el término de verte
 Feliz principio de rendirte el alma ,
 Ni te es del todo oculto que en quererte
 Al mio ningun amor llevó la palma :
 Si solo el dulce bien de obedecerte
 Mis gustos tienen por el tuyo en calma ,
 Anatomía suficiente han hecho
 Tus bellos ojos en mi humilde pecho.

No con mayor lealtad el cristal puro ,
 Ni sosegada fuente en valle ameno ,
 Detrás mostró del transparente muro
 A los ojos su limpio y casto seno ;
 Ni en torreado alcazar mas seguro
 Príncipe fue de sobresalto ageno ,
 Que en mi pecho se vió , y está en mis ojos ,
 Gozando un casto amor dobles despojos .

Si con temor te sirvo y reverencia,
 Y adoro y temo tanta hermosura,
 Si entre mi sufrimiento y tu violencia
 Cada hora el oro de mi se se apura;
 Y si es justo vivir en tu presencia,
 Siendo mi cielo en carcel tan oscura,
 Aborrecido y lleno de firmeza,
 Hable por mí, responda tu belleza.

Ponme al sol que la seca arena abrasa,
 Ó á donde él muere envuelto en tierna nieve,
 Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
 Ó al que nieve, granizo, y rigor llueve,
 Por donde el dia con su carro pasa,
 Ó la callada noche el suyo mueve,
 Que en luz, tinieblas, en calor y en frio,
 Dejaré por ser tuyo de ser mio."

Dijo, y cual si de blanco mármol fuera
 Quedó sin habla, sin color, sin vida;
 Solo dió el llanto muestra verdadera
 De estar al triste cuerpo el alma asida:
 ;Duro paso de amor, que enternecria
 Del Caspio mar la roca mas ceñida!
 Y en Angélica obró su sentimiento,
 Lo que en acero duro el blando viento.

Cual parda encina en años arraigada,
 De un desabrido cierzo acometida,
 Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,
 Mas á su firme centro se halla asida;
 Ó cual peña en revuelto mar sentada,
 De una y otra y otra ola combatida,
 Que el aire y agua lavan las estrellas,
 Y firmes quedan en sus montes ellas:

Tal á los dulces ruegos y blanduras
 Del persa rey Angélica quedaba,
 Rotas de la razon las ligaduras
 Con que las suyas convencer trazaba:
 Volviéndose á las voces mal seguras
 Del deleitoso son que la encantaba,
 En muda lengua, y en semblante duro,
 Sierpe enroscada al mágico conjuro.

Bernardo con razon quedó admirado
 De dos tan diferentes voluntades
 De aquel amor y desamor, causado
 De sus mismas contrarias cualidades:
 De Orimandro el valor considerado,
 De su pena y dolor las propiedades,
 A compasión y lástima obligaba,
 Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.

Mas aquel firme y generoso aliento,
 Y aquella fuerza del autor divino,
 Que por el ciego mar, y sordo viento,
 El alto fin guió de aquel camino,
 Era á todo su bien impedimento,
 Y la violencia del contrario sino,
 Que en no admitido gusto determina
 Que muera el rey por la gallarda China.

Llegó el doncel el rostro descubierto,
 Y el Persa en verlo entrar salió alterado,
 Que ante su ingrata dama el pecho abierto,
 Dándole estaba el alma arrodillado:
 La que dormido vió halló despierto,
 Y viendo el tierno gusto violentado
 En que allí está, contra el presente agravio
 Así á Orimandro vuelto movió el labio.

"Por tales cursos el del cielo guia
 El vario fin de las humanas cosas,
 Que á veces gloria del dolor se cria,
 Y de un contrario azar suertes dichosas;
 Y en la fruta que al gusto parecia
 Sazonada, en lisonjas mentiroosas
 Suele estar la ponzoña entremetida,
 Y tras la flor la vibora escondida.

Y así, famoso rey, si al justo cielo,
 Que aquí por varios trances me ha traído,
 Con mi venida diere algun recelo
 Al gusto en que te hallo entretenido:
 El discurrir de su piadoso vuelo
 A nuestro bien va siempre dirigido,
 Y aquel que de su mano y trazas viene,
 Es el que mas á quien lo da conviene.

Si del incierto fin de mi venida
 De propósito hubiese de informarte,
 Seria tomar tan lejos la corrida
 Con desabridos cuentos enfadarte:
 Mas la causa entre muchas preferida,
 Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,
 Es pedir de tu mano el verdadero
 Honor, título, y voz de caballero.

Soy un mancebo, como ves, dispuesto
 A recibir, señor, lo que te pido,
 Noble en linaje, y la probanza desto,
 El valor que á este punto me ha traído,
 Que en pecho hidalgo un corazon compuesto,
 Ya por su propia sangre es bien nacido;
 Yo siento ahora en mí que soy cual digo,
 Y cada uno es de sí el mejor testigo.

Lo demas, si tú gustas por ahora,
 Para tiempo y sazon mas larga quede,
 Que descubrir de un hombre en sola un hora
 El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
 Esto, señor, por la que el tuyo adora,
 Pues nada pido injusto, me concede;
 Despues sabrás de la venida mia,
 Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia."

Dijo, y el rey con esto satisfecho
 Quedó, si no seguro, reportado;
 Bien que el medroso amor, el noble pecho
 No le dejó, aunque libre, asegurado:
 Que lo mas imposible da por hecho,
 Porque el amante viva recatado,
 Y en las leyes de amor quien no temiere,
 Burla, si dice que de veras quiere.

Y asi le respondió: "de tu venida
 La causa podrás darnos que quisieras,
 Y á los largos discursos de tu vida,
 Ó añadir gustos, ó acortar placeres:
 Que una imaginacion tan divertida
 En nada dudará que le dijeres,
 Baste por tí que el título pedido,
 Ya en desearlo le hayas merecido.

Y si al honroso peso estás dispuesto,
 Que en la voz del heróico nombre carga,
 Y en esos delicados hombros puesto,
 Pesado yugo no es, ni grave carga;
 Si no reparas en lo mas que es esto,
 Menos el riesgo de la muerte amarga
 Tu brio enfrenará, yo te concedo,
 Si no cuanto me pides, lo que puedo."

Dijo, y en silla de marfil labrada
 Por mayor aparato fue á sentarse,
 Antiguo rito, y ceremonia usada,
 En que actos tales suelen celebrarse.
 Bernardo, desciñéndose la espada,
 Fue á la oriental princesa á presentarse,
 Y á los pies puesto del soberbio estrado,
 Así le dijo ante ella arrodillado:

"Retrato vivo del valor humano,
 Si no eres sombra ó lumbre del divino,
 Reseña y toque del pincel y mano
 Que á tan gran perfeccion abrió camino;
 Ó seas toda del coro soberano
 Angel de luz, ó bulto peregrino
 De la masa mortal, en lo que quiero,
 Séame tu alta beldad dichoso agüero.

Esta espada, señora, que te juro
 Que en servirte estará siempre ocupada,
 De esa tu tierna mano, ó marfil puro,
 Para nuevas victorias me sea dada;
 Que este favor me guardará seguro,
 Y á ella de agenas fuerzas inviolada,
 Mostrando que al caudal humano excedes,
 Si esto es lo menos de lo mas que puedes."

La suspensa beldad de divertida
 Apenas dió al doncel grata respuesta,
 Que en sus disgustos y afliccion metida,
 Estaba en tristes sentimientos puesta;
 Que aun de cuidado ageno es ofendida
 La mujer que de veras es honesta,
 Y su fama y honor tan delicado,
 Que á un soplo ó queda muerto, ó destemplado.

Calló, y fue su callar templadamente
 De discrecion tan lleno y de cordura,
 Que al discurso mas vivo y elocuente
 En proporcion venciera, y en dulzura;
 Y en grave pundonor la altiva frente,
 De arrogancia mas llena y hermosura
 Que de flores la aurora aljofarada,
 Al gallardo doncel ciñó la espada.

El persa rey en nuevo triunfo á parte,
 De una trompa marcial al ronco estruendo,
 Espuelas calzó de oro al novel Marte,
 Ya todo en belicoso fuego ardiendo;
 Y de perlas un bárbaro estandarte,
 Con las persianas armas descogiendo,
 Así en semblante y ánimo severo,
 La fe juró debida á caballero:

"Por estas invencibles armas juro,
 Y los secretos desta noche muda,
 Que envuelta va pasando en aire oscuro,
 De espantos llena, y de color desnuda;
 Por ese claro y estrellado muro,
 Que nuestras vidas con sus vueltas muda,
 Y el resplandor de sus lumbreras bellas,
 Y la deidad que asiste en él, y en ellas;

Que la inviolable fe de caballero,
 Que al nombre heróico debo que hoy recibo,
 Segura y salva á todo un mundo entero,
 El tiempo guardaré que fuere vivo:
 Ni por mi punto perderá el severo
 Marte el grave rigor del suyo altivo,
 En cuanto en sus sagradas leyes manda
 El feroz rey que gobernó en Irlanda.

Daré favor á quien pidiere el mio,
 Y á quien no le pidiere si está opreso,
 Y en libre campo, y justo desafio,
 Ni hacer consentiré ni haré exceso." "
 Dijo, y dejando con gallardo brio
 Del bárbaro estandarte el grave peso,
 Así en nuevo ademan al Persa fiero,
 Que atento le escuchó, le habló severo :

"Invicto rey, si al celebrado pacto
 En tus heróicas manos se le debe
 Asiento firme, y que en respeto intacto
 Siempre delante el de su intento lleve;
 Si ya no en sola ceremonia el acto
 Presente ha de acabar su curso breve,
 Mas la justa promesa á tí debida,
 El suyo es bien que iguale al de mi vida;

La misma felá tu real valor jurada
 Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,
 Si tú con voluntad mas concertada.
 No grangeas ese cielo, ó su retrato:
 Y su hermosura, al parecer forzada,
 En su libre la das y honroso trato,
 Donde podrás por término debido
 Grangear, pues lo mereces, ser querido.

Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,
 El que hasta aquí á esta dama has usurpado;
 Busca otras reglas, que el amor las tiene,
 Mejores que estas para ser hallado:
 La humildad no disgusta, y entretiene,
 Que amor no cabe en corazon hinchado;
 Servir y porfiar todo lo alcanza,
 Cuando ambas cosas se hacen con templanza.

Y esto no yo, mas la razon lo pide,
 Y la obligacion nueva en que me hallo:
 Con ambas cosas tu apetito mide,
 Porque ninguna en ti pueda estorballo;
 Que lo que sin sazon su efecto impide,
 Yo estoy resuelto ya de atropellallo,
 Y que esta vez nos de la incierta suerte
 Ó á ella la libertad, ó á mi la muerte."

Cual suele destrozado peregrino,
 Del largo mar y tierras enfadado,
 De lejos viendo el fin de su camino,
 La amada patria y puerto deseado,
 De un no esperado viento repentino
 Hallarse en nuevos riesgos arrojado,
 Cuando ya libre consagrar queria
 Su roto barco al dios que fue su guia,

Tal el persiano rey oyendo estaba
 Cuanto el doncel del mar decirle quiso,
 Que de iras lleno su furor llegaba
 En desesperacion á ser remiso:
 Y ya por esto, ó porque su alma brava
 Mostrar pudiese en trance tal su aviso,
 En grave aspecto, á la demanda puesta
 Dio este breve discurso por respuesta:

"Aunque en vuestras razones se conoce
 La mucha que es seguir su dulce acento,
 Ni el tiempo quiere ni mi honor que goce
 El de un tan acertado pensamiento,
 Que el bien mezclado al mal se desconoce:
 Y así, aunque en mi confuso pecho siento
 El bien y el mal, y lo mejor apruebo,
 Aquello solo sigo que reprove.

Si la vida, la honra, y el contento
 En mí se han de acabar todo en un dia,
 Y á la fortuna, amor, y mi tormento,
 Tanto estorbo les es la vida mia,
 Nada me podrá ser impedimento
 Que no muera vengando mi alegría;
 Y consuelo es al fin de desdichados,
 A no poder ya mas, morir vengados.

Y vos, valiente y nuevo caballero,
 Si á vuestras pies quedare sin la vida,
 Cuando sepais la causa porque muero,
 La juzgareis por bien ó mal perdida;
 Que por lo que padezco, y lo que quiero,
 Tengo por experiencia conocida,
 Que en materia de gusto, y pretendello,
 Estorba al alcanzallo el merecello."

Dijo: y cual bravo toro, que admitido
 Ve en su lugar quien le ha desafiado,
 En rabia ardiendo, en zelos encendido,
 Corya la frente, el pecho levantado,
 Escarvando la tierra al fresco ejido,
 A un golpe piensa de quedar vengado,
 Y la contienda y zelos acabada,
 Libre y señor de su vaquilla amada;

Bien así el rey de Persia en rabia ardía,
 Y á la incierta venganza se aprestaba,
 Con los medrosos zelos no podía
 La cólera enfrenar que ardiendo estaba:
 El yelmo de oro, que á la noche fria
 Un nuevo sol de pedrería formaba,
 Se enlazó, y la ancha plaza del navío
 Palenque dió al dudoso desafío.

Era en forzosos trances el persiano
 En golpes diestro, en ánimo orgulloso,
 En gusto y paz discreto y cortesano,
 En guerra y armas fiero y peligroso:
 Ahora con su ardiente amor lozano
 En nada halla á su quietud reposo,
 Ni al novel tierno en su español denuedo
 Un mundo de contrarios pondrá miedo.

Los brazos altos, y altas las espadas,
 De un bético furor dejan llevarse,
 Y las valientes fuerzas abreviadas
 De un golpe quieren por igual vengarse;
 Que es flaqueza en defensas excusadas
 Buscando tiempos sin sazon cansarse,
 Y no abreviar pudiendo la victoria
 Hacer el pecho indigno de su gloria.

Crece el furor, y ponen sus espadas
 Lumbres al aire, y á la mar plumeros,
 Y al cortar cercos de oro en las celadas,
 Las rodillas por tierra sus guerreros;
 Cuyas robustas fuerzas alentadas
 Así se aumentan con los golpes fieros,
 Que en cada cual parece que revive
 Nueva fuerza y vigor del que recibe.

A la argentada luz de Cintia bella
 Son en el diestro herir retrato vivo,
 Uno del Orion armada estrella,
 Otro del rojo Serpentario esquivo:
 De lá vara fatal del dios que en ella
 Trae dos dragones de oro fugitivo,
 Que en continuo anhelar los pechos llenos
 De ira derraman sin cesar venenos.

Dos largas horas la victoria en duda
 Suspensa tuvo la neutral batalla,
 Y á cada golpe la opinion se muda
 Ya en este, ya en el otro de alcanzalla:
 Y sembrado el combés de la menuda
 Blanca hebilla y de enlazada malla,
 Entre la roja sangre que corria
 Un escarchado rosicler fingia.

Mas, ya cansado el Persa de reparos,
 De fieros golpes y de sangre lleno,
 Del roto escudo los grabados aros
 Del ciego aire arrojó al cristal sereno:
 Rompié al caer del mar los tumbos claros,
 Y desatando al sufrimiento el freno,
 A dos manos tomó la firme espada,
 Que ha de dejar su cólera vengada.

Con ella, y con la furia que alcanzaba,
 Que á las parejas con su amor corria,
 Al español buscó, que le esperaba
 Debajo el medio escudo que tenia:
 Si lo halla esta vez, con ella acaba
 De sus rabiosos zelos la porfia,
 Que donde quiera que su golpe acierte,
 Si hallare vida meterá la muerte.

Mas el diestro novel, que vió el mandoble
 Bajar cortando en dulce silbo el viento,
 Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
 Dando lugar á su furor violento;
 Y él un pequeño rasgo al peto doble
 Abrió del hombro á la escarcela á tiento,
 Tal que entre su grabado y pedrería
 La eclíptica del cielo parecía.

Y él, al volver en sí del golpe fiero,
 Con tal violencia le arrimó una punta,
 Que no bastando del templado acero
 Contra su fuerza la defensa junta,
 Por un costado entró, donde ligero
 Un nuevo río de roja sangre apunta,
 Y ayudando otra, y de un revés el vuelo,
 El grave rey de Persia vino al suelo.

Mas, no tan presto al jugador valiente
 El hueco globo salta á la ancha mano
 Desde la firme losa, que en ardiente
 Vuelo le escupe por el aire vano,
 Como el Persa feroz la altiva frente
 Del suelo que hirió levantó usano,
 Y en no vencido aliento, con voltario
 Luchar se anuda y ciñe á su contrario.

Las firmes garras codicioso emplea
 En anudar al gran pilar de España,
 Que con igual codicia le rodea,
 Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:
 Nuevo, aunque humilde modo de pelea,
 Donde las fuerzas prueban, y la maña,
 Entre un estrecho revolver de brazos,
 A hacer las vidas ó el honor pedazos.

De las heridas las sangrientas fuentes
 Ál mar tributan con calientes ríos,
 Y su falta en los firmes combatientes
 Las fuerzas mengua, pero no los brios:
 Dánse en abrazo cruel nudos valientes,
 De sangre propia llenos y vacíos,
 Y aquí y allí en tesón revuelto y vario
 El menos brioso lleva á su contrario.

Mas el Leonés brioso, á quien agrada
 Ver su alegre victoria antes del dia,
 Libre de si le sacudió, y la espada
 A buscarle tras él furiosa envia:
 Y hecha dos la riquísima celada,
 Dió fin el ciego amante en su porfia,
 La de su ingrata dama antes cumplida,
 Que ella de su crudeldad arrepentida.

Triste y sin gusto el castellano pecho
 En la caida quedó del rey persiano,
 Temiendo haber su indigna muerte hecho
 Cruel principio al de su heróica mano:
 Y él en su sangre y su furor deshecho,
 Si á todos dió dolor, no al inhumano
 Corazon de su dama, que quisiera
 Que porque mas penara no muriera.

La feroz gente del vencido amante,
 Que su rey vió en tan triste estado puesto,
 A vengarlo ó morir salió arrogante,
 Con armas dobles, y con paso presto:
 Cercan al vencedor, que en brio bastante
 A toda aquella injusta furia opuesto,
 Ningun golpe recibe, que el mas fuerte
 Su herida no le pague con la muerte.

Cual leon de Libia, ó jabalí cerdoso,
 De mastines sin dueño rodeado,
 Que entra, acomete, y sale victorioso
 Del tímido escuadron desordenado,
 Y á uno, á dos, y á tres deja brioso
 De sus blancos colmillos hostigado,
 Y el mas lozano, y de mayor gudeja,
 Que antes mas le seguia, mas se aleja:

Tal del leon montañés en sangre envuelto
 Las nuevas garras dan espanto y grima
 Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto
 Medroso huye su espantosa esgrima:
 Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto
 Al desangrado rey, que aun vive, anima
 A volver del desmayo, y dar aliento,
 Si ha quedado por donde, al pensamiento.

Como el que en tristes sueños se hundia
 Al ciego buche de una sierpe brava,
 Si entre sus negras garras le halla el dia
 Despierto ve lo mismo que soñaba;
 Tal el persiano amante en sí volvia,
 Y tal en sangre envuelto contemplaba
 La oscura imagen de la muerte fiera,
 A cuyo autor habló desta manera:

"Justa venganza de mi injusta vida,
 Para esto de los dioses enviado,
 Déjala ya de un golpe concluida,
 Abrevia tu victoria y mi cuidado;
 Que es cruel compasion, piedad fingida,
 Dejar con vida un cuerpo desdichado,
 Y el que mas de oro á su placer se viste,
 Es á una alma sin él sepulcro triste.

Ya he visto por mi mal lo que amor puede
 En un pecho á quien falta la ventura,
 Cuanto á un breve placer la pena excede,
 Y el mas fundado bien cuan poco dura:
 Si esto así al mas dichoso le sucede,
 Dame de un golpe suerte mas segura;
 Que es dar la vida á quien la muerte agrada
 Género de残酷 disimulada.

Mas, si este bien con los demas me veda
 La estrella que á este paso me ha traído,
 Este ahora á lo menos me conceda
 Por premio á lo que en daño la he seguido:
 Que esta tasada vida que me queda
 Se pierda donde el resto se ha perdido
 A los pies de una ingrata, con que vea
 Cada uno de los dos lo que desea.

Ella mi alegre muerte, y yo su amada
 Cara, en verme morir grata y contenta,
 Veré tambien si estar desenojada
 Su hermosura y gracias acrecienta."
 Dijo: y la real cabeza reclinada,
 Que Bernardo en sus brazos le sustenta,
 En diversos remedios que le aplica,
 Así el de la esperanza fortifica:

"No se ahogue en tu mal la confianza,
 Que los tiempos trocar podran su suerte,
 De los vivos es propia la esperanza,
 Que llega hasta las puertas de la muerte:
 Vive, que si fortuna y su mudanza
 Han podido á tal término traerte,
 El pardo cielo de celages lleno,
 De turbio suele amanecer sereno."

Asi le anima, si en tan triste estado
 Palabras son materia de consuelo;
 Y habiéndole la sangre restañado,
 Curar le hace, y levantar del suelo,
 Y de la bella dama al rico estrado
 Llevarlo, como á trono de su cielo:
 Mas ella le dejó, y se salió fuera,
 Que es darle vida el esperar que muera.

Quedó el Persiano viendo la asperéza
 Ni de nuevo sentido ni admirado,
 Que había ya hecho en él naturaleza
 Ser con desdenes y rigor tratado:
 Bernardo la crueldad con la belleza
 Amasada juzgó en un mismo grado,
 Sobre el tirano pecho que en el mundo
 Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.

Iban pasando entre el silencio mudo
 La oscura noche y sus calladas horas,
 El aire negro de color despudo,
 Lloviendo en sueños sombras burladoras,
 Que en dulce lazo y encantado nudo,
 Las penas atan en su herir traidoras,
 Y el sosegado mar riendo en calma
 De la tormenta en que se anega el alma,

Cuando el cielo en sus ejes trastornando
 La húmeda noche con sonoro estruendo,
 Las circunstantes sombras fue aclarando
 De una fogosa nube el bulto horrendo:
 En sesgo vuelo por el aire blando,
 Con prestas alas de oro descendiendo
 Sobre el suspenso mundo, á quien traía
 Antes del alba el no esperado dia:

Y ella en ardientes cercos repartida,
 Al ronco son de un espantoso trueno,
 La luz dejó de que venia tejida
 El aire de dorados rayos lleno;
 Y una nueva deidad de luz vestida
 Feroz salió de su abrasado seno
 Con tanta majestad, que en el navío
 Al pecho mas brioso quitó el brio.

Un carro ardiente de metal sonoro,
 Cuyo pesado yugo en sus prisiones
 Hace humillar con las coyundas de oro
 La enroscada cerviz de dos dragones,
 Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro
 De sus grabadas ruedas y florones
 Un tierno corazon, y allí esculpido
 De fuego azul *Venganza de Cupido.*"

Al tiempo que estas sombras temerosas,
 Nocturnos monstruos de celages hechos,
 Las fuerzas refrenaron mas briosas
 Con luz medrosa á los presentes pechos,
 La grita comenzó y voces llorosas
 De Angélica, que en lazos de oro estrechos
 Por superior violencia el bulto preso,
 Al grave carro dió liviano peso.

Y luego que huyendo en sombra vana
 Las fantasmas volaron por el viento,
 Y el rojo oriente y lúcida mañana
 De luz al mundo dió dorado aliento,
 Todos por justa dan de la inhumana
 Reina la grave pena y el tormento,
 Y bien que el cielo así lo ordene y mande,
 Porque á ingratos ningun castigo es grande.

Májicos cercos de la Hada Alcina,
 Al encantado carro dieron vuelo,
 Y allí apremiado de la ingrata China
 En silla ardiente el corazon de hielo:
 Ó sea al persiano rey dar medicina,
 Ó de la Hada cuidadoso zelo
 De su Leonés, y el riesgo que corria
 En la angélica dulce compañía.

Que era en trato y beldad tan poderosa,
 Y así eficaz en un sabroso engaño,
 Que nadie la vió afable, ó desdeñosa,
 Que libre se escapase de su daño:
 Despues diré de la carroza hermosa
 Y su celestial robo el curso extraño,
 Que es largo aquí tan dilatado cuento,
 Y corto á ingratitud cualquier tormento.

El persa rey, á quien la Hada en vano
 Para sanarlo le quitó la vida,
 Quedó cual sin sus flores el verano,
 La esperanza tambien en flor perdida:
 Sin alma, que en el carro soberano
 A la belleza fue del robo asida,
 Y él en el ciego caso no pensado,
 Cual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcia,
 Y al riguroso cielo levantadas,
 "Si allá algun dios, con lágrimas decia,
 La cuenta toca de almas desdichadas,
 De las injustas penas de la mia,
 ¡Cómo, estrellas, volais tan descuidadas!
 Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
 ¡Cuando con una acabarás mil muertes!

Ligero tiempo, que cual libre flecha
 Del mundo haces correr el curso blando;
 Veloces dias de medida estrecha;
 Ruedas que el bien y el mal vais devanando;
 Y tú, mi gloria, que á su corte hecha
 Por el aire deshecha vas volando,
 ¡Cuando daréis la vuelta á mis enojos,
 Y volverán á ver su luz mis ojos?

Mas, ya que el ofendido cielo ha sido
 Quien en venganza de mi loco intento
 La robada beldad habrá traído
 La vez segunda al triste altar sangriento,
 Y de la infeliz Creta el encendido
 Fuego abrasa á vueltas mi contento,
 Dando al cuchillo, sin poder valella,
 El blanco cuello de mi imagen bella;

Si á peso del dolor se da el contento,
 Si al peso de los bienes dan los males,
 Si á breve bien pequeño sentimiento,
 Si á perdida mayor penas iguales;
 Conózcase por esto mi tormento,
 Que soy quien perdió bienes celestiales,
 Y grangeó por un regalo tierno
 De vida celestial muerte de infierno."

Dijo: y en la experiencia de su daño
 Concluyó que era falto de ventura,
 Basa en que estriba el laberinto extraño
 Del intrincado error de su locura:
 Mas del amor el deleitoso engaño
 Con nuevas esperanzas le asegura,
 Que aunque dudosa y larga medicina,
 Las postas son en que el deseo camina.

Y el gallardo español, con el recelo
 De que tan noble rey sin culpa muera,
 Así le dice, y da por mas consuelo
 De su venida relacion entera:
 "Si por la cuenta y cómputos del cielo
 La nuestra viene á ser mas verdadera,
 No hay por qué un golpe tanto te lastime,
 Ni adverso azar que un alma desanime.

De tus gustos no temas, que si el viento
 No con fantasmas me engañó aparentes;
 Y en sueño vano, y loco fingimiento,
 El tiempo á conocer me dió á tus gentes:
 Del grave riesgo de ese altar sangriento,
 Y el cuchillo que así en el alma sientes,
 Libre tu dama la conserva el cielo,
 Ó en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

La noche ya en el denegrido oriente
 Sus cortinas de luto desdoblaba,
 Y el torpe nudo á la cansada gente
 Los lazos del cuidado desataba;
 Y en ocio los sentidos blandamente
 Con dulce delirar encadenaba,
 Cuando mi cuerpo sobre un verde prado
 En su nudo tambien quedó ligado.

Y no tan presto por la sombra vana
 El alma á su quietud volo sabrosa,
 Cuando la bella imagen soberana
 Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
 Y en grave presuncion, y en pompa ufana,
 Mas que en el tierno oriente el alba hermosa,
 A mí se vino, y con semblante amigo,
 "Ven á librar mi honor de su enemigo."

Dijo: y dando la vuelta con sereno
 Rostro, vestida de una luz rosada,
 De olor dejó divino el aire lleno,
 Y el resplandor mi vista deslumbrada:
 Y ella subida al estrellado seno,
 De una vislumbre celestial bañada,
 Mi atenta vista tras su presto vuelo,
 Aquella estrella mas contó en el cielo.

Estas armas despierto vi á mi lado,
 Y el pequeño batel en que venia ,
 Donde sin ver por quién me hallé embarcado,
 Tras el deseo de ver lo que antes vía ;
 Y el barco, por sí mismo gobernado,
 Aun que iba que volando parecia ,
 Hasta el bordo real dese navío,
 Donde en entrando en él vi hundirse el mio.

Pues si del mundo el superior gobierno
 Aquí me trajo en tan sabroso engaño ,
 Y á librar de tu fuerza el bulto tierno
 El fin guió de mi viaje extraño ,
 La oculta traza del saber eterno ,
 Ni por el suyo fué ni por tu daño ,
 Que para haberle de quitar la vida ,
 Superflua hubiera sido mi venida.”

Dijo: y por el oriente el alba helada
 Falta salia de luz y de alegría ;
 La mar aunque sin viento alborotada
 Con sordas olas el galeon batía
 En huecos tumbos de cristal preñada ;
 Y cuando á veces sin pensar venia
 Un tardo viento que en las velas daba ,
 Mayor tristeza y soledad causaba.

El deseado sol turbio encogido
 A sembrar comenzó lumbre al oriente ,
 Entre negros celages escondido
 De su ancho rostro de oro el rayo ardiente :
 Y el ronco son de un áspero gemido
 Suena en la nao y su afligida gente ,
 Que donde al gusto huye la alegría ,
 Así amanece el sol , y nace el dia.

CANTO V.

ARGUMENTO.

*Llegan Bernardo y Orimandro á una isla,
donde hallan un español que cura á Ori-
mandro sus heridas, y cuenta á Bernar-
do quién es. Prosiguen los sucesos de Fer-
raguto, y se cuenta su extraña aventura
con la hechicera Arleta.*

Y no sabiendo para cual derrota
Las velas amurar al tardo viento,
Que en crespas olas con tibiaza brota
Del cristalino y húmedo elemento,
Desde la gavia al sur no muy remota
Una isla vieron de agradable asiento,
Que llena desde lejos se figura
De agradables florestas y frescura.

Parece alegre sitio acomodado
Á curar al rey persa sus heridas,
Y que el vencido pueblo destrozado
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
Y ver si halla tambien puerto poblado,
Donde de aquellas playas no sabidas,
Isleño natural, ó gente extraña,
Navío le flete en que volverse á España.

La errada proa el práctico piloto
 Al punto á sus cercanas playas vuelve,
 Y de comun consentimiento y voto
 La blanca costa en que surgir desvuelve:
 Salta la chusma, crece el alboroto,
 Suena el ruïdo, y el clamor revuelve
 Quebrado en ecos por las altas rocas,
 Que azotan los delfines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,
 Gran piloto y cosmógrafo persiano,
 Á quien Planco obligó á seguir la guerra
 Por haber muerto á Periarcón su hermano:
 Este subió á la cumbre de una sierra,
 De á donde descubrió un florido llano,
 Y en la mar en la punta de un bajío
 Destrozos de una barca y de un navío.

Á la orilla de un río entre las flores
 Sobre un pequeño monte vió enredada
 Una humilde chozuela de pastores
 Antigua al parecer y despoblada,
 Desiertos los demás alrededores,
 Y al esconce del cerro una ensenada
 Playa figura y abrigado puerto,
 Entre una selva y un peñasco abierto.

De la áncora mordaz el corvo diente
 Firme agarró por el arena blanda:
 Saltó Bernardo en tierra, y diligente
 Al rey llevar mandó de la otra banda;
 Y un rico pabellon, resplandeciente
 Por el mucho oro y perlas, plantar manda,
 Sobre arrimos de plata y argollones
 En que repose, y curen sus pasiones.

Y en tanto que se planta y adereza,
 Con corvo arco pasó tras un venado
 Del bosque inculto la áspera maleza
 A la vecina cumbre de un collado,
 Donde una humilde choza alzar cabeza
 Vió alegre, y, aunque sola, halló á un lado
 Unas armas y escudo, y recien hecho
 De yerba y flores un pintado lecho.

Púsose á atalayar desde la puerta
 A un lado y otro, cuando junto al río
 Un hombre vió venir por la encubierta
 Que al sol hacia el páramo sombrío,
 Flaco, mástio, sin tez, la color muerta,
 Aunque gallardo en el semblante y brio,
 Que hácía Bernardo en viéndole se vino,
 Y él á encontrarlo le salió al camino.

Saludáronse afable y cortesmente,
 Y humilde el español pidió al isleño
 Si lo sabe le diga de la gente
 De aquella isla florida y de su dueño:
 Si es desierta ó poblada, si al presente
 Sabe en ella lugar grande ó pequeño
 Donde curar un caballero herido,
 Que allí fortuna le arrojó perdido.

"Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra
 Toda es de suelo y clima desdichada,
 Un mar profundo y áspero la encierra,
 Desierta en lo demás y despoblada:
 Y si algo habita aquí en discordia y guerra
 Es á mi parecer gente encantada,
 Que en fantasmas y bultos inhumanos
 De noche cruza por los aires vanos.

Poco ha que la fortuna desdeñosa
 Su arena hizo estampas de mi huella,
 Con un viento y borrasca peligrosa
 Que armó en el aire mi contraria estrella,
 Quedando yo en su playa pedregosa
 Vivo para morir despacio en ella,
 Que á quien como ahora á mí se muestra brava
 Por no acabar sus males no le acaba.

Otro mancebo se salió conmigo,
 Los demás sorbió el mar por sus riberas,
 Y este sin culpa mas que ser mi amigo
 Ya por los montes es manjar de fieras:
 Que solo basto yo para testigo
 De su inconstancia, y los que mas de veras
 En su rueda midieron altibajos,
 Ni se vieron tan altos ni tan bajos.

Es de mi vida larga la tragedia,
 Y tal que amarga aun el contar la historia,
 Que mientras un dolor no se remedia,
 Siempre es pesada y triste su memoria:
 Vamos á ver tu herido, que en la media
 Ladera deste monte, si en mi gloria
 Mi seso no quedó tambien deshecho,
 Una yerba he notado de provecho.

Y aun, segun de tus armas las señales,
 No á tí te dañará el precioso pisto,
 Remediará siquiera agenos males,
 Quien ya los suyos sin remedio ha visto."

Dijo, y Bernardo con palabras reales
 Las gracias rinde, y él en paso listo
 A toda diligencia va, y revuelve
 Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.

Llegaron á la playa, y en su lecho
 Al rey de Persia hallaron desangrado,
 Que en la mudanza y ejercicio hecho
 Se habian las rojas llagas reventado:
 Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
 Y de la yerba el bálsamo preciado,
 Mitigando el dolor de las heridas,
 Que las dejó á dos curas guarecidas.

Agradó tanto al valeroso Godo
 Del esculapio nuevo la cordura,
 El trato afable, el cortesano modo
 De sales lleno, y grave compostura,
 Que, deseoso de saber del todo
 De su vida el suceso y la ventura,
 Que en dolor vivo y esperanza muerta
 Le echó en parte tan áspera y desierta;

Un dia al delgado viento de la playa,
 Sobre una roca en que la mar batía,
 Y al resurtir en una corva raya
 La blanca espuma aljófares bullia,
 Sirviendo á sus cristales de atalaya,
 Y haciendo dellos mas alegre el dia,
 Puestos los dos entre el peñasco fijo,
 Así al isleño el español le dijo:

"Las muchas partes que el valor descubre
 En las noblezas de tu heróico pecho,
 Y la sabia prudencia que en él cubre
 El dolor fiero en que le traes deshecho,
 Cuanto con tu recato mas se encubre,
 Tanto mayores cosas dél sospecho,
 Y hallo en sus señales y costumbres
 De un hidalgo español claras vislumbres.

Sácame desta duda, y pueda ahora
 Contigo algo el amor que en mí has hallado:
 Dime de la fortuna burladora
 Las varias vueltas con que aquí te ha echado:
 Cuéntame en fin tu vida, y su mejora,
 Si alguna en esperanzas te ha quedado,
 Y cree, si aquesto mucho te parece,
 Que ya lo que te estimo lo merece.

Y mas te juro en fe de caballero,
 Que jamas por mi culpa te arrepientes
 De haberme hecho este gusto, con que quiero
 Que solo el tuyo en mis intentos sientas:
 Y si en los tuyos puede un verdadero
 Amigo aprovecharte, me consientas
 Que ocupe yo el lugar del que te falta,
 Pues no la hay en mi amor ni en fé tan alta."

Dijo, y el noble isleño entre no poca
 Confusion se halló corto y atado,
 Oyendo al caballero de la Roca
 (Que así el bravo español era llamado):
 Es fuerza obedecer por lo que toca
 Dar gusto al que es de todos adorado,
 Mas halla sus discursos tan extraños,
 Que no los contará en un siglo de años.

Admirase tambien que en su pregunta
 Le llamase español por alabanza,
 Que en tan tierno sugeto se halle junta
 Con tan grande braveza tal templanza:
 Al fin, aunque ni entiende ni barrunta
 Que sea quien es, conoce en su crianza
 Que es digno de que en todo le obedezca,
 Y que él lo mismo que le ofrece ofrezca.

Y así le respondió: "pues que no puedo
 A tan nueva merced dar recompensa,
 Ni á las obligaciones en que quedo
 Pagar sin le hacer notoria ofensa,
 Con referirte el espantoso enredo,
 Y aquella nube de peligros densa
 Que aquí me despeñó en eterno luto,
 Te habrá pagado mi alma su tributo.

Es mi nombre Gundemaro, y yo todo
 De la nobleza montañés nacido,
 Criado en el palacio del rey godo,
 Y de su corte y dél favorecido,
 Hasta que el tiempo por extraño modo,
 De mi enemiga estrella compelido,
 Mudó el curso feliz, y ya impedida
 Su corriente trocó la de mi vida.

Ya por tres veces la inconstante lumbre,
 Que desde el primer cielo el mar revuelve,
 Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
 En plata el oro de sus cuernos vuelve;
 Y otras tantas Faeton de su vislumbre
 Le bañó el hueco rostro, que desvuelve
 De las tinieblas los ocultos casos,
 Y en los hurtos de amor medrosos pasos,

Despues que ausente á la asturiana corte
 Al curso voy de mi contrario sino,
 Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
 Y aquí y allí sin rumbo ni camino:
 Fuera de estilo, y de hallarle corte
 De mi vida al confuso desatino,
 De una desgracia en otra, y de una en una
 Experimentando azares de fortuna.

Un mes ha ya que vivo en este yermo,
 Solo, sin esperanza ni alegría,
 Que ni de dia ni de noche duermo,
 Ni sé cuando es de noche ni de dia:
 El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
 La vista absorta, el desear sin guia,
 Asombrado de noche con legiones
 De espantosas figuras y visiones."

Asi el leonés Gundemaro la historia
 De sus prolijos males abreviaba,
 Y el carro en que Faeton perdió su gloria
 Las ruedas de oro el crespo mar bañaba,
 Cuando en soberbio triunfo y vanagloria,
 En carroza de nacar que volaba,
 Al puerto ven llegar una doncella,
 Mas que el sol rubia, y que la luna bella.

Venus sobre su concha parecía,
 De perlas y esmeraldas coronada,
 Que nuevamente de la mar salía,
 De su antigua belleza acompañada:
 Mas apenas el carro en que venía
 Vió la arena de aljofar escarchada,
 Cuando la luz trocó de su tesoro
 En blanca cierva con los cuernos de oro.

Y sentada sobre ella la hermosura
 Que antes sobre sus nácares volaba,
 Con ligereza igual por la espesura
 Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:
 Cuando los dos que en la enriscada altura,
 Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
 Á ver el fin de tan mudables puntos
 La espantosa beldad siguieron juntos.

Gundémaro al entrar en la montaña,
 Ni la corcilla vió, ni á quien seguia:
 Bernardo entre sus breñas una extraña
 Maravilla halló de mil que habia....
 Mas ya de Ferraguto la maraña,
 Que el ciego amor en sueños le fingia,
 Ardiendo el pecho en amorosa llama,
 Mi nueva voz á sus grandesas llama.

Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
 Y al mar de Atlante lo último del dia,
 Por sus gones, sus puntos y mudanzas
 El sol se entraba, y Hécate salia;
 Cuando perdido el tiempo y esperanzas
 El moro que el caballo antes seguia
 Solo se halló, confuso y atajado,
 A la orilla de un rio, en medio un prado.

Y enfadado de ver el nuevo enredo
 Con que á pie se quedó, pasó adelante
 Así altivo y feroz, que daban miedo
 Su fiero ceño y áspero semblante;
 Cuando la furia le templó y denuedo
 De una tienda el primor así elegante,
 Que al rayo de una luz que dentro habia
 Tambien el oro del brocado ardia.

Entre frondosos árboles plantada
 Estaba al murmurar del manso rio,
 Sitio oportuno, y parte acomodada
 Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
 Llegó cortés á demandar posada,
 Y halló el albergue y pabellon vacío,
 Con rico estrado y prevenida cama,
 Y al rayo de una luz sola una dama.

De poca edad y mucha hermosura ,
 Niña de alegre gusto parecía ,
 La frente un claro cielo , en cuya altura
 Sobre la nieve el sol resplandecia :
 De gentil cuerpo , y agradable hechura ,
 El rostro del color que nace el dia ,
 La garganta gentil , y el blanco pecho
 De frescas rosas y jazmines hecho .

Dado al descuido un nudo en el cabello ,
 Donde el sutil amor quedó enredado ,
 Para hacer lazos y marañas dello ,
 Y el pensamiento atar al mas delgado :
 Dos arcos de un dorado y sutil vello
 De cien flechas y mas cada uno armado ,
 Que van volando , y dan en las entrañas
 Al mover de las cejas y pestañas .

Dos mayos de azucenas y claveles
 En un verano son sus dos mejillas ,
 Sus dulces labios de coral rieles
 Con que rie el placer por sus orillas :
 De aljofarados dientes dos caireles ,
 Y en cada uno un millon de maravillas ,
 Verdes los ojos , y sus luces bellas
 Mil soles , que son poco dos estrellas :

De un mirar regalado y halagüeño ,
 Que acaricia , ocasiona , y necesita
 A dar el alma libre en dulce empeño
 Al precio de beldad tan exquisita :
 Con el donaire de un capote y ceño ,
 Que mas á un muerto gusto resucita ,
 Ni asi el ambar y música provoca ,
 Como el aliento y habla de su boca .

Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
 De rosas hechas, y apretada leche,
 De un real valle de amor menudas lomas,
 Que al ensancharse le hacen que se estreche:
 No hay Pancaya con todas sus aromas
 Que olor mas fino que sus pechos eche,
 Ni Venus de marfil ni de oro indiano
 Con dedos mas bien hechos que su mano.

De tela de oro azul manteo bordado
 De armiños, rica turca de escarlata,
 De alcatifas de Persia el grave estrado,
 Con bufete de nácares y plata;
 Donde en follages de cristal grabado,
 De un ardiente blandon la luz retrata
 Un agradable cielo en la figura
 De aquella nunca vista hermosura:

La rosada mejilla en la una mano
 Mostrando el brazo, y la otra descubierta
 Como al descuido en ademan profano
 La rica holanda en gayas de oro abierta;
 Dando por mas deleite al gusto humano
 La belleza que guardan encubierta
 De la aguja las redes peligrosas
 En el pecho de tierna nieve y rosas.

No habia en el pabellon mas que una lumbre,
 Ni mas que aquella hermosura sola,
 Que cual fino diamante su vislumbre
 Todo con bellos rayos le arrebola:
 Es de la tienda real la alta cumbre
 Una encantada y cristalina bola,
 Por donde las estrellas y la luna
 Sus cursos hacen sin mudanza alguna.

Toda de oro bordada y pedrería
 Por dedentro parece y por defuera,
 De árboles, cazas, flores, montería,
 Una agradable y fresca primavera:
 En perlas el jazmin se contrahacia,
 Cuya hoja de esmeraldas finas era,
 Los florones de escarches amarillos,
 Gripados de argentados trebolillos.

Dejó asombrado al moro la belleza
 De la suntuosa tienda y de su dueño,
 Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
 El bosque oculto, y el lugar pequeño;
 Y sobre todo la real grandeza,
 Y aquel mirar alegre y zahareño
 De la beludad mayor que el mundo supo,
 Que allí entre las demás grandezas cupo.

Tambien la nueva soledad le admira,
 Sin gente de respeto ni servicio,
 Con una sola luz que alumbra, y mira
 Todo el mudable y único edificio,
 Y que suspensa y sin querer suspira,
 De algun mal interior notorio indicio:
 Todo esto contempló desde la puerta,
 Sin que la dama al parecer lo advierta.

Mas, ya determinado por su gusto,
 El secreto saber de esta aventura,
 Con rostro humilde y corazon robusto
 El rico umbral pasó, y en voz segura,
 "Guarde, señora, dijo, el cielo justo,
 La gloria de tan rara hermosura,
 Haciendo mas suave y menos larga
 De los cuidados la pesada carga."

Alzó los ojos, con que dar pudiera
 Á los ya muertos de sus lumbres vida,
 Á ser las leyes de la muerte fiera
 Como las del amor mas homicida;
 Y por mejor probar su fuerza entera
 En fingido alboroto desabrida,
 Con vista afable y lengua zahareña
 Le atrae á un mismo tiempo y le desdeña.

Al fin, despues de varios cumplimientos,
 Lugar le concedió en el rico estrado,
 Pidiéndole la causa y los intentos
 De haber en tiempo tal allí arribado:
 Contóselos el moro en breves cuentos
 La empresa del caballo desgraciado,
 Y como ya era próspero y dichoso,
 Pues á lugar le guió tan venturoso.

Rió en grandes donaires la doncella
 La no entendida burla del villano,
 Y por sacarle con sosiego della,
 "Señor, le dijo, en este verde llano,
 Aquella cristalina fuente bella
 Está encantada por la sabia mano
 De la hechicera Arleta, que un engaño
 En ella puso de artificio extraño.

Esta tuvo amistad con cierto moro,
 Gran capitán de Zaragoza y Baza,
 Á quien, sin guardar término y decoro,
 Una mora usurpó de humilde raza:
 Es rica, y donde quiera manda el oro,
 Y él con mayor codicia que no traza
 Dejó la dama pobre por la rica,
 Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.

Tiene un castillo cerca de esa fuente,
 Y en él el falso amante entretenido,
 De á donde salen cuando el dia al oriente
 Los dos á monte por el verde ejido:
 Á este fin la zelosa diligente
 Del agua emponzoñó el cristal lucido,
 Porque saliendo á caza sea quien fuere,
 Sus disgustos le pague si bebiere.

Quita el sentir la fuerza del veneno
 Por largo rato, mientras con bastantes
 Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
 De lo que le solia enfadar antes:
 Pudo ser que bebiesen deste cieno
 Aquellos dos villanos caminantes,
 Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
 La referida burla sucediese.

Yo, señor, estoy sola, que mi gente
 Toda se fue á un castillo de mi hermana
 Cerca de aquí á la parte de poniente,
 Para volver con ella á la mañana:
 Quedóse una doncella y un sirviente
 Á hacerme compañía, y hoy con vana
 Curiosidad se entraron por la selva,
 Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.

Mas ya entiendo sin duda por las señas
 Que son los que cogieron tu caballo,
 Y sin juicio van por esas breñas,
 Y yo en el riesgo en que me yes me hallo,
 Triste, sola, y metida entre estas peñas;
 Mas ya que tú veniste á remediallo,
 Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo,
 Si no te causá miedo estar conmigo."

Dijo esto por tal modo la doncella,
 Y asi en suaves ojos halagüeños,
 Que sin sentido el moro quedó en vella ,
 Entre deleite y gustos no pequeños :
 Hasta que al fin ocasionado della,
 De sus halagos y fingidos ceños ,
 Preso en sus lazos , y en su lumbre ciego ,
 Tierno le dijo su amoroso fuego.

Ella ni le acaricia ni desecha ,
 Ni contenta se muestra ni enfadada ,
 Que todo á veces en donaire lo echa ,
 Y á veces todo al parecer le agrada :
 Va haciendo la cadena mas estrecha ,
 Y el moro ya con alma enamorada ,
 Del todo se le rinde y aficiona ,
 Y por ojos y boca lo pregona .

Calla , y con no rehusar le da licencia
 Que entre sus blandas manos se regale ,
 Y en trato afable , y grata diligencia ,
 Á convidarle con los gustos sale :
 De un rico cofre saca á su presencia
 Preciosos dulces , donde el moro iguale
 Su gusto en todo , porque en todo vea
 Que ya de veras dárselle desea .

El ya rendido amante no consiente
 Semejantes excesos de tal mano ,
 Mas que á él con alma y corazon ardiente
 Mostrar le dejé huesped cortesano :
 Crecen los fuegos , y él que arderse siente
 En el de amor , no cabe de lozano ,
 Adorando entre sí el primer trabajo
 Que á tan dichoso punto y fin le trajo .

"No es el caballo, dice, desgraciado,
 Como por burla me contó la dama,
 Pues á tanta ventura me ha guiado
 De collado en collado, y rama en rama:
 Siempre del mal ó el bien exagerado
 Son menores los hechos que la fama ,
 Cuando tenga mil tachas mi caballo,
 Este bien solo me hará adorallo."

Asi en pláticas dulces y sabrosas
 Cenando están los dos de oro en un plato,
 Dando ella de sus manos amorosas
 Presas de amor al moro cada rato ,
 Ya preguntando diferentes cosas ,
 Ya con libre decir, ya con recato ,
 Que le importa saber si tiene dueño ,
 Si es de gusto comun , ó zahareño.

El moro á todo en cortesano estilo ,
 Ya en veras le responde, ya en donaire ,
 Y mientras del parlar siguen el hilo ,
 Si acaso da en la vela un soplo de aire ,
 Que humillando la luz muestra el pabilo ,
 Todo se turba y desvanece en aire ,
 Que sin la llama el pabellon no luce ,
 Antes cual débil sombra se trasluce.

Parécense los árboles y el cielo ,
 Y aun se apaga en la dama la belleza ,
 Mas luego que la luz cobra su vuelo ,
 Todo se vuelve á su primer riqueza :
 Cree viendo esto el moro sin recelo
 Que es desvanecimiento de cabeza ,
 Que el mucho caminar, y el comer poco ,
 Le trae el sentido divertido y loco .

Y metido ya en veras con la dama
 Libremente le dice su deseo;
 Ella con vano escudo de su fama
 El gusto le entretiene por rodeo:
 "Ser verdad que adoréis esta que os aña,
 Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
 Que pudiendo salir sin demasia
 Con vuestra voluntad pedís la mia.

Mas yo de todo en todo seré vuestra
 Si me jurais lo que pediros quiero
 Por ese noble pecho y mano diestra,
 Y la fe que debeis á caballero:
 Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
 De vos me apartarán, sin que primero
 Me deis satisfaccion de una doncella,
 Que usurpado me ha un gusto por mas bella.

Hame tiranizado un caro amigo,
 Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
 Y en fe que dió de se casar conmigo,
 De mí le dí mas parte que era justo:
 Y aunque por vos, señor, en lo que digo
 Tratar cosas pasadas sea disgusto,
 Es fuerza que me deis esta palabra,
 Y asi mi voluntad su puerta os abra,

Que cuanto á desear esto me mueve
 Ya no es gusto de amor, sino venganza."
 El moro, que en su rostro entre oro y nieve
 Ardiendo en fuego siente su esperanza,
 No solo una palabra y don tan leve
 Le otorga, jura, y da; mas si en balanza
 De un mundo entero el contrapeso hiciera,
 Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

Y ya con la licencia que le ha dado
 Quiso en mas libre trato entrar con ella,
 Hacer campo de amor el rico estrado,
 Y allí suya del todo la doncella:
 Cuando con el burlar desordenado,
 El sujetarla, y defendérsele ella,
 La vela se cayó, y sin lumbre alguna,
 Lo que encubría la luz mostró la luna.

Sobre una cama de pajizo heno
 Abrazado se halló á una flaca vieja ,
 El turbio rostro de verrugas lleno,
 De solo un ojo, y con ninguna ceja;
 La hundida boca, cavernoso seno ,
 Con los podridos dientes mal pareja ,
 Dando al vecino olfato grueso aliento.
 De algun recien abierto monumento;

Duro el cabello , entre aplomado y cano,
 Peor que el de Tesifone y Megera,
 La encorvada nariz , que al gusto humano
 En flaco iguala , de color de cera :
 De nudosa raiz el cuerpo enano ,
 Con mas años que el tiempo , y toda entera
 Tal , que al valiente moro y su denuedo ,
 Lo que el mundo no pudo , puso miedo.

Así el hambriento pobre peregrino ,
 En seca paja de un rastrojo echado ,
 Rico se sueña al fin de su camino ,
 En cuadras de oro , y camas de brocado :
 Y en medio el gusto un viento repentino
 El sueño vuela , y hállase abrazado
 A su estéril bordón , y hambre ayuna ,
 Al frio rayo de la blanca luna .

Con secos nervios, y con duros brazos,
 Así al moro ciñó, que no podía
 Del cuello huir los escabrosos lazos,
 Por más que la apartaba y deshacia:
 Quiso de rabia hacérselos pedazos,
 A no ser en los suyos villanía,
 Y ella más firme que la yedra al olmo
 Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.

¿Quién ha visto en un águila enroscada
 Víbora azul, ó pardo cocodrilo
 Á una palma enredarse levantada
 De las crecientes del vadoso Nilo?
 ¿Ó á Mercurio en su vara celebrada
 De dos serpientes el nudoso hilo?
 Tal parecian los dos, y en tal hechura,
 Él en la rabia, y ella en la figura.

"No es razon, dice, ni camino justo,
 Que poniéndome yo en vuestra tutela
 Por solo ser en fuerzas mas robusto,
 Esta me hagais sin que mi honor os duela."
 Pensó quizá el envejecido gusto
 Que aun todavía ardía la candela,
 Y así llevaba el frío melindre al cabo
 Con el amante ya rabioso y bravo.

Mas viendo que de veras la desecha,
 La sacude de sí, huye, y aparta,
 Que sin luz su invención quedó deshecha,
 Medrosa que la dejé, y que se parta;
 Las duras garras por el cuello le echa,
 Y de su aliento y tósigo le harta,
 Pidiendo á vueltas á la amada presa
 La fe debida á su primer promesa.

"No soy tan fea, le dice, cual parezco,
 Que ya fui cuando moza celebrada,
 Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
 Y me trae con sus lágrimas cansada:
 Si estos enfados y desden merezco
 Por daros yo tan franca mi posada,
 No os envié yo á llamar, vos me buscastes,
 Y con falsas promesas me engañastes.

Cumplidlas, falso, pues, ó á todo el mundo
 Por cruel os mostraré, y por alevoso,
 Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
 Rincon bajeis del centro cavernoso :
 El galan que por vos hice segundo
 Quiero me deis para que sea mi esposo,
 Y me vengueis de quién me le ha quitado,
 Y os honreis hasta entonces con mi lado."

Bastante prueba dió de su nobleza
 En esto el reportado sarracino ,
 Pues templando á su enojo la braveza
 De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
 Solo arrojando la infernal fuerza ,
 Que asido le tenia; "ese canino
 Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,
 Si ya alguno te amó, el haberte amado.

Dél será bien vengarte con hacelle
 Un Euclides de rayas y figuras,
 Sin que puedas ya mas entretenelle
 En vanas aparentes hermosuras."
 Así dijo, y porque iba á detenelle
 Con nuevos embelecos y posturas,
 De sí la desvió con tanto brio ,
 Que yéndole abrazar abrazó al río.

Cual encogida y débil hojarasca,
 Que de árbol seco arranca el raudo viento,
 Y volando la lleva su borrasca
 Trocando puntas y mudando asiento;
 Tal la hechicera fue con mortal basca
 De uno y otro traspie rodando á tiento,
 Hasta dar en el agua, en que se hundiera,
 Si ya de carne, y no de pluma fuera.

Fuese el moro feroz desesperado
 Viendo el deleite vuelto en amargura,
 Y del caballo mal afortunado,
 Aunque de noche clara la ventura:
 Mas no mucho se fue, cuando á su lado
 De Arleta vió la hórrida figura,
 Que para mas enfado del que tiene
 A pedirle la fe y palabra viene.

Pensó rendir el alma de corage
 Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
 Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
 Con la espada alta arremetió tras ella:
 Huyó la vieja haciéndole un visaje
 Que le asombró miralla, y por cogella
 En unos mimbres tropezó sin tino,
 Y el feroz rostro le abrazó un espino.

No hay sierpe á quien la azada del villano
 Haya en dos medias partes dividido,
 Que asi fiera vomite por el llano
 El humo del veneno recocido,
 Como el aragonés Moro inhumano,
 Viéndose en tantos modos perseguido
 De aquella que matalla es caso indino,
 Y sufrir sus locuras desatino.

Y así por apartarla de sus ojos
 A correr comenzó por la espesura,
 Y ella para seguille, y dalle enojos,
 Con las alas del viento se apresura:
 "Traidor, hasta que cumplas mis antojos,
 Le dice, y la palabra y fe perjura
 Que me diste, en desierto y en poblado,
 Ó viva ó muerta, me traerás al lado."

Así corriendo por la selva espesa
 Dos largas millas fueron sin cansarse,
 Que ni él dejó el huir á toda priesa,
 Ni ella el decir injurias y acercarse;
 Hasta que un hondo río que atraviesa
 El paso les tomó, y forzó á pararse,
 Y el moro revolviendo de repente
 Viva cogió la vieja impertinente;

Y á un árbol de los muchos de su orilla,
 Harto ya de sufrir, la dejó atada,
 Y en huida veloz para no oilla
 Apresuró hasta el dia su jornada:
 Salia ya el alba en su argentada silla,
 De rosas y azucenas coronada,
 Cuando el moro salió del bosque al llano,
 El ancho río á la derecha mano.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

Muestra del campo español delante de los muros de Sansueña. Comienza la aventura de Cardiloro, Argildos y Florinda.

Que ya Tibalte á vista de los muros
 Y levantadas torres de Sansueña
 Á trinchar y hacer fosos seguros
 Del gran Leon encamina la alta seña:
 Y en distintas escuadras por sus duros
 Collados va en bellísima reseña,
 Tal que la antigua majestad de España
 El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
 Fue de Brunilda, hermana del rey Silo,
 En quien de un parto tuvo peligroso
 Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
 Muriendo para dar fruto precioso,
 Con mas gracias que flores riega el Nilo,
 En una bella niña y un infante,
 Como la luz que al dia va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
 Ó cruel le mató sin culpa alguna,
 Mas de la niña el cielo hizo un enjerto
 En su rostro del sol y de la luna:
 Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
 Desde donde ella y el amor á una
 Los dulces tiros hacen, cuya guerra
 En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fue su nombre Florinda, y ella un mayo
 De flores, cuyo pecho y alma altiva
 De un fuerte amor el poderoso rayo
 Al primer golpe la dejó cautiva:
 Y hoy de una larga ausencia el frío desmayo
 Apenas la esperanza tenía viva,
 Cuando en sus vueltas la fortuna incierta
 Viva con una la volvió de muerta.

Del conde D. Tibalte un noble hermano,
 Que Argildos de Velasco se decía,
 Por su teniente en el real cristiano
 Puesto en favor de la ciudad venía:
 Altivo, jóven, de ánimo lozano,
 Pecho fuerte, y robusta gallardía,
 Que en la corte de Oviedo con bastante
 Favor fue desta dama tierno amante.

Vino el valiente Godo á la jornada
 Solicitado de amoroso ruego,
 Á ver su gloria con la vista amada,
 Cuyas ausencias le han tenido ciego:
 Y porque el rayo de su ardiente espada
 Allí importa que ayude á sembrar fuego,
 Al fin, entre el furor que el alma encierra,
 En busca de su paz vino á la guerra.

De finos jaspes con relieves de oro
 En lo mas alto de una torre habia
 Un bello mirador , que el campo moro,
 Y de Arga la ancha vega descubria :
 Aquí á las voces de un clarin sonoro ,
 Que descubrio la hermosa infanteria ,
 En rico estrado de oro la gallarda
 Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas ,
 Y de esperanzas y deseos cercada ,
 Por ver la entrada de los campos ellas ,
 Y ella por ver de su amador la entrada :
 Con rica cinta de esmeraldas bellas ,
 Y un delfin que las traga por lazada ,
 En agüero feliz que está en bonanza ,
 Ceñida ya del fin de su esperanza .

Puesto á su lado el venerable Altero ,
 Que , plático en la guerra , les dijese
 Bandera por bandera el campo entero ,
 Y quien su capitán y escuadra fuese .
 Fue la gente llegando , él con severo
 Aunque alegre semblante , en que se viese
 De su cordura y discrecion el modo ,
 Así fue señalando el campo todo .

El que á su cuenta trae el estandarte
 Real , y el aire enciende con su acero ,
 Debajo cuyas grevas viene un Marte ,
 Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero ;
 Aunque de godo tiene una gran parte ,
 De la antigua montaña es el primero
 Tibalte de Velasco , y desta gente
 Digno caudillo y general prudente .

Bello Centauro en medio á los derechos
 Pinos de Osa parece en brio y talle,
 Cuando con dos espaldas y dos pechos
 La espesa selva rompe , asombra el valle :
 Tiemblan á sus pies anchos los barbechos,
 Las fieras y ganados le hacen calle,
 Y él, dejando tras sí la alta montaña,
 Las fuentes turba, y hunde la campaña.

Del antiguo Idubeda , que ya puso
 Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
 Y la gallarda escuadra que en difuso
 Monton le cerca de su casa y gente ,
 Diestra en la alegre caza , y en el uso
 De herir de lejos con venablo ardiente,
 Cuyas flechas y dalles enastados
 Por los aires alcanzan los venados.

El que sigue tras dél con su bandera
 Es el valiente joven Coribanto
 De Teucra sangre casta verdadera:
 El siguiente es el noble Radamanto ,
 Que una hidalga escuadra rige entera
 Del valle de Solorzano , y el manto
 De hoces de verde, plata, y lirios de oro
 Siembra en su nueva gala un real tesoro.

Claverindo es aquel , y las legiones
 Que de la fétil Rioja el valle opaco
 Con rejas rompen , y los ricos dones
 De Ceres gozan , y del libre Baco:
 Aquel es Aldigér , cuyos florones
 Del limpio arnés, y del bruñido jaco
 Los rayos dan , que ahora con sus brios
 Vuestros ojos deslumbran , y los míos.

Del valle de Bastan los mas valientes
 Aquellos son de los escaques de oro ,
 Hechos á defender por sus vertientes
 De sus famosas minas el tesoro :
 Aquel es Berlicano, los siguientes
 Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
 Han ganado en diversas ocasiones
 De sus graves escudos los blasones.

De dos mil es su bella escuadra junta ,
 Gente insigne, ligera y belicosa ,
 Arrogante , feroz , y que se apunta
 En cólera y furor por cualquier cosa :
 No sabe en general herir de punta ,
 Ni de lejos la flecha peligrosa
 Despide á donde haga golpe vario ,
 Mas pecho á pecho rinde á su contrario.

Allí viene Fabricio , ¡oh adverso hado !
 Sin su querido hijo cual solia ,
 De su alma vida , abrigo de su lado ,
 Y bella lanza , si en Leon la habia :
 Con la hermosa Gaviria desposado ,
 Por festejar sus bodas salió un dia
 Á caza , y el correr de un oso fiero
 Hizo un segundo Adonis del primero .

De Bardulia mil fuertes moradores
 Siguen el tremolar de su bandera ,
 Hombres duros , incultos , sufridores
 De los trabajos y la hambre fiera :
 Menosprecian las penas , son mejores
 Cuanto mas el rigor les persevera ,
 Cantan en los tormentos , y las furias
 Al verdugo acrecientan con injurias .

Son de su natural duros y atroces,
 Que su tierra de hierro y pedernales.
 Hecha una dura pasta, los feroces
 Ánimos cria á su cosecha iguales:
 Á la ira prestos, al herir veloces,
 Y al aceptar pendencias liberales,
 La madre mas piadosa al hijo amado
 De acero le arma, y le ocasiona armado.

Está toda Cantabria á la influencia
 Del fiero norte y su importuno hielo,
 Hiriéndola de lleno la inclemencia
 De aquel cuartel de rigoroso cielo;
 Con sola esta pequeña diferencia,
 Que en las figuras de su tardo vuelo,
 Los dragones, los osos, las serpientes,
 Son allá arriba estrellas, y acá gentes.

Pues ya con el clarin de aquesta guerra
 Sus belicosos pechos alentados,
 No quedó valle en su fragosa sierra,
 Que cual Tebas no espigue hombres armados:
 Los que en desentrañar la dura tierra,
 Ó en las ardientes masas ocupados,
 El metal labran, que de luz vestido
 En las hornazas hiere con ruido.

Briganto es el que allí con plumas varias
 Cual rojo leon fantástico campea,
 Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
 Opiniones y modos de pelea:
 Aquel quita á las armas ordinarias
 El entero espaldar, donde se vea,
 Que yendo en las espaldas sin abrigo,
 Jamas las ha de dar al enemigo;

Mas Arnesto de solo acero viste
 Las espaldas, y el resto desarmado,
 Á su contrario mas seguro embiste
 Que si de dobles petos fuera armado:
 En prevenirse con recato insiste
 Al que puede venir descaminado,
 Que el enemigo que delante halla
 Harto hace en defenderse en la batalla.

Quinientos firmes hombres de armas lleva
 Cada uno destos dos, á quien se junta
 La gente que del río Arajes prueba
 Romper los hielos con pesada yunta:
 La de Arracillo antigua, y la mas nueva
 Del Irnio monte, y su nevada punta,
 Gentes todas indómitas, feroces,
 De diestras manos, y de pies veloces.

Tienen por triunfo de su brazo fuerte
 No perdonar la vida al enemigo,
 Mas vencer ó morir de cualquier suerte
 Sin otro que su escudo por abrigo:
 Juzgan por sola venturosa muerte
 La que en la guerra queda por testigo
 De su braveza, y sin valor ni fama
 Quien tras largo vivir murió en la cama.

Mas ¿qué diré de tí, oh Alces valiente,
 Sino que tú eras solo poderoso
 Con tu gran corazon, y el de tu gente
 Á volver desta guerra victorioso?
 Tras ti los que del Dueña en la corriente
 De beber gozan su cristal sabroso,
 Y los que de Gijon los fuertes muros,
 Obra romana, aun guardan hoy seguros.

Entre ellos van los mismos que al río Deva
 Ven ir volcando yelmos acerados
 De sesenta mil moros, que con nueva
 Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
 Huesos y armas al mar trastorna y lleva,
 Los labradores calzan sus arados
 Con los arneses que de la alta sierra
 El río que la carcome desenterra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes
 Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
 Gran capitán de Orense, y sus triunfantes
 Pueblos aquellos de aquel polvo oscuro:
 Estos con sus cuchillas relumbrantes
 Hechos un escuadron tejen un muro,
 Mas fuerte que de mármoles cuadrados
 A los que dentro d'él se hallan guardados.

Allí segura encierran su bandera,
 Y aun su reino pudieran todo junto
 Si en tan estrecho término cupiera,
 Sin d'él perder ni de su honor un punto:
 Con los que al rojo Miño su ribera
 Cultivan, y un fantástico trasunto
 De Marte hechos, sus montañas yermas
 Labran, y gozan las romanas termas.

Van los que de su río la ancha fuente
 Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
 Y el noble pueblo, a quien de Baco ardiente
 El nectar baña la abundante tierra:
 Hierven las cubas, su licor caliente
 Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
 Y ellos de anchas cortezas de alcornoque
 Rodelas usan, y acerado estoque.

Pintadas de serpientes y leones,
 Landas, castillos, águilas, estrellas,
 Sin poner por trofeos ni blasones
 Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
 Tienen por sacrilegio en sus cuestiones
 Que yendo allí sus damas den en ellas,
 Y caso á su arrogante pecho injusto
 Que aun las sombras ofendan de su gusto."

Asi el leonés decía, y la hermosa
 Florinda, "dime, dijo, oh sabio Altero,
 De aquellos dos hermanos la pomposa
 Librea que allí descubre el limpio acero:
 De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
 Alma pienso les da el aliento entero,
 Segun en sus acciones se remedan,
 Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan."

Rió Altero, "y no sois, señora, dijo,
 Vos sola quien cayó en esa sospecha,
 Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,
 La misma conjetaura por vos hecha:
 Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
 Y si mas firme puede, y mas estrecha
 Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
 La dió á los dos su venturosa estrella.

Leonardo es el padre, que en Valencia
 De una hija del rey hubo á Lisardo
 En una cueva, donde la violencia
 Huyendo le llevó de un suelto pardo:
 Hallóla allí, y no hallando resistencia
 En su gusto, no fue en cumplirlo tardo,
 Niño, y niña tambien la mora bella,
 Que salió madre, donde entró doncella.

Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
 Á su padre le envió en grave presente;
 Gastando él en criarle un gran tesoro,
 Nada á su real grandeza diferente:
 Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,
 Lo mismo cree que vos toda la gente,
 Y ellos con gusto del sabroso engaño,
 Siempre se visten de un arnés, y un paño.

Mas el que allí con plumas amarillas
 El oro aviva del grabado escudo,
 Si bien la débil vista percibillas
 Entre el contento y sobresalto pudo,
 Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
 Fuerte en la brida, en la gineta agudo,
 En el brio me parece, en que sin tasa
 Honra da á mi vejez, lustre á su casa:

Ya conozco de su águila la aguda
 Vista, y las plumas de oro con que vuela.
 ¡Oh jóven bello! á quien mi lengua muda
 Siempre en contar tus hechos se desvela,
 Dete el cielo feliz próspera ayuda
 Cortando tarde la preciosa tela,
 En que tu heróica juventud recama
 Honra á tu patria, y á su nombre fama.

Tenga en tu diestra la fornida lanza
 Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,
 Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
 Donde á mis flacos pies le vi tendido.
 Apenas me dió en tí nueva esperanza
 El cielo, apenas tú de un mes nacido
 Eras, cuando se halló viuda tu madre,
 Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

Del bárbaro Argalin la inútil clava,
 Mientras él con Chaqueín, y el fuerte Ardante,
 Á una su espada y su ánimo probaba
 Con diez vencidos moros por delante,
 Bajó á traicion. ¡Oh cielo! á quien tocaba
 Vida y brazo guardar tan importante,
 ¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
 Golpe tan grave, confusión tan triste?

Cayó muerto á mis pies, ¡oh hado inhumano!
 Que aun lugar no me dió el dolor que siento
 A cerrarle los ojos con mi mano,
 Ni á mi boca pasar su último aliento:
 Mas al cruel homicida no con vano
 Furor el mio pasé, que así sediento
 De su sangre la mia satisfice,
 Que honor, vida y victoria le deshice.

Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo
 La suerte, oh hijo amado, se trocara,
 Y con mi inútil carga el rojo suelo
 La tuya alegre y nueva rescatara....”
 Así en perlas bañando el blanco pelo,
 Que venerable adorno da á su cara,
 Altero, entre el dolor y la alegría,
 Del vivo y muerto hijo proseguía.

Movió así el grave llanto el noble pecho
 De las tiernas doncellas, que ninguna
 Dejó de acompañarle; él satisfecho
 De aquella compasión de su fortuna,
 Enjugando los ojos sin provecho,
 “¡De cuantos, dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna
 Mi vista ver su gallardía no supo,
 Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!

¡De cuantos sin razon no he dado cuenta,
 Dignos de que la haga el mundo dellos !
 ¡Cuantos de aquella nube polvorienta
 La sombra cubre , y el placer de vellos !
 Allí ha de ir Alfajardos , la sangrienta
 Luna , y los dos luceros son aquellos ,
 Que á vista de los moros de Tafalla
 QUITÓ á Almanzor en singular batalla.

Allí va el pueblo que la corva raya
 Del fresco monte de Bilbao cultiva ,
 Y para grandes flotas por su playa
 Los gruesos robles y álamos derriba :
 El de Vermeo cabeza de Vizcaya ,
 Y el que de los Pelasgos se deriva ,
 Y á sus consultas públicas aplica
 Su grave sombra el árbol de Garnica .

Mas mirad ya el que al resto de la gente
 Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta ,
 Que debajo de sí su altiva frente
 Los campos mira , y á quien mira espanta :
 De seis cercos de acero es el valiente
 Escudo con que da vislumbre tanta ,
 El limpio arnés grabado de oro fino ,
 Y en vez de lanza un desmochado pino .

Este es el bello Argildos , que en la tierra
 Ni hay beldad ni braveza que le iguale ,
 En quien con aparato real se encierra
 Cuanto luce en amor , y en la honra vale :
 Despues del general de questa guerra ,
 La que mas en valor campea y sale
 Es su persona , y la que en grita y pompa
 Mas de la fama suena en la ancha trompa .

Aun no del rubio bozo el blando vello
 La limpia tez del rostro le ha escarchado,
 Y en cuatro campos el altivo cuello
 De otros tantos jayanes ha cortado:
 Trae por empresa en campo verde un sello
 De una flor, y por letra "es mi cuidado,"
 Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
 El fuego muestra que en sus venas arde."

Así el prudente Áltero en voz severa
 Á la bella Florinda describía
 Del campo real bandera por bandera
 El alarde pomposo en que venia:
 Y ella, colgada de la voz postrera,
 Con nuevos alborozos de alegría,
 Al bello joven por su triunfo y palma
 Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente
 Lugar de dilatar su gran contento,
 Á dar órden en ver su amado ausente
 Dentro se retiró de su aposento:
 En nada halla quien ama inconveniente,
 Todo lo allana un amoroso intento;
 Á esto se entró, y á reposar á solas
 De sus deseos las crecientes olas.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

Continúa la aventura de Cardiloro, Argildos y Florinda: Serpilo y Celedon, compañeros de Cardiloro, hacen de noche un gran estrago en el real de los cristianos.

En tanto en el ejército pagano,
 Que al amparo del muro de Pamplona,
 Con tremolantes lunas, y en lozano
 Contorno le ciñó feroz corona,
 El asiento escogía de su mano
 En que alojar su campo, y su persona,
 El bravo Cardiloro, que aquel dia
 El real bastón de general regía;

Fantástico y soberbio, porque un moro
 Mágico y lisonjero le adivina,
 Que ahora sea de gusto, ahora de oro,
 Allí le espera una abundante mina,
 De á donde ha de robar de un gran tesoro
 La joya en su valor mas peregrina,
 Con que avariento y vano ya se sueña
 Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el río
 Solo se entró á buscar con pecho ardiente
 Para un asalto el puesto mas vacío
 De pertrechadas fuerzas, y de gente;
 Cuando al fresco de un álamo sombrío
 Un barco de oro vió, y en él presente
 Una beldad, que al moro descuidado
 Suspenso en verla le dejó, y turbado.

Metida en un profundo pensamiento
 Con el recelo y gusto, parecía
 Que entre olas de pesar y de contento
 El cuidado en el alma iba y venía:
 Ya el rostro entristecido y soñoliento,
 Ya con nuevo alborozo y alegría,
 Que á quien con atención lo considera
 Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.

Así en alto blandon tierna candela,
 Dispuesta á todos vientos da y recibe
 Sombras y claridad, se abrasa y hiela,
 Y una vez se amortigua, otra revive:
 Y la eclipsada luna, puesta en vela
 Del nocturno silencio, así concibe,
 Al trasponerle el sol sus resplandores,
 Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato
 En nuevas avenidas y concursos,
 De miedo, de osadía, y de recato,
 Buscando á su dolor varios recursos;
 Donde la alteración de rato en rato
 Mas claros le mostraba los discursos
 De la suspensa dama; en quien sin duda
 Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró desta sospecha atrevimiento
 Para llegar con ánimo á hablalle,
 Que cualquiera liviano pensamiento
 Baja la estimacion , y humilla el talle :
 Y al tiempo que salió á probar intento,
 Ella se entró sin velle ni miralle,
 Quedando deslumbrado, y el altivo
 Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara
 El aire de aquel bulto de alabastro ,
 Sin fuerzas queda , y sin vigor se para ,
 Cual mago absorto al contemplar de un astro:
 Sin brio el pecho , y sin color la cara ,
 Solo muriendo por sacar de rastro
 Quién sea la luz que allí le dejó en calma ,
 Y con vista de paz le venció el alma.

Venian en guarda de su real persona .. .
 Serpilo , y Celedou , moros valientes ,
 Nacido uno en Sausueña , otro en Pamplona ,
 Pláticos en su tierra , y en sus gentes .
 Estos de un mirto espeso en la corona
 Ocultos mandó estar , porque presentes
 Con la suya no estorben la salida
 Del bien que ya es el todo de su vida .

Y él , vuelto á su lugar como primero ,
 Sin los ojos mover de la ventana ,
 Si á salir vuelve mira del lucero
 La segunda vislumbre soberana ;
 Mas viendo al dia en su escalon postrero ,
 "A gozar de la noche es cosa llana
 Salir estrellas , dice , mas la mia ,
 Si es sol , ¿cómo la espero antes del dia ?

¿Qué mucho que el mancebo Salamino,
 Que vivo el sol dejó, le halle ahorcado
 Del firme acero de un balcon divino,
 Que cielo un tiempo fue de su cuidado,
 Si al fin le vió su dama? Mas yo indino
 De semejante bien, aunque he colgado
 Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,
 Ni me quieres mirar, ni verte dejas.

Mas tiéndase esta noche á eternos años,
 Que tantos seré yo de tu esperanza,
 Sin dar un paso atrás en los extraños,
 Por donde amor me arroja y abalanza:
 Ó sea este el tesoro, ó sean los daños
 Que fortuna me agüera, y su mudanza,
 No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
 En un deseo de morir tan presto."

Dijo, y no mas atento el engolfado
 Piloto en medio de la noche obscura,
 El instrumento puesto, y el cuidado
 De dar mas cierto el punto de su altura,
 La vista tiene fija en el nublado
 Que del norte escondió la hermosura,
 Ni está en mas suspension, alta la ceja,
 Que el moro en la ventana y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya cuando
 Del horizonte pardo el aire puro
 Fue entre el mudo silencio desdoblando
 De la vecina noche el manto obscuro,
 Entre esperanza y miedo vacilando,
 Volver al balcon vió en pecho seguro
 La beldad misma, que antes tan acaso
 El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastán la prenda bella,
 Que allí á esperar salia un tierno amante,
 Que ya á la luz de la primera estrella
 Prometió amor ponérselo delante:
 Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
 Las mudanzas hacian del semblante,
 Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,
 Miedo la enfria, y gusto la arrebola.

Desearon enlazar su bonrado gusto
 En nudo santo, y en contrato honesto,
 Volviendo el ciego antojo estado justo,
 Y el apetito libre en regla puesto:
 Mas, no saliendo todas siempre á gusto,
 Las graves diferencias que hubo en esto,
 El vano pundonor de los tratantes,
 Nuevas lágrimas fue en los dos amantes;

Hasta que puestos ya en romper por todo,
 Libres quieren gozar de su derecho,
 Que honra y amor son fuego, y tiene el godo
 En una y otra llama ardiendo el pecho:
 Y á concertar la traza, y dar el modo,
 Para esa noche está el concierto hecho,
 Y ella á esperar allí su caro amigo
 Salió, y acertó el moro á ser testigo.

Es la esperanza una tormenta fija
 Puesta entre los cuidados y el contento,
 Que cuando mas se acerca, mas prolifa
 Su dilacion le vende al pensamiento;
 Por cuyo fin la enamorada hija
 Del que á Sansueña rige, hurtando el viento
 Al cansado esperar, que en tales casos
 Suele donde no hay uno dar mil pasos;

Tomó una arpa, á cuya melodía
 Las ansias y el ardor de su deseo
 Admirados quedaron, como un dia
 El seo Pluton á la del tracio Orfeo:
 Que ni le era inferior en su armonía
 La bella dama, ni en sus males veo
 Otro infierno mayor, si en curso iguales
 Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.

Nunca en el alto Péloro cubierto
 De blancos huesos voz mas regalada
 Parténope entonó, cuando en su puerto
 Sonó del griego Ulises la jornada;
 Ni con mas riesgo el caminante incierto
 Del peligroso canto y voz se agrada,
 Que dió Florinda, cuando lengua y mano
 Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Górgon la cabeza
 En insensible mármol convertia,
 Los ojos que miraban su fieraza,
 Aunque no al ciego que su voz oía:
 Mas de la dama el canto y la belleza
 Así ambos los sentidos suspendia,
 Que oída y vista en agradable calma,
 Piedra volvia el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento
 Y la celestial voz de la doncella,
 Cuando á su canto y su regalo atento
 Pasos oyó de recatada huella:
 Detuvo sosegado hasta el aliento
 Por ver el fin de la aventura bella,
 Y vió un armado jóven que llegaba
 De vista al parecer gallarda y brava.

Vióle que estuvo un rato desde afuera
 Por gozar de la música escuchando
 Quejas de la esperanza lisonjera,
 Que siempre va los gustos dilatando:
 Haciendo enternecer la voz entera
 Un dulce suspirar de cuando en cuando,
 Que el deleite aumentaba y la alegría,
 Si ya no en quien cantaba, en quien oía;

Hasta que al fin, llegando donde pudo
 Con menos voz hablar, y mas recato,
 "¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo
 La suya toda muestra en un retrato!
 ¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
 ¡Sirena, á cuya música el ingrato
 Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,
 La virtud ha encantado de tu canto!

¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
 Y esta próspera entrada me conceda
 Por el premio mayor de mi ventura,
 Que ya gozarla sin recelos pueda:
 Que si este alegre agüero no asegura
 Mi gloria de una vez, ya no me queda
 Basa en que estribe y ponga mi esperanza,
 Ni en tal tormenta soplo de bonanza!"

Dijo, y la voz del nadador de Abido
 Nunca en las rocas y peñascos huecos
 De la torre de Sesto entre el ruido
 De sus olas formó mas dulces ecos;
 Ni fue en mayor deleite recibido
 Sobre sus playas y arenales secos,
 Que un dia abrieron puerta á su ventura,
 Y otro á sus huesos, fama, y sepultura;

Que el noble godo, y venturoso amante,
 Fue de su tierna dama acariciado,
 En dulce afecto de ánimo constante,
 Y corazon sin tasa enamorado.
 Al fin, despues que en relacion bastante
 De sus cosas contaron el estado,
 La alegría de verle, y la impaciencia
 De las sospechas, y del mal de ausencia,

El bien, y el mal, las penas, los contentos,
 Los varjos altibajos de su vida,
 Hasta de los soñados pensamientos,
 Si alguna tienen, la razon fingida;
 Dejando en dulces pláticas y cuentos
 De la noche gran parte consumida,
 Y á la siguiente remitido el modo
 De hacerse de una vez dueños de todo;

Son de acuerdo comun que aquella parte
 Donde ahora están tratando su ventura,
 Para escalar el foso y baluarte
 Escala traya el montañés segura:
 Y añadiendo el horror del ciego Marte
 Al negro manto de la noche oscura,
 Una arma falsa toquen, que en Sansueña
 Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada,
 Como á nueva cautiva en la contienda,
 Ni del vulgo ofendida ni notada,
 Salva la ponga en su encubierta tienda;
 Donde de honor y riesgo asegurada,
 Es facil que su padre condescienda
 Con las pedidas bodas y razones
 Que han estorbado vanas presunciones.

Con esto ya que se acercaba el dia,
 Y el tierno despedirse á los amantes,
 Toda vuelta esperanzas su alegría,
 En igual soledad se hallaron que antes;
 Y el moro oculto que escuchado había
 El fin de los conciertos importantes,
 De zelos impaciente ardiendo en ira,
 Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y zeloso hacer pedazos
 Al español caudillo, y bien pudiera
 Dejarle muerto en los traidores lazos,
 Antes que el golpe ni su alfanje viera,
 Si no le parecieran embarazos
 Á otras mejores trazas en que espera,
 Al hacer su venganza mas cumplida,
 Dejarle sin honor, y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,
 Conforme al encubierto trato hecho,
 Ganar al uno el juego por la mano,
 Y en el otro los gustos de su pecho:
 Y á la jornada en que ahora viene usano
 Segura entrada en aquel paso estrecho,
 Y hacer á su victoria puerta llana
 Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,
 Por donde vino se volvia á su gente,
 Lózano en las sospechas que el tesoro
 Era aquel de su próspero ascendiente:
 Daba ya al frio polo en cercos de oro
 Casi entera su vuelta la serpiente,
 Y el perezoso carretero helado,
 Al sol tenia su yugo trastornado,

Cuando el enamorado sarracino,
 Á vista del ejército cristiano
 Al suyo iba pasando, en el divino
 Bulto ocupado el discurrir liviano:
 Y el gallardo Serpilo, que el vecino
 Campo advierte en quietud y sueño vano,
 Y de las ya dormidas centinelas
 Los muertos fuegos, y acabadas velas;

Vuelto á su capitán: "mira, oh valiente
 Cardiloro, le dice, qué olvidados
 Tus contrarios del brio de tu gente
 En sueño están, y en vino sepultados:
 ¿No es posible, señor, que no te afrente
 Enemigos tener tan descuidados?
 Mas quien, estando tú en el campo, duerme,
 Bien es que á no sanar durmiendo enferme.

Si el justo cielo con silencio ayuda,
 Y á mi espada le da el valor que espero,
 Al sordo amparo desta noche muda,
 Darte mil enemigos menos quiero:
 Yo solo, yo, señor, por mal que acuda
 Mi espada, haré mi dicho verdadero,
 Á tí, y mi amado Celedon, tu tienda,
 Siguiéndola os dará esta estrecha senda;

Que á mí no sé cual dios el pecho ardiente
 Á tan heróica empresa me levanta,
 Y al muerto real desta dormida gente
 Ahora me arroja con violencia tanta:
 Tú, amado Celedon, si este potente
 Brazo es la muerte de mi empresa santa,
 Al muerto cuerpo ya en el campo frío
 Serás en darle sepultura pio."

Dijo, y saltando la primer barrera,
 Desnudo al campo de temor se arroja;
 Pasmóse Celedon la vez primera,
 El sobresalto le atajó, y congoja:
 Del arriscado amigo considera
 El fiel denuedo que á morir le antoja,
 Impedido el seguirle, y obligado
 Á no dejar del general el lado.

Mas, viendo su peligro manifiesto,
 "Espera", dijo, y vuelto á Carlidoro,
 Con tiernos ojos, de rodillas puesto,
 "¡Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro!
 Si algun dia te tocó de amor honesto
 Tu noble pecho dulce flecha de oro,
 Si sabes que es amar á un caro amigo,
 Oye, oh invicto señor, lo que te digo.

El que allí ahora en temeraria muerte
 Un campo asalta de enemigos lleno,
 Desta alma es la mitad, desta alma, advierte,
 Es por fe y amistad cielo sereno:
 Juntos nacimos, la dichosa suerte
 Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,
 Un gusto, unos placeres, una vida,
 Que ahora teme amor verla partida.

Por la beldad que adoras (si de alguna
 Noticia el soberano amor te ha dado),
 Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
 Por tu vecino reino, por tu estado,
 Por cuanto está debajo de la luna,
 Ó sobre ella te da gusto, ó cuidado,
 Permitas que á los que hizo uno la suerte
 En vida, no los haga dos la muerte:

Mas que con tu licencia ahora pueda...
 Escolta y muro hacer á un caro amigo,
 Que el breve espacio que á tu real nos queda
 Seguro está, y sin riesgo de enemigo."
 No dijo mas, que el tiempo se lo veda,
 Y el moro de tan fiel lealtad testigo,
 El amor nota, y la braveza advierte
 Del tierno corazon, y el pecho fuerte;

Y "acude, oh alma gentil, dijo el severo
 Cardiloro, á tu gusto: acude, y anda,
 Y déos la alta victoria, que yo espero,
 El cielo que esos nobles pechos manda;
 Con tal que de los dos sea yo el tercero,
 Como lo fuera aquí en vuestra demanda,
 Si como es de mi oficio el concedella,
 Permitido me fuera entrar en ella."

Así dijo, y siguiendo su camino
 Celedon á su amigo llega, y dice:
 "¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino
 De tu lado me tienes? ¿ya desdice
 En mi pecho la fe de quien contino.
 Tantos alardes en su abono hice?
 ¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga
 Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?"

¿Yo por ventura, yendo en el abrigo
 De tu gallarda espada, no sabria
 Sus golpes imitar, y un enemigo
 Darte siquiera menos con la mia?
 Y si esto no, á lo menos por testigo
 Presentarme podrá tu valentía,
 Aunque sea tal que no le importe nada
 Otro abono mayor que el de su espada.

Mas ya por demas tratas de excusarte;
 Ruede como quisiere la fortuna,
 Que como de tu lado no me aparte,
 De las suyas no temo vuelta alguna.*
 "Oh de mi pecho fiel la mejor parte,
 Serpilo respondió, con quien ninguna
 Desgracia temo, ya que con tal lado
 Poco es acometer un campo armado!

No creas, oh noble aliento de mi pecho,
 Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,
 Tu espada me quitaba, y mi provecho,
 De quien ya el todo de mi empresa fio:
 Mas dejar solo un gran resguardo hecho
 En tu heróico valor al riesgo mio,
 Y si moria, morir con esperanza
 De pío entierro, y de cruel venganza.

Á este fin te dejaba, oh caro amigo,
 Y por tu anciana y tierna madre ausente,
 De su larga vejez único abrigo,
 Y de tu nueva esposa gusto ardiente:
 Mas, ya que tu valor viene conmigo,
 Y en mi alma el brio que me das se siente,
 No dilatemos mas el hecho altivo,
 Ni hombre nos quede de importancia vivo.

Ven tras mí, y con atenta vista advierte
 Por donde ahora el honor tras sí nos guia,
 En esto está acertar ó errar la suerte,
 Ser descuidada ó cuidadosa espía:
 El sueño es viva imagen de la muerte,
 Ó ser muerte caliente, ó muerte fria,
 Dormir en nudo oscuro, y paz interna,
 Ó noche temporal, ó noche eterna.

Mira cuan cerca están nuestros contrarios
 De pasar un extremo en otro extremo,
 Y del cielo y sus altos lacunarios
 La nueva luz que sola adoro, y temo:
 ¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?
 Fuego es de honor en el que me ardo y quemo;
 Á ellos, gran capitán, que es excusado
 Quererle suspender su curso al hado."

Dijo, y sacando la luciente espada
 Por entre los nevados fuegos vuelta,
 Y á Isarco, y Zaldibán, que en camarada
 Hecho habian hasta entonces centinela,
 En torno de su hoguera amortiguada,
 Ya con el vino, y la pasada vela,
 Confiados en tener campo seguro,
 Blanda cama les daba el suelo duro.

Allí entre el fuego y la ceniza fría
 Segó al uno y al otro la garganta,
 Dichosos, á velar hasta que el dia
 Vestido vieran de su lumbre santa:
 Uno era cazador, y otro seguía
 De la caza de amor la red que espanta,
 Mas del feroz Serpilo el brazo airado
 Á aquel quitó el afán, y á este el cuidado.

Mató tras esto en la segunda posta
 Cuatro dormidas centinelas juntas:
 Mató al vano Alfager, al noble Acosta,
 Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:
 Y por la raya de una senda angosta
 Al pabellón fue á dar, donde trasuntas,
 ¡Oh sutil Targa! en bronces lo que Apeles
 Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.

Abriendo en sútil lámina de acero
 De Piramo y de Tisbe los amores,
 Aquel dia le halló el sueño postrero,
 Y del cruel Serpilo los furores:
 Pasóle el corazon de un golpe fiero,
 Y saltando la sangre dio colores
 Al relieve infeliz, que en triste suerte
 Ocasion fue y agüero de su muerte.

Puesto cabe él en éxtasis profundo,
 No dormido, mas ciego en su cuidado,
 Al alquimista vió sutil Raymundo,
 Sobre su antiguo escudo recostado,
 Midiendo del napelo, y del segundo
 Eligir la sustancia, el punto, el grado,
 Y de quintas esencias fabulosas
 Una imposible máquina de cosas.

Habia gastado en experiencias vanas
 De su hacienda la flor y de sus dias;
 Y trocando el cabello negro en canas,
 Aun no se habian trocado sus porfias:
 Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas
 Esperanzas volvió de ardientes frias,
 Librándole ocasion tan oportuna
 De otros mayores golpes de fortuna.

Y entrando por el campo soñoliento
 Horrible estrago hace el moro fuerte,
 Dando su espada y su furor violento
 Mil diferencias de una sola muerte:
 Á este barrena el pecho, aquel á tiento
 Deguella, y pasa al fin la adversa suerte
 Del modo que halla al grande, y al pequeño,
 Del sueño temporal á eterno sueño.

Este en su corvo escudo recostado,
 El otro sobre el yelmo adormecido,
 Uno encima la blanda yerba echado,
 Y otro en las grevas de su arnés tendido;
 Cual con nuevo dolor desatinado
 La boca abre á dar voces, y embebido
 Por ella el hierro de la presta daga,
 La voz se vuelve atrás, y el morir traga.

Coello, un portugués de ánimo ardiente,
 Hidalgo tierno en sangre y en amores,
 Poeta, amante, músico y valiente,
 (Cuatro heróicos y célebres furores)
 Con el retrato de su dama ausente,
 Á quien había cantado mil primores,
 Como el sueño le halló en su fantasía,
 Las manos en la citara, dormia.

Torcido el rostro hacia el retrato bello
 En señal de caricias á su dama,
 Dormido al gusto y al placer de vello
 En las corazas de su arnés por cama,
 Segó el alfanje el desmayado cuello:
 Estremeciése el cuerpo, el pecho brama,
 Y al palpitárs las manos con instancia
 En las cuerdas formaron consonancia.

Marcio, y Catino, grandes bebedores,
 Que parte de la noche han ocupado
 Con la taza y los dados, en vapores
 Del dulce mosto el sueño habian brindado:
 Los enjutos barriles por las flores,
 Cada uno sobre el suyo recostado,
 Dormian en torno de la mesa y fuego,
 Á donde el vino los dejó, y el juego.

Debia de soñar Marcio que brindaba,
 Y abriendo la ancha boca, bebió entero
 El sangriento cuchillo, que llegaba
 De degollar al torpe compañero:
 Triste el alma salió en ver que dejaba
 Posada tan alegré, cuando el fiero
 Golpe por quien la suya dió Cátino,
 En vez de roja sangre vertía vino.

Mató tras este á Marco, y á Sarrento,
 Escuderos de Marcio: mató á Soria,
 Que entre sus dos caballos soñoliento
 Para ir no tuvo á su cuartel memoria:
 Pasó el celebro á Furnio, que de viento
 Mil torres exhaló, y de vanagloria,
 Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,
 Entre los frascos se escondió de miedo.

De allí entró donde el docto Algeo dormia
 Á la luz de una vela, en que su pluma
 De un grave poema heróico que escribía
 De versos había hecho una gran suma:
 Un rico arco grabado de ataujía
 Á su lado, y un libro á donde suma
 Del triforme Gerion de ambas Españas
 El reino antiguo, y célebres hazañas.

El arco que allí tiene fue el que Alcides
 Al templo del Lucero dió en despojos,
 Donde colgado le halló Almonides,
 Cuando á vengar de un conde los enojos
 Pasó con Muza á España, cuyas lides
 Los ríos volvieron y los campos rojos:
 Él lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,
 Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.

Cuando en sangrienta lid los Albaneses
 Á Abdalla despojaron sobre Duero,
 El docto Algeo entre otros dos arneses
 El rico arco ganó al gigante fiero:
 Y en sus pomposos versos los reveses
 Del tiempo, arco invencible, aquel postrero
 Sueño le halló pintando, cuando el hilo
 Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,
 Y al sabio poeta, que admirando estaba
 Las musas con su espíritu, entre rojos
 Suspiros lanzar hizo el alma brava:
 Quiso de su victoria por despojos
 Llevarse el arco y la dorada aljaba,
 Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,
 Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Cansado de herir, soberbio mira
 Las varias muertes, y el estrago hecho,
 Y ni por eso se alza, ni se tira,
 Ni atrás da un paso del dudoso estrecho;
 Antes entre el sangriento horror suspira
 Hirviendo en ira el arrogante pecho,
 Y las armas ya botas, y él sin fuerza,
 Á nuevos daños su crueldad le esfuerza.

Cual tigre hircana en el aprisco mudo,
 Harta de degollar grueso ganado,
 La tierra en roja sangre, y el membrudo
 Lomo de nuevas manchas salpicado,
 Carleando cesa un rato, y en menudo
 Anhelar cobra aliento el pecho airado,
 Y mientras del destrozo se retira,
 Cuanto el hambre menguo crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,
 Menor estrago y mortandad hacia,
 Que del plebeyo pueblo una gran parte,
 Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:
 Mató á Gilberto, que en decir con arte,
 Y herir de punta su primor tenia,
 Á Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,
 Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los ríos de sangre, y por la tierra
 Las perlas arrebolan de la aurora,
 Y él en su oculta y alevosa guerra
 Con ella misma á mas herir se azora:
 Entra donde á medir Ulloa se encierra
 Del precioso hado el ascendiente y hora,
 Ulloa digo, un astrólogo ignorante,
 Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrologado
 Gustoso, que su estrella le asegura
 Tras prolja vejez sepulcro honrado,
 Mas mintió su astronómica figura;
 Que el bello Celedon con su dorado
 Puñal le dió temprana sepultura,
 Y abriéndole el celebro con dos puntas,
 Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,
 Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,
 Y al bello Demorato, jóven tierno,
 Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
 Y á tí, oh siempre infeliz viejo Salerno,
 Que antiguo pretensor sin hacer suerte,
 Cansado en corte de esperanzas nuevas,
 Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y si no entero
 El premio, dióte el pago de su mano,
 De haber dejado el hábito primero
 En que á Dios consagraste el pecho humano:
 Y viendo entre los rayos del acero
 El tierno rosicler del dia cercano,
 "Ya, dice, oh gran Serpilo, hace el alba
 Al dia, y á esta dormida gente salva.

Ya basta el venturoso estrago hecho,
 Y victorias que el cielo nos ha dado,
 La honra toda es tuya, sea el provecho
 Mio en que no violentes mas el hado:
 Este luciente yelmo, que del lecho
 Quité á un muerto enemigo, he reservado,
 Para que sus pomposas plumas sean
 Alas en que volar tus glorias yean.

Solo este para tí codicié en cuanto
 Oro y plata encontré del enemigo:
 Toma, oh Serpilo, y vamos, que ya el manto
 Estrellado, que ha sido fiel testigo
 De tu braveza, entre el nocturno espanto
 Sus broches de oro esconde; toma, amigo,
 Y por este encubierto valle huyamos,
 Antes que lo hecho con la luz perdamos."

Dijo, y Serpilo, "oh gloria, le responde,
 De tus mayores, y honra de la mia,
 Yo tambien otro don codicié, donde
 Uno entre libros sin temor dormia:
 Un arco bello, cuya aljaba esconde
 Cien flechas entre nacar y ataujía,
 Que luego que le ví, el robusto oficio
 De tu caza le di por ejercicio.

Y con el gusto de quitar la vida
 Á otros que estaban en la misma tienda,
 El alma en tantas muertes repartida
 De traerte se olvidó la rica prenda:
 Mas tuya es, y ha de ser; aquí escondida
 Tu persona se esté, y aquí me atienda,
 Que junto aquél hogar que allí blanquea
 La prenda está que darte amor desea."

Dijo, y sin ser á detenerlo parte
 Los ruegos del amigo, que adivina
 Sus malogrados fines, dél se parte,
 Y por el infeliz arco camina:
 Ó fuese nuevo ardor del duro Marte,
 Ó Apolo, que vengar la alma divina
 De su poeta quisiese, ó que ya el hado
 Al fin había de su virtud llegado;

El breve tiempo que duró esperalle
 En el puesto, sobre él dió de repente
 Argildos, que á correr salia el valle
 Con una escuadra de lucida gente:
 Dióle al amor la noche, y quiso dalle
 Á Marte el alba, y en ginete ardiente
 Recorriendo las postas de las velas
 Venía por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon, que al corto abrigo
 De una encina trataba de esconderse,
 Donde esperando á su imprudente amigo
 Amor pudo obligarle á detenerse:
 Cércale el español bando enemigo,
 De quien él por huir y defenderse
 Gallardos golpes con su alfanje hace,
 Su vida ampara, y su honra satisface.

Trebonio fue el primero que atrevido
 Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
 Del victorioso moro, y aturdido
 Á sus pies le arrojó un golpe valiente:
 Mas ¿qué te vale, oh miser, el cumplido
 Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
 Si al tejido escuadron que se abalanza,
 Ni el firme escudo, ni el alfanje alcanza?

Ya el gallardo mancebo en sangre tinto
 Con las varias heridas tenia el suelo,
 Cuando el vano Serpilo en el distinto
 Rumor las señas vió de su recelo;
 Que victorioso en tachonado cinto
 La rica aljaba de arrogante vuelo
 Le bajaba á los hombros, y en la mano
 El arco duro hacia gemir usano.

Suspendió el paso y el medroso pecho,
 No de su riesgo, mas del caro amigo,
 Atenta y triste centinela hecho,
 Puesto al tronco de un árbol por abrigo:
 Conoce á Celedon, y el sin provecho
 Brio de sola su bondad testigo,
 Con que en confusa brega se revuelve,
 Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traía,
 Encorvando sobre una el arco duro,
 Al confuso escuadron diestro la envía
 Desde el hueco troncon del roble oscuro:
 Acertó á Breño, y el reciente dia
 Que iba naciendo por el aire puro
 De los ojos le esconde, y en las sienes
 Clavada le hace dar ciegos vaivenes.

Vuélvense todos á la oculta parte
 Que la homicida flecha trajo el vuelo,
 Buscando á tiento el encubierto Marte,
 Cuando otra por el mismo paralelo
 De la tirante y firme cuerda parte,
 Y al medroso Blodon, que con recelo
 Gritaba, "¿quién tiró?" la punta aguda
 Su voz clavó, y dejó su lengua muda.

Argildos, que de afuera entretenido
 En ver pelear el fuerte moro estaba,
 De su gallardo aliento conmovido
 Guarecerle la vida deseaba:
 Mas por los nuevos tiros ofendido,
 El alma vuelta de piadosa en brava,
 "Matalde, dice, y vénguese en su pecho
 El grave daño por su causa hecho."

Y un frio yenabio que en la mano tiene
 Con tal destreza al firme pecho arroja,
 Que ni el grabado escudo le detiene,
 Ni de su peto la acerada hoja:
 Cual destroncado toro á tierra viene
 Con la parda asta, ya en su sangre roja:
 Su amigo que caido le vió en tierra,
 Furioso salta á descubierta guerra.

"Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño:
 Teneos, que nada os debe ese inocente;
 Yo el autor fui del riesgo y mal tamaño,
 Y del sangriento estrago en vuestra gente;
 Yo la ocasión tracé, yo urdi el engaño,
 Yo soy quien os hacia la guerra ausente:
 Él nada os debe, el cielo me es testigo,
 Sino es el ser de un desdichado amigo.*

Dijo, y lanzando el arco por el suelo
 Furioso su sangriento alfanje saca,
 Y con desesperado brio el zelo
 Venga de su amistad, y su ira aplaca;
 Y á Salmino, y Parolo, que á su vuelo
 Delante halló por resistencia flaca,
 Uno en el muslo herido, otro en el brazo,
 Libre el paso le dieron de embarazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo
 Á pesar de mil puntas llega, y mira
 El peligroso golpe, el enemigo
 Dardo, y del firme heróico brazo la ira:
 Y viendo así morir su caro amigo,
 De rabia brama, y de dolor suspira,
 Y el desangrado moro en habla breve
 Á que se salve así le alienta y mueve:

"Huye, amigo, de aquí, huye ligero,
 Mientras muriendo yo salvo tu vida;
 Dame este dulce bien por el postrero,
 Y no hallaré la muerte desabrida:
 Y cuando haya ocasion, ó por dinero,
 Ó por sangre en mejor sazon vertida,
 Á mi afligida madre el cuerpo lleva,
 Y á ser su nuevo amor el mio te mueva."

Dijo, mas ni el dolor, ni los contrarios
 Lugar le dan de responder al moro,
 Que de heridas y golpes temerarios
 Sobre él descarga un martillar sonoro:
 Parece al recibir los tiros varios
 En coso estrecho jarretado toro,
 Y en el herir y acometer gallardo
 En escombrada plaza suelto pardo.

Á este hiere, aquel da, y al otro acierta
 En revuelto y confuso torbellino :
 Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,
 Luchador diestro aquel, y este adivino :
 Y ya el amigo y la esperanza muerta,
 Aunque á su real pudiera abrir camino,
 Y salvarse , no quiso , mas el lado
 Muerto guarda , que vivo había guardado ,

Hasta que á golpes y dolor deshecho
 El noble corazon del moro fuerte ,
 Pasado de un cruel venablo el pecho
 Mas fiel que amor tocó , ni hirió la muerte ;
 Ya sin aliento ni armas de provecho ,
 Cerrando el curso de la humana suerte ,
 Y haciendo al mundo de su fe testigo ,
 Sin vida dió á los pies del muerto amigo .

¡Oh heróico ejemplo de amistad divina ,
 Aunque en bárbaros pechos descubierta :
 Si de mis nuevos versos la adivina
 Virtud del todo en mí no ha sido incierta ,
 Jamas el tiempo , que inmortal camina ,
 Del ciego olvido te verá cubierta ,
 Antes de siglos y años vencedora
 Tu fama irá como tu sangre ahora !

CANTO VIII.

ARGUMENTO,

*Muerte de Cardiloro, y fin de la aventura
de Argildos y Florinda.*

En tanto el nuevo amante Cardiloro
Impaciente en sus gustos y alterado,
Del ya vecino sol los rayos de oro
Presentes mira, y aborrece airado;
Que de tinieblas hecho su tesoro,
Cuanto con la luz ve le causa enfado,
Y entre esperanzas un deseo fuerte,
Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,
Como prudente y recatado amante,
De suficiente escala, y de escondido
Recajo, y armas, y ánimo bastante;
Con un cristiano page el mas querido,
De fe mas sana, y pecho mas constante,
Dos breves horas antes del concierto
De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto
Con que él hiciese el robo mas seguro,
Que el torpe miedo y ciego sobresalto
La vista turban mas que el aire oscuro:
Comenzóse la grita: él, puesta en alto
La escala, abierto de Sansueña el muro,
Vió la ventana donde amor le enyia,
Puerta á su gloria, y sol antes del dia.

La bella amante súbito engañada
Con las dulces memorias de su esposo,
Del son de Marte y del amor turbada,
Del pagecillo, y de su hablar medroso,
La alta escala bajó, y fue disfrazada,
Haciendo el traje moro mas airoso,
Si las tinieblas consintieran vello,
Del gallardo ademán el bulto bello,

Con solo un cosfrecillo en que traía
Lo mas precioso de sus joyas puesto;
Y viendo que el rumor de armas crecía,
Con paso apresurado y descompuesto,
Dando á entender el moro que huía
No el miedo de la gente, sino el puesto;
Comenzó á desviarse por el llano
Del muro hacia el ejército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto
Para no ser de nadie conocido,
Y el page astuto con sagaz concierto
Á cualquier lance impuesto y prevenido:
Y poco á poco por el campo abierto,
En son de huir la gente y el ruido,
Llevar quería la dama á una espesura,
Donde estuviese del tropel segura;

Cuando el moro infeliz que iba delante,
Haciendo franco el paso con la espada ,
Ciego dió en una escuadra, á la importante
Defensa de aquel paso diputada:
Y sin volver el nombre el vano amante,
De veinte su persona rodeada ,
Por mil partes le hieren , y por una
Á la muerte abrió puerta su fortuna.

Entre el izquierdo brazo, y la loriga,
 Una encubierta punta desmandada
 Tan dulcemente entró, que sin fatiga
 Del cuerpo cortó al alma la lazada:
 Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
 Del capitan cristiano desmayada,
 Con el engaño de tener por cierto
 Que no era el moro, mas su esposo el muerto.

Fue á tiempo él darle muerte á Cardiloro
 Que el montañés llegaba alborotado,
 Por ver del repentina asalto moro
 El que él iba á hacer anticipado:
 Y oyendo de las armas el sonoro
 Ruido ir en aumento recatado,
 Con una oculta escuadra de Guzmanes
 Venia á requerir sus capitanes.

Venia tambien á hacer secreta guarda
 Al balcon de oro, de su gloria puerta,
 Cuando muerto vió al moro, y la gallarda
 Dama á su lado desmayada, y muerta:
 No conoció su luz, ni á verla aguarda
 De la amorosa suspension despierta,
 Mas en su amor el alma divertida,
 La que buscando va dejá perdida.

Creyó que fuese alguna dama mora
 Del que á desgracia han muerto en la contienda,
 Y ella, y el page que cabe ella llora,
 Presos manda llevarlos á su tienda:
 Y tras el bien que deja, y el que adora,
 Con su escuadra tomó una estrecha senda
 Que á la torre va á dar, donde su gente
 Ya culpándole está de negligente.

Va buscando la gloria que ya tuvo
 Caida ante sus pies sin conocella,
 Cuando la culpa de perderla estuvo
 En no llegarse como pudo á vella:
 Mas ¿quién lo advierte todo, ó en quién hubo
 Tan sabia prevencion, que pueda en ella
 Medir las ocasiones, y en ninguna
 Perder lance á las vueltas de fortuna?

No hay descuidó en amor que no se pague,
 Ó sea el cobrar remiso, ó sea contado,
 Ni estado tan feliz que no lo estrague
 El desman de un suceso no pensado;
 Que si da la fortuna antes que amague,
 ¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
 Fue á dar con el balcon el godo tierno,
 Y en vez de alegré gloria halló el infierno.

Vió escalado su muro, y puesto fuego
 Ya por allí al balcon resplandeciente,
 Y que en tropel confuso y furor ciego
 Por él entraba la morisca gente:
 Y un soberbio jayan, de nacion griego,
 Señor de Negroponto, puesto en frente,
 Que da favor y fuego á los de arriba,
 Y á voces el combate y cerco aviva.

Reverberan las llamas en las hojas
 Del arnés limpio de bruñido acero,
 Y el aire oscuro con vislumbres rojas
 Al jayan vuelve mas horrible y fiero:
 Crece el rumor, el fuego, y las congojas
 En el dorado alcazar, y él entero
 Con su furor el gran teson sustenta,
 Y á todos golpes da, y armas presenta;

Cual tal vez cabe un risco cavernoso
 De negra escama pálido serpiente,
 Que en renovadas conchas poderoso
 Muestra la cresta azul resplandeciente,
 Y si del fuego que hizo el perezoso
 Gañan junto á su cueva el calor siente,
 Saltando á él sin que temor le ocupe,
 Tres lenguas silba, y la ponzoña escupe;

Quedó el amante de la dama bella,
 Que en salvo puesta sin pensar tenía,
 Viendo la escala; y que el jayan sobre ella
 La torre con su gente entrado había;
 Suspensa el alma, alborotado en vella,
 Y en varió discurrir la fantasía,
 Dándole vuelta á su pesar la suerte
 En tormento el placer, la vida en muerte.

Así tal vez villano entretenido
 En acechar de una perdiz medrosa
 Para hallarla de noche el caro nido,
 Si al extender la mano codiciosa
 Al escorpion tocó que la ha comido,
 Atrás se huye, y con la temerosa
 Luz de sus vivos ojos ve el engaño
 Del riesgo suyo, y del ageno daño:

Tal de Velasco la nobleza antigua
 Suspensa se quedó, viendo al gigante
 Como nocturna y lóbrega estantigua
 Entre el humo y el fuego resonante,
 Y del confuso vulgo y gente ambigua
 El tropel ciego y el furor bastante
 Á tomar la ciudad; mas en un punto
 El miedo y suspension se acabó junto.

Y como el que en los brazos de Mordeo
 Se sueña de un leon fiero asaltado,
 Que, despierto, en el bosque Dodoneo
 Le ve sobre algun risco encaramado:
 Hallando ser verdad el devaneo
 Del sueño, salé á él alborotado,
 Trocada en riesgo la apacible caza,
 Y con la fiera y su furor se abraza;

De tal manera Argildos , viendo el paso
 Á que sus cosas trajo la ventura,
 Furioso hacia el gigante Radagaso
 Sale, amparado de la noche oscura:
 Y antes que el feroz moro sienta el caso ,
 Un revés le alcanzó por la cintura
 Que le hizo dar de manos, y le hiciera
 Dos, si el filo al cortar no se torciera.

Saltó el gigante cual dragon herido
 Del duro cesped que arrojó el villano ,
 Y al tierno amante en fuego convertido
 Del mismo en que arde el torreón cristiano-
 La respuesta volvió con tal ruido ,
 Que acertando en el yelmo sonó el llano,
 Como si por socorro en ver que se arda
 La torre disparára una lombarda.

El español , que dos deidades juntas
 Honra y amor le hierven en el pecho ,
 Una tras otra hiere de dos puntas
 Al que su gloria puso en tal estrecho :
 Que del fornido acero por las juntas ,
 Lago de roja sangre dieron hecho
 El antes verde prado , cuyas flores
 Muertes respiran , y solian amores.

Al recibir el moro la una herida,
 Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
 Que, aunque sin daño y riesgo de la vida,
 Dέ acero y carne le llevó un pedazo:
 Y dando y recibiendo una avenida
 Y tempestad de golpes, hizo el plazo
 De su vida mas breve un altibajo,
 Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.

Mas, como si la fuerza se pasara
 Del destroncado brazo al brazo vivo,
 Así con nueva fuerza da y repara
 Golpes á su contrario el Griego altivo:
 En esto el fuego con su rubia cara,
 Para hacer el combate mas esquivo,
 Apoderado del dorado techo,
 Con su costoso daño hacia provecho.

Y la española escuadra que venia
 Por guarda del hermano de Tibalte,
 Y en ciega tropa arremetido habia,
 Cubriendo el campo de sangriento esmalte,
 Mezclada entre los bárbaros subia
 Por la alta escala, haciendo que no falte
 Quien con la sangre mora no pequeña
 Parte apague del fuego de Sansueña.

De el son confuso el resonar valiente,
 Y de la llama el rechinar sonoro,
 Asombró al pueblo, que tenia su gente
 Segura por allí de el campo moro.
 Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
 La ancha techumbre de artesones de oro;
 Y de gruesas columnas jaspes varios
 Tristes sepulcros dan á sus contrarios.

Hizo el fuego las señas con sus llamas,
 Y acudió á aquella parte el furor todo,
 Los unos á perder vidas y famas,
 Y otros á hallarlas por el mismo modo:
 Al fin, del ciego bosque entre las ramas
 Del asturiano campo y pueblo moro
 Lo mejor se juntó, y duró el rebato
 De la confusa noche el mayor rato.

Murieron muchos de una y otra parte
 En la confusa bárbara refriega,
 Á unos dando el rendido baluarte
 Muerte comun y sepultura ciega,
 Á otros la espada del sangriento Marte
 Los vendimia en agraz, y en flor los siega
 Por varios trances, que el morir es cosa
 De todas la mas cierta, y mas dudosa.

Argildos ya, despues que á Radagaso
 Con gallardo esgrimir quitó la vida,
 Y á Arganda, un moro capitán, de paso
 Cabeza y pecho abrió de una herida;
 En compañía del prudente Eraso,
 Que una escuadra á sus pies tenía rendida
 De alarbes berberiscos, que en España
 La gente fue de mas corage y saña;

Ganando el paso de la escala y muro
 Á costa de su sangre y de la agena,
 El amante subió libre y seguro
 Á ver su gloria, y á hallar su pena:
 Que entre el negro carbon del humo oscuro
 A vueltas de otros tristes llantos suena
 Que Florinda murió, ó es cosa cierta
 Que está cautiva y presa, si no es muerta.

Creese que consumida de la llama
 Entre carbones de oro es ya ceniza,
 Y que de su valor sola la fama
 Viva ha dejado la sangrienta riza;
 Porque el oculto cuarto de la dama
 Puerta fue del asalto, y la postiza
 Escala su balcon, y el mauro fiero
 En ella ejecutó el furor primero.

Llegó la fama ya verificada
 Con bastantes indicios al amante,
 Que de dolor el alma traspasada
 Quedó á una muerta estatua semejante;
 Como el preso sin culpa, que ya dada
 En su causa sentencia, ve delante
 El verdugo que á darle muerte viene,
 Cuando por libre en su opinion se tiene.

Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
 De un golpe echarlo desde el muro al suelo,
 Que ni para la espada ni el escudo
 Fuerza dejó ni brió el mortal hielo:
 Dado de pena en la garganta un nudo,
 Caido el corazon, y el desconsuelo
 Mayor que tal desgracia se atribuya,
 O á poco amor, ó á negligencia suya.

Quiso darse la muerte con su espada,
 O dejarse matar de un enemigo,
 Si no fuera en su honor, o en su pasada
 Culpa un breve morir corto castigo:
 Mas esto, y la esperanza amortiguada
 Aun no muerta del todo, abrió un postigo,
 Por donde entró una furia de tal modo,
 Que pensó hundirlo en su venganza todo.

Tocaba á recoger el campo moro,
 Viendo engrosado mas que convenia
 El asalto que el mozo Cardiloro
 Sin justa causa comenzado habia;
 Cuando el valiente Argildos, al sonoro
 Rumor de los clarines, revolvia
 Á hacer cruel venganza y escarmiento
 De la triste ocasion de su tormento.

Y aunque cubierto del nocturno luto,
 Y de tinieblas lóbregas revuelto,
 Al rayo de su espada el campo bruto
 En un confuso infierno quedó vuelto:
 Cogiendo en negra sangre horrible fruto
 Del rabioso dolor en que va envuelto,
 Dando golpes á ciegas, que de dia
 Tendrá bien que contar la pluma mia.

En tanto la afigida hermosa dama,
 Ya persuadida que es su esposo el muerto,
 Con los perdidos lustres de su fama
 En el trazado fin de su concierto,
 El pecho ardiendo en amorosa llama,
 Su amor llora perdido, y descubierto,
 Sin sombra ni apariencia de disculpa,
 Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.

Al ciego amparo de un rincón oscuro
 De la tienda, que fuera cielo claro
 Á saber cuya era, y cuan seguro
 Allí tenian sus males el reparo,
 Con llanto amargo, que un peñasco duro
 Tierno hiciera en su triste desamparo,
 Así de sus dos manos hecho un nudo
 Quejas al cielo da en lenguaje mudo.

"¡Oh cielo que ya tienes el tesoro
 Cuya memoria un pecho enriquecia,
 Y á mí en triste ocasion de eterno lloro
 Para nunca haber fin la pena mia!
 Si del sol que perdí, y perdido adoro,
 Ya en tu horizonte amaneció su dia,
 Y mi alma, que es sin él noche profunda,
 Jamas espera ver su luz segunda,

¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
 Para solo llorar desgracias hecho,
 Quedar penando el cuerpo permitiste,
 Que es sin su vida de ningun provecho?
 Las vislumbres del gusto con que diste
 Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,
 ¿Dónde se fueron á volver estrellas,
 Llevándose mi bien volando en ellas?

¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,
 A quien yo por mi mano di la muerte!
 ¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,
 Debajo el dulce fin de complacerte!
 ¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!
 ¡Menguada hora de infelice suerte,
 Que tantos juntos abracé conmigo,
 Para solo quitarme un dulce amigo!

¡Alma dichosa, que en amor ardiendo
 Sobre tu mismo fuego te levantas,
 Y ya campos de gloria van midiendo
 De tus pies santos las divinas plantas,
 Mientras del tercer globo estás cogiendo,
 Entre sus rosas y azucenas santas,
 Los castos pensamientos en que tuve
 La fe sembrada que en tu ley mantuve!

Vuelve los ojos, mira el sacrificio
 Que ahora á tu deidad hacer espero,
 Que vivir fuera yo de tu servicio
 Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
 El alma en ir tras tí hace su oficio,
 Y yo el mio en morir, pues por tí muero;
 Acoge ahora esta piadosa ofrenda,
 Que el dolor sana, y el honor remienda.

Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,
 Que en honra de un amor y fe tan pura,
 Lo que apartados al morir nos tiene,
 Muertos nos junte en una sepultura."
 Dijo, y toda turbada en ver que viene
 La infeliz hora de la muerte oscura,
 Resuelta ya en tomarla en cualquier vía
 Antes que asome con su lumbre el dia;

Con yarias trazas considera el modo
 Mas facil de matarse, y mas honesto,
 Antes que haga por el campo todo
 La fama el primer yerro manifiesto:
 Al fin, con pecho real y ánimo godo
 Entera en su memoria halló puesto
 El camino mejor, mas breve y llano,
 En tomar un veneno de su mano.

Acuérdate que en guarda y fiel recato
 Le dió su anciano padre un pomo de oro
 De mortal confección, con que un ingrato
 Indio, por orden de un esclavo moro,
 Matarle quiso, y descubierto el trato
 Los quemó vivos, y el mortal tesoro
 Ella por mas guardado y mas recluso,
 Entre sus joyas sin pensar le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene
 Su desgracia le puso, ó su ventura;
 Y así vuelta ya alegre en ver que tiene
 Tan vecina la muerte y tan segura,
 Ni perpleja ni en duda se detiene:
 Tómale, y al buscar la cerradura
 Halla menos la llave, que al ruido
 Allá se le olvidó, ó se le ha perdido.

Vuelve cuitada á su primer congoja,
 Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
 Que el acero, sin ver cómo, se afloja,
 Y abierto á su primer contento vuelve:
 Todo quiere que muera, ó se le antoja,
 Las joyas saca á tiento, y las desvuelve,
 Hasta que á ballar al fin entre ellas viene
 La que la muerte en fiel custodia tiene.

Más como oscuro está, ni acierta á abrilla,
 Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
 Y así llorando dice: "¡oh gran mancilla,
 Que tan cara la muerte se me vende,
 Que ni buscalla basta, ni seguilla!
 De mí se esconde sola, y se defiende:
 ¡Que es posible que ordene el cielo justo,
 Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!"

¡Oh como tiene el corazon humano
 Vislumbres ciertas de saber divino!
 ¡Cuantas veces me dijo el miedo en vano
 Que era lo que intentaba desatino!
 ¡El huir de mí sin me tocar la mano,
 El no me hablar palabra en el camino,
 Todo era igual congoja y agonía,
 Que á ambos un triste fin nos prometía!"

Esto entre sí decia, revolviendo
 La muerte aquí y allí, cuando en las manos
 Cierto licor sintió, ¡suceso horrendo!
 Que sin mas consultar temores vanos,
 Cierta ya que el veneno iba saliendo,
 Llegó la boca y labios soberanos
 Para beber por ellos lo que cupo
 Al corazon mas fiel que el mundo supo.

Y apenas el licor pasó la boca,
 Cuando quedó la dama sin sentido,
 Tal que mirarla á lástima provoca,
 Y dejá al mas cruel enterneциdo:
 Ó muerta, ó, si no muerta, con tan poca
 Esperanza de vida, que perdido
 Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
 Desde ese punto se contó por muerta.

Ya en esto del color de la azucena,
 De aljofar lleno el manto de brocado,
 Cercada el alba de una luz serena
 De oriente entraba en el balcón dorado;
 Cuando de sobresaltos y de pena
 El noble Argildos vuelve acompañado
 Con rostro triste, y paso perezoso,
 Ni vencido, ni alegre victorioso.

Como tal vez sobre los bosques de Ida
 Soberbio toro vuelve á su manada,
 Sin traer consigo al pasto la querida
 Novilla que á traicion le fue robada,
 Que el paso lento, la cerviz caida,
 La piel en sangre y en sudor bañada,
 Al cielo á cada paso vuelto brama,
 De amor se queja, y su becerra llama;

Así el valiente Godo se retira,
 Vuelto ya el campo á su primer concierto,
 De congojas cercado, ardiendo en ira,
 De triste luto el corazon cubierto,
 De sombras lleno cuanto en torno mira,
 Al dolor vivo, á la esperanza muerto,
 Y á su real tienda llega, cuando el dia
 Á ver lo que el asalto obró salia.

Halló á la puerta en hábito de moro
 Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
 El page con quien hizo Cardiloro
 El enredo que á todos costó tanto:
 Miróle Argildos, y en la nieve y oro
 De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
 Vió al natural á su Florinda bella,
 Y fue admirado á arrodillarse ante ella.

Creyó que, como estaba concertado,
 En hábito morisco había salido,
 En el de page el de mujer trocado
 Por mas ligero, y menos conocido:
 Mas cuando de mas cerca vió burlado
 Su antojo, y ser de veras ha entendido
 Hombre en el habla, y diferente el trato
 De aquella de quien es vivo retrato;

Volvió otra vez á su dolor primero,
 Aunque con nueva admiracion y espanto,
 En ver aquel gallardo prisionero,
 Que á su Florinda se parezca tanto:
 Dióle razon del caso un escudero,
 Diciéndole: "señor, á noche, en tanto
 Que el asalto duró, el capitán Bueso
 Trajo una mora, y á este moro preso.

**La mora en tristes lágrimas metida
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida,
Y la nueva afliccion del triste estado."**
**Dijo, y Argildos la alma divertida,
La vista, el sentimiento, y el cuidado
En su primer dolor, apenas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.**

**Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda cuando el freno
Del sol asoma con su lumbre clara;
Dándole luz bastante el dia sereno
Para ver la belleza al mundo rara,
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber como, ni por donde sea.**

**Como tal vez el labrador cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su ejido,
Entra bajando el monte descuidado
Á una cueva sin luz, y allí escondido
Acaso se halla entre las ollas de oro
De un antiguo y riquísimo tesoro;**

**Así el tierno amador, con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
Á un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y beldad cercada.**

Danae quizá, cuando entre lluvias de oro
 Bajó á su lecho celestial riqueza,
 Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
 Mas en su rostro no otra igual belleza.
 "¡Oh soberano cielo en quien adoro!
 (Dijo el godo, aun no libre de tristeza)
 ¿Anda fortuna haciendo devaneos
 Entre su ciego antojo , y mis deseos?

¿No es este el bello sol que mi alma alumbra?
 ¿Este no es su retrato verdadero ?
 ¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbra?
 ¿Ó la fingida imagen por quien muero?
 ¿Ó es la imaginacion con que acoſtumbra
 Pintar la gloria amor, que sigo y quiero
 Para volverme con deseos loco
 Del mismo gusto y bien que yeo y toco?

¿Hase quebrado en dos el limpio espejo
 En quien solia mirarse la hermosura ,
 Que tan por un nivel , tan por parejo ,
 Se muestra en dos mitades su figura ?"
 Así dijo, y con ánimo perplejo
 En el secreto de la enigma oscura
 Llegó á la bella dama , y á un pequeño
 Moverla le rompió el sabroso sueño.

Despertó sin sentido alborotada ,
 De sudor y de lágrimas cubierta ,
 Y en ver su tierno amante mas turbada
 Sospecha todavia que está muerta:
 Hasta que vuelta en sí , y desengañada ,
 No que en vana fantasma y sombra incierta
 Su esposo está , mas en alegre vida ,
 En nueva admiracion quedó metida.

Así en la escena trágica aparece,
 Al desatarse el nudo y la maraña
 En que su alegre ó triste accion senece,
 La antes oculta novedad extraña,
 Con que la pena ó la alegría crece,
 Que las pasiones mueve, y las engaña,
 Poniendo los sucesos diferentes
 Admiracion y espanto en los presentes.

¡Extraño caso! en la bújeta de oro
 Que el veneno mortífero traía,
 La contrayerba del mortal tesoro
 Por sí en licor suavísimo tenia:
 Que tal fue siempre en esto el uso moro
 Dar el remedio donde el mal venia,
 Y á la dama tambien su buena suerte,
 Hallar la vida por buscar la muerte.

De un frío aspid de Libia soñoliento
 La mortal confección era amasada,
 Y el mitridato por el mismo intento
 Durmiendo la dejaba reparada:
 Trocó á las cosas la ventura el viento,
 Y la afligida dama alborotada
 Bebió, por beber muerte en la bebida,
 Un dulce sueño que le dió la vida.

Publicóse la nueva venturosa;
 Y el amante sagaz, viendo trocada
 En ocasión honesta la amorosa,
 Que ántes viniera á ser grave y pesada,
 Al triste alcaide, padre de su diosa,
 Que por muerta la tiene, ó por robada,
 Aviso envia, y da nueva cumplida
 Ya de su libertad, y de su vida.

Vino el anciano capitan gozoso
 Al real en grave pompa y aparato,
 Resuelto de no ser al valeroso
 Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
 Si él gana hija, que ella gane esposo,
 Y el premio todos de un honroso trato,
 Trocándose por casos semejantes
 En paz la guerra de los dos amantes.

Fue el valeroso alcaide recibido
 En real aplauso y majestad decente
 De la gallarda dama, y su querido
 Amante, y la demas guerrera gente:
 Donde luego que vió al recien venido
 Preso, en nada á Florinda diferente,
 "¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta
 En tan notable maravilla puesta?

¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
 En jóven tan gallardo, y tan apuesto?
 ¿Es de claro linaje, ó sangre oscura?
 ¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto?
 ¿Ó es el que yo dejé en una espesura,
 Cuando, en amargo llanto y luto puesto,
 La traicion me dejó de un moro ingrato,
 Robándome este rostro, ó su retrato?

Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,
 Vuestra tierra, nación, ley, y nobleza,
 Á quien el alto cielo dió la mano
 Tan abundante en gracia y gentileza."
 Así el alcaide dijo, y el lozano
 Doncel con nuevas prendas de belleza,
 De empacho y sobresalto de quién era,
 Turbado respondió desta manera:

"Señor, de mis parientes y linaje
 Mas noticia no tengo ni experiencia,
 Que haberme desde niño visto page
 De Abdalla, rey tirano de Valencia,
 De á donde hasta aquí hice un viaje
 Por un rodeo lleno de violencia,
 Que así, señor, pasó...." y así queria
 Decir lo poco que de sí sabia;

Cuando en confusa trápala y ruido
 Por la real tienda entraba un moro bravo
 De un vulgo y furia popular asido,
 Y un valiente caudillo de otro cabo:
 Hanle entre los cautivos conocido
 Por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo
 Del alcaide, y aquel que ahora dijo
 Que en una caza le robó á su hijo.

Fue de la arma pasada el desconcierto
 De tanto riesgo en el real pagano,
 Que hallando lo mejor del campo muerto
 El viejo Zumail, moro liviano,
 Desesperado huyó, huyó encubierto,
 Y el resto se dejó al furor cristiano,
 Entre cuyos despojos y tesoro
 Raulin prendió al antiguo esclavo moro.

Prendióle, y todo lleno de cuidado
 A que del tierno padre en la presencia
 El rico hurto descubra, aprisionado
 Le trajo en tanta guarda y diligencia:
 Quedó de nuevo el campo alborotado....
 Mas mientras se sosiega, y dan audiencia
 Al nuevo preso, de Bernardo quiero
 La luz seguir de su invencible acero.

CANTO IX.

ARGUMENTO.

Bernardo, queriendo libertar á Angélica de un dragon, la sigue por las oscuridades de una cueva, donde se halla enredado en un extraño encantamiento. Proteo le descubre quienes son sus padres: sale de allí vestido de las armas de Aquiles.

Ya despues que con trágico lamento
 Fin dió á su historia el español gallardo,
 Y deslumbrado en su beldad á tiento
 Se entró tras una corza el gran Bernardo
 Por la incógnita selva, en el aliento
 Y ligereza que un dispuesto pardo,
 Cuando en la Libia la hambre le persigue,
 Y un lobo por las breñas de Atlas sigue;

De las ásperas quiebras de la sierra
 Corrido un no pequeño trecho habia,
 Cuando abrirse de lejos vió la tierra
 Que en tumbo hinchado sobre el mar caía,
 Y al negro abismo que su vientre encierra
 Arrojarse la luz tras quien venia:
 Admiróle el suceso, y fué con nueva
 Curiosidad á entrarse por la cueva,

Cuando en el verde suelo vió caida
 La hermosura de Angélica, y sobre ella
 Una enroscada sierpe, que atrevida
 En sus artejos quiere deshacella:
 Aquella beldad misma que su vida
 En aire oscuro vió cual clara estrella,
 La noche que á Orimandro en su presencia
 Su luz arrebató maga violencia.

Admiróse el mancebo, y condolido
 De la ingrata belleza, aquella espada
 Que ella por mas favor le había ceñido,
 A volver por sus causas obligada,
 Bravo sacó, y con ánimo atrevido
 Corre á librar la dama desmayada,
 Que el dragon en la boca se la lleva
 Por las entrañas de la oscura cueva.

Entró tras él el animoso Infante
 Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
 Sintiendo detenerse por delante
 De un fuerte y singular brazo invencible;
 Hasta que en fuerza y ánimo constante
 Vencido de la máquina terrible
 El importuno estorbo en son horrendo
 Fue por el negro sótano cayendo.

Piensa que haya bajado hasta el profundo,
 Segun las vueltas y traspies que ha dado,
 Cuando de nuevo se halló en el mundo
 Con dos gigantes sobre un fresco prado,
 Qde el uno ha muerto el animal inmundo,
 Y el otro por el oro ensortijado
 Del hermoso cabello á toda priesa
 La Angélica beldad se lleva presa.

"Deten, negra fantasma," el jóven grita,
 Y tras él sale á remediar el caso,
 Cuando el otro jayan le ataja y quita
 Con firme maza el importante paso:
 Tal, que si el primer golpe no le evita
 Un salto atrás en aquel campo raso,
 Contra el valor de los eternos astros
 De su muerte quedáran tristes rastros.

Cobró el invicto Montañés sosiego,
 Vencido aquel fantástico enemigo,
 Y á dar alcance y guerra corre luego
 Al que se lleva á Angélica consigo:
 Vióla entrar por la llama de un gran fuego,
 Y sin buscar mas puerta ni postigo
 Tras él se entró, que á quien honor pretende,
 Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

Así el fuego sé cuenta que en su esfera
 Es con su tibia luz tan perezoso,
 Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
 Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
 Pasó libre la luz que reverbera,
 Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
 Que en una oscura tumba parecía
 Al débil rayo de un farol que ardia.

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
 Negra fantasma, ó sombra descarnada.
 Quedó pasmado, y el cabello yerto,
 Suspenso el paso, y la color mudada;
 Hasta que reportado: "oh, tú, encubierto
 Cadáver, dijo, dime en voz prestada,
 Si no la tienes propia, por cuál cueva
 Un jayan bruto preso un ángel lleva."

Juzgó que en las honrosas pretensiones
 Del ir tras la virtud, es caso indino
 Pensar que aun á los muertos las razones
 Falten para mostrar senda y camino:
 Ni que puedan fingidas ilusiones
 Torcer el curso del saber divino,
 Que á cada vida tiene, y cada hado,
 El punto fijo y centro señalado.

Esto á pedir con libertad le obliga
 Al carcomido bulto luz bastante
 Del huido jayan, y él con amiga
 Caricia le adestró con ir delante,
 Pidiéndole por señas que le siga
 Por un hundido sótano distante,
 Que secas las arterias y pulmones
 Aire le falta en que formar razones.

Fueron bajando un caracol difuso
 Al rayo de la lámpara de fuera,
 Que en aire negro, y cóncavo confuso,
 Con luz dudosa y tibia reverbera;
 Hasta que de los pies las plantas puso
 De un negro río profundo en la ribera,
 Que con ronco furor de peña en peña
 Por sus hondas cavernas se despeña.

Un pequeño batel puesto á la orilla
 Está entre cañas y ovas zabor dando,
 Donde aquella mortal sombra amarilla
 Se entró, al ilustre jóven convidando:
 Notable y nunca oída maravilla,
 Que obedeciéndole él, y ella bogando
 Por los despeñaderos de aquel río,
 Mas recio va que el agua su navío.

Cercado de figuras temerosas,
 Que á la luz se descubren, que levanta
 El oro de las sierpes escamosas,
 Que con su horrible centellear espanta:
 Y sobre negras ondas espumosas
 El frágil leño al centro se adelanta,
 Donde la luna sus mudanzas mide,
 La noche reina, y el horror preside.

Así en el requemado Flegetonte
 La barca de la muerte, y su barquero,
 Temple á las almas muda, y horizonte,
 De un claro mundo, á un espantoso y fiero:
 Y Alcides cuando entró por Aqueronte
 Á enlazar las gargantas del Cerbero,
 Así en el débil leño á todo vuelo
 Los límites feroz pasó del suelo.

Sintió en el sosegado movimiento
 Del temeroso viento denegrido,
 Haber ya hecho la barquilla asiento,
 Ó en agua mansa, ó puerto conocido:
 Buscó el piloto por el barco á tiento,
 Y, viendo que se le ha desvanecido,
 Causóle horror, que en golfo tan esquivo
 Aun hace un muerto compañía de vivo.

Hiere á una parte y otra con la espada,
 Y en el fondo del agua con los remos,
 Y ni halla de aquí ni de allí nada,
 Ni al río corriente, ni al remanso extremos:
 Solo de horribles sierpes ve cuajada
 La negra espuma, como ver solemos
 Con el presto relámpago que embiste
 Los pardos bultos de la noche triste.

Así el menudo centellar que sale
 De las sierpes al agua, y los dragones,
 Solo con sus vislumbres tristes vale
 Para aumentar del miedo las pasiones,
 Haciendo que un temor á otro se iguale,
 Las negras sombras, y húmidas visiones,
 Con el espanto del lugar horrible,
 Bastante prueba á un ánimo invencible.

El valeroso jóven, que se halla
 Ni bien en este ni en el otro mundo,
 Sin guia, senda ni luz, ni en que buscalla
 En el herviente lago y golfo inimundo,
 Que ni su barca sabe gobernalla,
 Ni cómo vadear el rio profundo,
 De un bordo en otro en vano se fatiga
 Buscando el puerto ó la ribera amiga.

"Sin duda, dice, el cielo me ha traído
 Por alguna soberbia culpa mia,
 Donde en eterna noche confundido
 Con el miedo ande siempre en compañía:
 Mas si en esta caverna y lago hundido
 Mi nombre ha de quedar, y aqui me guia
 El mal dispuesto influjo de mi estrella
 Á morir sin por qué tan mozo en ella;

Deme un famoso brazo con quien pueda
 Quedar como quien soy de un golpe honrado,
 Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
 Que un hombre, si es mortal, muera ahogado:
 Y si algun tiempo por vivir me queda,
 Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado:
 De cualquier suerte quiero ver si puedo
 Destas cuevas romper el ciego enredo."

Dijo, y con ambos remos presuroso
 Boga á buscar el fin de la laguna,
 Y sin tomar aliento ni reposo
 Se cansa en vano sin mudanza alguna:
 Parécele que vuela mas furioso
 Su barco que la esfera de la luna,
 Y no se mueve mas, ni da mas paso,
 Que en Tesalia las cumbres del Parnaso,

Y así en silencio y suspension callada
 Todo permaneció hasta el nuevo dia,
 Que un rayo entró de luz amortiguada,
 Por donde un muro sin pensar se abria :
 Y en una hermosa sala matizada
 De oro precioso, y varia pedrería,
 Sobre una rica cama de brocado
 Con sus congojas se halló embarcado,

Vió que eran los dragones y serpientes,
 Que antes le perturbaban con vislumbres
 De oro y preciosas piedras transparentes,
 Que á la cuadra enlazaban las techumbres;
 Las espumas aljofares pendientes
 De un rico pabellon alegres lumbres,
 Y la barquilla en que iba tan estrecho,
 La blanda pluma de un dorado lecho.

Tuvo por sueño todo lo pasado;
 Sus temores riendo y su recelo,
 Y saltando del lecho apresurado,
 Corrió alegre á gozar del claro cielo:
 Abrió una puerta de marfil grabado,
 Por donde entró la luz, y halló que el suelo
 Era todo de un vidrio transparente,
 Como el cerúleo mar resplandeciente,

En que de los tesoros de la sala
 Caían unos vivísimos reflejos,
 Que en vista y proporcion no les iguala
 La industria de los cóncavos espejos,
 Siendo serpientes de oro hechas por gala
 Los que dragones parecian de lejos,
 Fingiendo las vislumbres de un topacio
 El contrahecho asombro en el palacio.

Mas, ya saliendo por la eburnea puerta
 Tras el sabroso fin del dulce engaño,
 Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
 Un cielo de agua sin lesion ni daño:
 Admiróse de ver que al aire abierta
 El ancho mar por artificio extraño
 La bellísima bóveda levante
 Á la de un claro cielo semejante:

Y que los rayos del dorado Febo,
 Que por las cumbres vuelan celestiales,
 Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
 Luz á su nacar den, y á sus corales;
 Y en claros visos con sutil relieve
 Del mundo así relumbran los cristales,
 Que con vislumbres de oro y resplaudores
 Iris hagan bullir de mil colores.

Entre las aguas los ligeros peces,
 Con sesgo movimiento y curso blando,
 Por varias partes, y en diversas veces,
 Las crespas ondas ir se ven cortando;
 Y al rubio sol sus escamadas teces,
 Como cuerpos opacos relumbrando,
 Su luz en globos lúcidos se cuaja,
 Y en contrarios aspectos se baraja.

Así el vulgo sospecha que en el cielo
 El sol camina , y vuelan las estrellas,
 No asidas , mas cada una en suelto vuelo,
 Ó mas bellas en luz , ó menos bellas,
 Dando en confuso y suelto enjambre al suelo
 Del oro de su lustre las centellas,
 Con un eterno curso sin trabajo,
 Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.

Admiróse de ver la hermosura
 Que en claros y argentados arreboles
 Por el agua entremete la luz pura,
 Tejiendo en ella varios tornasoles;
 Y del lustroso naçar la blancura,
 Que en conchas y revueltos caracoles
 Las aguas crian , y con tez de plata
 Sus suelos cubren de beldad barata.

Dase en aquellos campos espaciosos
 El rocío en aljósares cuajado,
 De balages , jacintos , y lustrosos
 Carbuncos y amatistas rétocado ;
 De espejado cristal riscos lustrosos;
 Arboles rojos de coral preciado;
 De zafiros , crisólitos , topacios
 Los montes llenos , muros , y palacios ;

Ricas florestas , huertos y jardines,
 Con parras de oro y pámpanos de plata,
 Rubies por uvas , perlas por jazmines,
 De aljósar argentada cada mata:
 Dorados pavos , bellos francolines,
 De azules plumas , nieve y escarlata,
 Que por las esmeraldas y cristales
 Vuelan , y dan vislumbres celestiales.

Así en triángulos da el cristal cuajado
 Al encrespar los aires con plumages,
 De oro, nacar, azul, verde y morado,
 Pomposas sombras, lúcidos follages:
 De que el bravo español mas admirado,
 Que de los antes lóbregos visages
 Del contrahecho barco, y de su dueño,
 Piensa que es todo engaño, ó todo sueño.

Y entrando por los campos, no distante
 De la ancha puerta, un prado deleitoso
 De tiernas flores lleno el radiante
 Asiento muestra de un castillo hermoso,
 De arquitectura y fábrica elegante,
 Aunque de vidrio frágil y lustroso,
 Cuyas resplandecientes torres bellas
 Con sus follages tocan las estrellas.

Es de la juventud y la hermosura
 Tierno albergue el alcázar delicado,
 Donde la alma, salud, y su frescura,
 La alegre sangre, y el vivir templado,
 Vida á su parecer gozan segura,
 Si bien de frágil vidrio el real tejado,
 Y por vecina una importuna vieja,
 Que hora de gusto el suyo no les deja.

Puesto en frontera deste gran palacio,
 Sobre una parda carcomida roca,
 Otro distante dél no largo espacio,
 Las nubes con sus rotas cimbrías toca:
 En campo estéril, agostado y lacio,
 De oscuros senos, y de vista poca,
 Lumbrieras cortas, patios mal seguros,
 Antiguas torres, y arruinados muros.

Habitan dentro horribles sabandijas,
 Necias mugeres , de ánimas voltarias,
 Flacas , feas , fantásticas , prolijas,
 Frias , falsas , caducas , herbolarias ,
 De arrugas llenas , callos , y de rijas ,
 Enfermedades , y apostemas varias ,
 Por caudillo una vieja así enfadada ,
 Que á nadie placer da ni gusto en nada ,

Toda menor que de la mano al codo ,
 De enfermedades y de horror cubierta ,
 Corto el cano cabello , el cuerpo todo
 De flacos pliegues lleno , y color muerta ,
 De raices hecha , y hecha de tal modo ,
 Que corza no hay tan viva ni despierta ,
 Aguilu real , nebli que se abalance ,
 Á quien no dé su ligereza alcance .

Es la triste vejez de edad cansada
 Ligera posta en alcanzar mortales ,
 Y las brujas de que anda acompañada
 Ciega baraja , y confusión de males :
 Melancolía , flaquesa , y la pesada
 Enfermedad de puntos desiguales ,
 Tejiendo á vueltas dellas mil engaños
 Las edades ladronas de los años .

Todo este infiusto campo de enemigos ,
 Sin dormir noche , ni excusarse dia ,
 Por las ventanas da , y por los postigos ,
 Al vidrioso alcázar batería :
 Dejando á sus victorias por testigos
 La mustia tez , y muerta gallardía ,
 Que á cada hora lastiman , y con vanos
 Escudos se defienden de sus manos .

Dejó admirado al español caudillo
 La nueva guerra y desigual batalla,
 Viendo pelear con flores del castillo,
 Y hacer dellas defensas y muralla:
 Y el contrario escuadron, que á resistillo
 Peto no basta ni acerada malla,
 En diestros tiros, y con maña astuta,
 Irreparables golpes le ejecuta.

Vió á Angélica la bella á una ventana,
 Por quien tan largo afan tomado habia,
 Y que una hada envejecida y cana
 Ya por cogerla á su balcon subia:
 No aguardó mas, salió en alma lozana
 A defender la que á librar venia,
 Cuando en ciego tropel y alto alarido
 Del sin ley escuadron fue acometido.

Rodeado de fantásticas quimeras,
 Horribles gestos, lóbregos visages,
 De aquí y de allí le dan de mil maneras
 Pesados golpes, bárbaros ultrajes:
 No los negros moscones, ni las fieras
 Llamas, ni los nocturnos personages,
 Por donde allí llegó, ni todo junto,
 En tal riesgo le puso, ni en tal punto.

Ni fue con mayor ímpetu asaltado
 En venganza de el muerto Polidoro,
 De Hécuba y sus mugeres el malvado
 Y fiero rey de Tracia hambriento de oro:
 Ni Orfeo al pie del Ródope sentado,
 Selvas plantando su cantar sonoro,
 Herido en mas confuso desatino
 De la bacanal turba hirviendo en vino,

Que el tierno jóven del enjambre esquivo,
 Que al frágil vidrio con furor contrasta,
 Y las bellezas de su muro altivo
 Con sordas invisibles limas gasta:
 Mas, porque herir su pecho fugitivo
 Indigna hazaña sale á su real casta,
 Y es bajeza manchar en tan vil gente
 El limpio acero de su espada ardiente;

Con el trozo de un remo carcomido,
 Que en el húmedo suelo se halló á mano,
 Tras el escuadron dió descomedido,
 Haciéndole la fuerza ser villano:
 Y aquí un monstruo espantado, y otro herido,
 Todos medrosos huyen por el llano,
 Sola la vieja que al balcón subía
 En alcanzar á Angélica porfia.

Cual pardo hurón , ó astuta comadreja,
 A cazar sube un pájaro en su nido,
 Que al hueco abrigo de una corva teja
 Seguro se juzgaba , y escondido;
 Tal la arrugada y carcomida vieja,
 Pegada al muro sin hacer ruido,
 Poco á poco se acerca á la hermosura,
 Contra quien no hubo libertad segura:

Cuando el gallardo jóven , que volvia
 De los vencidos monstruos victorioso,
 El bulto asíó de la mordaz arpía,
 Que trepando iba el muro peligroso;
 Y arrojándolo al suelo, ya quería
 Ponerle el pie como á raton medroso,
 Cuando ella , humilde , á su furor rendida
 Así merced le pide de la vida :

"¡Oh invicta gloria del valor de España!
 No ofendas las grandezas de tu mano
 Mostrando ahora sin sazon tu saña
 En dar injusta muerte á un vil gusano:
 Sabe que no saldrás de esta montaña
 Si yo el camino no te diere llano:
 Oye, que no hay tan mustio y seco heno
 Que para algun efeto no sea bueno.

Proteo es cierto espíritu marino
 Que las llaves del mar inmenso tiene,
 El que abre y cierra el paso, y da camino
 A cuanto de sus aguas se mantiene,
 Alcaide de este alcázar cristalino,
 Y el que atalaya cuanto al mundo viene,
 Y en él alcanza á ver lo que desea,
 Antes que salga á luz, y antes que sea.

Este en lo hondo de una gruta oscura,
 Que el ciego seno ocupa desta cueva,
 Luz, si lo vences, te dará segura,
 Y de cuanto deseas saber nueva;
 Mas es de tal ingenio, y tal hechura,
 Y tal rodeo en sus discursos lleva,
 Que si ya no es venciéndole primero,
 Dél no sabrás suceso verdadero.

Con cadenas de perlas has de atalle,
 Que será lo demas cansarte en vano."
 Dijo: y cuando mas puesto en escuchallo
 Sin sospechas estaba el asturiano,
 De entre los pies salió cruzando el valle,
 Cual nocturno murciélagos, el enano
 Bulto de la encubierta hechicera,
 Ó sea Alcina, ó la vejez parlera.

Sospechas hay que fué la misma hada,
 La que en su natural figura quiso,
 Sin fiarla de otros medios recatada,
 Al doncel dar de España el nuevo aviso:
 Otros que la vejez torpe y cansada,
 Que es de suyo habladora de improviso,
 Con el vano temor se fué de boca,
 Y por pies luego á su arruinada roca.

El jóven, que al principio no hizo caso
 Del sábio aviso de la astuta vieja,
 Viendo cerrado del castillo el paso,
 Las puertas ó con llaves, ó con reja;
 Y junto al muro, en medio el campo raso,
 De una cueva la boca mal pareja,
 Y en un padron sobre ella por trofeo,
 "Morada del mudable dios Proteo."

Habiendo leido en el romano Homero
 La historia deste monstruo variable,
 Bien que la tuvo por ficcion primero,
 Ahora le pareció cosa probable:
 Y entrando sin mas láminas de acero
 Que de su espada el brio irreparable,
 Un jayan viejo vió en un risco echado,
 De larga barba y rostro descarnado;

Y de aljófar menudo una cadena
 Caida ante sus pies: quizá seria
 Con la que el brazo de Aristeo se suena
 Que apretado le tuvo y preso un dia;
 Ó con la que él se deja atar sin pena
 Cuando alguno le vence su porfia:
 Al fin, él por las señas y el trofeo
 Del jayan, conoció que era Proteo;

Y deseando saber de su camino,
 De su patria y linaje lo mas cierto,
 De quien su ayo por modo peregrino
 En sombras siempre le babló encubierto,
 Sobre él ligero entró, y el adivino
 Que vió violado su sagrado puerto
 De humanas plantas, arrogante y fiero
 Asombrar quiso al español guerrero;

Y en un pardo dragon haciendo roscas,
 Y echando por la boca y ojos fuego,
 Se fué mudando entre las peñas toscas,
 Que antes servian de cama á su sosiego:
 Mas el valor que á las horribles moscas
 Volvió en preciosas joyas , cerró luego
 Con el marino monstruo nigromante
 Con nuevas fuerzas y ánimo hastante;

Y por las alas , cresta , y las escamas,
 Le anuda y ciñe los fornidos brazos,
 Sin temor de los silbos y las llamas
 Con que asombros le finge y embarazos:
 Cuando crecer de un árbol vió las ramas
 Por entre sus fortísimos abrazos,
 Y las escamas de oro vió en figura
 De un grueso tronco y su corteza dura.

Sonrióse el mancebo valeroso,
 Y "ahora mas firme , dijo , estás conmigo,"
 Cuando en horrible fuego sonoro
 Á arderse comenzó el vano quejigo:
 Quiso ya allí soltarlo , receloso
 De quemarse abrazado á su enemigo,
 Y reportóle el ver que es llama santa,
 Que solo con singir quemar espanta.

El humo es quien le ciega y da congoja,
 Por ser la gruta lóbrega y pequeña,
 Hasta que vuelto en aire se le antoja
 Que está abrazado al gajo de una peña,
 Y que entre el fuego de la llama roja
 Humo se volvió el árbol con su leña,
 Y el sábio se le ha ido de la mano,
 Quedándose él á un risco asido en vano.

Queriale ya dejar desconfiado
 De sujetar un trasgo tan mudable,
 Cuandó en lo alto de un risco vió asomado
 Su calvo rostro y barba venerable:
 Á solo Atlante he visto así pintado,
 Hecho de un monte el cuerpo inexpugnable,
 Al tiempo que de peñas y maleza
 Lo amasaba la górgona cabeza.

Bernardo se admiró, y con la cadena
 Que al pie de aquel peñasco halló asida,
 Probó en torno á ceñille, y de agua llena
 En río quedó la peña convertida:
 Anegarle pensó, y salir de pena
 El mago con la súbita avénida,
 Mas el firme español ni abrió los brazos,
 Ni le aflojó los cristalinos lazos.

Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas,
 ¿Á quién no se le trueca entre las manos?
 A unos se huye, á otros da esperanzas,
 Y á todos reglas y consejos sanos:
 Oráculo y reloj de adivinanzas,
 Teatro universal de los humanos,
 Presa del sábio, pérdida del necio,
 Y del mundo la joya de mas precio.

Ya en dragon vuelto muerde de su cola,
 Ya en su fuego consume las edades,
 Ya con sus avenidas de ola en ola
 Piedra toque se vuelve de verdades:
 Ya tizna con su humo, ya arrebola
 Con nuevo rosicler nuevas beldades,
 Y al fin en tantas cosas se convierte,
 Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida, y muerte.

Todo lo vence y muda, y si algo puede
 Al natural vencer de su inconstancia
 Fijar su rueda, ó que por mas que rueda
 No le lleve á la vida su importancia,
 Es no perder ninguno, con que excede
 El sabio al que vestido de ignorancia
 Con cualquiera ocasion y miedos vanos
 Se le desliza y huye de las manos..

Mas al que en no dejarlo persevera
 Altísimos secretos le descubre,
 Y de la edad pasada y venidera
 Cuanto el olvido y su silencio encubre:
 Y en triunfo ilustre y honra verdadera
 Su fama de inmortales lauros cubre,
 Como al sabio español constante avino
 Con el mudable espíritu marino.

Quedó en tan obstinada fortaleza
 Apurado el tesón de su porfia,
 Que vuelto á su primer naturaleza
 De bascas réventaba, y de agonía;
 Cuando lleno el semblante de fieraza,
 Hecho del siglo por venir espía,
 "¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,
 En la sorda quietud de esta aspereza?"

Ocho siglos ha ya que condenado
 A perpetuo silencio me ha tenido
 En esta horrible gruta el Hijo amado
 De Dios, que vió Betlem recien nacido:
 ¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?
 ¿Quién á tan bajos mundos te ha traído?
 ¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
 Con tan estrechas é importunas lides?"

"Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
 ¡Oh autor de las edades, rico archivo
 Del mundo y sus historias! el gallardo
 Deseo que me trajo á verte vivo:
 Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
 De mi viaje importa, y al motivo
 Que vencerte me hizo, aquesto quiero.
 De tí en lenguaje y cuento verdadero."

Dijo, y el sábio desabrido viejo,
 De un divino furor arrebatado,
 Con turbado capote y sobrecejo,
 Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
 En ronco son y aliento mal parejo
 El duro pecho abrió al rigor del hado,
 Y con rabiosa basca y desatino
 Dió así á las cosas por venir camino:

"Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,
 A quien el mundo todo veo rendido,
 Y á mí contra mi orgullo y fortaleza,
 A las presentes ansias compelido:
 Y tú, imagen mortal de su braveza,
 Cuyo brazo á este punto me ha traído,
 No esperes ver de mí, si no es forzado,
 Bien ni favor que te prometa el hado.

Sobrino eres del rey que ahora gobierna
 El reino de Leon, y el Asturiano,
 El mismo que libraste tú en Miduerna
 De la alevosa espada de un tirano:
 Hijo de hermana suya, y por paterna
 Línea de un sucesor de Vimarano,
 Conde en Saldaña, y porque tú naciste
 Puesto en dura prision y carcel triste.

Tú ilustre madre en religion sagrada
 El rigor tiene de tu casto tio,
 De que te dará cuenta mas fundada
 Un noble preso al desbravar de un rio:
 Librarle has de la muerte, y con doblada
 Razon harás por ambos desafio;
 Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
 Tus tristes padres libres de prisiones.

Bien podrá el cielo darte con exceso
 Triunfos contra el francés y el pueblo moro,
 Y al tuyo su valor vencido y preso
 En Duero, Benavente, Orbejo, y Toro;
 Y que en Orcejo rindas á don Bueso,
 Y todo un infiel campo en Valdemoro,
 Y hagas otros lances semejantes
 En moros, paladines, y gigantes;

Y que tan noble sangre con secundo
 Curso y ricos favores de tu estrella
 Gobierne á España, y lo mejor del mundo,
 Naciendo reyes y monarcas della:
 Que seas en tus empresas sin segundo,
 Amor de una honestísima doncella,
 Y sucedan de tí por mas extremos
 Mil príncipes á Castro, Sarria y Lemos;

Y que el difunto bulto que encontraste
 El sepulcro guardando de su cueva,
 En ricas armas tu persona engaste
 De tu invicto valor bastante prueba;
 Que del fragil alcazar que libraste
 De la vil gente que tras sí lo lleva,
 Los presos saques victorioso y grave,
 Y yo te dé para ello puerta y llave;

Que en el furor de Francia, que ya viene
 De Leon á usurpar el reino y tierra,
 El cielo trace, y tu ventura ordene
 Por tuyo solo el triunfo de la guerra;
 Que tu invencible espada y brazo llene
 De franca sangre la Gascona sierra,
 Y que de lo demas que dé esta gloria
 Tu fama trace una inmortal historia:

Todo ese colmo junto podrá el cielo
 Darte como lo tiene decretado,
 Y hacerte mientras vivas en el suelo
 Invencible, querido, y respetado;
 Mas no hará, por no trocarle el vuelo
 Al gran decreto del divino hado,
 Que libre goces de prision tu padre,
 Ni halagos tiernos de amorosa madre.”

Dijo, y de un ronco trueno y son quebrada
 La bóveda de vidrio que tenía
 Del hondo mar la máquina cargada,
 Que el contrahecho cielo componía;
 A un tiempo en sordo estruendo despeñada
 La voz clara ahogó que antes se oía
 Con el futuro hado entre las gentes,
 Que en las torres vivian transparentes,

A quién dejó la súbita caída
 Del cielo de cristal, y sus estrellas,
 Sin sentimiento, ya que no sin vida,
 Entre riscos, coral y conchas bellas:
 En tanto que el raudal de la avenida
 Sus gruesas olas derramó, y con ellas
 Bañó otra vez los nácares profundos,
 Y el uno se trago de los dos mundos.

Mas ya despues que el espantoso estruendo,
 Que dejó á todos fuera de sentido,
 En su rumor cesó, y el sol volviendo
 La clara luz volvió que había perdido ;
 Libre Bernardo vió que iba saliendo
 De un real jardin á un mirador florido,
 Por una sala que en dorada altura
 Las nubes vence, y rinde su hermosura.

Admiróle el bellísimo edificio,
 Todo de lazos de oro artesonado,
 Sin que viese antes dél sombra ni indicio ,
 Ni por dónde ni cómo allí ha llegado:
 Y ya del todo vuelto en su juicio ,
 De nuevo se espantó viéndose armado
 De unas tan ricas armas, que parece
 Que el dia por sus vislumbres amanece;

Cuajadas de preciosa pedrería ,
 Peto, celada, grevas, brazo y mano,
 De oro un leon por cresta , á quien hacia
 Sombra un plumero por el aire ufano;
 Y en el grabado acero descubria
 La obra de los buriles de Vulcano,
 En las nieladas sombras por concetos
 De historias por venir varios secretos;

En el lumbroso escudo relevada
 La fama vuelta muda de parlera,
 Las alas cortas, y la lengua atada,
 Su trompeta quebrada, y ella entera:
 De una confusa niebla rodeada,
 Con esta letra de oro por defuera:
 "Tiempo vendrá que estos nublados rompa
 Nueva ala, nueva lengua, y nueva trompa."

Admirado de tantas novedades,
 Dudosos en entender sus mismas cosas,
 Los ojos vuelve á ver las variedades
 Que el jardin muestra de árboles y rosas;
 Cuando venir á él vió dos beldades,
 Mas que el lucero y la mañana hermosas,
 Que en trato afable y noble cumplimiento,
 Grato le dan y dulce acogimiento;

Y el gallardo mancebo cortesano,
 Con igual compostura y reverencia,
 "El cielo, dijo, haga de su mano
 Próspero agüero tan gentil presencia;
 Y sepa, diosas, yo, si el seso humano
 Al punto alcanza de tan alta ciencia,
 ¿Qué deidad rige, qué saber profundo
 En torno trae este encantado mundo?

¿Qué majestad encierra este palacio
 En la de sus soberbios edificios,
 A cuyo cargo está en tan breve espacio
 Tanta máquina y suma de artificios?"
 Dijo, y la rubia Arbelia, que un topacio
 En lustre, resplandor, viso y bullicios
 Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
 Así respuesta dió al valiente Godo:

"Prueba al invicto ardor de tu persona
 Las maravillas son de nuestra tierra,
 Y sus vencidos monstruos la corona
 Del inmortal valor que en tí se encierra:
 La fama, quien aprecia y galardona
 Los justos riesgos de la paz y guerra,
 Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo
 De esas armas vestirse, y de ese escudo.

La diestra lima del autor del fuego,
 Cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,
 Y dél las heredó un astuto Griego
 Por viva lengua y pláticas sutiles:
 Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego
 A Polifemo, entre otras cosas viles,
 Al mar las arrojó, como el prudente
 Que el oro arroja por salvar la gente.

Llegaron al sepulcro sobre aguadas,
 Que por ellas se abrió, y el Jónio altivo
 Quizá las estimó por mas guardadas
 En Ajax muerto, que en Ulises vivo:
 Allí las tuvo hasta hoy depositadas
 La horrible sombra de su bulto esquivo,
 Para que tú heredases sus perfiles,
 Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.

Hoy se cumplió el decreto de los hados,
 Y á darle el lleno á este lugar veniste,
 Donde por senda y pasos nunca usados
 Ya con victoria y con tu honor saliste:
 Estos bellos alcázares dorados,
 Y este jardín que un mayo eterno viste,
 Son de la hada Alcina, en cuya mano
 Todo el deleite está del gusto humano.

Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
 Y á que de mí lo sepas me ha enviado,
 Rogándote que bajes á su honesto
 Jardín, á ser de nuevo acariciado
 De los que libertaste del compuesto
 Castillo de sutil cristal labrado,
 Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
 Ya á sus males ha dado medicina."

CANTO X.

ARGUMENTO.

Cuenta Orimandro á Bernardo el origen de los males y portentos que afligian á Creta: nacimiento, amores, y muerte de Dulcinea; venganza del cielo por ella.

¿Querrás saber á donde hallaron fuente
 Los males que han á Creta perseguido?
 ¿Qué furor los crió? ¿que rabia ardiente?
 ¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
 Oye el extraño caso, advierte y siente:
 Suceso es raro, mas verdad ha sido:
 Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo:
 Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.

De Alencastro, gran duque de Colonia,
 Único hijo, y único deseo,
 De la española sangre, y la apolonia,
 Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo;
 Cuyo cristiano rito y ceremonia
 De su patria llevaba al pueblo hebreo,
 Cuando amor al viaje peregrino
 Los pasos atajó, y cortó el camino.

Y la cretense ilustre monarquía,
 Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena,
 Toda por suya se la dió en un dia,
 Aunque de ley cristiana y patria agena:
 De la infanta Calipso que regía
 Su reino entonces vió la luz serena,
 Y tanto en sus cuidados pudo el vella,
 Que su patria olvidó y su Dios por ella.

Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto
 De duque de Colonia en rey de Creta
 El estado mudó, y mudó con esto
 En mas sabrosa ley su ley discreta;
 Pues este noble rey, grave y modesto,
 Y de Calipso la beldad perfeta,
 Que hoy desde su gran reino al de la China
 La fama nos la vende por divina,

Una hija tuvieron, que en grandeza
 Y beldad diosa humana parecía,
 Dúlcia llamada, cuya gentileza
 Cuentan que á las mas grandes excedia.
 De un año era la niña, y en belleza
 Con todas las tres gracias competía,
 Cuando su madre quiso hacer propicios
 Los dioses con devotos sacrificios.

Un real jardín en el palacio había,
 De un bosque espeso antiguo coronado,
 Que de regalo y muro le servía,
 A los caseros dioses dedicado:
 Era cierto rumor que en él vivía
 De las ninfas el coro consagrado,
 A donde en vivas plantas escondidas,
 Estrechas gozan y delgadas vidas.

En medio del jardín al cielo abierto
 Un inviolable y sacro altar estaba,
 Que lo alto de un espeso laurel yerto
 Con su confusa sombra le amparaba:
 De los Penates aposento cierto,
 Donde ordinario incienso humeaba,
 Aquí la reina con horrible espanto
 El altar vió temblar, y el laurel santo.

Ó fuese de los signos causa oculta,
 Ó del hado justísimo decreto,
 Ó en la divina celestial consulta
 Tuviese lo interior algun desfeto;
 Nuevo prodigo del temblar resulta
 Que el sacrificio se quedó imperfeto,
 Los muertos animales consultados
 Sucesos dieron sin pensar turbados.

De rosas y jazmines coronada
 El huerto tiene una preciosa fuente,
 Del tiempo sin artifice labrada,
 Que al bosque fertiliza su corriente:
 La fiesta no del todo celebrada,
 Con el fuego el altar resplandeciente,
 Calipso con mil flores en la falda,
 Aquí llegó á tejer una guirnalda.

Y una ama honesta que á la infanta hermosa
 En el pecho abrigada entretenia,
 Y con templada leche sustanciosa
 Su dulce y tierna carga mantenia;
 Junto al estanque una encarnada rosa
 Gravinia, que así el ama se decia,
 A la niña cortó, y el dulce oficio
 De sus desgracias fue el primer indicio.

Cuento notorio fue sabido en Creta
 La primer rosa apenas fue cortada,
 Y en rojas gotas dió y sangre perfeta
 La tierra en torno el ramo salpicada:
 Tembló Gravinia, y la deidad secreta
 Adora que en la planta está encerrada,
 Cuando al vecino bosque fue corriendo
 Nuevo temblor y movimiento horrendo.

Temerosa Gravinia atrás volviera
 Los prodigios huyendo pavorosos,
 Si en el sangriento prado no se asiera
 Arraigándose en él sus pies hermosos:
 Procura con dolor sacarlos fuera,
 Y ellos vueltos en lazos revoltosos,
 Desnudos ya de su primer figura,
 Corriendo se entran por la tierra oscura.

Entre una bruta y áspéra corteza
 Escondiendo se fue el semblante airoso,
 Y su antigua hermosura y gentileza
 Del duro tronco huyó en bulto espantoso:
 Las manos da furiosa á la cabeza
 Contra el tesoro del cabello hermoso,
 Y de otro ser vestidos ella y ellos,
 Verdes hojas arranca por cabellos.

La tierna niña endurecer se siente
 El blando pecho á que colgada estaba,
 Y falto de sustancia, la caliente
 Leche ya poco á poco le faltaba,
 Del duro tronco la áspera creciente
 Hasta el delgado estómago ocupaba:
 Gravinia, allí la reina te ayudara,
 Si con las fuerzas que perdió se hallara.

Lo que pudo guardó, y á toda priesa
 Cogió del árbol la primer manzana,
 Y huyendo el nuevo asombro, á la princesa
 Pecho le dió, y posada mas humana:
 Corrió el cretense puehlo á ver la empresa
 De la violenta furia soberana,
 Glauro ya sin muger presente estaba,
 Y los calientes ramos abrazaba.

Toda dentro del árbol se escondia
 La arraigada beldad, cuya belleza
 En ásperas crecientes deshacia
 Por el tronco la rústica corteza:
 Ya de los labios el coral se huía,
 Tiemblan los hombros, sienten la dureza,
 Caen por las hojas lágrimas, y en ellas
 Mil perlas son entre esmeraldas bellas.

En tanto que la voz halló camino,
 Y el nuevo ser no entró por la garganta,
 Así dicen que dijo tu destino,
 Hermosa niña, aquella nueva planta;
 Que el órden celestial, brazo divino,
 Es quien las cosas de su ser levanta:
 "Si alguna fe se da á los desdichados,
 Oye, Dúlcia, tu suerte, oye tus hados.

Por las deidades soberanas juro,
 Que almas son ya destas calladas plantas,
 Que estoy sin culpa del castigo duro
 Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas:
 Y si es falso mi ánimo, ó perjurio,
 La aguda hacha arroje al fuego cuantas
 Ramas me diere el tiempo, y sin frescura
 Mis troncos cayan por la tierra dura.

Y á tí tambien sin culpa, desdichada,
 Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,
 Tierna niña, tu vida está engastada
 En aquel tronco en fuego consumido:
 Creta con él vendrá á ser abrasada,
 Así en el cielo queda establecido,
 Mientras puedo sentir su tierno brazo,
 Consentid que me dé el último abrazo.

Y si piedad en vuestros pechos queda,
 De estos mis nuevos ramos la frescura
 Del agudo cuchillo haced que pueda
 Vivir sin daño de los dos segura:
 Y á la raiz que este jardin enreda
 El fresco humor le dé inmortal verdura,
 Sin que jamas rigor de brazo airado
 Mi cuerpo deje y tronco deshojado.

Ya la voz, ya la vista se me acaba,
 Siento en los ramos irme dividiendo,
 Y frio el calor que espíritu me daba
 Entre el macizo tronco consumiendo.”
 Dijo, y el bello rostro que quedaba
 Se fue, viéndolo todos, deshaciendo,
 Helóse la garganta delicada,
 La palabra quedó en la lengua helada.

Dejó el ser y la habla todo junto
 Gravinia en árbol nuevo convertida,
 Y al mas brioso de temor difunto,
 La color, el aliento y voz perdida:
 La reina al rojo altar sin perder punto
 A guarecer en el tizón la vida
 De su hadada y tierna infanta pasa,
 Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.

Del fuego le sacó, y en agua muerto
 Cobraste, oh Dúlcia, nueva hermosura,
 Y en un lugar seguro y encubierto
 Tu vida con su muerte se asegura:
 Divino ramo, pero extraño enjerto,
 Poner en seco tronco la ventura,
 De humor y no de lágrimas enjuto,
 Señal que ni promete flor ni fruto.

Creció la infanta, y su tizón hadado
 En oro incorruptible se guardaba,
 A su cruel madre fue en custodia dado,
 Y no á quien mas su guarda le importaba:
 A tí se había de dar, Dúlcia, tu hado,
 Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba,
 Si nadie quiere ser de sí homicida,
 ¿Quién guardará mejor que tú tu vida?

Calipso otra parió tras esta diosa,
 Como tras de la aurora nace el dia,
 Segunda en tiempo, pero en ser hermosa
 A todas competencias excedía:
 Otra Diana, ó Venus amorosa,
 Dúlcia ausente, Crisalba parecía,
 Si la beldad segunda no naciera,
 Dúlcia fuera en su mundo la primera.

Esto digo, señor, por relaciones
 De los que oí contar el caso en Creta,
 Sin disminuir ni acrecentar razones,
 Ni á las suyas buscar causa secreta:
 Mas no, porque en humanas perfecciones
 Piense que alguna iguale en ser perfeta,
 Ni juntas todas, á la real princesa,
 Que amor me puso en la memoria impresa.

Fue Crisalba de todos preferida
 Por suerte, condicion, gracia, y cordura,
 Del reino y de sus padres escogida,
 Que mas que esto se da con la ventura:
 Dúlcia graciosa, y nada desabrida,
 Y en belleza un milagro de hermosura,
 Faltóle dicha, y fueron en su pecho
 Los tesoros del tiempo sin provecho.

Iguales sin igual, la soberana
 Suerte cayó en Crisalba mas cumplida,
 Siguió Dúlcia la alegre caza ufana,
 Cuyo ejercicio le quitó la vida:
 Ceñida al talle y rito de Diana,
 La púrpura igualmente recogida,
 Y descubierto aquello que podía
 Fuego ardiente volver la nieve fria.

De la rodilla abajo descubierto,
 Cual clavel sobre nieve deshojado,
 El pecho de alabastro y grana abierto,
 Y el un brazo y el otro arremangado:
 El dorado cabello sin concierto,
 Como al descuido con un nudo atado,
 Un arco corvo, y una aguda flecha,
 Este en la izquierda, y esta en la derecha,

Colgada de los hombros rica aljaba,
 Donde sonando van las flechas de oro,
 Hasta la torva envidia enamoraba,
 Que de lejos contempla su tesoro:
 Así la corte en general la alaba,
 Y así el palacio real por su decoro
 Un divino pincel le dió en un rato,
 De esta muerta beldad vivo un retrato.

Allí en el ademan se ve pintada
 Que al presto corzo ó jabalí seguía,
 En tan viva destreza, que engañada
 La vista deja llena de alegría:
 Cabe ella una alta haya coronada
 Con despojos de varia montería,
 De osos las presas, de león los niervos,
 Y cuernos duros de ligeros ciervos.

De allí aprendí á decirte la manera
 Con que siguió esta infanta su ejercicio;
 Dichosa ocupación, si su hado fuera
 Tanto como el amor le fue propicio:
 Mas cuando el bien decir se queda fuera,
 No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,
 Que subir sin ventura en esta vida,
 No es mas que andar trazando la caída.

Cuentan que el dios Mercurio por el viento
 Á negocios del cielo abria camino,
 Cuando la bella infanta en firme aliento
 Un león flechaba sobre un pardo encino:
 Siente trocado su primer intento,
 Vuelto amante mortal de hombre divino,
 Tuerce la vía derecha, deja el cielo,
 Y ofrece todo su cuidado al suelo.

Y no se esconde á la mortal Diana,
 Tan confiado va en su gentileza,
 Que sabe cierto que á la vista humana
 Dulce y tierna prision es la belleza:
 Y bien que su hermosura es soberaná,
 El cuidado le da mayor fineza,
 Que para la beldad es el cuidado
 Lo que la fuente para el verde prado.

El cabello compone, ajusta el manto,
 Las alas, y el dorado caduceo,
 Que tanto alumbran y relumbran tanto,
 Que Apolo queda en su presencia feo:
 Causó á la virgen su belleza espanto;
 Y el dios cumplió con ella su deseo,
 Si antes le era la caza deleitosa,
 Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.

No escondieron los montes su delito
 Por mas que acrecentó á la caza el uso,
 Siendo el crecido talle el sobrescrito
 De lo que allí encubierto el tiempo puso:
 El mustio rostro en su color marchito
 El de su incauta madre trae confuso,
 Siente arrogante con dolor la afrenta,
 Y mas del vulgo siente que la sienta.

Y como la honra en nobles corazones
 Á toda otra importancia es preferida,
 Y el sentir qué anda puesta en opiniones,
 Peor que muerte en una honrada vida;
 Calipso abreviar quiso sus pasiones,
 Beber la muerte en sola una bebida,
 Y "muera", dijo, quien su honor deshonra,
 Pues es muerte civil vida sin honra."

Saca el ramo fatal de oro vestido,
 Que era de su valor la mayor seña,
 Y del engaste ya desguarnecido
 Entre frágil le pone y seca leña:
 Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,
 Que otra venganza tiene por pequeña,
 Tres veces encenderlo intenta, y luego
 Otras tantas lo hurtá al mortal fuego.

Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,
 Ya el fuego apaga, ya lo resucita,
 Con lágrimas el seco tizón moja,
 Ya en la brasa lo pone, y ya lo quita:
 La honra y el amor en una hoja
 La muerte tienen y la vida escrita,
 Si lo que el uno quiere el otro niega,
 ¿Quién podrá componer lucha tan ciega?

Ya el miedo del delito que intentaba
 El rostro mancha de color de cera,
 Ya el encendido enojo le alteraba,
 Y le robaba la color primera:
 Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,
 Ya se mostraba madre verdadera,
 Cual inconstante nao en mar airada,
 De un viento y otro aquí y allí llevada.

En la mano el fatal tronco tenia,
 En su cruel intento ya quemado:
 "Si de este el fuego ha de nacer, decia,
 Que el triste reino dejará abrasado,
 Perezca aquí tu vida con la mia,
 Antes que el daño llegue á ser doblado,
 Que los raros principios portentosos
 No prometieron fines mas dichosos."

Dijo, y temblando el brazo desmayado,
 El rostro vuelto que su error no viese,
 El funesto tizón al fuego ha dado,
 Que un gemido mortal se oyó que diese:
 De la invencible llama rodeado,
 Como por todas partes se encendiese,
 Dúlcia ignorante, y de su mal ausente,
 Con un nuevo calor arder se siente.

Las entrañas el fuego le consume
 Sin causa, y de repente procedido,
 Y aunque con su valor y brio presume
 Vencerlo, queda su valor vencido:
 Ya la enemiga parca se resume
 En dejar el estambre dividido,
 Cae en el triste lecho desmayada,
 Cual tierna fruta sin sazon cortada.

Crisalba entre sus brazos soberanos
 El desmayado cuerpo sostenia,
 Apriétale las suyas con sus manos,
 Como quien darle su salud queria:
 No juzga sus dolores por livianos,
 Mas tampoco creyó que se moria:
 Dúlcia perdida la color de rosa,
 Así le habla y tiembla temerosa:

"Llamarme con delgadas voces siento
 Del seno oscuro de la tierra helada,
 Tristes sombras cruzar veo por el viento,
 Y que me llaman todas de pasada:
 Fáltanme ya las fuerzas y el aliento;
 Cielos, já cual deidad tengo agraviada,
 Que en medio de mi dulce primavera
 Con tan nuevo rigor quiere que muera?"

Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte,
 ¿Qué mayor muerte quieres que dejarte?
 Si me era paraíso y gloria el verte,
 ¿Qué gozaré dejando de gozarte?
 Si el morir siento menos que perderte,
 No es porque quedas, mas por no llevarte
 Donde me llaman: ¡ay Crisalba mia,
 Que es temeroso trance esta agonía!

Sola á ti he dado cuenta de mi vida,
 Sola á ti he descubierto mis amores,
 Como á la secretaria mas querida,
 Que el cielo pudo darme en sus favores:
 Si eres desta alma la mitad partida,
 Si te obliga el amor á mis dolores,
 Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido
 Por alivio del paso á que he venido;

Que si acaso aquel dios, cuya memoria
 Siempre en mi alma vivirá guardada,
 Llegare aqui, despues que la victoria
 Mia esté por la muerte declarada,
 Le cuentes con dolor mi amarga historia,
 Y por fin de la muerte desdichada
 Dirásle, hermana, que á este paso fuerte,
 Mas me mató su ausencia que mi muerte.

Que si con estos ojos ver pudiera
 Su beldad cual está en mi fantasía,
 Pequeño brazo el de la muerte fuera
 Para dejarme sin la vida mia:
 Y si por ser mortal al fin muriera,
 Muriera no tan falta de alegría,
 Sirviéndome su boca de aposento
 Á este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido
 El encendido amor que me ha mostrado,
 Hiciera al fin con su valor cumplido
 Este paso y dolor ménos pesado :
 Siento la muerte, porque no he vivido,
 Y en edad peligrosa me ha hallado,
 Cuando al mundo mi vida parecía
 Alegre flor al despertar del dia.

Siento que esta semilla soberana,
 Que ahora viva en mis entrañas siento,
 Antes de ver la luz muerte temprana
 Compre á cuenta de darle yo el sustento ;
 Y que la parca cruel en la hebra vana
 Antes de urdirla dé el golpe violento,
 Y en el breve morir solo le cuadre
 Ser hija y heredera de tal madre.

Siento que ya la vida se me acaba,
 Y que el alma comienza á desasirse,
 Y el fresco aliento que vigor me daba
 Dentro del pecho en fuego convertirse.
 Así la bella Dúlcia se acababa,
 Cual se ve tierna antorcha consumirse,
 Y Crisalba, mas muerta que su hermana,
 Así le aplica una esperanza vana :

"Vive, mi Dúlcia, de temor segura,
 Que no será tu mal tan poderoso,
 Aunque se junte á él mi desventura,
 Que de tal vida salga victorioso :
 No se desdore así tu hermosura,
 Que el carmesí de ese clavel hermoso
 No le verá la muerte, aunque atrevida,
 Por no cobrar en verlo nueva vida.

Si el cielo me da un nudo como puede,
 Yo ligaré tu alma con la mia,
 Y haré que entre las dos así se enrede,
 Que sigan ambas una misma via :
 Ni la mia vaya, ni la tuya quede
 Ausente de su dulce compañia,
 Antes iguales en ventura y suerte
 Pasen por una vida , y una muerte.

Gozarnos hemos tiempo sin medida,
 No estés de lo contrario recelosa,
 Y allá la muerte tras la edad cumplida,
 En su lugar será pieza forzosa :
 Vendrá menos aceda y desabrida,
 Que al fin es la vejez carga penosa,
 Y en un mismo sepulcro venturoso
 Un lecho gozaremos , y un reposo."

Así Crisalba á Dúlcia consolaba,
 Y así Dúlcia se estaba consumiendo,
 Y aquella poca vida que faltaba
 Por el aire sutil se fué huyendo:
 Huyó el aliento que el vivir le daba,
 Como marchita y débil flor cayendo,
 La brasa consumida y acabada,
 Entre blanca ceniza amortiguada.

Si cien lenguas distintas y acordadas
 El cielo á esta sazon me concediera,
 Y en ellas las palabras mas limadas
 Que hay en la clara discrecion pusiera,
 Fueran de aliento corto y limitadas,
 Si encarecer con ellas pretendiera
 El dolor, sentimiento , angustia y llanto
 Que en Crisalba causó el mortal espanto.

¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
 Con quien ni vale gracia ni hermosura,
 Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena
 En su misma grandeza se asegura!

¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,
 A quien no siga invierno y noche oscura,
 Ni alegre sangre en juveniles años
 Libre de riesgo y máquinas de engaños!

¡Ahora el cabello enlace y la garganta
 Con las perlas del mar que Arabia cria,
 Y en púrpura de Tiro asiente cuanta
 Riqueza el monte Imabo á Persia envia!
 ¡Ahora de la beldad que al mundo espanta
 Las flores goce, y donde muere el dia
 Suene su voz, y corra desde oriente
 Libre de lengua en lengua, y gente en gente!

¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,
 Despiertos sueños de la humana vida,
 Que corre y vuela de uno en otro daño
 Hasta donde la muerte está escondida,
 Cortando á todos de vestir de un paño,
 Sin hacer diferencia en la medida,
 Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,
 Iguales á las puertas de la muerte!

¡No del Tigris las ondas espumosas,
 Que en furiosos raudales van pasando,
 Ni de Venus las aves amorosas
 En sesgo vuelo por el aire blando,
 En curso igualan las humanas cosas,
 Que los tiempos tras sí llevan volando,
 La pena sola, y el dolor mas breve,
 Parece á donde está que no se mueve!

Desta muerte infeliz el golpe extraño
 Los males dió que á Creta han perseguido,
 Desta crueldad nacieron, dese daño.
 El reino está en desgracias consumido:
 Alzáronse las nubes con el año,
 Dejo su suego el aire corrompido,
 Y el fértil campo, ya agostado y seco,
 De sus tributos hizo estéril trueco.

Sembró Mercurio horrible pestilencia
 De fieras sierpes y aires venenosos,
 Que la reina mataron sin clemencia,
 Y fueron menos que ella rigurosos;
 Cumpliéndose del hado la sentencia,
 Que á Creta dió en agúeros espantosos
 De su llama infeliz una centella,
 Á fin que su quietud se abrase en ella.

Está el ignoto laberinto hecho
 Por la mano de Dédalo ingeniosa,
 De la rica ciudad un breve trecho,
 Al ciego amparo de una selva umbrosa;
 Donde un real monstruo de doblado pecho
 Posada tuvo y cárcel engañosa,
 Y al fin la luz de un hilo delicado
 Hacerlo pudo claro de intrincado.

De aquí espantosos nacen todayía
 Disformes bultos, sombras infernales,
 Este el fuego encendió que en Creta ardia,
 Y parió en ella los presentes males:
 Sobre este oscuro laberinto un dia
 Un rico templo de arcos inmortales
 Se vió nacido, ardiendo su tesoro
 En las basas de cien columnas de oro.

En medio la alta fábrica preciosa,
 De un enlutado pórvido labrada,
 Una sombría tumba está pomposa,
 Sobre diez ninfas de cristal sentada:
 Y otra enlutada bóveda vistosa
 De mosaicos follages antorchada,
 Así en arcos levanta su tesoro,
 Que humilde hace en su respeto al oro.

En hombros destas ninfas se sustenta
 La enlutada y funesta pesadumbre,
 Y con sus diestras manos se alimenta
 Al templo una inmortal y eterna lumbre:
 Y así al mundo sus luces acrecienta
 Con la que al oro enciende en su techumbre,
 Que hizo bajando al mar que se dijese,
 Que el dia en Creta á no morir naciese.

Del real sepulcro en las doradas barras,
 Con que su arqueada bóveda crecía,
 De un dragon de oro en las azules garras
 Una guirnalda daba lumbre al dia;
 Brillando toda está luces bizarra
 De flores de tan rica pedrería,
 Que igualar su tesoro á los de Craso,
 Es comparar la mar á un chico vaso.

Por hojas, esmeraldas, y por flores,
 Rubíes ardientes, perlas cristalinas,
 Rubios topacios, iris de colores,
 Blancos jacintos, amatistas finas,
 Camafeos cubiertos de primores,
 Y entre las agoreras amandinas
 Con esta letra un real carbunclo frío,
 "Por la venganza tuya, y honor mio."

En el hueco sepulcro otro letrero
 La muerte entre diamantes descubria,
 Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
 Con el verso mataba, que decia:
 "En cada luna una doncella espero
 Que aqui degüelle la venganza mia,
 Hasta que ponga otra mayor belleza
 Esta hermosa guirnalda en su cabeza."

Turbado del prodigo de la muerte
 A ver el nuevo templo el pueblo vino,
 Confuso del rigor con que le advierte
 Su destruicion el celestial destino:
 Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte
 La juzgara el tirano mas sanguino,
 Librarse quieren todos del tormento,
 Mas no poner ninguno el instrumento.

Del Consejo del rey salio acordado
 Que se ejecute lo que el cielo ordena,
 Y el sacrificio, cual lo pide el hado,
 Se ofrezca cada mes la luna llena;
 Hasta que en sangre laven su pecado,
 Y con la culpa quede igual la pena,
 Y á este fin se procure por la tierra
 La beldad que mayor caudal encierra:

De los reinos de amor las más hermosas
 A grande expensa y gastos son buscadas,
 Y para las exequias dolorosas
 En pronósticos tristes alistadas:
 Aquí solas las feas son dichosas,
 Y todas las hermosas desdichadas;
 Si ser en algo venturosa quiere
 Váyase á Creta la que sea fuere.

Sus gentes en las islas comarcanas
 Ni oro han dejado ni doncella hermosa,
 Escogiendo en las flores mas tempranas
 Para su triste altar la mejor rosa:
 Al fin, entre estas víctimas humanas
 Un dia cautivaron á mi diosa,
 Y el rey, viendo la luz por quien yo vivo,
 De una cautiva se sintió cautivo.

Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
 Y la que iba á ser víctima sagrada,
 En lugar de los dioses mas propicios
 Por diosa instituyó fuese adorada:
 Mas ya el cielo cansado de sus vicios,
 Al nuevo altar de la bondad amada
 Dió por verdugo la disforme fiera,
 Que le vengará si por mí no fuera.

De allí, cual dije, liberté la vida
 De quien la mia en pago me ha quitado,
 Y en triunfo ilustre á la ciudad traida
 Nuevo decreto el real Consejo ha dado,
 Que á las primeras suertes sea admitida,
 Y sujetá al rigor del duro hado,
 Sin que mando de rey ni otra potencia
 En algo altere esta última sentencia.

De doce de la urna aborrecible
 La última fué á salir mi amada diosa,
 Con que el cielo mostró en señal visible
 Ser la menos decente y mas hermosa:
 Ya once altares corrian sangre horrible
 De infeliz hermosura, ¡extraña cosa!
 Que mas la hambre y mortandad crecía
 Cuando algun sacrificio se hacía.

Un año en Creta me dejó encantado
 El vapo amor, y mil me entretuviera
 Con un cabello sin quebrarse atado,
 Que es la esperanza dulce hechicera,
 Despues que le quité en el fértil prado
 Mi bella diosa á la serpiente fiera,
 Porque me diese la enemiga suerte
 Con el fin de su vida el de mi muerte.

Ya el enlutado dia se acercaba
 Que al mundo habia de echar en noche oscura,
 Y el sol que á él y á mí nos alumbraba
 En la indigna y temprana sepultura :
 Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
 Y la luna sin luz y sin figura,
 Su variable curso apresturando,
 Iba creciendo , y mi placer menguando.

Y aunque incierta su muerte , la sospecha
 Bastó á turbar el gusto de mi vida,
 Que un desdichado siempre da por hecha
 Contra sí la desgracia mas temida:
 La cadena arrastrando mas estrecha
 Que en la prision de amor fue conocida,
 De un mal en otro procurando en vano
 Un favor breve de su ingrata mano.

Trazando de un dolor varios intentos
 En uno me resuelvo y determino;
 Que es no poner en duda mis contentos,
 Ni fiar mas suerte á mi contrario sino,
 Mas romper del altar fueros sangrientos,
 Y del robar el sacrificio indino:
 Pensé acertar , y tiene amor mandado,
 Que no acierte á servir quien no es amado.

Puse en el puerto á punto este navío,
 Mi gente por el bosque entretejida,
 Y á pesar del cretense señorío
 De la muerte otra vez libré á mi vida,
 Sin darle cuenta del intento mío,
 Medroso que de altiva y desabrida,
 Fuera el altar del sacrificio injusto
 De mas gusto en el suyo , que mi gusto.

Allí robé la que mi alma triste
 Donde quiera que está tiene robada,
 Y aquí la traje, y como tú la viste
 Siempre sin ocasión la vi enfadada:
 Que el dulce premio en que el amor consiste
 Es suerte, y fué la mia desgraciada,
 No pida otra ocasión el que quisiere,
 Si aborrecido de quiea ama fuere.

Si bien yo fuese donde nace el dia
 De nueva lumbre y resplandor vestido,
 El poderoso sol flaco sería
 Contra las sombras deste ingrato olvido:
 Que desta ausencia la tiniebla fria
 En que me tiene el desamor metido,
 Ni donde sale el sol, ni donde acaba,
 La luz podrá hallar que le alumbraba."

Dijo , y al curso de su amor dudoso
 Cogió la rienda, y aflojóla al llanto,
 Y sintiendo no en gusto desdenoso
 El leonés su dolor hizo otro tanto,
 Que es de cruel pecho , á un caso doloroso
 Tener el corazon de duro canto :
 El rey su llaga aprieta en lo secreto,
 Que aunque estaba afigido era discreto.

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica, bella princesa del Catay , y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de la que él se escapa nadando sobre una entena.

Así el noble leonés , y así el persiano,
 Uno sus cosas cuenta , otro las guia,
 Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
 Cual suele la agradable compañía :
 Cuando del feo Triton el reino cano
 Crespo se revolvió , y se escondió el dia,
 Braman los vientos , crece la tormenta ,
 Perdido el norte , el cómputo , y su cuenta.

Ahora es tiempo , oh luz del tercer cielo ,
 Que alegre llueves dulce amor fecundo ,
 Y tú , resplandor quinto , cuyo vuelo
 El ocio quita y flojedad del mundo ,
 Que ambos templados envieis al suelo
 A mi pluma un feliz saber profundo ,
 Con que cante en espíritu doblado
 Un tierno Amor , y un fiero Marte airado.

Seis veces tras la lámpara sebea
 Con la suya Diana alumbró al mundo,
 Y siempre el viento en áspera pelea
 Feroz luchaba con el mar profundo;
 Cuando entre hinchados tumbos de marea,
 Impedido el primero del segundo,
 Fue la persiana vela descubriendo
 De un conflicto naval el ronco estruendo,

Y allí un gigante que en favor de un barco
 Contra todo un ejército pelea,
 Volviendo de azul rojo el hondo charco
 Un bauprés espantable que voltea:
 Y con mas vidas á sus pies que el arco
 Derribar suele de la muerte fea,
 Al combatido leño saltó, cuando
 Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusieronse á mirar; mas ya informados
 De la alevosa desigual batalla,
 En favor del jayau, entre quebrados
 Bajeles pasan por la yil canalla:
 Cuando lloroso grito en los costados
 De una galera fácil de abordalla
 Se oyó de presos, cuya voz aguda
 A Dios pedian venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro Leonés en la aserrada
 Fusta buscando á quien favor pedia,
 Y allí, esgrimiendo su atrevida espada,
 Rayo entre flacas mieses parecía:
 Uno hiende, otro parke, otro, tajada
 La cabeza por medio, al agua envía,
 A cual hiere de punta, á cual de tajo,
 Y á cual arroja al mar del bordo abajo.

Con tanta gallardía volteaba
 La diestra espada el jóven valeroso,
 Que ya el de mas denuedo se apartaba,
 De sus mortales golpes temeroso:
 Así en el turbio Egéo la mar brava,
 Soplando hielo el aquilon nuboso,
 Escombra de sus piélagos hinchados
 Navíos y navegantes destrozados.

Bajó donde la triste voz salia
 Sin temor del primer impedimento,
 Que quién vivo quedó, mas pretendia
 Que su propia venganza su contento:
 Bajó, y vió que en prisión estrecha había
 De cerradas cadenas de tormento
 Una bizarra escuadra de doncellas,
 De tierna edad, y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios
 Cautivas para ser sacrificadas,
 De islas diversas y de pueblos varios,
 Ó bien por fuerza, ó por traicion robadas:
 Bernardo, ya rendidos los contrarios,
 Y las duras cadenas quebrantadas,
 Cercado salió de ángeles gozoso,
 Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas
 De bello rostro y gracia soberana,
 Cuya gran perfección dió en las mas bellas
 Menos perfecta su altivez lozana:
 Como la luna humilla las estrellas,
 Ó á los nortes la luz de la mañana,
 El así, desarmada la cabeza,
 Con la beldad rendia y la braveza.

El cabello , que al oro oscurecia ,
 En un nudo de perlas enlazado ,
 El claro rostro como el nuevo dia ,
 Cuando sale de aljófares bañado :
 Y aunque armado un dios Marte parecia ,
 Todavia su semblante delicado
 Mostraba entre caricias y desvios
 De dama mas que de varon los brios.

Los negros ojos con belleza armados
 De unas largas pestañas retorcidas ,
 Como el coral los labios delicados ,
 Los dientes perlas de rubies ceñidas ,
 Las mejillas dos soles deslumbrados
 De un claro y fino rosicler teñidas ,
 Y la serena frente tersa y pura
 Cielo donde se adora la hermosura .

Bellos arcos las cejas ; que á galanos
 Golpes la muerte enarca y amor tira ,
 Y las flechas sus ojos soberanos ,
 Con que enamora y mata á quien los mira :
 El cuello altivo , y las tornáadas manos ,
 De quien la rara perfeccion se admira ;
 Si aquel sustenta una techumbre de oro ,
 Estas de amor reparten el tesoro .

Traia descubierto el rostro bello ,
 Y todo lo demás del cuerpo armado ,
 Dado al descuido un nudo en el cabello ,
 Descuido hecho para dar cuidado :
 Nadie lo vió , que entre el placer de vello
 No quedase en sus hebras marañado ,
 Y non a pocos tambien costó la vida
 La red de mano del amor tejida .

Quedó Bernardo viendo su hermosura,
 Si no del todo preso, ya emplazado;
 Que á su grave y honesta compostura
 Ciento heróico valor sintió mezclado:
 Y en el brio, el donaire y la figura
 De Angélica un vivísimo traslado,
 Solo que esta beldad le parecía
 Mas tierna, y de mas lustre y gallardía.

No se engañaba el español con ella;
 Ni en lo que toca á su beldad se engaña,
 Que en el oriente de la reina bella
 Del gran Catay nació en una montaña:
 Ó sea Medoro, ó sea la quinta estrella,
 Padre feliz de la belleza extraña;
 Ella es hija de Angélica, y por ella
 La llaman Arcangélica la bella.

Del todo la verdad está encubierta,
 Solo se sabe que esta alegre hija
 De la célebre Angélica cubierta
 De hierros iba allí en prision prolifa,
 Mas bella que la aurora descubierta,
 Cuando al mundo su aljofar regocija,
 Y á quien ahora la mira, mas hermosa
 Que entre el rocío de abril temprana rosa.

Bien que toda esta gracia y hermosura
 Para mayor martirio le fue dada,
 Que Venus, por le ser madrastra, jura
 Que en amor ha de hacerla desgraciada:
 Y la beldad, faltándole ventura,
 No es mas que para lástimas criada,
 Y pocas gozan de ambas en sus puntos,
 Que tantos bienes nunca acuden juntos.

Traía lumbroso arnés, y armas grabadas
 Con rosas blancas, y plumages de oro,
 De varia luz y pedrería sembradas,
 De grueso aljofar oriental tesoro:
 Con roja sangre á golpes salpicadas,
 De braveza y beldad nuevo decoro,
 Desarmadas las manos y cabeza
 Por extremos de gala y fortaleza.

Sintió el tierno Leonés su alma asaltada
 De un ciego y no entendido pensamiento,
 Juzgando por de dama delicada
 Del gallardo donaire el movimiento:
 Su alegre mover de ojos, su rosada
 Color, su blando y dulce acogimiento,
 Si bien en brio parece de otra parte,
 No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda princesa que ha salido
 Con las demás en libertad amada,
 Y el contrario poder halla rendido
 A la alta óptica de aquella espada,
 El nuevo estrago mira repartido
 Por la enemiga gente destrozada,
 Los bravos golpes, las heridas fuertes;
 Y de un solo vencer las varias muertes,

Con razon admirada del destrozo
 Del Catay la princesa delicada,
 De envidia lleno el corazón y gozo
 La invicta mira y valerosa espada
 Y en nuevo sobresalto y alborozo
 Desea ver la visera levantada
 Al encubierto autor de tal proeza,
 Por ver como su esfuerzo su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada
 Que al abordado barco combatia,
 A ponerse obligaba otra celada,
 Mas que á quitarse la que ya tenia;
 Cuando la nao de Persia acelerada
 Por medio de las otras se metia,
 Hasta llegar donde pelea el gigante,
 Y el rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo que le vió, procura en vano
 Su barco enderezar á darle ayuda,
 Mas en un punto un áspero solano
 De nuevo el grueso mar altera y muda:
 El aquilon y el ábrego liyiano
 El dia segunda vez vuelven en duda,
 Y un descompuesto huracan de tierra
 A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,
 Y de las crespas olas arrojados,
 Iguales vencedores y vencidos
 Por el revuelto mar se ven sembrados:
 Todo es confusos golpes y bramidos,
 De los duros peñascos azotados,
 Y de la destrozada plebe el llanto,
 Que de la confusion crece el espanto.

Ciérrase el aire de una nube oscura,
 Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
 Suena de voces, llanto y desventura
 Un triste son, y doloroso acento:
 Unos toman la triza, otros la amura,
 Los mas fuera de sí, y todos á tiento
 Cual va á la escota, cual al chafaldete,
 Cual busca la mesana, y va al trinquete.

Las tristes damas fuera de prisiones,
 Viendo de nuevo el viento y la tormenta ,
 De nuevo comenzaron sus pasiones,
 Y de nuevo cada una se lamenta:
 Ruegos , votos, plegarias, oraciones ,
 Llantos , gritos sin número ni cuenta ,
 Confusas voces , quejas y gemidos
 Rompen el aire, y hieren los oídos.

En ciegos y confusos torbellinos
 Los cuatro vientos hacen cruel batalla ,
 Del crespo Egeo los turbios remolinos
 Ya por sus playas el cretense halla ,
 Y el Jónio sus embates cristalinos
 Por los riscos adriáticos encalla ,
 Llevando el viento en otro igual espacio
 Las olas de las Sirtes al Carpacio.

No se vió confusión tan temerosa ,
 Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:
 Del norte con borrasca impetuosa
 Mil sierras de agua vienen levantadas ,
 Y del austro la fuerza poderosa
 Otras embiste en ellas mas hinchadas ,
 Dejando el barco en medio sin hundirse ,
 Y el mar en duda á cual furor rendirse.

Los rayos por los aires escupidos
 En las olas causaban nuevos truenos ,
 En la nao nuevos gritos y alaridos ,
 En la mar nuevos montes de agua llenos ,
 Que hasta las altas nubes impelidos ,
 Sin llover cogian agua de sus senos ,
 Y aun el barco tal vez encima dellas ,
 A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento
 El combatido golfo que hervia,
 Que á defender cada uno el firme asiento
 Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
 El austro al aquilon hiere violento,
 El de levante al que se traga el dia,
 Y cada cual por sí la mar profunda
 Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega
 Al combatido barco hacia provecho,
 Que si un golpe al través de mar le anega,
 Otro le ayuda á navegar derecho:
 Y tan á plomo el viento y mar le llega
 De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
 Cuando en una ola zozobrando viene,
 Otra al contrario llega, y le detiene.

Bien una milla fue metiendo un lado,
 A punto ya de zozobrar del todo,
 Las velas rotas y el timon quebrado,
 Y el bordo dentro de la mar un codo;
 Y otro golpe tras él desordenado
 Lo enderezó por admirable modo,
 Y le sacó de entre las olas, como
 Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Quebrados ambos ejes parecía
 Venirse abajo la estrellada esfera,
 Y que cuanto hay criado se volvia
 Al ciego caos y confusion primera:
 Así el diluvio universal seria
 Cuando la mar voló tan altanera,
 Que se tragó sus playas y arenales,
 Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo en otra mas grave tormenta
 Metido el corazon siente anegarse,
 Y con los ojos y la vista atenta,
 El alma, sin saber de quién, robarse:
 Halla en mirar que el fuego se acrecienta,
 Y á trueno de mirar quiere abrasarse,
 No viendo mas que si estuviera en calma
 Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.

Hermosa vista tiene el mar cubierto
 De blanca espuma en olas encrespado;
 Hermoso es un gran golfo descubierto,
 Y mas hermoso cuanto mas airado:
 Mas es á quien lo mira ya del puerto,
 Y á su contrario desde allí engolfado,
 Que si hay tormenta deleitosa y bella,
 Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando
 La poca luz que sobre el mundo habia,
 Y el frio viento y tempestad cargando,
 La nao con nuevo miedo acometia:
 Y el montañés á todos animando
 Otro armado Santelmo parecia,
 Que aquí y allí sin descansar un punto,
 Provee, anima, acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta
 Su desenvuelto brio y gracia mira,
 Y que al ciego rigor de la tormenta
 Cada una en sólo su valor respira,
 Que es su tesón quien el del mar sustenta,
 Y al descompuesto viento enfrena la ira,
 Con halagüeño rostro se le llega,
 Y así le dice, y que descansen ruega:

"Bravo entre los nacidos, si es posible
 Que de un revuelto mundo el peso junto
 Hacer no puede á tu ánimo invencible
 Que de su real valor descrezca un punto;
 Si humillar tu fortuna es imposible,
 Y de un dios de la mar hecho un trasunto
 Quieres tener en peso nuestras vidas,
 Que mil veces sin tí fueran perdidas,

Descansa ahora, y con tu alegre vista
 Regala nuestros ojos un momento,
 Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
 Tambien no nos usurpe este contento:
 Alza un rato, señor, la sobrevista,
 Que estas damas, y yo en su pensamiento,
 Deseamos conocer, no por oidas,
 A quien debemos la salud y vidas.

No hay enemigo aquí que con recelo
 Te pueda hacer que vivas cuidadoso,
 Que aun la inclemencia del airado cielo
 Basta á enfrenar tu brazo venturoso:
 Y así destos azares el consuelo,
 Que á nuestros sobresaltos da reposo,
 Es tener de nosotras cada una
 Colgada su esperanza en tu fortuna."

Dijo, y las blandas últimas razones
 Con voz fueron tan dulce y amorosa,
 Que mostró ser en su ademan y acciones,
 No caballero, sino dama hermosa:
 Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,
 "Contra la fuerza, dijo, poderosa
 De amor, si es enemigo verdadero,
 Poca defensa son armas de acero."

Quitóse el yelmo, y aunque el pardo dia
 Por oscuros celages iba huyendo,
 Su rostro así sembró nueva alegría,
 Que suspendió á la noche el suyo horrendo,
 Su aire, de la española gallardía
 En los presentes ojos imprimiendo
 Cierto gusto y placer; que siempre agrada
 Cualquiera nueva perfección mirada.

Suele entre parda nube de aire oscuro
 De oro estar una llama amortiguada,
 Que á deshora rompiendo el fragil muro
 Toda la vuélve en claridad bañada,
 Y al que está en sus tinieblas mas oscuro
 La ociosa vista deja deslumbrada:
 Tal se halló la hija de Medoro
 Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva
 El virginal temor puso en el suelo,
 El rostro de color de grana viva,
 Cual con celajes de oro el claro cielo:
 Tan bella entre turbada y pensativa,
 Que arder hiciera un corazon de hielo,
 Dando en la gravedad de su semblante
 Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces
 Como al descuido pone, calla, y mira,
 Aquí, y allí los vuelve, y los combeces
 Del barco mide, y sin querer suspira:
 Y viendo sus soberbias altiveces
 Rendidas sin pensar, cruel se aíra;
 Que amor es blando fuego; y donde prende,
 Mientras que mas le ceban, mas se enciende.

Cual simple pajarillo, que en la fuente
 De una falsa hermosura convidado,
 Su presto vuelo entre la liga siente,
 Sin ver cómo, impedido y atajado;
 Y mientras menos su prision consiente,
 Mas revuelto se halla y mas ligado,
 Hasta que al fin se deja de vencido
 En el lazo quedar que le ha prendido;

Tal la princesa del Catay hermosa
 Sin conocer de quién, se halla vencida,
 Y como de una fuerza poderosa
 El alma á un dulce sinsabor rendida:
 Y el Leonés con su vista deleitosa
 No tiene el alma con menor herida,
 Que á cada encuentro de ojos, por su palma
 El corazon le ofrece, y rinde el alma.

"¿Si son verdades, dice, ó son antojos,
 Bellos ojos, mostraros tan amigos?
 ¿Si es con cuidado darme los despojos,
 De que los mios son fieles testigos?
 Mas no es posible que en tan bellos ojos
 Caber pueda celada de enemigos,
 Que ojos alegres de cualquiera suerte
 Son señales de vida, y no de muerte."

Esto en su corazon Bernardo siente,
 Y en los libres espíritus del alma
 Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente
 Rendir le hace á su altivez la palma:
 Y la nueva beldad que ve presente,
 Mientras le tiene su recelo en calma,
 Sin saber cómo, en un divino modo
 En si lo rinde y lo trasforma todo.

Mas á este tiempo en la tormenta horrible,
 Que de un revuelto infierno era el trasunto;
 A un tiempo el ciego viento y mar terrible:
 El flaco barco acometieron junto:
 Cuando el Leonés con ánimo invencible
 El diestro gobernalle asíó en tal punto,
 Que salir le hizo en admirable modo,
 Al tiempo que iba á zozobrar del todo.

A nadie le dejó color entero
 En rostro y pecho la ocasión presente,
 Que no hay tan esforzado caballero
 Que asirse á fuerzas con la mar intente:
 Pero con todo , el español guerrero
 Un punto no humilló su brio valiente,
 Como si fuera sin zozobra alguna
 El rey del mar , ó el dios de la fortuna.

La bella hija dē Angélica llevada
 De otra no menor fuerza poderosa,
 En dulces pensamientos ocupada,
 Ni en la tormenta ni en su mal reposa;
 Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
 Del grave peso de la flecha ansiosa,
 Mientras no puede mas toda rendida,
 Por los ojos descubre la herida;

Cuando en el austro un negro torbellino
 La triste nao acometió de lado,
 Con que el árbol mayor al agua viño
 Por la firme carlinga destroncado:
 Rompió el vaiven dos curvas de camino,
 De una amura el bauprés quedó colgado,
 Rota la triza , y fuera de su engaste
 El cuadernal, roldanas, y el guindaste.

De nuevo aquí el peligro hizo doblado
 El miedo, el ansia, y voces afligidas,
 Que ya el barco en rigor se vió anegado
 Por dos tablas de un golpe desmentidas:
 Nadie saldrá, si no es delfín, á nado:
 Las damas, en sirenas convertidas,
 Lloran la miserable humana suerte,
 Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.

Así tal vez en la nevada altura
 Del helado Apenino hiere el viento,
 Los montes gemen, brama la espesura,
 Y á los Alpes asorda el ronco acento:
 Y si la encina en su vejez madura
 A fuerzas quiere conservar su asiento,
 Nunca la tempestad ni el viento pasa
 Hasta dejarla por el suelo rasa.

Un barco en esto al grueso bordo atado
 Del suyo el gran Leonés vió que venía,
 Nueva esperanza al pecho alborotado
 Que mas fuerzas mostraba que sentia:
 Pues del confuso viento y su cuidado
 Nada en su alma sin tormenta había,
 Siendo el riesgo mayor en el que ahora
 El recelo le pinta á su señora.

Mas, no tan presto en la montaña de Ida,
 De Júpiter el águila ligera,
 Tras de la amada presa conocida
 De la encubierta nube salió fuera,
 Y á la tierna beldad troyana asida
 Con su robo á buscar volvió su esfera,
 Como el brio español el barco pusó
 Del bordo al agua, y en el agua al uso.

Y sobre un firme cabo reforzada
 Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
 De las damas la escuadra alborotada
 Del bajel ocupó el humilde asiento :
 Y ayudando la hija regalada
 De Angélica al autor de su contento,
 En un punto dejaron el navío
 De hermosura y de lágrimas vacío.

Solo faltaba el nuevo caballero,
 Y de la bella china una doncella
 Por saltar dentro, cuando el viento fiero,
 Al cruel rigor de una enemiga estrella,
 Rompiendo el cabo le apartó ligero;
 Que Venus sigue á su entenada bella,
 Y tiene por de burlas la tormenta,
 Si el soplo de la ausencia no la aumenta.

Así tal vez por la caverna oscura
 Del sacro monte Ténaro sin vida,
 De Eurídice la sombra mal segura
 A los ojos se fue desvanecida
 Del amante de Tracia sin ventura,
 Que á detenerla con su amor asida,
 Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
 La ocasión sola de llorarla en vano.

Tal el barquillo lleno de hermosura,
 De luceros, de estrellas, y de soles,
 Por el espanto de la noche oscura,
 Sin ver dónde, escondió sus arreboles.
 No hay persona en la mar ni hora segura,
 Todo en ella es mudanza y tornasoles,
 Que es reino de una dama que sin duda
 De solo ser mudable no se muda.

Lo que allí sucedió al bajel hermoso
 Parte despues será de un nuevo aliento,
 Que ahora veo en gran riesgo al mas brioso
 Pecho que ató la mar, ni rompió el viento:
 Y á su arruinado barco perezoso,
 Sin gobernalle ya, y sin movimiento,
 Cada golpe de mar que le da entero,
 De la fortuna parecía el postrero.

Es el mudable Jónio un mar violento,
 De tempestades lleno, y de bajíos,
 De yertos arrecifes, donde el viento
 Rompe y hace pedazos los navios:
 Sus islas pobres, y de mal asiento,
 Ásperas, escabrosas, de aires frios,
 Donde Itaca fue un tiempo celebrada,
 Por del prudente Ulises patria amada.

Entre ella y el seno Ámbrico famoso,
 Que ahora son los golfos de Lepanto,
 Donde el hijo de Carlos poderoso
 Al espanto del mundo puso espanto,
 Al roto barco del Leonés brioso
 La luz le amaneció del cielo santo,
 La mar algo tratable, el recio viento
 No tan desconcertado ni violento.

Parecía que fortuna ya cansada
 De luchar con los aires se rindiese,
 Y vencida, á la fusta no domada
 La palma y vencimiento concediese:
 La tierra ya de lejos saludada,
 Que el alto Épiro se entendió que fuese,
 Por donde el vasto Jónio se atraviesa,
 Y el firme pie al Acroceraunio besa.

Mirando estaba el español valiente
 De Alcino los jardines celebrados,
 Y Léucada engolfada al mar de oriente,
 Siendo antes tierra firme sus collados;
 Y el promontorio Fálaro eminent,
 Que en uno de sus riscos encrespados
 (Si debe ser la antigüedad creida)
 La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zaciutos, y á su diestra
 Los altos montes de Cefalonía,
 Donde el reino Teléboe se le muestra,
 Que por sus costas de robar vivia;
 Y la hondosa canal á la siniestra,
 Que abrió á pesar de Italia estrecha via,
 Para pasar sus olas enrizadas,
 De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo dia
 Perdido se halló, aunque no anegado,
 Ya sin fuerzas la gente que tenía,
 Si alguna en tanto riesgo había sobrado:
 Olfa, que así la dama se decia
 De la princesa del Quinsay dorado,
 Perdida su señora de improviso,
 Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera,
 Si el nuevo amante no la reportará,
 Y en discreto decir, la pena fiera
 Que el alma le oprimió no le blandára:
 Donde á vueltas tambien le ruega, quiera
 Decirle algo de aquella beldad rara,
 Que á ambos dejó en confuso desconsuelo;
 Quién sea, de qué nacion, qué tierra, ó cielo.

Olsa, que en las grandesas del mancebo
 Ser algun disfrazado dios creía,
 "Marte invencible, dijo, á quien ya debo
 Mil vidas, oye...." y proseguir queria;
 Cuando con nueva voz y espanto nuevo,
 El roto barco en dos ven que se abria,
 Que ya encallado en una firme peña,
 La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajío,
 Y hacerse á un golpe dos ¡extraña cosa!
 Fue todo á un tiempo, y con un norte frío
 Bramar la mar de nuevo temerosa:
 De todos solo el castellano brio
 Quedó entero en su fuerza poderosa,
 Que los demás con solo el temor ciego
 Por muertos se contaron desde luego.

Fuese hundiendo el barco destrozado
 En ancho y espumoso remolino,
 Donde bien su valor mostró abreviado
 Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:
 Que de su arnés lumbroso despojado,
 Sobre la gruesa rosca de un gran pino
 La bella china puso desmayada,
 Ya en sus mismos temores anegada;

Y dando con sus armas á la entena
 Rico peso, tambien por no dejallas
 Donde el antiguo griego en nueva pena
 Por culpa suya traté de guardallas:
 Entre la crespa mar de espumas llena,
 De sus olas rompiendo las batallas,
 La playa busca, cuando al turbio viento
 Fortuna al parecer da nuevo aliento.

Cual bello cisne sobre el crespo vado
 De Meandro, sin que en él se le consuma
 Del blanco pecho el tumbo levantado,
 Cercos engarza de liviana espuma;
 Y en remolinos de cristal cuajado
 Humedeciendo va la hueca pluma,
 Hasta que al fin entre la juncia verde
 Al suave son de su cantar se pierde;

Así luchando el español guerrero
 Por las saladas ondas discurría,
 Diestro piloto hecho y marinero
 Á la pesada entena en que venia :
 Dando consuelo al llanto lastimero
 De Olfa, que en hermosura parecía
 Bella sirena, si de cuando en cuando
 En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,
 Ó la mudable imágen de Proteo,
 El crespo mar sospecha, que ninguno
 Que sea mortal alcanza igual trofeo:
 Y así por dios del mar de uno en uno
 Cuantos los campos cruzan de Nereo
 Le rindieron debido vasallaje,
 Y anunciaron el próspero viaje;

Hasta que la fortuna, ya afrentada
 De verse de un mortal brazo vencida,
 En el tumbo espumoso disfrazada
 De la ola de un leveche embravecida,
 A Olfa, su amparador, y la aferrada
 Entena echó á la costa encanecida,
 Por donde de Beocia en corva raya
 El rio Cefiso rompe la ancha playa.

CANTO XII.

ARGUMENTO.

Justas de Acaya por Crisalba, infanta de Creta. Un caballero desconocido aventaja á todos los concurrentes: Bernardo justa con él, y el desconocido le cede la victoria.

Es Crisalba hija del señor de Creta,
De su tierra heredera obedecida,
Tierra á quien infeliz virtud secreta
En tristes llantos tiene consumida:
De adonde la alemana huyó discreta
Con su nieta, que es alma de su vida,
Y la que en Creta es reina por empresa,
De Acaya es, antes de heredar, duquesa.

Tiene en Milene corte y real palacio
De su ancha mar en la espumosa raya,
Donde con grave pompa en largo espacio
Lo mejor de sus golfsos atalaya:
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio
Tributa y da su cristalina playa;
Para adorno y regalo de su corte,
Cuanto la Libia encierra, y mira el norte.

Y aquí de cinco reyes comarcanos
 Pedidas fueron sus alegres bodas;
 El rey de Licaonia, el de romanos,
 El de Sicilia, el de Corinto, y Rodas:
 Pero su padre con temores vanos,
 Viendo en su daño las demandas todas,
 Con el acuerdo de su astuta abuela,
 Que en el bien de la infanta se desvela;

En el real campo de Milene quiere
 Alegres justas se hagan, donde acuda
 Á conquistar mujer, quien la quisiere,
 Con lanza que hable, y con la lengua muda:
 Y que sea la duquesa de quien fuere
 Mas valeroso, sin que quede en duda,
 Si su padre le dió ó quitó imprudente
 Esposo mas ó menos excelente.

Es nuestro rey Tiseo advenedizo
 Á estas ardientes islas, de aquel suelo
 Á quien el encubierto norte hizo
 Guerra ordinaria de importuno hielo:
 Amor le trajo á Creta, allí su hechizo
 De su patria olvidar le hizo el cielo,
 Y el cetro de gran duque de Colonia
 Al de Acaya trocó, y de Macedonia.

Un bárbaro sajon su rico estado
 Por fuerza de armas usurpó á Gloricia,
 Que, de tesoros rica, su hijo amado
 Huyó de la tiránica avaricia:
 Y por volver al cetro despojado
 Solo un yerno magnánimo codicia,
 Y á este fin son las fiestas, y á esta fama
 Su clarín un entero mundo llama.

La codicia de joya tan preciosa
 Llena le dió de príncipes la tierra:
 Que por tal reino, y tan gallarda esposa,
 ¿Quién del suyo no sale, y se destierra?
 Nunca ganaron mas bizarra diosa
 Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
 Aunque ya con victoria en las estrellas
 Á la luna escogieran las mas bellas.

Y , sin los reinos que heredando viene,
 Le da Gloricia seis castillos de oro,
 Que el mundo todo en su caudal no tiene
 Junto ni repartido igual tesoro:
 Mas ya no hay cosa que su gusto. Ilene;
 Todo es luto y temor, despues que un moro,
 Que en Getulia nació, con brio orgulloso
 Subió tambien á pretension de esposo.

Es de alma aceda, y desabrido trato,
 De miembros y estatura de gigante,
 Del vaporoso Encélado un retrato
 En brutal pecho y ánimo arrogante:
 Este, en bárbaro estruendo y aparato,
 Á las fiestas llegó en bajel triunfante,
 Y el mismo dia en orgulloso brio
 En un cuartel fijó este desafio:

Que un año justará lanza por lanza
 Con cuantos presumieren estorballe
 De la bella Crisalba la esperanza,
 De que ya goza, de gozar su talle:
 Hoy hace un mes que con feroz pujanza
 Su partido defiende, sin que halle
 Quien la segunda justa le mantenga,
 Y al suelo del primer chocar no venga.

Vuelan los tres las dos pequeñas millas,
 Que de la real ciudad nació la fuente,
 Y en la plaza entre nuevas maravillas
 Al rey Argante miran, y á su gente;
 Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,
 Las demás se le dan calladamente,
 Cuando á la plaza por la calle opuesta
 Un caballero entró á aumentar la fiesta;

Cubierto de enlutada sobrevista,
 El caballo tambien negro enlutado,
 Blanca en la frente una pequeña lista,
 De ambas las manos y de un pie calzado,
 De hermoso talle, y de gallarda vista,
 Lozano huello, altivo desenfado,
 Y hácia Argante se fue, que oyendo estaba
 Diferentes las nuevas que esperaba.

Pidióle justa, y él con el disgusto
 De la contraria desabrida nueva,
 Furioso respondió, "de mejor gusto
 La batalla haría á toda prueba:"
 "Así sea," replicó el valor robusto,
 Antes cortés, y una dorada greba
 Por gaje le arrojó, y para encontrallo,
 Como con alas revolvió el caballo.

Suspendióse la plaza, estuvo quedo
 El viento, y en los pechos mas briosos,
 Ó sea de sobresalto, ó sea de miedo,
 Darse latidos vieron presurosos:
 Y partiendo ambos en igual denuedo,
 Al chocar los encuentros poderosos,
 Sembró hechas astillas por el aire
 Ambas lanzas la furia y el donaire.

Como dos huecas nubes retocadas
 De azul retinto, y lóbregos asientos,
 Si de contrarios humos amasadas
 Las impelen tambien contrarios vientos,
 Del cierzo y austro ardiente arrebatadas,
 Al encontrarse, dejan sus violentos
 Vapores de los rayos y los truenos
 Las vistas ciegas y los aires llenos;

Así del uno y otro caballero
 En los firmes encuentros resurtia
 El ronco son del relevado acero,
 Que el aire de relámpagos cubria :
 El de lo negro, en firme y en ligero,
 Un morcillo centauro parecia,
 Que sin que nada baste á perturballo
 Nacido va inmudable en su caballo;

Y aunque Argante tambien guardó la silla,
 De dos ningun estribo guardar pudo:
 Hincó al pasar el bayo una rodilla,
 Y su dueño perdió lanza y escudo.
 El pueblo, en ver que el bárbaro se humilla,
 Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
 Y él, corrido del caso no pensado,
 De vergüenza quedó y temor turbado.

Bien que blandiendo la desnuda espada,
 Vuelve buscando alegre á su enemigo,
 Que cabe él con la suya levantada,
 "Primero, dijo, quiero como amigo
 Tu nombre conocer; si á la jornada
 Encubrir no te importa lo que digo :"
 "Argante, rey de Fez, porque te asombre,
 Sabrás, si no lo sabes, que es mi nombre."

"El tirano, no el rey, dijo el del luto,
 Que al verdadero rey tú le mataste,
 Y en fe traidora, y pecho disoluto,
 De su heredera el reino despojaste;
 Y pues mi espada el pretendido fruto
 De su venida halló, lo dicho baste,
 Que de los dos el uno por concierto
 Sobre esta causa herede el campo muerto."

"Como lo pides," le respondió Argante;
 Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
 Con solo aquel, en opinion bastante
 Sus personas dejaron aprobadas:
 Y el del luto á su yelmo resonante
 De estrellas vió las bóvedas sembradas,
 Y á sí mismo con ellas, y su cielo,
 En grandes riesgos de venir al suelo.

El tirano de Fez sobre el caballo
 Por la plaza fue un rato sin sentido,
 Y aunque pudo el del luto degollarlo,
 Quiso, mas que valiente comedido,
 Que vuelva sobre sí por no matallo,
 Como él á su señor mató dormido:
 Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
 Por el suelo sembrado su tesoro;

Y del tranzado arnés la rubia malla,
 Que el prado argenta, y su contrario fuerte,
 Que no estimando el fin de la batalla
 Le aguarda sin temor, vió el de la muerte,
 Que aun en los pechos bárbaros se halla:
 Y él que lá suya irreparable advierte,
 "Si es forzoso morir, muera contigo,
 Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo."

Cerró con él á ejecutar su intento,
 Sin reparar á tiempo un altibajo,
 Que en golpe fue cortando tan violento,
 Que el brazo del escudo le echó abajo:
 Y al ya vencido moro sin aliento,
 Al caer del caballo, un diestro tajo
 Así á compás corrió su ligereza,
 Que arrebató á los hombros la cabeza.

Miró la plaza en suspensión notable,
 Hecho piezas el rey de Berbería,
 Que aun no dos horas antes espantable
 Los hombres solo con mirar yencia:
 Cogió su gente el cuerpo miserable,
 Que un destroncado roble parecía,
 Y el vencedor con gallardía robusta
 En su puesto se puso á esperar justa.

No venia de intento á ver las fiestas,
 Sino á vengar á Flérida de Argante,
 Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
 Para hacerlo le dió poder bastante:
 Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
 Sus pretensiones, quiso en lo restante
 Probar la gentileza y gallardía
 Que en los valientes de aquel reino había.

Salió el duque de Arcadia valeroso,
 El joven rey de Tebas, y Erimanto,
 Salió el robusto Ménalo furioso,
 Que á todos daba su grandeza espanto:
 El jayan Adargusto payoroso,
 Por vengar de su muerto rey el llanto,
 Salió tambien, mas uno á uno todos
 Al suelo fueron por diversos modos;

Y sin hacer desden ni movimiento,
 Ni revés el caballo ni mudanza,
 Diez derribó de los de mas aliento,
 Y algunos dellos sin romper la lanza;
 Con tanto gusto y general contento,
 Como si cada uno su esperanza
 Empleada la tuviera por entero
 En el brazo y valor del caballero.

Bernardo, aficionado á su destreza,
 Quisiérale probar sin enfadalle,
 Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
 Que pedirle mas justa es agravialle:
 Mas, viendo que mil soles de belleza
 Del real balcon le hablan con miralle,
 Que en verle sin justar toda la tarde
 Le tendrán por remiso, ó por cobarde;

Llegando al bravo y singular guerrero,
 "Aunque parezca, dijo, desacato
 Demandar nueva justa á un caballero
 Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;
 Ese heróico valor, que tan entero
 Se muestra, es quien nos vende por barato
 El pondonor de ser vuestro vencido,
 Por el riesgo y dolor de haber caido.

Y así no os causará, señor, disgusto
 Añadiros de nuevo esta victoria,
 Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
 Para usurparos la alcanzada gloria;
 Mas por un rato de solaz y gusto,
 Ó altiva presuncion y vanagloria,
 De no salir de aquí (decirlo quiero)
 Sin probar lanza de tan gran guerrero."

Dijo, y sin responder á sus razones
 Mas que con una humilde cortesia,
 Dieron á un tiempo vuelta los frisones,
 Que el mas pesado una ave parecía:
 Y con iguales términos y acciones
 De gentil apostura y gallardía,
 Hundiendo vuelven con furor la tierra
 Los dos soberbios rayos de la guerra.

Volaron por el aire las astillas
 De las quebradas lanzas, los guerreros
 Tan firmes y compuestos en las sillas,
 Como si fueran pajas sus aceros:
 Ni los ojos pudieron percibillas,
 Ni la herida de golpes tan ligeros;
 Ellos solos en modo extraordinario
 Cada uno se admiró de su contrario.

Toman segundas lanzas escogidas,
 Y armándose de nueva fortaleza,
 Por el cielo en astillas esparcidas
 Asombros dió á la plaza su braveza:
 Procuran otras, y otras mas fornidas,
 Y estimando del otro la destreza
 Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
 La tierra hacian temblar hasta su centro.

Seis veces se encontraron, y en seis truenos
 La ciudad resonó, cuando el del luto,
 Quizá temiendo en algo el ir á menos,
 Sacó la espada, y dijo resoluto:
 "Esta mejor decir podrá á lo menos,
 Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
 Cuya ha de ser dese solaz la gloria,
 Pues para dos no es harto una victoria."

El español, si con su honor cumpliera,
 De gusto le rindiera la batalla
 Por su propia afición, y porque fuera
 Contento general el excusalla:
 Mas viendo acometerse, sacó fuera
 De la vaina la espada, y al sacalla
 Dijo, "por esta juro que contigo
 Mas deseo obras de amor que de enemigo."

Mas el del luto, ó ya por el coraje
 De no poder vencer un caballero,
 Ó porque á punto no entendió el lenguaje,
 Por respuesta le dió sobre el plumero
 Un golpe tal, que hizo que se abaje.
 Mal de su grado hasta el acion primero,
 Que tiene á desenvuelta villanía
 Que le hablen sin hacelle cortesía.

Perdió con esto el godo el sufrimiento,
 Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
 Un golpe, y otro, y otro en firme aliento
 Le da, le carga, le redobla, y tira:
 Y él, dando escudo á su furor violento,
 Ni por ellos se aparta ni retira,
 Antes así con su rigor revive,
 Que dos le da por uno que recibe.

Hirió el del luto al español de punta
 Por medio de los pechos con tal fuerza,
 Que la cabeza con las ancas junta
 El cuerpo le hace con dolor que tuerza:
 Y otra tras ella al corazon le apunta
 Por debajo del peto, que era fuerza,
 Á no torcerse sin pensar la espada,
 Quedar la injusta brega rematada.

Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
 Aunque la sangre que sacó la espada,
 Si en lo fino mostró que era de godo,
 Mejor lo descubrió en quedar vengada ;
 Que aferrando la suya , de tal modo
 Le asentó la respuesta en la celada,
 Que la plaza asombró , y el ya confuso
 Seso que dentro estaba perdió el uso.

No reforzado tiro de bombarda,
 De vivo azufre y de salitre lleno,
 Á quien el fuego en descender mas tarda,
 Que él en formar de su estampido el trueno;
 Ni respuesta envió en la nube parda
 Mas presta , ni del aire el hueco seno,
 Al escupir sonó el rayo encendido
 En mas medroso y súbito ruido.

Arrodilló el caballo ambas las manos,
 Y caída en las ancas la cabeza,
 Á su dueño llevó en clamores vanos
 Sin tiento por la plaza larga pieza :
 Quedaron los del muerto Argante usfanos:
 Usar del poder todo no es grandéza,
 Y así el jóven no quiso , aunque herido,
 Su furia ejecutar en un rendido.

Volvió á la vida cuando ya por muerto
 La plaza le lloraba: vuelve , y mira
 Cuán cerca della estuvo , y cuán cubierto
 De gloria su contrario se retira:
 El destrozado escudo sin concierto
 De envidia arroja , y de dolor suspira,
 Y á la venganza llama al enemigo,
 Que antes merece premio que castigo.

Corre á dar muerte el uno, el otro atiende
 En bizarro ademan: llegan, y á un punto
 Sobre cada uno de los dos desciende
 Del contrario rigor el poder junto,
 Con que de nuevo así el herir se enciende,
 Que de la muerte son vivo trasunto,
 Y forzoso llorar al uno muerto,
 Si ya no es morir ambos lo mas cierto.

Tienen al pueblo oscuro deslumbrado
 De su herir los relámpagos dudosos,
 Que el dia ya su luz se había llevado
 Por esconderla á golpes tan furiosos:
 Cada uno del contrario está admirado,
 Y el mundo de ambos pechos valerosos;
 Y aunque es la igualdad grande, todavía
 No es del luto, si la hay, la mejoría.

Pudieran combatir á las vislumbres
 De los dorados rayos y centellas,
 Que en las grabadas armas la costumbre
 Del dar y resurtir volvian estrellas:
 Mas del palacio real pomposa lumbre
 De infinidad salió de antorchas bellas,
 Que á pesar de la oscura noche fria
 A la plaza salió de nuevo el dia.

Pareció con las luces mas hermosa:
 Y de mayor espanto la batalla,
 En seis horas de tiempo así dudosa,
 Que un punto apenas de ventaja se halla;
 Cuando el bravo del luto en rabia airosa
 Se atrevió de una vez á rematalla,
 Y lanzándose á tiempo á su enemigo
 En duro abrazo le apretó consigo.

Hizo cada uno presa en su contrario,
 Y en ella mas vistosa la contienda,
 Porque del caracol revuelto y vario
 No hay quien la entrada ni salida entienda;
 Que al brio de los caballos voluntario
 El suyo dejan, sin curar de rienda,
 Y asi en su lucha se asen y se ligan,
 Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan;

Y aunque no por holgados ni lozanos
 Los frisones rifaron á su modo,
 Y altas las manos con relinchos vanos
 Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo;
 Y su dueño en las garras de las manos
 De la cabeza el fino yelmo al godo,
 Que por desencajarle de la silla
 No le dejó de aquel vaiyen hebilla;

Y dando la victoria por ganada
 Caer le deja, y de su espada afiera,
 Cuando en él la hermosura vió extremada,
 Que viva en su feliz memoria encierra;
 Y en nueva admiracion la altiva espada
 Con furia arroja á la sangrienta tierra,
 Y "¡ay triste!" dice, y tras el ay profundo,
 "¿Quién podía ser, sino la flor del mundo?

Goza como mereces la victoria,
 Y el rico venturoso premio della,
 Que yo doy la ventaja por notoria;
 A tí en valor, y en la ventura á ella."
 Dijo, y con arrogante vanagloria
 El caballo picó, y la plaza huella,
 Dejando convertido su denuedo
 En nueva admiracion el primer miedo.

El valiente español, que en el bastardo
 Resonar de la gente y pueblo rudo,
 Y con el alboroto y el resguardo
 De hacer nueva celada de su escudo,
 La oscura voz, y el ademan gallardo
 De su contrario fiel notar no pudo,
 Viéndole ahora salir de la batalla
Como huyendo, está suspenso, y calla.

CANTO XIII.

ARGUMENTO.

Bernardo, vencedor en las Justas, declara libre á Crisalba de elegir el esposo que mas le agrade. Gloricia le ofrece la mano de su nieta, que él cortesmente rehusa. Quiere partir de Creta: sentimiento de Crisalba: final separacion de los dos.

Dieron las nunca vistas maravillas
 De sus armas al Godo declarado
 Por digno sucesor de las dos sillas
 De la de Acaya, y del cretense estado;
 Y que ante la princesa de rodillas,
 De inmortales laureles coronado,
 El rico premio goce, y joya puesta
 A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo usano
 Al real dosel el vencedor guerrero,
 Donde la infanta con gallarda mano
 La guirnalda y su amor le ofrece entero:
 Y él con bizarro estilo cortesano,
 "Señora, dijo, el premio verdadero
 Mio será que el lauro se mejore,
 Donde el mundo le envidie, y yo le adore.

Y vuestra soberana frente sea
 Divino templo á su trofeo de gloria,
 Para que como yo pretendeo vea
 Mas que los cielos alta mi victoria:
 Y á vos gallarda y celestial idea
 Tambien por premio quede y por memoria
 Deste humilde servicio, como es justo
 Entera libertad en vuestro gusto,

Para elegir con él esposo dino
 A vuestro real valor y heróica casa,
 Sin que con temerario desatino
 Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
 Él solo sea la regla y el camino,
 Y de vuestra elección la libre basa,
 Que vos que habeis de dar al mundo leyes,
 No es bien que las tomeis de agenos reyes.

Y si algun descompuesto caballero,
 Por humilde interés, violar quisiere
 Desta mi nueva libertad el fuero,
 Campo y armas señale, y sea quien fuere:
 Que la puerta del gusto no es de acero,
 Ni á Palas Venus sujetar se quiere,
 Antes sin estimar su escudo y lanza
 Sola y desnuda la victoria alcanza."

Engrandeció el cretense señorío
 Del hidalgo español el noble intento,
 Perdió en oirle la princesa el brio,
 Zelosa aun de su mismo pensamiento:
 No sabe si es de amor, ó si es desvío,
 El fin del generoso ofrecimiento,
 Que á un empeñado gusto en dulces bienes
 La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,
 Ahora de uno y luego de otro modo,
 De su amoroso pensamiento el punto
 Claro descubre al encubierto Godo:
 Y en fiestas puesto el griego reino junto
 A entretenerte en gusto atiende todo,
 Y ella en cuidosa prevencion atenta
 De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazaras,
 El gusto y el placer se dan las manos,
 Y en reales mesas espumantes tazas
 La alegría hacen y el amor hermanos,
 Con que tú, oh niño celestial, enlazas
 De la doncella los cuidados vanos,
 Y de su ilustre huesped siempre á tiento
 De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
 De sus mágicos versos adivina
 La masa real, y heroica descendencia,
 Que al mundo en siglos por venir camina
 Destas dos sangres, que hoy en diferencia
 Tiene el amor, y el cielo determina
 Que una se hagan, y su nudo santo
 Honra á la fama dé, y al suelo espanto,

Un dia así con el valiente Godo,
 En su real cuadra á solas retirada,
 "¡Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
 De nuevo mi esperanza veo cifrada!
 Si el cielo no hizo diferente en todo
 Mi antiguo origen de tu patria amada,
 Y ahora ordena que aumentado quede
 Con tu real sangre, lo haga como puede.

Yo de Colonia huí la acerba muerte,
 Y las crueles cadenas del tirano,
 Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
 Un reino entonces mas que ahora humano;
 Donde Crisalba, que en placer convierte
 Cuanto su vista ve y toca su mano,
 Con solo el gusto de hallarla pudo
 De mi alma conservar el frágil nudo.

Con ella huyendo del horrible infierno
 En que arde el reino, y mi obstinado hijo,
 Aquí me retiré, y su pecho tierno,
 A que con gusto y gravedad corrijo:
 Y de mi ley cristiana el pacto eterno
 En mi alma tengo, y en la suya fijo,
 Deseando desta humilde tierra oscura
 Volar con ella á mas constante altura.

Mi intento á esto trazó las reales fiestas,
 En que su ánimo muestre el mas lozano,
 Porque en tan valerosos hombros puestas
 Mis pretensiones corran de su mano:
 La tuya no la sé, las mias son estas,
 Cobrar mi antigua patria del tirano
 Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella
 Lejos de Creta ver reinando en ella."

La prudente Gloricia en este modo
 Su ofrecimiento y diligencias hizo,
 A quien el firme y generoso Godo
 Con discretas palabras satisfizo:
 Era de su liviana excusa el todo
 La injuria con que un rey antojadizo
 Puestos tenia sus padres en prisiones,
 Su estado en riesgo, su honra en opiniones.

Con esto el joven por entonces puso
 A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
 Bien que en si mismo sin saber confuso
 Quien el cuidado y suspension le causa:
 Admirase tambien que se dispuso
 La bella Olfa á le dejar sin causa,
 Y sin darle razon de su partida,
 Ni se sabe el por qué, ni á donde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,
 La ociosa soledad por compañia,
 Dando y tomando cuenta á sus intentos,
 Y el medio que en seguirlos tomaría,
 Viendo cual juegan con la mar los viéntos
 Desde el real mirador estaba un dia,
 Cuando un villano vió con una carta,
 Que absorto de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,
 "Señor, le dijo, un caballero andante,
 Que de luto vestido, una cuadrilla
 A un grave entierro lleva semejante;
 Al tiempo de embarcarse en una villa
 Que da á un puerto de mar playa inconstante,
 Este papel me dió, que en propia mano
 Os diese...." y puesto allí, calló el villano.

Vió que conforme el simple mensajero
 Las claras señas da, la carta viene
 Del ausente enlutado caballero,
 Que en cuidadosa suspension le tiene:
 Y en gusto deseando mas entero
 Lo que el secreto del papel contiene,
 De sobresalto lleno y de alegría,
 Al desdoblarlo vió que así decia:

"La encubierta princesa de la China,
 Del tiempo perseguida y sus azares,
 A tí de estirpe al parecer divina
 En tus proezas y hechos singulares,
 Salud, si el que á deseártela me inclina
 Darla á tí puede, como á mí pesares,
 Porque con ella en años no veloces
 El nuevo gusto en que te empleas goces.

El cielo sabe, oh jóven soberano
 A quien la vida tantas veces debo,
 Que despues que por tí en el mar greciano
 A ver volví mi libertad de nuevo;
 Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
 Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
 Que á no ir ciega cual fui en mi desafio,
 Nunca contra tu brazo alzára el mio.

Perdona, oh felicísimo guerrero,
 Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,
 Aunque salir con el honor entero
 Jamas dudase tu ánimo robusto:
 Mas por lo que mereces y te quiero,
 Aunque excediendo del estilo justo,
 No sé si ahora diga que me pesa
 De haberme desistido de la empresa.

No por vana arrogancia de vencerte,
 Que serlo yo de tí tengo por gloria,
 Ni por hacerme á mí , ni deshacerte,
 Ni acortar con la mia tu memoria:
 Pero quizá de envidia por no verte
 El gran premio gozar de la victoria ,
 Que el dolor deste vicio sin provecho
 ¿A qué activa mujer no escarva el pecho?

Mas, ya que esta intencion es devaneo ,
 Tu gusto que se extienda á los extraños
 Eterno goces como yo deseo ,
 De azares libre , y de temor de engaños:
 Aunque el ver sepultados cual los veo
 Dentro en Acaya tus floridos años ,
 No sé si ya por lo que á tí se debe ,
 Mas que no á envidia á compasion me mueve,

A tus felices bodas fuera justo
 Quedarme, y celebrarlas cual conviene;
 Mas en materia de alegría y gusto ,
 Nadie es posible dar lo que no tiene:
 Yo habia de estar sobrada , donde al justo
 El resto en igualdad se anuda y viene,
 Y así esta breve falta tuve en menos ,
 Que agüerar con mi mal gustos agenos. "

Bernardo, alborotado el pensamiento
 Con la carta y la nueva, habiendo al justo
 Trazado el tiempo de uno y otro intento ,
 Seguir quiere los rastros de su gusto :
 Que es fuego amor, y con cualquiera viento
 El corazon altera mas robusto ;
 Y ya impaciente de su ociosa vida
 Y sus gustos, ordena la partida.

Y para atravesar el hondo charco,
 Que tiene el reino de fortuna en peso,
 A toda diligencia aprestó un barco,
 Que hace gemir las aguas con su peso:
 Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
 De crespas olas, y de aljofar grueso,
 La áncora corva en el arena agarra,
 Y al primer viento ha de dejar la barra.

Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
 De su querido huesped, en quien puso
 Amor su gusto, y la fortuna el cebo.
 De las lisonjas que á su honor compuso:
 Pierde el color, marchítase el renuevo
 Que en su deseo florecia confuso,
 Y queda entre recelos sin sosiego,
 Ya confiando, y desconfiando luego.

Mas viendo del partir la hora llegada,
 Y que ya su licencia sola espera,
 Con el dolor el alma traspasada
 Del miedo los recatos echó fuera;
 Y en seca lengua al paladar pegada,
 La voz quebrada, y la congoja entera,
 Así habló, de la pena los enojos
 Reventando las señas por los ojos:

"¡Oh valor para todos de provecho,
 Para mí sola de tormento y daño,
 En quien el cielo dió á mi alma hecho
 El de toda su gloria á tu tamaño !
 Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
 Siniestro azar la capa del engaño,
 ¿Cómo es posible que tan presto al viento
 La esperanza hayas dado de mi intento?"

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecía
 Con la luz de tu fama en mi memoria,
 Que aunque contaba menos que yo via,
 No era menor que mis deseos su gloria?
 ¿Cómo, señor, tan presto de la mia
 Huérsana quedaré, en queja notoria
 De la alegre esperanza que me diste,
 Cuando venciendo tuya me hiciste?

Goza en tanto á lo menos del descanso
 Que este revuelto tiempo se mitiga,
 Y el tempestuoso mar se muestra manso,
 Y en menos olas su arenal fatiga;
 Mientras que de los ríos el remanso
 A dar claro tributo al mar prosiga,
 Y vayan no tan turbios y abultados,
 De ordinarias riberas abrazados.

Ya por mi mal he visto en suerte loca
 Gente á dudosos vientos confiada,
 El rigor darla de una oculta roca
 Por el áspero mar toda sembrada:
 Si tan de lejos mi dolor te toca,
 Que por él no merezco alcanzar nada,
 Ablande ahora ese tu duro pecho,
 Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

No te pido la fe del casamiento
 Que mi vana altivez me prometía,
 Ni que á esa cuenta dejes tu contento
 Por el remedio de la pena mia;
 Solo que aguardes que te ofrezca el viento
 Mas firme soplo, y apacible dia:
 Mira, si aunque en tu pecho yo estuviera,
 Mas breve y corto don pedir pudiera.

No quiero cansar mas , da la sentencia
 Que ya en tus ojos se conoce clara ,
 Que si entendiera que esta triste ausencia
 Hasta acabar de oirme se alargará ,
 Por no verme apartar de tu presencia
 Eternamente sin cesar habrára ,
 Quedando así , en las causas que me pones ,
 Igual tu sinrazon con mis razones .”

Dijo , y dijera mas , si la congoja
 Mas ánimo le diera , y mas aliento ;
 Mas vuelta en gualda ya la color roja ,
 La habla á un tiempo perdió y el movimiento :
 Quedó cual de alhelí marchita hoja ,
 Y al Español su tierno sentimiento
 Anuncia , si no abrevia la partida ,
 De amor tan fino su lealtad vencida .

Y así en los brazos de Faustina bella ,
 Y otras llorosas damas desmayada ,
 Que en triste asombro acuden á valella ,
 La real casa les deja alborotada :
 Y el constante mancebo huyendo della ,
 En ojos tiernos va , y alma obstinada ,
 Al ciego mar , á donde en frágil barca ,
 Que á él solo espera , sin pensar se embarca .

Y dando al viento las latinas velas
 El ligero batel deja la playa ,
 Que un amor y otro amor sirven de espuelas
 Para que huyendo ahora de ambos vaya :
 Un amor descubierto sin cautelas ,
 En vez de encender fuego le desmaya ,
 Que siempre el gusto incierto se sublima ,
 Y lo dado de balde no se estima .

Volvió de su amoroso desacuerdo
 La bella infanta, y al abrir los ojos,
 Aunque alterada, con semblante cuerdo
 La causa fue á buscar de sus enojos:
 Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,
 Y el desdeñado espíritu entre abrojos,
 Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,
 Tiniebla es todo cuanto ve delante.

Mas ya certificada en su partida,
 Y en la muerta esperanza de su gloria,
 Si el cruel dolor no le acabó la vida,
 Fue por darlo mayor con la memoria:
 Y entre una y otra pena divertida,
 En todas de su muerte ve la historia,
 Hasta que vuelta ya á mejor discurso
 Dió al alma vado, y á sus penas curso.

Y recogiendo á lo mejor del pecho
 El grave mal que su quietud destruye,
 Gozar un rato quiere sin provecho
 De ver su huesped por la mar cual huye:
 De un rico balcon de oro al antepecho
 El crespo golfo vió, y en verlo arguye,
 Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,
 No es mucho sea como él el gusto humano.

Vió volar el pequeño barco altivo,
 Surcando el mar con todo su tesoro:
 "Ay, dijo, cruel, cobarde, fugitivo,
 Que solo huyes de mí porque te adoro !
 Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
 Verás en estas lágrimas que lloro :
 Vuelve, y navega en él á tu contento,
 Que mis suspiros servirán de viento.

Vuelve, y verás el gusto de quererte
 Hecho verdugo de mi amarga vida,
 Y cuan vecina de mi triste muerte
 La vana ocasión fue de tu partida:
 Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte
 El alma, que ya tengo aborrecida,
 Por tuya cobrará su aliento y brio,
 Para pena mayor y agravio mio.

Que ese mar, como tú inconstante y vario,
 Trono de la fortuna sin asiento,
 Si ahora afable, como á mí contrario,
 Paso te ofrece y favorable viento;
 Yo espero que volviendo á su ordinario
 Tu barco arroje con furor violento
 Sobre algun pardo risco en que fenezca,
 Y en lo duro y cruél se te parezca.

Mas si solo por ser venganza mia
 Olvidare su estilo la fortuna,
 Estos suspiros que mi pecho envia
 De tí no han de dejar reliquia alguna:
 Tu barco anegarán, mas ;ay porfia
 Vana, que á quien mi vista es importuna,
 Los suspiros que doy, bien sé concluye
 Que serán viento en popa, cuando huye!

Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
 Como quiera que son te los envio,
 Que en amor verdadero no hay engaño,
 Y esto en su fe por excelencia el mio.”
 Así la infanta dijo, y con el baño
 De perlas lleno el rostro de rocío;
 Como la luz quedó de la mañana,
 Que el sol aun no le dió color de grana.

Y entre tanto la playa lisonjera,
 Como si sorda oyera su agonía,
 En huecos tumbos se alza de manera,
 Que sus deseos ya en temor volvia;
 Y lo que si no amára le visitiera
 El vengativo gusto de alegría,
 Ya en pálido temor el riesgo mira
 Del que antes anegar queria la ira.

Cuando el barco, en confuso torbellino
 De roncas olas, al amigo puerto
 Entre peñascos saludando vino,
 Ya de los dos el un costado abierto:
 Corrió la infanta al reino cristalino,
 Ya el pecho sin recato descubierto,
 A recibir el fugitivo rayo
 Del sol, que á su alma da un florido mayo.

Con roja tez el español valiente
 Segunda vez tomó puerto en Acaya,
 Si bien como discreto alegremente
 La furia alaba de la ronca playa:
 "No es bien dejar ciudad tan excelente,
 Ni que yo huyendo de mi bien me vaya."
 Dijo, y á la princesa en la ancha plaza
 Pide humilde perdon, y ella le abraza.

Y ya en solemne triunfo victoriosa,
 Cercada de su pueblo cortesano,
 Del alcazar volvió á su cuadra hermosa,
 Con su vencido huesped de la mano:
 Y con alma en sus gustos recelosa,
 Que no es durable juzga el bien humano,
 Y al que ahora le dió el viento busca modos,
 A conservarle encaminiados todos.

Y no hallando ninguno poderoso
 Al importante fin que pretendia,
 Tierna le pide al jóven valeroso
 Hasta Colonia le haga compagnia;
 Con que su estado cobre, ó su reposo,
 Ó juntos ambos bienes en un dia,
 Que amor es hijo de un hidalgo trato,
 Y la ausencia parió al olvido ingrato.

Fue de Gloricia traza este concierto,
 Que de su amada nieta el bien desea,
 Y por mil experiencias halla cierto
 Cumplido de valor el que allí emplea:
 Y aun lo que convirtió al vecino puerto
 En raudales de viento la marea,
 Artificio tambien fue de la sábia,
 Forjado en mezcla de aficion y rabia.

No pudo el Espaniol por mas que quiso
 El cuerpo ahora hurtar á esta demanda;
 Encubrió el sentimiento, y con aviso
 A la alegre jornada aprestar manda:
 No es en sus gustos el amor remiso,
 Que con dos alas por los aires anda,
 Y así como por ellos en un punto
 Cuanto importó al partir se halló junto.

Un preñado galeon de nuevo lleno
 De aparato y riquísimo tesoro,
 Que Dédalo labró en un bosque ameno,
 Lo mas precioso dél de nacar y oro;
 Hecho al compás y bordos de su seno
 Un mudable jardin, alegre coro
 De aves parleras, donde su armonía
 Los parabienes da al reir del dia:

Aquí en real pompa á la marea liviana,
 Que al huir del sol parió un celage pardo,
 Por la barra saltó de espumas cana
 Con la princesa el Español gallardo:
 Seguia por majestad la capitana,
 Mas que para defensa ni resguardo,
 Ociosa flota, que el valiente Godo
 Todo lo ampara, y lo asegura todo.

La crespa mar con un templado viento
 Por sus golfos les abre ancho camino:
 Dejan á Macedonia á barlovento,
 El Jónio estrecho, el cabo de Paquino;
 Y volteando del trinacrio asiento
 Con viento en popa el yerto mar vecino,
 Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
 Que huye de Italia por llegar al moro,

Un pequeño batel entre ola y ola
 Andar de lejos vieron sobreaguado,
 Que ni las velas nadie le enarbola,
 Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
 Solo de cuando en cuando una vez sola
 El viento rasga, y del rumor quebrado
 En las letras del eco que resuena,
 Mas que palabras manifiesta pena.

Gobierna á ver el real galeon de Creta
 El pequeño batel que no se mueve,
 Y cuanto mas se acerca, mas perfeta
 El viento trae la voz ligera y leve;
 Y á todas partes, de la mas secreta
 Del leño sale el ay confuso y breve,
 Entre un horrible estruendo de cadenas,
 De que parecen sus cavernas llenas.

Y en un tapete de oro recostado
 Sobre la corva puente un caballero,
 El solo hermoso rostro desarmado,
 Vestido lo demas de limpio acero,
 De lágrimas cubierto y de cuidado,
 Y en el semblante y gravedad severo;
 Bernardo que le vió perdió el sentido,
 De su presencia y suspencion herido.

Conoció la beldad que amor le puso
 En lo mejor del alma retratada,
 Y vió que el que allí va triste y confuso,
 Ó es sueño, ó su Arcangélica agravuada:
 Quiso arrojarse dentro, mas traspuso
 La nao de velas y de amor preñada,
 Quedándose el batel pequeño en calma,
 Que al tierno montañés le robó el alma.

Manda el galeon parar, manda la infanta,
 Sobresaltada en el temor de oillo,
 Saber la causa que en presteza tanta
 Al mar se arroja su español caudillo:
 Cuando al bajel, cuya quietud espanta,
 Su barquillo arribó, y de su barquillo
 A penas saltó dentro; que el mar ciego
 En crespas olas enrizó el sosiego.

Quedó en mayor espanto que primero,
 Habiendo en su combés reconocido,
 Ser un arnés pintado el caballero,
 Que la princesa había parecido;
 Y el son de las cadenas lastimero,
 Ó fue imaginacion, ó fue fingido,
 Y el frágil barco, si tambien no engaña,
 El que una noche le sacó de España.

Alteróse la mar, y el raudo viento
 La flota al barco le escondió y el dia,
 Y él sin remos ni vela, un pensamiento
 En su ligero vuelo parecía:
 Perdió el grave Español el sufrimiento,
 Burlado de su ciega fantasía,
 Que un nuevo gusto le pintó en el seno
 Del vacío bajel, de engaños lleno.

Teme sin ocasión haber dejado
 La cretense beldad, teme y suspira
 Por ello ser de sin verdad notado,
 Y su afición hallar trócada en ira;
 Que aunque no está rendido á su cuidado,
 Ni al dulce premio de su amor aspira,
 Es efecto de amor propio ó forzado,
 Amar de un modo ó de otro el que es amado.

Mas, entre los recelos y el disgusto
 De hallarse en el batel burlado y solo,
 Cuando tocaba en horizonte al justo
 Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
 Cobrando aliento su ánimo robusto,
 La noche oscura, y encubierto el polo,
 Á ver se puso la ligera priesa
 Con que el golfo su góndola atraviesa.

Juzga de su volar que no andá tanto
 De un nuevo amante el pensamiento altivo,
 Como ella envuelta en el confuso manto
 De la noche, sin luz y el golfo esquivo:
 Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
 Otro ánimo dejára apenas vivo,
 Cuando ya por entre una y otra roca
 De un río profundo le tragó la boca.

Y los prolijos golfos reducidos,
Á una angosta canal mira abreviadas
Sus olas, y él y su batel metidos
Entre riberas de árboles copadas;
Por donde, de la furia compelidos,
Que allí los dió á las ondas sosegadas,
Del cristal de Ebro la barquilla altaiva,
Cual rayo sube la corriente arriba.

CANTO XIV.

ARGUMENTO.

Encuentro y combate primero de Bernardo con Roldan. Cae el conde en tierra sin sentido : Bernardo le lleva su escudo, y deja aplazado el fin del combate para otra vez.

Y el dia siguiente caminando en duda,
Sin conocer la tierra donde estaba,
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda,
Que el seguido camino en dos cortaba,
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda
Á un hombre, á quien cruel verdugo ataba
Un lazo al cuello, y en engace doble
Al corvo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros cuatro por testigos,
 Y el leonés , viendo el lastimoso paso,
 "Teneos , á voces dijo , tené amigos,
 Sepamos la ocasión , suspendé el caso :"
 Y por entre alcornoques y quejigos
 Á toda rienda sale al campo raso,
 Cuando ya ellos tambien á toda priesa
 El nudo daban á la soga gruesa.

Él por llegar á tiempo , ellos por dalle
 Muerte , sin que haya estorbo que lo impida ,
 Todos priesa se dan : á mí dejalle
 En esto , la que tengo me convida ,
 Que veo á Orlando en un profundo valle
 De ciego monte , y áspera salida ,
 Donde para volver á su camino ,
 Si el caballo cobró , no cobró el tino .

Dejó la humilde casa del engaño ,
 Y aquel que serlo en ella parecía ,
 Y el astuto Garilo , con el daño
 Que en el robado anillo hecho había ,
 Tras el perdido conde el pais extraño
 Á ciegas cruza , y al huirse el dia ,
 Del grave sueño en la quietud profunda ,
 El caballo le hurtó la vez segunda .

Saltó en la silla , y á la luz menguante
 De la fria luna , "¡oh capitán robusto !
 ¿Vos sois , le dijo , el príncipe de Anglante ,
 Y el general bastón del cetro augusto ?
 ¿Así en desvelo y guarda vigilante
 Las reliquias poneis de vuestro gusto ?
 Quien en el sueño como vos se olvida ,
 Ni su honra tiene en mucho , ni su vida ."

Despertó el conde, y viendo á Brilladoro
 Segunda vez en manos de Garilo,
 La paciencia perdió, perdió el decoro,
 Y de su autoridad el grave estilo :
 Y cual vencido garrochado toro,
 Á quien acosa de la gente el hilo,
 Los ojos cierra, y con la corva frente
 Por los palenques rompe, y por la gente;

El impaciente conde así en gallardo
 Y altivo brio, saíto arrogante y fiero,
 Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,
 Ambas deudas cobrara por entero.
 Huyó el ladrón, y cual ligero pardo
 Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,
 Y al que le huye su caballo fuerte
 Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.

Aquella noche, y el siguiente dia,
 Y sin ese otros seis siguió su alcance,
 Que á uno el enojo, á otro la alegría,
 De uno los empeñaba en otro lance ;
 Cuando una tarde el catalan que huía,
 Temeroso que el rayo no le alcance,
 Á la ancha entrada de una estrecha puente
 Á Deudonio encontró, y su franca gente.

Volvía de Zaragoza, adonde vino
 Por sábio embajador de Carlo Mano,
 Á grangear del rey, que por vecino
 Favor ni gente preste al asturiano :
 Y viendo el descompuesto desatino
 Con que al sudado potro aguja en vano
 El medroso ginete, y que él bufando,
 Á falta de voz, dice que es de Orlando:

Hizo alto el escuadron, cuando él en medio
 De cien franceses puesto de improviso,
 Aunque con sus embustes dar remedio
 Al impensado aprieto y riesgo quiso,
 Faltóle en el brevíssimo comedio
 Para saber fingir tiempo y aviso,
 Y así antes de advertirse del suceso,
 Sin pensar que lo estaba, se halló preso.

Llegó tras él el príncipe de Brava,
 Que ya tan al estribo le seguía,
 Que donde un pie el caballo levantaba,
 Los suyos él por le alcanzar ponía:
 Mandó al ladron colgar, que era á quien daba
 Del sin piedad verdugo la porfia
 Espantosa lanzada, cuando pudo
 Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon, ni al ofendido conde;
 Que iban ya dentro de la selva espesa,
 Y del árbol ninguno le responde,
 Listos á darse en lo que hacen priesa:
 Visto el rigor, el español por donde
 Mas breve el paso vió, fiero atraviesa
 Á socorrer el riesgo, que es de modo,
 Que á un pie de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,
 Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,
 "Paso, dice, cobardes, que me importa
 Saber la causa de esa infame muerte:"
 Cuando uno de los cuatro le reporta,
 Y en blanda voz: "señor, le dice, advierte
 Que esa lazada al cuello es propia ajorca
 De un ladron, y su tálamo la horca:

Y este, en los de su oficio el mas cursado
 Que de Jaca amparó la inculta sierra,
 Ya dos veces á Orlando le ha robado
 Su caballo, y su fino arnés de guerra:
 Hale traído ofendido y acosado
 Desde su patrio suelo al desta tierra,
 Adonde hoy le prendió Dudon el noble,
 Y él ponerle mandó en el primer roble.

Púdolo hacer el Sénador romano,
 Por ser quien es, y porque dello gusta;
 Firma es esta sentencia de su mano,
 Y basta el serlo para ver que es justa:
 Los dos al pie del bosque comarcano
 La dan por tal; si te parece injusta,
 No van lejos de aquí, ni un mundo es lejos
 Para libres volver por sus consejos."

Así el franco, y así el leonés llegando
 La aguda punta el lazo cortar quiere:
 "Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando
 De Roma Senador, sea lo que fuere,
 El preso es noble, y español; y cuando
 Esas fingidas culpas cometiere,
 No es Francia dueño, Roma es parte extraña
 Á castigar por sí culpas de España:

Y sobre esto á la franca gente junta,
 Si toda viene, estorbaré esta muerte."
 Dijo, y corriendo la delgada punta,
 La lazada cortó del nudo fuerte:
 Y el que en cortés respuesta á su pregunta
 Satisfecho dejó, ya dé otra suerte,
 Al dulce corte de su aguda espada,
 Su honra satisfacer quiere agravuada.

Al verdugo feroz manda ejecute
 Su oficio, mientras él el de su saña,
 Porque ningun cobarde arnés le impute
 Flaqueza al noble suyo en tierra extraña,
 Saca su espada , y quiere que conmute
 En sangre su primer piedad España,
 Y el godo al noble término obligado
 Ofender no pretende al que no ha errado.

Y así en la muerta fama de su escudo
 Los vivos golpes sin le herir recibe:
 Los que al diestro esgrimir del filo agudo
 De humilde amparo ven que se apercibe,
 Cobarde ánimo cobran , y en menudo
 Combate en su grabado arnés escribe
 Feroz cada uno la destreza que usa,
 Mas él de cuatro á solo el uno excusa.

Que á tres golpes la falda de la sierra
 De los tres heredó cuerpo y acero,
 Y el cuarto ya la mal trabada guerra
 Paró asombrado, y dijo al caballero:
 "¡Oh ilustre parto desta invicta tierra,
 De nobleza y virtud un cielo entero!
 Quiero estimarle ya , pues me le ofreces,
 Un vivir que te debo tantas veces."

Y como absorto en ver su gallardía
 El caballo volvió á seguir su gente,
 Y el godo hacia Garilo , que venia
 Á le ofrecer la libertad presente :
 En cuya peligrosa compañía,
 Al pie de un sauce, al márgen de una fuente,
 Agradable reposo la espesura
 Al luto ofrece de la noche oscura.

El falso catalan, por no negalle
 Su premio al beneficio recibido,
 Tenerle quiso compaňia en el valle,
 Que es servirle mostrarse agradecido:
 Y por mas á su intento desvelalle,
 Largos cuentos fingió, y despues dormido
 La rica espada hurtó al siniestro brazo,
 Llave sutil del mal logrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble Godo,
 Y hallando al huesped y á su espada menos,
 Vió que es volver por un ladrón en todo
 Hacer propios agravios los agenos:
 Sintió el perder sus armas, sintió el modo
 De pagarle tan mal deseos tan buenos,
 Y que sea de su patria ingrato vicio
 Afrentar con desden el beneficio.

Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno
 Agradeció la mano comedida,
 Que quien á él la espada, y á otro el heno
 Robó, robar tambien pudo su vida:
 Volvió, y siguiendo de disgustos lleno
 La senda menos agra, y mas seguida,
 Como en rastro del alba los luceros,
 Parir la selva vió dos caballeros.

Dudon el uno, el otro el conde Orlando,
 Que en busca suya, y del traidor Garilo,
 La siempre amarga envidia devanando
 Memorias de dolor los trae de hilo:
 Fue el vencido Francés así ensalzando
 La libre espada, y el compuesto estilo
 Del victorioso Godo, y la jactancia
 De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,
 Dueño cada uno del agravio todo,
 Sin darse uno á otro parte en los intentos,
 En busca entraron del ausente Godo:
 Corriéronse de ver sus pensamientos,
 Al encontrarse heridos por un modo
 De una envidia, y que dos tan graves lanzas
 Á un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,
 Cada uno al otro pide el ir delante,
 Cuando el florido tumbo de un collado
 Les dió un muerto escuadron poco distante,
 Sin espada y á pie un doncel armado:
 Dudan si es él, si bien su real semblante,
 Á quien le mira da en lenguaje mudo
 Mas voces que la fama de su escudo.

Sus tres fanceses mira Orlando muertos,
 De tan nuevas heridas asombrado,
 De los golpes los dos por medio abiertos,
 Y sin hombro el tercero, y sin costado:
 La voz suspensa, y los cabellos yertos,
 Al contemplarlos deja al mas osado;
 Cuando así el conde al príncipe de España,
 Quien sea el autor pidió de tal hazaña.

"¿Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme
 Destos tres golpes donde está la espada,
 En alentado pulso y brazo firme,
 Mas que en consejo ni en razon fundada?
 ¿Quién hay que tal crujida por buena afirme?"
 A quien Bernardo, la visera alzada,
 "Señor, le respondió, la espada bella
 Ayer fue mia, ahora no sé della;

Que el mismo á quien dió vida en este valle,
 Sin salir dél la hurtó lleno de engaños,
 Que excusar á un ladron la muerte, es dalle
 Osada libertad á nuevos daños :
 Yo que hice mal confieso en alargalle
 La indigna vida á mal gastados años,
 Mas fue fuerza volver en mi hazaña
 Por la ofendida libertad de España."

"Á estar allí esta mia, dijo Orlando,
 La potencia de España no pudiera
 De mi decreto suspender el mando,
 Ni al ladron estorbar que no muriera :
 Vos sois alguno de su infame bando,
 Pues volvistes por él de esta manera ;
 Que si es ladron quien hurta, ya se entiende
 Que lo será tambien quien lo defiende."

Reportóse Bernardo, y dijo : "viene
 Con justo sentimiento alborotado
 Del nuevo estrago que presente tienes,
 De una injusta ambicion ocasionado :
 Ni puedo responder á tus desdenes,
 Hasta que Orlando, como lo he jurado,
 Perdon á mis pies pida del exceso
 De haber tenido un libre español preso."

Hallóse el sagaz jóven puesto en duda
 De cuál fuese Dudonio, y cuál el conde,
 Y en esta estratagema quiso aguda
 De los dos conocer quién le responde :
 Orlando con su lengua tartamuda,
 "Yo soy, dijo, á quien buscas, mira adonde
 Á morir has venido, á serme dado
 Dar la muerte á un muchacho desarmado."

No al brio gallardo de un ginete mozo,
 En el alegre orgullo de la caza,
 El presto gamo causa mayor gozo,
 Que el bosque con sus cuernos despedaza;
 Ni al vulgo juvenil mas alborozo
 Un presto toro en medio la ancha plaza,
 Que á Bernardo causó tener delante
 El tan nombrado príncipe de Anglante:

Y así le respondió : "tienes tan tuya
 La fama , invicto conde , que en su mengua
 No sé si tus hazañas atribuya
 Mas á tu heróico brazo , que á tu lengua :
 Mas ahora las aumente , ó disminuya,
 Hecha un golfo de mar que crece y mengua,
 No es todo falso en sí lo que pregona,
 Segun la majestad de tu persona.

Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,
 En tenerte á mi brazo y voz presente,
 Para saber si tienes , ó has tenido,
 Lo que la fama cuenta de valiente;
 En lo que dices que ladrón he sido,
 Como ahora tú quien lo dijere miente,
 Y mentirá tambien quien no confiesa
 La ventaja española á la francesa.

Y porque á falta de mi arnés entero
 La batalla no excuses deseada,
 Al que contigo viene le requiero
 El caballo me dé , y preste su espada,
 Con que ganando ya la tuya , quiero
 Dejar la que me hurtaron mejorada ;
 Y si de voluntad no me la diere,
 Hárá de ser por fuerza , sea quien fuere."

Dudon, que á los principios la cordura
 Del mancebo estimó, su talle y brio,
 Ya por loco le tiene, y por locura
 Cuanto habla, y su razon por desvario:
 Y al agravio de tal desenvoltura
 Deja el caballo, y toma el desafio,
 Y la desnuda espada que apetece
 Por la delgada punta se la ofrece.

Puso el brioso español mano á su daga,
 Y al francés bravo, que blandiendo tiene
 La relumbrante hoja, antes que haga
 Seguro golpe que sus brios enfrene,
 Rebatiendo una punta al pecho amaga,
 Y á la vista á compas volando viene
 El agudo puñal, que al yelmo fino
 Quitó mil luces, y á Dudon el tino.

Y ayudando á su nuevo desacuerdo
 Con él cerró á cobrar su acero agudo,
 Y en abrazo enemigo mas que cuerdo
 Hechos fueron al verde prado un nudo:
 El Leonés vivo al franco sin acuerdo
 La daga que á su mano volver pudo,
 Ya ciego en su primer ventaja, prueba
 Á darle lugar nuevo, y puerta nueva.

Rompió al grabado yelmo las hebillas,
 Y al aire dió la desarmada frente,
 Y en sus vencidos pechos de rodillas,
 Que vuelva espera en sí el que allí no siente:
 Cobró vista el francés, vió maravillas,
 Piensa que es sueño lo que ve presente,
 Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,
 Mudarse todo un hombre extraño caso.

Era Dudon gran duque de Marsella,
 De fuertes miembros y ánimo excelente,
 De la real Francia , y de los bravos della,
 De diez, de seis , de cuatro el mas valiente
 En comenzar batalla , y fenerella,
 De colérica espada , y brio ardiente ;
 Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,
 Que ni brio ni espada es de provecho.

Así tal vez se vió pino lozano,
 Beldad y sombra del vecino otero,
 Que á un estallido por el suelo llano
 Su duro tronco echó rayo ligero ;
 Al dar en tierra , el segador cercano
 Que á ampararse á su sombra iba primero,
 Suspenso , ni se acerca , ni retira,
 Mas asombrado y triste, calla y mira.

"Yo no quiero de ti , dijo Bernardo,
 Mas que espada y caballo , con que vea
 Este invencible paladin gallardo
 Lo que ahora como yo tambien desea :
 Á que con gusto me lo des aguardo,
 Ó la vida con ello; tuya sea
 La culpa , si por bien no me concedes
 Lo que ya defender por mal no puedes."

Asombró á Orlando el valeroso hecho:
 Dudonio, lleno de confuso espanto,
 La espada ya en su mano sin provecho
 Libre dió , y del caballo hizo otro tanto :
 Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,
 El conde puesto por testigo en tanto,
 Á la batalla se aprestó , en que piensa
 Tomar de tantos daños récompensa.

Bien que atento á las fuerzas del contrario
 Su vivo aliento , su altivez ligera,
 El breve asalto , el golpe temerario,
 Y del suceso la victoria entera,
 Las mudanzas temió del tiempo vario,
 Y esta dicen que fue la vez primera
 Que al conde halló el temor , y tuvo á una
 Por variable el rostro de fortuna.

La blanca garza , á quien de la Noruega
 Los prestos sacres siguen por el viento,
 Callando sube , y remontada niega
 La vista al mundo , alcance al pensamiento ;
 Y aunque uno le da , otro le llega ,
 Otro la sigue , y la encaraman ciento ,
 Cuando el que ha de matalla sale al vuelo ,
 Á quejarse comienza desde el cielo.

El mismo impulso al corazón del conde
 En el presente trance dió latidos ,
 Y sin ver causa , ni saber por donde ,
 Sus fuerzas siente y pulsos impedidos ;
 Y una nueva tibiaza corresponde
 Á los alientos antes no vencidos
 En esta lid , que le hace entrar en ella
 Con pocos alborozos de vencella.

Estaba el conde en la grandeza dina
 De su antigua opinion de miedo agena ,
 Como en el fértil campo parda encina ,
 De antiguos años y despojos llena ,
 Que ni el viento la mueve , ni le inclina
 De los nudosos ramos la cadena ;
 Antes en medio de los bosques puesta ,
 Á sola ella hacen los pastores fiesta .

Bernardo de otra parte altivo estaba,
 Si no de tanto nombre de mas brio,
 Con un bullicio y lozanía que daba
 Al de mas fama y opinion desvío;
 En vencer solo con destreza brava
 Sin otros medios puesto el albedrío,
 Y en salir con real pecho y osadía
 A quanto la ira y gusto le pedía:

Cual presto rayo que su lumbre ardiente
 Por los aires derrama repartido
 El mundo asombra, y de temor la gente
 Dando paso se humilla al gran ruido,
 Y él deslumbrando crusa de repente
 El rico alcazar que dejó abatido,
 Que ni de antiguo muro hace caso,
 Ni el bronce opime, ni le ataja el paso.

Y él en tanto la silla del caballo
 En aire brioso cobra, y le revuelve,
 Y al deseo de justar para incitallo
 La firme lanza empuña, y feroz vuelve:
 Conoce el Conde que es desafiallo,
 Y en vengar tanto agravio se resuelve,
 Partiendo con tal cólera á buscallé,
 Que el bosque hizo temblar, y gimio el valle.

No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,
 Si arrebata dos de contrarios vientos,
 Por fuerza de violencia milagrosa
 La eterna raiz faltase á sus cimientos,
 En medio el Tempe junta mas furiosa,
 Ni golpes sonarian mas violentos,
 Ni del Pelion los riscos al encuentro
 Mayor bramido harian en su centro,

Que el hueco valle y montes comarcanos,
 Al ronco trueno y súbita estampida,
 Con que los dos guerreros á las manos
 De su furia vinieron encendida:
 Y habiendo vuelto en átomos livianos
 Dos pinos, que aun se estaban con la vida,
 Mas firmes los contempla el campo raso,
 Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.

Asombró cada cual á su enemigo,
 Y Dudon lo fue allí de lo que via,
 Que al grave caso puesto por testigo,
 Que sueña piensa, y que le engaña el dia:
 Y aunque con ojos y aficion de amigo
 Al Conde acata y mira todavía,
 Halla que si hay ventaja, ó puede habella
 Entre los dos, que el Godo está con ella.

Mas ellos las espadas ya en la mano,
 Y su furia y rigor en los escudos,
 Con tal priesa se hieren, que hacen vano
 El cuidado de golpes tan menudos:
 En Flegra, en el combate soberano,
 Cuando sobre los Titanes membrudos
 Llovía Júpiter rayos, sus espantos
 Ni fueran en rigor tales, ni tantos.

Dió el Conde á su contrario un altibajo,
 Que á la fama cortó brazo y clarines,
 En el grabado escudo, y á él le trajo
 A besar del caballo cuello y clines;
 Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,
 Francia gozára mas sus paladines,
 Y aun él quizá tambien de esa manera
 Por invencible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto
 De la celada , y el valiente Godo ,
 De honor herido , y de paciencia faltó ,
 A vengarse ó morir se arrojó todo :
 Y puesto en los estribos , dando un salto
 Su frison , alcanzó al francés de modo ,
 Que le hizo besar á un mismo vuelo ,
 El su caballo , y su caballo al suelo .

Dió un grito don Dudonio del espanto
 Que el golpe le causó , y mayor le tuvo
 Cuando vió que el feroz mancebo , en tanto
 Que el Conde volvió en sí , parado estuvo ,
 Que á segundar con otro , ni el encanto
 Del yelmo de Mambrino , ni el que hubo
 De Almonte ; ni su hadada fortaleza ,
 Libre del riesgo dieran su cabeza .

Mas , ya viendo en su acuerdo el triste estado
 En que aquel brazo y su valor le tiene ,
 Con la afrenta y furor desesperado
 La espada aprieta , y á buscarle viene :
 Y el español no menos arriscado
 Con la suya á dos manos le detiene ,
 Hasta que en rebatir furioso á una
 Del hado tientan la última fortuna ;

Y vueltos á encenderse en su resfriega ,
 Con mas aliento y brios que primero ,
 Donde uno se retira , el otro llega ,
 Y ninguno al herir llega el postrero :
 Uno el escudo hiende , el otro siega ,
 Cual trigo de sazon , mallas de acero :
 Uno da , otro recibe , y ambos juntos
 Ni atienden ocasión , ni aguardan puntos .

Cual dos fieros centauros, que á las cumbres
 De Osa zelosos muestran su braveza,
 Porque de Deyanira las dos lumbres
 Con igual gusto miran su destreza;
 De sus duros peñascos las vislumbres
 Vueltas centellas giran larga pieza,
 Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
 De los destrozos de la horrible guerra:

Así la honra francesa; y la española,
 Zelosas de la fama que las mira,
 Como el hinchado Egeo entre ola y ola
 En fuerzas crece, y se derrama en ira:
 Resuena el valle, el aire se arrebola,
 De las centellas de oro que retira
 Del rebatido acero, que el desierto
 De rajas tiene y confusión cubierto.

Dió el francés un mandoble en el escudo,
 Que de la fama al suelo echó un pedazo,
 Y no fue el godo en responderle mudo
 Del firme acero con el gran recazo:
 Que á alcanzarle la espada mas de agudo,
 A cercen de los dos llevara un brazo,
 Mas del hombro y encaje de una greba
 Sobre el campo salió una luna nueva;

Y tras él otro y otro le segunda,
 Como sobre su yunque el duro Bronte,
 Cuando en masas de fuego forja y funda
 Rayos contra el flamigero Faetonte:
 La sima al hondo valle mas profundo
 Suena, y los ecos del preñado monte
 Hacen un triste son y estruendo horrible,
 A solo el duro mar apetecible.

Ya del dia la mitad la blanda yerba
 Del bosque el cruel teson sufrido habia,
 Y á ellos entre un palenque de superba
 Gente, que en busca de Dudon volvia:
 Ningun brio allí ni maña se reserva,
 Que á la victoria de su gran porfia,
 Aunque hay muchos, no quieren mas testigo.
 Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas,
 A brazos hacen de sus fuerzas prueba,
 Las manos por los hombros anudadas,
 Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
 Crujen las duras grebas apretadas
 Entre el brio de los músculos que ceba
 Su furor en la lucha, y los caballos,
 Ni pueden ya traerlos, ni llevallos.

Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla
 El mas brioso caballo; uno se estaca,
 Otro la yerba en caracoles trilla,
 Y de su centro las raices saca:
 Petos, golas y arneses deshebillan
 Del teson duro la mortal resaca,
 En un grueso anhelar, y aliento vario,
 En que cualquiera bebe el del contrario.

Sacó el Conde una daga, y al costado
 Arrimarla probó del enemigo;
 Mas él, no en tales lances descuidado,
 Picó el caballo, y le llevó consigo:
 Perdió la silla, y fue á buscar el prado:
 Saltó el Godo tras él, que no es amigo
 De ventajas; mas viéndose la suya,
 Medroso está Dudon que la concluya;

Y ellos con nuevos brios y denuedo
 Tras su porfia quieren acaballa,
 Y como ya se hieren á pie quedo,
 Mayor espanto pone la batalla:
 Solos los dos del riesgo estan sin miedo,
 Que los demas que se hallan á miralla,
 Aun desde fuera no se ven seguros
 Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,
 Si proballe tal vez le cupo en suerte,
 Darian soberbios golpes, y al deseo
 Diversos modos de hallar la muerte:
 Tales los dos en su combate veo,
 Y el batir las espadas de tal suerte,
 Que como con cien brazos á un momento
 Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que por mirar su gentileza
 Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
 Tibia su luz, y ardiendo la braveza
 De los guerreros vió desde el poniente;
 Y contemplando el número y grandeza
 De golpes y heridas, juzga y siente
 Que era en su batallar mayor el vuelo
 De su ira y su furor, que el de su cielo;

Y no queriendo ver de compasivo
 La muerte de los dos, ni de ninguno,
 Cerró la noche, y con un golpe esquivo
 Roldan con su colérico importuno:
 No quedó rostro ni semblante vivo,
 Ni de los que le vieron pecho alguno
 Que no se estremeciese al estallido,
 Y el corazón le diese algun latido.

Fuè tan cargado el golpe, que sin tino
 Traspies dió por caer el firme Godo,
 Y á no volver la furia en desatino,
 Fuera el segundo vencedor del todo:
 Mas erró este postrero el paladino,
 Y su contrario se arrestó de modo,
 Que arrojando de sí el mellado escudo,
 Con su furia llegó hasta donde pudo;

Y á dos manos la espada, el yelmo fino
 Al fiero golpe resonó tan hueco,
 Que á las grutas del monte, y al vecino
 Bosque se vió sonar una hora el eco:
 Cayó al suelo el famoso paladino
 Vivo, mas sin sentido; ¡extraño trueco!
 Y vuelta de fortuna! que por junto,
 Cuanto en mil años da, lleva en un punto.

Pudo á su voluntad darle la muerte,
 Ó de veras saber si era encantado;
 Mas nunca en un rendido un pecho fuerte,
 Con sangre noble, dió golpe sobrado;
 Antes, dolido de la adversa suerte
 Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
 Solo el escudo le quitó, en memoria
 De que por suya queda la victoria;

Y á don Dudonio dijo: "este le llevo
 Para que el bravo Conde me le pida,
 Cuando por bien tuviere que de nuevo
 Nuestra batalla quede senecida."
 Y cual presto neblí, el feroz mancebo
 Ya en la silla, hace que el caballo mida
 El campo en tan lozana gallardía,
 Como si al fresco hubiera holgado el dia.

Y haciéndole en bizarra contenencia
 Salir ligero, al tiempo del sacallo,
 "Señor, dijo á Dudon, con tu licencia,
 Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:
 Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia,
 Y yo que no sé en el puesto en que me hallo,
 Buscar quiero acogida, antes que llegue
 La noche á su rigor, y me la niegue."

Y sin otra respuesta, á lo cerrado
 Del bosque tomó el paso mas derecho,
 Dejando el campo en suspension callado
 Al increible aliento de su pecho;
 Celebrando el silencio, el no esperado
 Fin, la insigne victoria, y raro hecho,
 Con que á Roldan, de un golpe sin herida,
 La fama le quitó, y dejó la vida.

Corrió Dudonio á socorrerle cuando
 Del desacuerdo con furor volvia,
 Y á su ausente contrario amenazando
 La espada entre los suyos esgrimía:
 Quiérenlo sosegar, pero no hallando
 Muerto á sus pies al que antes combatia,
 Con un nuevo dolor pierde el sentido
 Que el corazon le da, que está vencido;

Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo,
 El caso le doró, y cubrió la afrenta,
 El verse sin contrario, y sin escudo,
 Le hace mas que el amigo engaño sienta:
 Y dando de ansia á la garganta un nudo,
 Tal tragedia el honor le representa,
 Que á ser menor de Astolfo el beneficio,
 Segunda vez se hallara sin juicio.

Pero á sola una rama que le queda,
 Que es morir, ó vengarse, echa la mano,
 Y sin que nadie detenerlo pueda
 Parte á este fin el Senador romano:
 Mas cuando la ventura queda fuera,
 Es darse prisa caminar en vano,
 Que en vano ara la mar quien desde el suelo
 Los cursos piensa gobernar del cielo.

Desvolvió en seguimiento de la saña,
 Que un infierno labró de su memoria,
 Tras su venganza lo mejor de España,
 Y tras su pena la perdida gloria:
 Dejando del furor que le acompaña
 De ilustres hechos una heróica historia,
 Que fuera de aparato y alegría,
 A poderla aquí hacer suya, á la mia:

Que feroz de aventura en aventura,
 De arar cansado el real solar de España,
 Sin hallar de la muerte que procura
 El rastro, tras que el dulce honor le engaña,
 Arrojado del tiempo, y la ventura,
 Del Pirineo pasó la alta montaña,
 Y á su campo llegó el alegre dia
 Que el César admitió en su compañía.

CANTO XV.

ARGUMENTO.

Encuentra Bernardo á Olfa que le da noticias de Arcangélica, y los dos parten en su alcance. Llegan al Castillo del Carpio: Bernardo vence su encantamiento: ve en un hermoso espejo la descendencia de la casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes y á trescientos caballeros de su linaje, con los cuales parte á la corte de su tío el rey Alfonso.

De otra parte, después que el grave peso
 De su batalla el vencedor Bernardo
 Libre arrojó de sí, y en largo exceso
 Vencido dió de Francia al gran bastardo;
 Ni mas ufano ni arrogante en eso,
 En cortés compostura, y paso tardo,
 Dejó el suspenso campo, y al vecino
 Bosque á buscar reposo abrió camino.

Aquí, al amparo de un peinado risco
 Que el pie un arroyo de cristal le baña,
 Entre la verde grama y el lentisco
 La humilde paja vió de una cabaña;
 De serrano pastor seguro aprisco
 Juzgó la choza el príncipe de España,
 Cuando del prado vió en las flores bellas
 Sobre un muerto llorando dos doncellas,

Admiróle del sitio la extrañeza,
 Y de la nueva compasion llevado,
 Conoció de las dos la una belleza,
 Y en verla allí y llorar quedó turbado:
 Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
 Del cuerpo sustentaba desangrado
 De un gallardo mancebo recien muerto,
 De sangre todo y de beldad cubierto.

La otra doncella, cuyo sentimiento
 La dura roca á compasion movía,
 Ya con furiosa voz, ya sin aliento,
 A suspenderse en su dolor venia:
 Bernardo, hallando en tan extraño asiento
 La que en Grecia perdió su compañía,
 Cual ligero neblí se arroja al prado,
 La visera y el yelmo levantado.

"¡Santo cielo! (dijo Olfa, conociendo
 Al gallardo Leonés) ¡qué encuentro extraño!"
 Y el nuevo gusto y alegría creciendo
 La pena olvida del ageno daño:
 A pedirle las manos fue corriendo,
 Y el bello jóven dice: "¿si es engaño
 Mostrar con ceremonias que me precia,
 Quien solo me dejó sin causa en Grecia?"

Y al blanco cuello en nudos deleitosos
 Afable ciñe los honestos brazos;
 Y con mil pensamientos deliciosos,
 Que esté de aquella selva en los ribazos
 La diosa de sus gustos amorosos:
 Nuevas le pide de los dulces lazos
 En que amor le prendió, y de cualquier modo
 De la que es de los dos el dueño en todo.

¿Cómo, ó por donde, en el lugar presente
 La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?
 ¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente
 Llorando yace en su sangriento suelo?
 ¿Quién un doncel mató tan excelente?
 ¿Quién puso en tal beldad tal desconsuelo?
 ¿Y donde su princesa está divina?
 Dijo, y le respondió la hermosa China:

"Señor, desde aquel dia que por vella
 Salí, sin ver como salí, de Acaya,
 Siempre con rastro fresco, y nuevas della,
 De golfo en golfo vine, y playa en playa:
 De Grecia á Libia, y desde allí á Marbella,
 De allí á Toledo, y desde allí á la raya
 Deste monte, en que ayer de lance en lance
 A darle vine al fin dichoso alcance.

Mostró alegre placer de mi venida,
 Y en no saber de tí la vi suspensa,
 Y hoy de un suceso en otro divertida
 Al bosque entró desta arboleda densa,
 A donde al tiempo que llegó perdida,
 Sin poderle tener en su defensa,
 Mancharon seis villanos caballeros
 En esta limpia sangre sus aceros.

Movida á compasion de la hermosura
 Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
 En procurar consuelo y sepultura
 A mal tan grave me dejó ocupada:
 En tanto que ella con su arnés procura
 La infame deslealtad dejar vengada
 En los cobardes seis, que á toda rienda
 La vuelta hurtaron desta estrecha senda.

La triste causa á esta infeliz desdicha
 Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
 La enmudecida pena; tú, si á dicha
 Templar sabes dolor tan destemplado,
 Llega asable, y al alma que entredicha
 El sentimiento tiene, darán vado
 Tus discretas palabras, y sabremos
 La extraña sinrazón del mal que vemos."

Dijo, y ambos con blando sentimiento
 El suyo templan á la mora bella,
 Que en triste son, y doloroso acento,
 Quejas envia á su enemiga estrella,
 Pidiéndole si sabe el fundamento
 De tal残酷; á quien con llanto ella,
 Entre desmayos y ansias, sin ver dónde,
 Ni á quién habla, ó pregunta, así responde:

"Ay alma noble y bella, que desnuda
 Con tal rigor del rico monte tuyo,
 No es mucho que en tu esfera estés en duda,
 Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
 ¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?
 ¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?
 O ¿por qué temo hacer triste memoria
 Del infeliz suceso de tu historia?

¿Qué importa ya en el mundo haber nacido
 De justa causa ó pensamiento reo,
 Si dejar ya no puede de haber sido
 (Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)
 Del noble Doriscán hijo querido?
 Esposo, vida, luz, alma, deseo,
 Nombres mas propios son de tí, mi cielo,
 Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.

¡Ay cielos! ¿qué es posible que ya al mundo
No vive?....” y sin poder pasar delante,
El alma llena de un dolor profundo,
A dejarla de él libre fue bastante:
Y el pecho, que en amar fue sin segundo,
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
Siendo del *vive* el último suspiro
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.

Acudió por valerle la doncella,
Creyendo ser desmayo el de la muerte;
Y hallándola sin vida, huyó della,
Asombrada de fe y amor tan fuerte:
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
Bernardo, y su amorosa compañera,
Ambos lloran allí de una manera;

Y al pie del risco, al márgen de la fuente,
En flores dieron pobre sepultura,
A los que mereció su fuego ardiente
Sombra piramidal de insigne altura:
Y de la alta peña en lo eminente
Puso el noble Bernardo esta escritura:
“Á dos cuerpos dió amor tierra tan breve,
Séales él favorable, y ella leve.”

Y habiendo toda la siguiente tarde,
Con las tinieblas de la noche fria,
Hecho de su esperanza un rico alarde,
Por si su premio cual quedó volvia:
Viendo que ya en la nueva lámpara arde
De la aurora la luz del tierno dia;
Determina buscar la oculta dama,
Ó por el rastro suyo, ó de su fama.

Algunos días á términos contrarios
 Llevados de uno en otro desatino,
 Por sendas fueron y caminos varios,
 Y á las veces sin senda ni camino;
 Cuando uno, por huir senos voltarios,
 Que un ancho arroyo hace cristalino,
 Dos caballeros al salir de un monte,
 La blanca ceja abrió del horizonte.

Juntáronse en el llano, y preguntando
 El gallardo español por la que adora:
 "Señor, respondió el uno suspirando,
 Bien os diré del que buscais ahora,
 Que pudiera hacer suyo peleando
 Cuanto hay de adonde estamos á la aurora;
 Mas su mismo valor, y alma atrevida,
 Antes de tiempo le quitó la vida.

En rastro de seis moros caballeros,
 De quien había un agrabio recibido,
 Deste prado á los árboles postreros,
 Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
 Pedazos hechos en sus golpes fieros,
 Su victoria cantó el laurel florido,
 Que al fugitivo Tormes acompaña,
 Y él de frío cristal sus troncos baña.

De allí á ver el Castillo de la Fama,
 Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,
 Su altivo brio y presuncion le llama,
 Con lo que entre su ardiente seno encierra:
 Probó del fuego azul la rubia llama,
 Tragólo entre su luz, tembló la tierra,
 Y enterrado en su báratro profundo,
 Hasta hoy le espera en su combés el mundo.

Tres dias dudando de la aduersa suerte,
 Restituido esperamos verle al valle,
 Y tantos nos dió lástima su muerte,
 Aficionados de la traza y talle :
 Mas con mago furor no hay pecho fuerte;
 Por demas pienso que es , señor , buscalle ;
 Si dais se entera á la verdad que os digo ,
 Bien desde aquí os pôdreis volver conmigo."

"En nada , respondió el discreto Godo ,
 De cuanto me habeis dicho pongo duda ,
 Que á su valor y al vuestro es créible todo ;
 Mas , si á un pecho valiente el cielo ayuda ,
 Yo dudo que sea muerto de ese modo ,
 Lo que tambien vuéistro discurso duda ,
 Que las fingidas sombras del encanto
 No llegan mas que á un aparente espanto .

Son huecos personages , cuya saña
 Asombros forma de amasado viento ,
 Que solo con temor fingido engaña ,
 Y hace aparente y falso movimiento :
 La vista sola con su humo empañá ,
 El sentido suspende , y el aliento ,
 Y lo demas lo acaba á poca pena
 La fortuna del astro á quien se ordena .

Y así , por vér si en esto me acomodo .
 En algo á la verdad con vuéistro gusto ,
 Saber querria deste caso el todo ,
 Ó lo que dél tuviéredes por justo ;
 Que aunque para probarlo no haya modo ,
 Ni en mis venas aliento tan robusto ,
 Ni en verlo siento riesgo , ni me ofusco
 En ir allá á buscar al que aquí busc'o ."

"Señor, dijo el guerrero de la selva,
 No lejos del raudal deste ancho río,
 Que su florida juncia y grama enselva,
 Como por aquel bosque veis florido,
 Un pequeño collado hace que vuelva
 En rosca de cristal el suyo frío,
 Y besándole el pie sus flores ata
 Con blandos grillos de bruñida plata.

Allí, ó sea del hado, que encubiertos
 Al ciego mundo sus secretos tiene,
 Ó que de Clemesín á estos desiertos,
 Y á su cueva en antigua herencia viene,
 Un muro altivo, cuyos gajos yertos
 Las huecas nubes el menor sostiene,
 Al aire claro, y á la luz del mundo,
 Poco ha que en Tormes lo parió el profundo,

De cien torres altísimas cargado,
 Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
 Sin otras diez, que en cuello levantado
 De en medio suben á escalar el cielo:
 Mas la que vuela en chapitel dorado,
 Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
 Que no hay garza que tanto se abalance,
 Ni vista que le alcance á dar alcance.

De hermosas rejas con balcones de oro
 El infinito ventanaje crece,
 Á quien si de la luz llega el tesoro,
 Con su vivo brillar desaparece:
 De vario jaspe, y de metal sonoro,
 El amasado muro resplandece;
 De rojo bronce las grabadas puerlas,
 De coryas puntas aceradas yertas.

Las altas torres con relieves varios,
 De almenas coronadas y molduras,
 De real estuco sutil lazos voltarios,
 De alegres contrapuestas ligaduras ;
 Y en columnas de mármoles contrarios
 Huecos globos , bellísimas figuras,
 Que en pompa adornan, puestos por niveles,
 El peso á los bruñidos chapiteles.

De noche esta gran máquina vestida ,
 De claras y encendidas luminarias
 Ardiendo toda en torno , convertida
 Se muestra en sombras de colores varias ;
 Y en diverso matiz de luz ceñida ,
 Forma en el hueco viento iris contrarias ,
 Como si su confusa pedrería
 El jaspe fuera que la Scitia envia.

Por las soberbias torres sus almenas
 Bellos cercos componen y guirnaldas ,
 De varias luces de colores llenas ,
 Rojas , verdes , de azul , carmin y gualdas ,
 Contrahaciendo al brillar luces serenas
 Mil zafiros , topacios , esmeraldas ,
 amatistas , rubíes , perlas , diamantes ,
 Y otras nuevas bellezas semejantes .

La activa puerta en quicios resonantes ,
 Que el limpio muro en firme bronce embebe ,
 De ardientes llamas da pasos triunfantes .
 Á quien pasarlos sin quemar se atreve ;
 Por donde invictos ánimos , bastantes .
 Á heróicas obras , se ha tragado en breve
 La máquina voraz , y últimamente
 Tragó al guerrero que buscais valiente .

Sobre la mayor torre, hueca masa
 De rojo fuego en claridad difusa
 El aire enciende, y el contrario abrasa,
 Y en luz eterna la tiniebla excusa;
 Cual si del limpio sol la ardiente brasa,
 Que alegre hace la sombra mas confusa,
 De un peñasco en la cumbre se pusiese,
 Donde mejor tocada y vista fuese.

Esto es lo que de fuera se halla y mira;
 Lo que en su oculto seno se describe,
 ¿Quién lo podrá decir? ó ¿á qué fin tira
 El gran saber que en sus cavernas vive?
 Sobre un padron de bronce, cuya mira
 Á lo de dentro apunta y apercibe,
 Estas palabras, y estos versos muertos,
 En oro están como vereis abiertos:

"Labrado fue para el mejor del mundo
 Este ardiente Castillo de la Fama:
 El que se hallare en el lugar segundo
 No pruebe entrar por la encendida llama;
 Que del tesoro que hay en su profundo
 Por su dueño al mejor del mundo llama,
 Como á la rica fuente de quien viene
 La nobleza mayor que España tiene."

Esto es, señor, lo que al castillo toca,
 Que desta sierra le hallareis vecino;
 Pero si á verlo su beldad provoca,
 El probarlo parece desatino."
 Dijo: y á ver la celebrada roca
 Bernardo alegre prosiguió el camino,
 Despues de haberse en término debido
 Del cortés caballero despedido.

Con nuevos pensamientos, que el cuidado
 De la princesa del Catay les puso,
 Olfa , y su caballero enamorado,
 Del encantado bosque entran al uso :
 La una medrosa, el otro desvelado,
 Cuando sembrando fue el aire difuso
 Por sus ojos la máquina hermosa,
 De alegre bulto, y gallardía vistosa.

Las puntas de oro que en diversos trajes
 Volando sube el edificio altivo,
 Entre huecos y altísimos celajes
 Vivos realces parecen del sol vivo:
 Crecen los globos , crecen los plumajes,
 Y cunde por el aire fugitivo
 El real palacio, que á la ilustre cima
 De un monte carga da, y al mundo grima.

No probára Bernardo la aventura
 Habiendo leido su padron primero,
 Si no fuera buscando la hermosura
 De quien amor le hizo prisionero ;
 Que de su noble pecho la cordura
 El brio hace humillar mas altanero,
 Para que no por verse que es bastante
 Á la empresa, se pierda de arrogante.

Mas del sin fin deseo arrebatabado,
 Que allí en tan varios trances le ha traído,
 Por la encendida puerta se entró armado,
 De su espada y escudo apercibido;
 Donde apenas el quicio ardiente, helado
 Con diestro pie pisó, cuando encendido
 De rojas llamas de oro largo espacio
 Su contorno gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramar de horrible estruendo
 Cual los demás guerreros recibía,
 Mas todo en nueva hermosura ardiendo
 Vuelto se vió en suavísima armonía,
 Que en las doradas bóvedas rompiendo
 Los resonantes ecos, parecía
 Que el mundo allí de todas sus regiones
 El contento lloviese en varios sones.

Con esta salva, de un florido espacio;
 Que en siete arcos triunfales se extendía,
 Del acerado muro al real palacio
 Pasado el singular guerrero había:
 Llegó en música al patio, en que el topacio
 De oro ardientes relámpagos bullia,
 Y al punto se trocó, cerróse el muro,
 Manchando el claro cielo de aire oscuro.

La hueca nube de su claro seno
 De cruel fuego llovió rojo granizo,
 Que el acerado arnés, cual seco heno,
 Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo;
 Quedó de ciego humo el patio lleno;
 Y él sin las armas que Vulcano hizo,
 Cuando entré el humo y el granizo de oro
 Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallara descuidado,
 Ponerle a un golpe la victoria en duda,
 Mas en su ligereza confiado
 El encuentro huyó; y con él se anuda:
 Firme el toro, resuena en lo enlazado
 De la techumbre, de oro no desnuda,
 El grueso aliento, que á la oscura loma
 Del soberbio animal Bernardo doma.

Hizo firme hincapié la honra de España
 En el de una coluna, y revolviendo
 Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,
 Rodando el uno fue, y ambos cayendo:
 El hueco patio de grandeza extraña
 La oscura boca abrió de un pozo horrendo,
 Que ambos á un tiempo en observados puntos
 De un aspecto infeliz los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno
 Si algun peñasco horrible se desgaja,
 El agua salta, suena el lago Averno,
 Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
 Suenan los bosques, que en silencio eterno
 Del mundo guardan la mortal baraja,
 Asombrando los árboles vecinos
 Sus negros espumosos remolinos.

Resurrió el agua fuera con bramidos,
 Y por la sima oscura, y sus taladros,
 Vomitó el suelo globos encendidos,
 Y dió el aire tristísimos baladros,
 Truenos confusos, roncos estallidos,
 Que el blanco estuço en los sutiles cuadros
 Temblar hicieron, y pensar si había
 Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo
 Por las cavernas y techumbres de oro
 Del hueco alcázar, que del son horrendo
 Temblando el muro está en gemir sonoro;
 Y el gallardo Español, que al ir cayendo
 Se dió por muerto, al despeñarle el toro
 Al lago oscuro así perdió el sentido,
 Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo en largo rato,
 Suspenso al delirar de un dulce sueño,
 Que en caricia amorosa y tierno trato,
 De un rostro alegre el pecho zahareño
 Un noble gusto le vendió barato,
 Y de un rico tesoro le hizo dueño,
 Trocado en bella dama el fiero toro,
 La laguna en cristal, la sima en oro.

Ni fue todo quimera lo soñado,
 Que vuelto en sí de la pasada riña,
 No con un toro se halló abrazado,
 Mas á una tierna y delicada niña:
 Sobre alfombras y telas de brocado,
 De aljófar y diamantes cada piña,
 En rica cuadra, y aposento hecho
 De jaspe el muro, y de alabastro el techo,

Cercada de doradas vidrieras,
 Que le sirven de bellas luminarias,
 Por donde el rosicler de mil maneras
 El aire tiñe de vislumbres varias,
 Y los rayos y luces verdaderas,
 Que forman del cristal iris contrarias,
 Quebrándose en el oro y pedrería,
 Añaden luz á la que saca el dia.

Hurtan sus miradores y ventanas
 Suaves olores de un jardín ameno,
 Que de rosa y clavel manchas tempranas
 De agradables guirnaldas le hacen lleno:
 Prende el olmo gentil parras lozanas,
 La grama trepa por el verde henó,
 La yedra por los muros, y las flores
 El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía —
 Con que alegran los árboles el viento,
 Al contrapunto que al romper del dia
 La luz al mundo vuelve su contento;
 Nueva hermosura da , nueva alegría
 Del rico cuarto al agradable asiento,
 Con los tiernos redobles que al canario
 El ruiseñor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho
 De alegre jaspe y firme arquitectura,
 De oro y verde nielado el blanco techo,
 Que las estrellas busca con su altura:
 Y entre realces de estuco trecho á trecho
 Primores de pinçel y de escultura,
 Y en rasguños , bosquejos y perfiles,
 Escorzadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo, que domandó un fiero toro
 Se vió en los lances de su agudo cuerno,
 Y libre ahora en el regazo de oro
 De una tierna beldad de un mirar tierno,
 Admirado de hallar gusto y tesoro
 Donde encontrar pensó pena é infierno,
 Así con suspension y regocijo,
 Alegre vuelto á la doncella dijo:

"Grandes son los milagros desta casa,
 Grande el saber que los trazó y los hizo,
 Sus techos de oro, su encendida masa,
 Su horrible sombra , su áspero granizo ;
 Mas lo que á todo junto excede y pasa,
 Y la primera admiracion deshizo,
 Es el placer y gusto que retoza
 Por esta alegre cuadra , y quien la goza.

Y tú , bulto gentil , luz peregrina,
 Ó seas diosa inmortal , ó sombra humana,
 Si huele á humano cosa tan divina,
 Si es de la tierra luz tan soberana,
 Ora de honor mortal , ó inmortal dina,
 De eterna vida , ó de caduca y vana,
 Dime ¿á cuál dios le debo deste templo.
 El bien que gozo en él , y en ti contemplo?

¿Qué deidad rige , qué virtud alumbra
 Estas cuevas y sótanos del mundo,
 Cuando les falta el oro que relumbra
 Siempre en tus sienes , y ahora en tu profundo?
 Tu bello rostro , que al del sol deslumbra,
 Y de valor le da el lugar segundo;
 ¿De qué esmero de gloria , de qué cielo
 Amor le hizo para bien del suelo?"

Dijo el Leonés , y la beldad gallarda
 Compró unos nuevos bellos arreboles,
 Que el temor le labró , que le acobarda
 En ambas las mejillas sendos soles:
 Al fin , con voz medrosa , y lengua tarda,
 Haciendo el rostro varios tornasoles,
 "Toda , dijo; señor , esta armonía
 Es solo un medio á la ganancia mia.

Hércules hizo esta espantosa cueva,
 Y en ella enterró vivo un agorero,
 Al sábio Clemesí , que en luna nueva
 Via todo junto el mundo venidero:
 Cuyas cenizas por bastante prueba
 Esta urna guarda de bruñido acero,
 Y parte de su espíritu esta sala,
 En lo que al tiempo por venir señala.

Era en los Carpios de Africa nacido,
 Y del antiguo origen de su tierra,
 Por mayor gloria el suyo dió añadido
 Á esta que ahora su sepulcro encierra:
 De aquí el Carpio nació, cuyo apellido,
 Si el gran saber de Clemesi no yerra,
 Será por las hazañas de tu mano
 Mayor que el Uticense y Africano.

Prendióle Alcides, y enterróle vivo,
 Porque en supersticiosa hipocresía,
 Ó con alma envidiosa, ó pecho altivo,
 Estorbar sus grandesas pretendia:
 Y como al claro Betis fugitivo
 Á Sevilla usurpó, tambien queria
 Á Tormes impedir con sus conjuros
 De Salamanca los insignes muros.

Llegando Hércules libio á las riberas
 Del fresco Betis, que en templado cielo,
 Entre las flores dan fuentes parleras
 Blando ruido y cristal al fértil suelo,
 Fundar quiso á las gentes venideras
 Ciudad que fuese á su valor modelo,
 Cuando el astuto y envidioso mago
 Con un conjuro lo estorbó aciago.

Pasó el hijo de Osiris belicoso
 Su reino á Italia; Hispal entre tanto
 Con el paterno brio al pueblo honroso
 Felices muros dió, y principio santo:
 Volvió de Tuscia el capitán famoso,
 Y del frío Tormes en el rico manto
 Otro pueblo trazó, y el sabio en vano
 Quiso segunda vez irle á la mano.

Sabía por su astronómica experiencia
 Destos dos sitios en el mundo raros,
 Que de aquel en aumentos de excelencia,
 Grandeza, majestad, y hechos preclaros,
 Y deste en letras, santidad, y ciencia,
 Al mundo con la luz de ingenios claros
 Nacerian mas Hércules y Apolos,
 Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

Y envidioso que Alcides de su mano
 En la tierra dejase tal memoria,
 La primer poblacion le estorbó ufano,
 Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:
 Mas, porque pretendió tambien en vano
 La segunda impedir, es firme historia
 Que aquí le enterró vivo, y deste agüero
 A Salamanca dió nombre primero.

Es tradicion que en los antiguos años,
 Que á Clemesi esta cueva tuvo preso,
 Sin dar recurso á sus presentes daños,
 Ni destos montes sacudir el peso:
 Puntos en su saber alcanzó extraños,
 Labró esta sala real, y en ella impresó
 De los futuros siglos un discurso,
 Que al mundo iguala en duracion su curso.

De España las grandezas mas notables
 Al venidero siglo y al pasado,
 De gurbios y pinceles admirables
 Es cuanto está en contorno dibujado:
 Sus reyes, sus monarcas, sus afables
 Príncipes, sangre, majestad, estado,
 Graves sucesos, reales sucesiones,
 De ilustres casas, de ínclitos varones.

Mas donde el sábio mágico dispuso
 El punto echar, y de su ciencia el resto,
 Donde mas fuerza de planetas puso,
 Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
 Fué en aquel rico espejo, en quien difuso,
 Con mágicos caracteres compuesto,
 A los ojos dejó un discurso entero
 Del mundo que pasó, y del venidero."

Así dijo, y, tomando por la mano
 Al regalado jóyen, se levanta,
 Y al fiel cristal, que del tesoro humano
 La mas antigua muestra y rica planta,
 Con él se va, y en modo cortesano,
 "Aquí, dice, señor, se encierra cuanta
 Nobleza y sangre ilustre España encierra,
 Y de la tuya heredará su tierra."

Era el valiente artificioso espejo
 De medio globo en proporcion ovado,
 De alto diez codos, de cristal parejo,
 En firme y rica tarja relevado,
 Donde el diestro buril del sábio viejo
 Excedió al pensamiento mas delgado,
 Pues siendo de oro y pedrería gran parte,
 A toda la materia yence el arte.

Así en tan nueva perspectiva hecho;
 Que salir de su centro parecía
 Un móvil escuadron, que trecho á trecho
 Por el lustroso alinde se extendía;
 Y aunque en espacio de compás estrecho,
 Puesto en tales diámetros, que hacia
 En la mas firme vista la figura
 De entera proporcion y hermosura:

Ahora el techo y distancias de la sala
 En tal aspecto y reflexion tuviese,
 Que cuanto en ella por adorno y gala
 El pincel puso en su cristal se viese;
 Ó el arte allí á lo natural iguala,
 Ó con cercos su artifice fingiese
 Bullirse tras la clara vidriera
 Encantadas figuras de oro y cera.

En él se vian notables hermosuras,
 Gusto á los ojos, y al sentido espanto,
 Y por su limpio seno las figuras,
 Aunque muertas, moverse por encanto:
 Y en bellos ademanes y posturas
 Dar deleite á la vista, y entre tanto
 Que Bernardo lo goza desde afuera,
 La dama prosiguió desta manera:

"Antes de declarar las maravillas
 Que este cristal en su artificio encierra,
 Cual en lengua sutil supo decillas
 El que me trajo á conocer tu tierra,
 Desde las paflagónicas orillas
 Donde nací, y me dió la primer guerra,
 Con mil dudas y asaltos al deseo,
 El gusto de la gloria que poseo:

Contarte quiero el espantoso enredo
 Por donde amor me trajo á conocerte;
 Perdone el pundonor, que ya no puedo
 Mas encubrir el bien que gozo en verte.
 Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,
 La suerte varia de mi buena suerte
 Me tiene aquí esperando tu venida,
 Poco menos que el tercio de mi vida.

Despues que en los ejércitos troyanos
 Fué Pilemon con griegas armas muerto,
 Y á Paflagonia llena de tiranos
 Los Henetos dejaron sin concierto;
 Cuando en Italia dieron por sus manos
 A Padua muros, y á Venecia puerto,
 Un hijo que quedó del rey vencido,
 En Asia fue por tal obedecido.

Deste fue nieto Clicio el elociente,
 Que en el boreal Carambe peñascoso
 Asombró el mundo, y gobernó la gente
 Que en torno riega el Hales caudaloso:
 De aquí Acrisio nació, de aquí Valente,
 Y Cenon deste tronco generoso,
 Fue emperador de Grecia, y deudo suyo
 Orontes, que es mi tio, y ayo tuyo.

Sobre las playas que en el Ponto Euxino
 Atruena el sonoro Termodonte,
 Y con ruïdo y curso cristalino
 Á Farnacia hace muro y horizonte,
 De mi padre fue el reino mas vecino,
 Á quien su infiel hermano Anfimedonte
 Mató á traicion, y con injusta guerra
 Por rey se alzó de la usurpada tierra.

Quedé yo sola y niña al riesgo puesta
 De la violenta espada del tirano,
 De donde me libró, y me puso en esta
 Gruta, de Orontes la prudente mano,
 Con firmes esperanzas, que dispuesta
 Mi causa por el cielo soberano,
 Libradas me traería el bien de verte
 Ricas mejoras de ventura y suerte.

A este fin me ha traído aquí escondida,
 Y en muchas veces que de tí me hablaba,
 De tu valor, tu sangre, y tu venida,
 El gusto con sus cuentos me endulzaba:
 De tu real sucesion la no vencida
 Grandeza y real progenie me contaba,
 Los héroes que de aquella imagen tuya
 Al mundo han de salir por gloria suya.

Mas, aunque de este espejo soy maestra,
 Por lo mucho que en él me habló mi tío,
 Aquel nuevo escuadron que allí se muestra
 Nacer de ambos retratos tuyo y mio,
 Y ocupada de cetro real la diestra,
 Es traslado aquel jóven de tu brio,
 No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,
 Hasta que mas probables causas vea.

De estotra sucesion de sangre ilustre,
 Que trae de tantos reyes su corriente,
 Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,
 Como del claro sol el fresco oriente,
 Que sin que le carcoma ni deslustre
 La polilla del tiempo esa creciente,
 Por mil siglos dará su heróica rama
 Príncipes dignos de gloriosa fama:

De esta sí te diré lo que aprendido
 Me dió el deleite de proljos años;
 Oye, Leonés, el cuento nunca oido,
 Y los sucesos en grandeza extraños,
 De los que el español reino perdido
 Librarán de mil riesgos y mil daños,
 Y con prudencia y fortaleza entera
 A su opinion le volverán primera.

Aquí verás, y no de industria mia
 Fingida historia, mas del justo cielo
 Ricos favores que á tu España envia,
 Que á sus castigos sirvan de consuelo;
 Que aunque hoy está cual ves su monarquía,
 Tiempo vendrá que de su santo zelo
 Gobierno y leyes tomen en una hora
 Los que el ocaso habitan y la aurora.

Aquella gran princesa de Colonia,
 Que hace á tu imagen dulce acogimiento,
 Cuya caricia y tierna ceremonia
 A tí causa placer, y á mí tormento,
 Rayo es de aquel valor que en Macedonia
 A Julio Cesar puso atrevimiento,
 De acometer con pecho furibundo
 La empresa que le dió señor del mundo.

Yo digo de aquel ínclito Crastino,
 De Viriato ilustre descendiente,
 Por quien tambien despues lo fae Turino,
 En lengua y manos bravo y elocuente:
 Este en el fiel ejército agripino
 Por hijo tuvo un capitán valiente,
 Que á Colonia le dió campos seguros,
 Y sobre el reino levantó sus muros.

Destos príncipes fue Astirán caudillo,
 Que á los Helvecios trajo arrinconados,
 Y el que á los Hunos defendió el castillo
 De rota puerta y muros arruinados;
 Y el valiente Alencastro, que un portillo
 Libre solo guardó á tres mil soldados,
 Y su valor y nombre dió en herencia
 A esta insigne e ilustre descendencia.

Deste gran Duque es digna sucesora
 La que hará alegres tus felices años,
 Despues que la francesa y gente mora
 De esa espada á tus pies llore sus daños:
 Cuando tu ingrata patria burladora
 A tu padre te niegué, y los extraños
 Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,
 Llamados del valor de tu persona.

Entonces, ya cansada de mudanzas,
 Y de trazarte agravios y desdenes,
 Trocando la fortuna las balanzas,
 Con este bien te colmará de bienes;
 Y en legítima union, si á verlo alcanzas,
 Un dulce nieto te dará en rehenes,
 Que á Asturias volverá tu casa ilustre,
 Dando á Flandes envidia, á España lustre.

Aquel blanco aleman, que resplandece
 Cual nuevo Marte en las moriscas lides,
 En quien tu sangre y tu valor florece,
 Con los roelés del gentil Persides,
 Si ya no es sueño cuanto aquí parece,
 Tu nieto espera ser Nuño Belchides,
 Y esta su esposa, hija del que apenas
 A Burgos reformó, y vistió de almenas.

Vesle allí en Peñalonga disfrazado
 Con bordón y esclavina de romero,
 Que á visitar de Cristo el primo amado
 Bajó á Galicia, y quiso ver primero
 El claustro en que estará depositado
 Tu cuerpo real al siglo venidero,
 Dando de una alta fe y nobleza indicios
 Su católico voto y sacrificios.

Aquel que allí le espera, para dalle
 Su condado y su hija en casamiento,
 Y con nudo legítimo obligallé
 Que haga en su primera patria asiento,
 Es don Diego Porcelos, que en su talle,
 En su elección, y grave entendimiento,
 Representa un monarca, y en Castilla
 El supremo gobierno, y primer silla.

Estos dos, que en braveza y hermosura
 A la española vencen y alemana,
 En quien tu sangre gótica mas pura
 Corre que en el oriente la mañana,
 Dos nietos tuyos son, Nuño Rasura,
 Juez de la real grandeza castellana,
 Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,
 Luz de Castilla, y norte de su cielo:

Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre
 De aquel que lo será de siete infantes,
 Que á la sangre de Lara han de dar lustre,
 Y la suya á mil riesgos importantes;
 Y sin que envidia y muerte les deslustre,
 Esta masa de estrellas radiantes
 Héroes serán, cuya gallarda saña
 Miedo á Libia dará, y honor á España.

Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,
 Que del suyo no tome su creciente?
 ¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalgía,
 Que casa, qué solar, qué honor, qué gente?
 Querer contar su número, sería
 Medir á puños de agua la corriente
 De Tormes, de ambos polos las estrellas,
 Y los gustos que amor contempla en ellas.

Que todo aquel vellon, neblina, ó velo,
 De sombras y de luces marañado,
 Como en el lácteo círculo del cielo
 Los globos de oro, de que está amasado,
 Serán estrellas del iberio suelo,
 Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado:
 ¿Quién bastará á contar su muchedumbre,
 De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbre?

Solo hasta aquel mancebo generoso,
 Que un Júpiter parece entre sus dioses,
 Cuyo ademan gallardo, y brio airoso,
 Temo que á remedar apenas oses;
 Aquel, que en freno de oro poderoso
 Un mundo afable hará, y que tú reboses,
 En virtud de ser él tu descendiente,
 Por las bocas y lenguas de la gente.

¡Oh heróico pecho! en cuyo real semblante,
 No un mundo, mas un cielo resplandece,
 Con mas glorias que estrellas carga Atlante,
 Cuando á su vista el sol desaparece;
 Dé prisa el hado á un bien tan importante,
 Y el reino que en el rico abril florece,
 De tu valor, sin que jamas fallezca,
 Cual tú en virtud, así en tus honras crezca.

¿Quién como tú á los mundos donde suenas
 Saldrá príncipe y sabio todo junto,
 Cuando tu real palacio ser de Atenas
 Podrá en graves filósofos trasunto?
 Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas
 De honra las letras; y al difícil punto
 De la virtud con tus heróicos pasos
 Subida facil, y caminos rasos.

Ya veo colgar de tu ánimo prudente
 Del occidental orbe el noble peso,
 Y en tu grave modestia, y sangre ardiente,
 De Marte el brio, y de Minerva el seso:
 De tu espíritu altivo y elocuente
 En todas facultades el exceso,
 Con que así en las materias te adelantas,
 Que al sábio admiras, y al soberbio espantas."

Dijo la sabia, y en rumor sonoro,
 Que al alma sus oficios suspendia,
 Con graves arpas cien estatuas de oro
 La gloria celebraron de aquel dia:
 Quedó absorto Bernardo, ardió el tesoro
 Del real palacio en fuegos de alegría,
 El castillo tembló, y del nuevo espanto
 El mundo al rico peso hizo otro tanto.

Mas, luego que en la grave pesadumbre
 Que al corvo monte la ancha espalda opriime,
 El resonar del oro en la techumbre,
 Y el nuevo asombro con que el bosque gime
 Sosegándose fue, y la clara lumbre,
 Que en rayos de oro por el aire esgrime,
 Ya el vivo resplandor volvió á su seno,
 Y dejó el aire en su quietud sereno,

En el uso perfecto del sentido,
 De su resplandeciente arnés armado,
 El valeroso Godo reducido
 Fuera se halló del término encantado;
 Donde en el mago espejo entretenido
 La corriente feliz contempla al hado,
 Y el prevenido vió fruto fecundo,
 Que de su sangre real espera el mundo.

Huyóse de la máquina presente,
 El mágico furor desvanecido,
 Y el rico alcazar pareció patente,
 De fuerte muro natural ceñido:
 De arquitectura y fábrica excelente,
 No con perfumes bárbaros fingido,
 Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro
 De firme majestad hacen tesoro.

Por altos patios, y anchos corredores,
 Confusa tropa vió de armada gente,
 Que con ilustres títulos y honores
 Honrando vienen su ánimo valiente,
 Tras la anciana vejez, y años mayores,
 Del grave Orontes, que en saber prudente,
 Y en vida allí contemplativa vive,
 Y con alegres brazos le recibe.

Tres centurias de ilustres caballeros
 Con este ardid juntó el cuidoso anciano,
 En sangre godos, en las armas fieros,
 Deudos los mas del joven asturiano,
 Lanzando otros cualquiera aventureros,
 Que á probar iban el castillo en vano,
 La blanda llama entre su humo extraño,
 Sin mas riesgo que el miedo del engaño.

Estos con ricas armas en tesoro,
 De fina pedrería y luz sembradas,
 Y espumantes frisones de sonoro
 Nevado freno, y clines albeñadas,
 Hiriendo al viento los jaeces de oro,
 Y al timbre en presuncion plumas doradas,
 Y alzando estrellas por los aires mudos
 El vivo centellan de los escudos.

Alegre hacen y noble compañía
 Al bello jóven y al prudente mago,
 Que de Leon á la corte partió un dia,
 De cuantos pudo el menos aciago,
 A ver su Casto tio, y si podria
 De su nueva presencia el tierno halago
 Ser á sus presos padres de provecho,
 Y del rey ablandar el duro pecho.

CANTO XVI.

ARGUMENTO.

Descripcion de la noche: sueño de Carlo Magno: reseña del campo francés.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
 Templaba al rojo carro las centellas,
 Desguarneciendo al mundo del tesoro
 De su luz, y bordándolo de estrellas:
 Del yugo ardiente las coyundas de oro,
 Las rubias horas, y las ninfas bellas
 Le desatan, y puestas en contorno
 De majestad le sirven, y de adorno.

Quien las riendas le toma de la mano
 Cargadas de encendida pedrería,
 Quien la corona, quien el manto ufano,
 Que el cielo y tierra visten de alegría;
 Quien peina á su cabello soberano,
 La luz de á donde al mundo nace el dia,
 Quien le alivia el calor, quien la maraña
 De oro en rocíos de olor le templa y baña;

Quien el fogoso pértigo levanta
 Al carro que anda trastornando sinos,
 Quien los caballos da, quien los enmanta,
 Frenos tascando de diamantes finos;
 Quien de los piensos de la ambrósia santa
 A sus pesebres da colmos divinos,
 Y quien le carga á la encubierta noche
 De dulce sueño el enlutado coche.

Apoderóse la quietud callada,
 En sesgo vuelo y pasos descuidados,
 De la fria tierra sin color sembrada
 De nuevos animales desmayados,
 Al sabroso sosiego encomendada
 La importuna batalla de cuidados,
 Las doradas estrellas encendidas
 Sus cursos abreviando, y nuestras vidas.

Cuando en la sala real ardiendo en oro,
 En blanda pluma, y en pomposo lecho,
 Al grave César hurtan el tesoro
 Del sueño los cuidados de su pecho:
 Cércanle el alma, y sin guardar decoro
 Al tiempo, á la persona, ni al provecho,
 En parlero silencio no se halla
 Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino
 Reposo busca en vano de mil modos,
 Aquí vuelve y allí, y ningun camino
 De paz encuentra, aunque los prueba todos;
 Que el descuidado sueño en mejor tino
 Viene á la humilde plebe que á los godos,
 Y siempre goza dél en mayor suma
 La seca paja, que la blanda pluma.

Tras larga noche al fin el dulce frío
 Del alba, en perezoso y tardo sueño,
 El rostro le bañó, y con su rocío
 La pasada inquietud quedó sin dueño :
 Huyeron los cuidados, perdió el brio,
 Y de la altiva majestad el ceño
 Quedando en el olvido, y el semblante
 A los demás mortales semejante.

Mas como el gran sentir de una alma grave
 Mayor estruendo y máquina revuelve,
 De interiores figuras, el suave
 Sueño, que en la del César ya se envuelve,
 Al real tesoro destorció la llave,
 Y en pomposo aparato y forma vuelve
 Cercado de fantasmas fugitivas,
 Que aunque son muertas le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía
 El pintado Morfeo ; en el concurso
 De un grave teatro representa y guia
 De nuevas cosas un fatal discurso;
 Y en unos valles lóbregos, que el dia
 Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
 Por entre pardas grutas y anchas quiebras,
 De dragones peinadas y culebras ;

Cercado dé sus bravos paladines,
 En pomposo ademan caza gallarda
 Einpezar le parece, y que á los fines
 Del monte un rojo león feroz le aguarda,
 A quien de aquellos riscos los confines
 Por su defensa tienen, y por guarda
 De un rico arbol que lleva pomas de oro,
 Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.

Aficionó al francés la nueva fruta,
 Y la piel roja del leon gallardo,
 Y con sus doce príncipes la gruta
 Altivo escala, y sube al risco pardo,
 De donde cada cual le da y tributa
 Al desenuelto leon un presto dardo,
 Que él victorioso en su escombrada plaza
 Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana , ni arma entera ,
 Que no destrocen sus valientes garras ,
 Solo se salva el que ligero afuera ,
 Saltando del palenque , huye las barras
 De sus lanzas : la suya por postrera ,
 Ya en posturas lanzar queria bizarras ,
 Confiado de le dar con ella alcance ,
 En presto golpe , y en seguro lance ,

Cuando el limpio venablo en brio certero
 Rompiendo el aire el rey dormido arroja ;
 Mas no tan presto el relumbrante acero
 Del crespo cerro halló la espalda roja ,
 Que atrás recio tornó , volviendo entero
 Al rey , que huyendo va en mortal congoja
 Por no hallar de las suyas arma entera ,
 Que todas las rompió y tragó la fiera .

Sueña que huye entre quebradas breñas
 Del monstruo horrible que tragó á los doce ,
 Sobre difuntos cuerpos , cuyas señas
 En oscuras fantasmas desconoce ;
 Cuando en las puntas de unas altas peñas ,
 Que un cielo hacen que la vista goce ,
 Sobre columnas de cristal parece
 Que una abultada real máquina crece

De un suntuoso palacio, alto motivo
 De arquitectura y mármoles de Pario
 Bellas estatuas, donde el bronce vivo
 Majestad crece sobre el jaspe vario,
 Vuela la pompa, sube el arco altivo
 En hombros de oro su alto lacunario,
 Cargado de bellísimos despojos,
 Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Gime la firme tierra con la carga
 Del palacio y su inmensa pesadumbre,
 Que es donde menos el valor se alarga
 Cristal los frisos, y oro la techumbre;
 Y de hadas allí de vida alarga
 Una sombría y ciega muchedumbre,
 Dando á Demogorgon, que está presente,
 Pesadas quejas dél, y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto
 De las oscuras Parcas, de unas quiebras
 Salir horrible vió á la furia Aleto,
 A peinar sobre Francia sus culebras;
 De quien llover notó fuego secreto
 Entre sus negras marañadas hebras
 A su infeliz ejército, de modo
 Que todo ardía, y lo abrasaba todo.

Las demás Furias del confuso averno
 Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
 Y al cruel barquero del pasaje eterno,
 Por una barca hacer dos largas puentes:
 Vió ensancharse los senos del infierno
 Para hacerse capaces de mas gentes,
 Y que las Parcas no podian unidas
 Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura
 El fuego ardiente sin pensar le apaga,
 Y con los rayos de otra nube oscura
 El un incendio al otro incendio traga;
 Cuando al rey del cuidado la apertura
 Lo dulce así de su quietud le estraga,
 Que el sueño le escondió, y él sin aliento
 Manos y ojos abrió, y asíó del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno
 De las medrosas formas que antes via,
 Suspenso mira de la luz el seno
 Donde murió su sueño, y nació el dia;
 Y aunque ve que es el delirar sin freno
 Vana obra de inconstante fantasía,
 Por mas que de la suya alza la mano,
 Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
 En preparar ejércitos se tarda,
 Y del rey Casto la invencible gente
 Sobre Pamplona á la de Francia aguarda:
 Del César puesto ya el campo potente
 Entre los Pirineos, acobarda
 Las armas y naciones extranjeras
 Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí en carro imperial, á quien la esfera
 Del suelo adora entre realces de oro,
 Gustoso ver pasar su campo espera
 Al grave aliento de un clarín sonoro:
 Fue de Angelinos la primer bandera,
 Y de sus armas el mayor tesoro,
 Sobre un frison furioso, á cuyo huello
 Los campos tiemblan, y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, cuando en Tracia
 Su alfanje esgrime, y de su yelmo ardiente,
 En quien el sol los rayos de oro espacia,
 Rigor influye en su inmudable gente;
 Tal el francés en ademan y en gracia
 Delante el campo va resplandeciente,
 Haciendo á las feroces gentes guia,
 Que en torcida corriente el Reno enfria.

Cual en el libio mar olas espesas,
 Si el armado Orion las alborota,
 En crespos montes de avenidas gruesas
 Sobre la playa hierven mas remota;
 Ó cual la roja mancha de traviesas
 Espigas, á quien céfiro alborota
 En crespas ondas; tales los agudos
 Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardin Dardeña, primer voto
 En las francesas cortes, le seguia
 En caballo alazan, cuyo alboroto
 A todo el brioso campo le ponia:
 Este de los jaeces de Carloto
 Fue grave presidente el triste dia
 Que vengar intentó con pecho fuerte
 De Baldovinos la alejosa muerte.

Sobre un caballo remendado á manchas,
 Que el Albis le crió entre juncia verde,
 De cerviz corta, y de narices anchas,
 Y que en los ojos al correr se pierde;
 De ricas piedras y grabadas planchas
 El sonoro jaez, que en oro muerde,
 A quien las perlas dan, y aljófar grueso,
 Vislumbres nuevas, y soberbio peso;

Fiero enemigo á la nacion hispana,
 Con ocho mil Sajones representa
 El disforme Centauro, que en lozana
 Rueda en el polo Antártico se sienta,
 Con la robusta gente comarcana,
 Que al mar Britano sus resacas cuenta,
 Y los diestros venablos mal parejos
 Al distante escuadron envia de lejos.

Siguióle allí el fortísimo Organtino,
 De los Tabanes real fruto excelente,
 Del sabio Malgesí hijo adivino,
 Y de la reina de la Orcania ardiente:
 Esta en nocturnos caractéres vino
 A Montalvan mil veces del oriente,
 A probar de sus cercos los efetos,
 Y del mago francés ciencia y secretos.

Llevaba éste dos mil tras su estandarte
 De Champaina abundante en rojo trigo,
 Con otros tantos mas que le dió aparte
 De su encubierta madre el sabio amigo:
 Tras del, al huello de un templado Marte,
 La fama hecha de su honor testigo,
 De Rusellon pasó el duque Gerardo,
 Brioso jóven de ánimo gallardo.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos
 Angelin y Angelieros, pasó el fiero
 Galtier de Maunleon, y los lozanos
 Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:
 Pasó el bello Drusian de ojos livianos,
 Vestido mas de seda que de acero,
 Hijo del rey famoso Brasalante,
 Brioso jóven, cazador, y amante.

El ambicioso Galalon , armado
 De azules recamadas armas de oro,
 Tras estos se seguia , y á su lado
 Su bello hijo Salier , lustre y decoro
 De todo el rico magancés estado ,
 Envidia al campo franco , espanto al moro ,
 Gran cazador de fieras , y en seguillas
 Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado ,
 Todos de una librea , y de unos furos ,
 De azul , tela de plata , y de morado ,
 Y de las mismas plumas los sombreros ,
 Semejante al lucero coronado
 De las flores de mayo , y sus plumeros ,
 Digno por cierto que le diera el hado
 Vida mas larga , y padre mas honrado .

Pasó el gran Durandarte , pasó el fiero
 Farfarelo , Franconio , y Matalista ,
 Bracamonte el galan , Guido el severo ,
 El rico Astolfo , y el sutil Arista ,
 Aimo , Hermion , Liosfan , Claudio , y Galtero ,
 Y Egibardo en dorada sobrevista ,
 Del César y del cielo tan amado ,
 Que alcanzó sin envidia á ser privado .

Este solo nació y vivió en la tierra
 Sin le haber murmurado , este hombre solo
 De émulos se libró , y á la cruel guerra
 De acedos zelos fue encubierto polo :
 ¡Oh cuanto odio mordaz la envidia encierra !
 Pues en el gran combes que alumbrá Apolo ,
 Uno solo ha pasado en feliz vuelo ,
 Y aun ese ignoro si nació en el suelo ,

Que Egibardo de todos los anales
 Por un hombre marino es referido,
 Que en el mar de Sicilia entre corales
 Un pescador le halló recien nacido;
 De á donde el tiempo en cercos desiguales
 A ser segundo en Francia le ha subido,
 Si ya á dicha es segundo, y no primero,
 Y un privado no es todo un reino entero.

Pues de tí, oh noble Lanio, que ya fuiste
 Nieto del vengativo Balisarte,
 Que de Carlos Martel en luto triste
 Del reino recibió el real estandarte,
 ¿Cómo contaré el brio con que diste
 Placer al campo todo, envidia á Marte,
 En tu gallarda entrada, mas vistosa
 Que del florido mayo el alba hermosa?

Juzgóse encima de un overo armado
 Al dorado Orion, cuando espantoso,
 De pardas nubes y furor cercado,
 Sobre el Carpacio mar hiere espumoso:
 De los floridos pueblos rodeado,
 En gruesa tropa y escuadron vistoso,
 Que en el río Liger con nevadas vueltas
 Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos, ni usán armas nobles
 De acicalado acero relucientes,
 Ni en carros suben, ni los duros robles
 En lanzas enderezan eminentes:
 Mas de sus diestras hondas los redobles
 Grandes riscos arrojan, y en valientes
 Cercos escupén, al voltear parejos,
 Muertes al enemigo desde lejos.

Antea, que del Soldan hija se llama,
 Y del primer asirio rey desciende,
 Y por ver solo á Montalvan es fama
 Que la suya por todo el orbe extiende,
 Guerrera la hizo amor de tierna dama,
 Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?
 Y hoy es en la reseña su persona
 En beldad Venus, y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,
 Con ricas telas de oro, y con turbantes,
 De lo mejor del Cáucaso, donde ella
 Cien castillos y mas rige importantes;
 Un sol parece entre su escuadra bella,
 Y los que van tras ella semejantes
 A las ardientes lumbres de alegría,
 Que tras su capitán la noche envia.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo
 Con las ágilas negras campeaba,
 A cuyo tremolar tiembla del suelo
 Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:
 Roldan guia este cuartel; Roldan, que el cielo
 Espada no crió ni alma mas brava,
 Dichoso, si entre tanta hazaña fuera.
 Otra alguna antes destá la postrera.

Así el campo pasó, y así en serena
 Majestad hizo el águila su vuelo,
 Unos llenos de gusto, otros de pena,
 Unos de orgullo, y otros de recelo:
 Cada uno tras su suerte mala, ó buena,
 Que es destas varias frutas plaza el suelo,
 Y con fortuna próspera, ó escasa,
 En las alas del tiempo todo pasa.

CANTO XVII.

ARGUMENTO.

Batalla de Roncesvalles.

El nuevo orgullo del cercano dia,
 Que habia de ser de tantos el postrero,
 Al clarin de oro despertó, que hacia
 Pomposa salva al rayo del lucero:
 Resonó el aire, y el furor que ardía
 Las fuerzas refinó al templado acero
 De aquellos mundos, que en dudosa suerte
 Las estrellas guian á la muerte,

Con el furor que la impelida llama
 De un recio viento á un bosque seco arroja
 La tragadora furia, en que arde y brama
 En resonante hervir la selva roja,
 Suda el verde laurel, arde la grama,
 Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
 Y todo al fin por do el incendio pasa,
 El monte asombra, y su ladera abrasa;

Así, al son de trompetas y atabores,
 Y con igual furor sube marchando
 Por los riscos altivos miradores
 Del grave Pirineo el francés bando:
 Tiemblan los pinos, gimen los alcores
 Debajo el grave peso; y no bastando
 A refrenar su furia, el valle escaso
 Les da á no poder mas humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
 A quien del cielo el brazo eterno puso
 Con riendas de oro al paso del deseo
 De un pueblo y otro de su trato y uso;
 Y por mejor y altísimo trofeo
 De paz y eternas treguas le compuso
 Entre las dos naciones, que feroces
 Hoy su sosiego han perturbado á voces;

De las huecas alcobas, donde tiene
 En estrados de plata reclinada
 La grave espalda, que corriendo viene
 De la una mar á la otra mar salada;
 Al rumor de la gente que detiene,
 Su cabeza de encinas coronada
 Dicen que alzó entre riscos, y la tierra
 Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas
 Del francés reino las legiones fieras,
 De las lustrosas armas las doradas
 Luces, y el tremolar de las banderas,
 Las leyes de sus límites quebradas,
 Y que por pretensiones altaneras,
 Lo que el cielo apartó en concordia sana,
 Juntar pretende la ambicion humana;

"¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
 Del mundo la quietud ha rebelado?
 ¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
 Por mis revueltas breñas se han sembrado?
 ¿A qué fin con tan graves movimientos
 De armas mi inculto seno veo preñado,
 Que con ciego alboroto y son de guerra
 Los confines asordan de mi tierra?"

¿Qué mas discordia habrá, cuando en el cielo
 El sol se abrase, y quemé las estrellas?
 ¿Cuándo la mar se extienda sobre el suelo,
 Y sus olas levante encima dellas?
 ¿Cuándo del tiempo el concertado vuelo
 Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,
 Que encadenaban toda esta armonia,
 Las deshaga y consuma el posterer dia?

Cuando quebrada la mortal coluna,
 Que ahora es firme asiento de las cosas,
 Tras la enlutada esfera de la luna
 Las estrellas se arrojen perezosas;
 Y en la mar anegadas de una en una,
 Se encienda el aire en llamas espantosas
 Que los polos abrasen, y entre tanto
 Todo se vuelva á su primer espanto:

Ni entonces podrá haber mayor revuelta,
 Ni mundo mas confuso y alterado,
 Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
 Le pondrá mas suspenso y enlutado:
 La tierra veo un mar de sangre vuelta,
 El aire de cometas rodeado,
 Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
 Cubierto el sol de un amarillo velo.

Ya otras veces mis hombros deste peso
 Cargado, y estas mismas armas tuve,
 Mas no tan graves, ni de tanto exceso,
 Como el que ora por cima dellos sube.
 Ó aquí el mundo ha juntado el gran proceso
 De sus edades, y esta densa nube
 Preñada va de su potencia y saña,
 Ó cual sentir caduco el mio sé engaña.

Mas peso y carga de mayores gentes
 Nunca de España el belicoso suelo
 Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
 En un solo escuadron dió aliento el cielo;
 Ni cuando á saquear de mis vertientes
 Las ricas costras de argentado hielo,
 La hambr de Fenicia, ni el estrago
 Sobre mí vino de la gran Cartago:

Ni cuando á sus soberbios pensamientos
 El fiero hijo de Isman alzó pendones,
 Cuyos mal reprimidos movimientos
 Desmembraron de Siria estas regiones;
 Y de Meroan cortando los intentos
 Al reino cordobés dieron blasones,
 Con que al mundo temblar, y á España hizo
 Humillarse á un tirano advenedizo:

Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea
 En Portunio abatió su media luna,
 Ni cuando en riesgo la servil ralea
 De esclavos le embistió guerra importuna;
 Ni el cruel desman de otra francés pelea,
 Triste ensaye y agüero de fortuna,
 A este se iguala, con que altiva intenta
 De toda su ambicion tomarle cuenta.

Mas si el oculto discurrir del hado,
 Y de las Parcas el estambre y huso,
 A la francesa majestad han dado
 Su crecimiento hasta este punto incluso;
 Si hasta aquí tiene el cielo decretado
 Que llegue, y por sus límites le puso
 La cumbre, que ya sube y quiere á una
 Que della le despeñe la fortuna;

Yo doy lugar á lo que el cielo ordena
 El paso libre, y el camino llano."
 Esto á la gran montaña de años llena,
 Es fama que le oyó el bosque cercano;
 Y el feroz campo, cuyo curso atruena
 Los vecinos contornos, llegó ufano
 A la alta cumbre, donde en vista fiera
 El español ejército le espera.

Tembló el brio francés viendo al contrario,
 Y de pálido y triste horror cubierto;
 Volvió en semblante humilde el temerario,
 Con que antes el vencer tuvo por cierto:
 Y ya en mas órden mide y pesa el vario
 Brazo de la fortuna sin concierto,
 Que hace diversos visos y reflejos
 Ver la muerte á los ojos, ó de lejos.

En tres gruesas escuadras su potente
 Ejército el francés ordena y parte,
 El diestro cuerno con la invicta gente
 Que arrastró de Girona el estandarte,
 Hecha á vencer lombardos, y al valiente
 Gradaso, y Mandricardo, da y reparte
 A cuenta de Reinaldos, que á su lado
 Parece un invencible Marte armado.

La segunda de ricos precios llena
 Del destrozado campo de Agramante,
 Que su fama á la ardiente Libia atruena
 En bélico aparato y voz triunfante,
 Con mas palmas que nacen en su arena,
 Y mas triunfos que alerces cria Atlante,
 A tí, fiero Dudon, y á tu braveza,
 Dió el César por gobierno, y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa
 De la fama añadió sonoro aliento,
 Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa
 Sobre su altar tendrán eterno asiento,
 Con el César, que en grave aplauso y pompa
 Príncipes le acompañan ciento á ciento,
 A cuenta va del gran señor de Anglante
 A un invicto Centauro semejante.

De la otra parte el grave Alfonso empieza
 A mover con su ejército asturiano
 En número inferior, mas no en braveza
 A ningun pecho ni valor humano:
 Por gallardo caudillo, y por cabeza
 Del Carpio ilustre el dueño soberano,
 Cual delante del sol sale el lucero
 Ardiendo en llamas de oro, y limpio acero,

Sobre un caballo negro azabachado,
 De pequeñas orejas y cabeza,
 De un sol blanco en la frente remendado,
 Fogosos ojos, llenos de viveza;
 Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,
 De corta clin, y presta ligereza,
 Las hinchadas narices con su aliento
 Son espuma al jaez, y fuego al viento,

Enaspando las manos de brioso,
 La cola entre las piernas escondida,
 De concertado freno, y paso airoso,
 Y á blanda rienda su altivez rendida;
 Armado el rico arnés de oro fogoso,
 Que ya fue de Vulcano obra escogida,
 Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
 Como el cielo en la luz de sus estrellas.

De blancas plumas un penacho altivo,
 Que el aire en crespo tremolar le enreda,
 De oro grabado el peto, en que el cautivo
 Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:
 En el escudo de fortuna al vivo
 Hecha pedazos la inconstante rueda,
 De perlas, oro, y pedrería sembrada,
 Y por letra, "no hay otra que mi espada."

Cual sobre el austro ardiente al pardo moro
 El soberbio Centauro mide el cielo,
 Y en margen de cristal tiembla el sonoro
 Golfo al ver trastornar su raudo vuelo,
 Y él con mallas de plata, y peto de oro,
 Su estrellada grandeza muestra al suelo,
 Tal en arnés vistoso relumbrante
 Bernardo está á su ejército delante.

Su venerable rey, que la potencia
 Del orbe sobre España venir siente,
 Y que para tan grave resistencia
 Cuanto tiene le importa de valiente;
 Mostrando en todo que su real presencia
 Es alma invicta á su invencible gente,
 De en medio della, con saber profundo,
 Así empezó á hablar, y escuchó el mundo:

"Invictos héroes, que por tantos modos
 El tiempo en vuestras pechos examina
 El gran caudal que en los soberbios godos
 El feliz temple castellano afina;
 Hoy, por daros de un golpe juntos todos
 Los triunfos de la tierra, determina
 Rendir á vuestras pies, por vuestras manos,
 Los que en vencerla toda están ufanos.

Por no poder llevar vuestras espadas
 A trastornar los montes del oriente,
 Ni á vencer las regiones escarchadas
 Del norte, ni de Libia el suelo ardiente;
 Los triunfos todos de esas derramadas
 Naciones os los trae en esta gente,
 Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra
 Al pie os la viene á dar desta alta sierra.

Ni penseis que los siglos han mudado
 A estas como á otras cosas las corrientes,
 Habiendo allí crecido, aquí menguado
 Los ánimos y brios de las gentes:
 Los mismos son que fueron: ya probado
 Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
 Su esfuerzo: sus dorados lirios bellos
 Bien saben vuestros brazos deshacellos.

El bravo orgullo es este que delante
 Con fantásticos miedos os asombra.
 La causa de la guerra su arrogante
 Soberbia, otra aparente y vana sombra;
 Ambiciosa codicia es lo restante,
 Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
 Vuestro derecho, oh héroes asturianos,
 Es librar nuestro reino de sus manos.

Quien de su amada patria el fiel regazo,
 Donde el dichoso nace, vive y muere,
 Y de la nueva esposa al dulce abrazo
 Volver sin mancha á su nobleza quiere;
 Quien del pequeño hijo el tierno lazo
 Tornar al grave cuello pretendiere,
 Y no humillar de la cerviz altiva
 El libre suyo á sujecion cautiva,

Con la enemiga sangre derramada
 Le importa iluminar la ejecutoria ;
 Honor perdido, ó libertad ganada,
 Es ganar ó perder esta victoria.
 ¡Oh intrépido escuadron ! á cuya espada
 El cielo ofrece semejante gloria ,
 Librad la invicta patria , y haced vuestra
 De un golpe la honra que de aquí se muestra ."

Dijo, y á su discurso el campo altivo
 En bético furor se enciende y arde ,
 Suena el arnés de Marte vengativo ,
 Fuego ardiente al feroz , hielo al cobarde :
 Quien del diestro venabio , quien del vivo
 Filo del corvo alfanje hace alarde ,
 Y quien , blandiendo la nuda lanza ,
 Sin moverse al contrario se abalanza .

En tanto el francés campo el aire impuro
 Lleno de agüeros tristes mira atento ,
 El negro valle de un celage oscuro
 En torno le entoldó , y espesó el viento :
 Del lado izquierdo , sobre un risco duro ,
 Sonó de un pardo buho el ronco acento ,
 Y de tres cuervos un combate fiero
 Entre la nube y su enlutado agüero .

Desvaneció la sombra , salió el dia ,
 Cubierto el sol con un sangriento velo ,
 Y del norte una alegre compañía
 De doce blancos cisnes batió el vuelo ;
 Cuando una águila altiva , que venia
 De hacia el campo español , cubriendo el cielo
 En pompa de alas , y de artejos bellos ,
 Con engrifadas garras se entró en ellos .

Mezclose al escuadron, crecio la suma
 La reina de las aves, cuyo brio
 Hace que el blanco cerco se consuma,
 Y que las nubes den de sangre un rio:
 Caen los destrozos de nevada pluma,
 Y muertos uno á uno el aire frio.
 Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
 Antes de blanca cinta ciñó el cielo.

El César de tan graves causas lleno,
 Su cuidadoso discurrir revuelve;
 Mas, ya empeñado el crédito, en sereno
 Sémbilante el alterado pecho vuelve:
 Rompe á la altiva majestad el freno,
 En ver el fin del hado se resuelve,
 Y fingiendo el placer que no tenia,
 Así al campo hablo que le seguia:

"¡Oh ya del mundo diestros vencedores!
 Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros
 No hay pechos tan osados, ni furores
 Que no os rindan humildes sus aceros,
 De á donde en aromáticos olores
 Del tierno dia beben los primeros
 Rayos de alegre luz, al mas distante
 Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;

Ya de la gran jornada el postrer dia,
 Con tantas diligencias procurado,
 Vuestra braveza llama y desafia
 Al modo de vencer acostumbrado:
 De los gallardos brazos la osadia
 Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado
 Esfuerzo es el mostrarla conveniente
 En el vencer esta indomable gente.

No hay nacion tan remota y apartada,
 Desde donde la oculta Tile humea,
 Hasta el feroz Centauro, que en dorada
 Uña en el polo Antártico pasea,
 Que al filo agudo de esa invicta espada
 Nuevo trofeo de altivez no sea,
 Ni desde el indio oculto al mar de oriente
 Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.

Ya pues, para que en carros de leones,
 Y en triunfo universal goceis la tierra,
 A vuestra fama solos los mojones
 Resta allanar desta enemiga tierra;
 Con esto haceis de todas las naciones
 Un reino solo; solo en esta guerra
 Está el ser invencibles, ó que el mundo
 Aun todavía os dé el lugar segundo.

Mas ¿para qué en palabras entretengo
 El triunfo que tal brio me asegura,
 Si lo poco que en ellas me detengo
 De corriente le quito á mi ventura?
 Esto les doy de vida, hasta aquí vengo
 A serles franco rey: gocen segura
 Libertad este rato, ya el postrero
 Que el hado les otorga, y vuestro acero;

Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,
 La fe me otorgue de ese pecho fiero,
 Que contra los rendidos vuestros dardos
 Ni se armen de rigor, ni sean de acero.
 Al que en ligero vuelo, ó pasos tardos,
 Se os rindiere, tendreis por compañero;
 Sea vuestro ciudadano el que huyere,
 Ó el que por no morir se defendiere,

De los demas , sin reservar viviente ,
 La sangre riegue vuestros lirios de oro :
 Muera su rey falaz , muera su gente ,
 Muera el leonés , el árabe , y el moro :
 A ellos , invicta casta , descendiente
 Del que á Hector engendró , y á Polidoro ,
 Que aun ya desde esta altura donde estamos
 Por superiores suyos nos contamos .”

Dijo , y en frio silencio amortiguado
 Se vió el primer orgullo bullicioso ,
 De la vecina muerte demudado
 El pálido semblante al mas brioso :
 Da latidos el pecho al mas osado ,
 Temen el arrogante y el medroso ,
 Y entibiar en tal trance los guerreros
 Es el peor de todos los agüeros .

Mas no solo temblaron los presentes
 De su cercano fin al triste ensayo ,
 Que no se halló francés entre las gentes
 Que entonces no sintiese algun desmayo :
 Ó fuesen de los hados las corrientes ,
 Ó de signo infeliz precioso rayo ,
 Que á las francesas armas poderosas
 El curso trastornaba de las cosas .

Vanse acercando , suenan los clarines
 Entre las peñas con quebrados ecos ;
 Y puestos ya en los últimos confines
 Del fatal monte y sus peñascos huecos ,
 Del vario tiempo los dudosos fines ,
 Y del triste hado los variables truecos
 Su orgullo asombran , y al dudoso caso
 Suspenso dan el amagado paso .

Muévense entrambos campos , semejantes
 A dos tejidas selvas, cuyos pinos
 Son espigadas lanzas relumbrantes,
 Y las copadas hayas yelmos finos,
 Las ramas sus plumeros tremolantes,
 Donde hace el viento bellos remolinos ,
 Y á las varias centellas del acero
 En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre
 Al son de belicosos instrumentos ,
 Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
 En roncos y tristísimos acentos:
 Suena el acero, asombra su vislumbre,
 Y el Pirineo tembló por los cimientos;
 Las madres dentro en los vecinos techos
 Sus hijos abrigaron á sus pechos.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo ,
 Gaiferos , Naimo , Oton , y Bellenguero ,
 Anselmo , don Turpin , Avivio , Alardo ,
 El aleman Godofre , el fiel Rainero ,
 De todos hecho un escuadron gallardo ,
 Lanzando rayos de su ardiente acero ,
 Por el revuelto ejército de España
 Rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan , hieren , matan sin concierto ,
 Rompen , desarman , y en sangriento lago
 Un número increíble dejan muerto ,
 Y entre los vivos un horrible estrago :
 Quien el costado , quien el cuerpo abierto ,
 Sin sentir de la muerte bebió el trago ;
 Aquí uno , dos allí , y acullá ciento ,
 Por tierra arroja su furor violento .

A un tiempo ambos ejércitos difusos,
 Sin orden, modo, sin concierto, ni arte,
 En espantosa trápala los usos
 Y reglas quiebran del sangriento Marte:
 En ciegas tropas, y en monton confusos,
 De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
 De á caballo y á pie, todos á una
 Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos, ni el prudente
 Capitan pueden reducir á modo
 La descompuesta confusion de gente
 En que se enreda y enmaraña todo:
 Mezclados el cobarde, y el valiente,
 El español, francés, normando, y godo,
 El noble, y el plebeyo, el alto, el bajo,
 El que viste armas, y el que no las trajo.

Retumba el hueco valle á los acentos
 Del ronco y triste son de las espadas,
 Hieren las voces los confusos vientos,
 Y el romper de las armas encontradas:
 Corren del monte horrible rios sangrientos,
 Volcando arneses, grebas y celadas
 A los vecinos valles, ya cubiertos
 De enteros escuadrones de hombres muertos.

Mas ¿cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente
 De tu amorosa vena trocar pudo,
 Y de poeta altivo y elocuente
 Te trajo á ser entre las armas mudo?
 ¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,
 Por dulces versos el pesado escudo,
 Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
 Por el laurel de tus heróicas sienes?

Si querias guerras , con tu musa á solas
 Las pudieras cantar, cual ya hiciste
 Otro tiempo , las armas españolas ,
 Y de Rodrigo la tragedia triste:
 Mira, oh gallardo jóven, que las olas
 De antojos con que Apolo el alma embiste ,
 Otras que no estas son , y que es de otra arte
 El poético furor que no el de Marte.

Apenas de oro el escarchiado vello
 Hacia invisible sombra á tus mejillas,
 Cuando tu verso el mundo oyó , y en ello
 De Venus y de Adonis las mancillas:
 No sé por qué dejaste, oh jóven bello ,
 De cantar las batallas por seguillas ,
 Que para darnos desto una gran suma,
 Mas que tu espada nos valia tu pluma.

Mas con deseos de cantar á España
 De sus invictos héroes las heridas ,
 De acero armado , y de tu misma saña ,
 Fuiste al campo á aprenderlas , no de oidas:
 Con limpio arnés que el aire en lumbres baña ,
 Y sobre el yelmo plumas esparcidas ,
 Que en lo pomposo y hueco de su rama
 De las alas parecen de la fama;

En el escudo por empresa bella ,
 Aludiendo al amor en què se funda ,
 Tu vihuela , sin otra cuerda en ella
 Que una prima , y por letra "sin segunda."
 Ó sea la luz que te guió , tu estrella ,
 Tu música, tu canto, ó tu profunda
 Vena , todo era tal , y de tal modo ,
 Que á todo junto ajusta , y cuadra á todo .

Deste gallardo y belicoso aliento,
 Ó espíritu gentil acompañado,
 A los mayores riesgos mas contento
 Entrar te hacia tu ánimo arrojado;
 Y matando enemigos ciento á ciento
 Ya cantar tu victoria habias trazado,
 Cuando el deseo de alcanzar á Arbante
 Al golpe guiar te pudo de Morgante.

Cual fiero leon, si al corto dia de invierno
 Tras larga noche ayuno se levanta,
 Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
 Ó nuevo toro ve entre planta y planta,
 A quien aun no ha salido firme el cuerno,
 Ni á los pechos le cuelga la garganta,
 Deja otras ocasiones, y al presente
 Las garras tienta, y apércebe el diente;

Tal el gigante al jóven peregrino
 Su cruel hado le hizo que revuelva
 Con una lanza de un entero pino,
 Que ya fue adorno de una inculta selva:
 Pasó el dorado escudo, el peto fino,
 Y á salir hizo que la punta vuelva
 Por las espaldas, y el altivo cuello
 Caer dejó al un lado el rostro bella.

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicona,
 Que todas juntas deis á mi alma aliento,
 Que iguale, si es posible, á la persona
 De quien ya quiero comenzar el cuento;
 Y no en voz que se muda y desentona
 Á cualquier paso, y con cualquiera viento,
 Mas en estilo de oro, y voz de acero,
 Vean que es de la verdad la fama un cero.

Y de aquel brazo, cuyas maravillas
 Asombraron un tiempo las estrellas,
 Para que ahora hagan en oillas
 Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;
 De esas doradas sacrosantas sillas
 Bajad á oir mi canto, oh ninfas bellas,
 Por cuyas manos el licor se vierte,
 Que hace dulces engaños á la muerte.

Salió gallardo el príncipe de España
 Luego que el francés campo vió deshecho,
 Que hasta aquel punto reprimió la saña
 Para mejor justificar su hecho:
 Y cual hambriento león, si en la montaña
 La aguda hambre que le escarva el pecho,
 El tímido rebaño, ya sin gente
 Ni pastor, desde lejos balar siente,

Haciendo estrago y riza de mil suertes
 Entra bañando en sangre diente y garras;
 Tal el feroz caudillo de los fuertes
 Montañeses saltó el palenque y barras:
 Y en varios golpes, y en diversas muertes,
 Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
 Asombrando su espada al campo todo,
 Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.

Al galan Durandarte, desde lejos
 En ricas plumas y armas señalado,
 Pasar vió entre las lumbres y reflejos
 Que el sol sacaba de su arnés dorado:
 Y al verse en sus clarísimos espejos,
 Tan furioso llegó, que á no ir cebado
 En dar muerte al francés, si se mirara,
 De su misma braveza se espantara.

Mas la gallarda espada al brazo altivo,
 Igual en la fineza y la ventura,
 Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
 Que ni bastó reparo ni armadura:
 Hiede el escudo, el yelmo, y á lo vivo
 Del costado bajó, donde en segura
 Paz su Belerma hermosa está escondida,
 Que pudo aquella vez darle la vida.

Traía entre un riquísimo tesoro
 Su dama en el escudo retratada,
 Con tan nueva hermosura, y tal decoro,
 Que fuera otra Medusa bien mirada:
 Un Cupido á sus pies labrado de oro
 Sobre su venda dando otra lazada,
 Y de diamantes esta cifra bella,
 "Medroso de morir si llega á vella."

Sintió el tierno amador ver dividido
 De tal manera su encantado escudo,
 Que de la rica imagen de Cupido
 Nada dejó á su dama el filo agudo;
 Y desto mas que del dolor herido,
 Con cuanto brio su arrogancia pudo
 Tan fiero el brazo alzó, que al derriballe
 El monte hizo temblar, y atronó el valle.

La cabeza humilló hasta los arzones
 Bernardo á la agravuada hermosura,
 Que en el menguado escudo sus facciones
 Muestran, que aun mas se debe á tal figura:
 Mas no se iguala el término á los dones,
 Que él fué cortés, pero ellos de hechura,
 Que al primer golpe que acertó de lleno
 Dió al valiente francés por cama el heno.

Reynaldos que llegó cuando caía,
 Admirado de heridas tan gallardas,
 "Valiente español, dijo, este es mi dia,
 Si como debes sin temor me aguardas:
 Con esa tuya, y con la espada mia,
 De roja sangre y de tinieblas pardas
 Famosa estátua te dará la suerte
 De heróicos hechos, y de honrada muerte."

Dijo, y á un tiempo igual ambos guerreros,
 A dos manos sin guarda ni cubierta,
 A buscar su victoria bajan fieros,
 El uno á Balisarda, otro á Fusberta:
 Esta dobló en las armas sus aceros,
 Mas aquella con tal destreza acierta
 Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
 Que todo el cerco de oro al suelo vino.

Cayó, y de Montalban y Claramonte
 Toda la gloria junta vino al suelo.
 ¡Oh del mundo menor breve horizonte,
 Vida mortal, tasado paralelo!
 Sea á tu gran valor tumba este monte,
 Faña el blasón, y la capilla el cielo,
 Pues tras tantas grandezas, de su mano
 No te dejó otra cosa el tiempo vano.

Cayó tambien con él su leal Bayardo,
 O atronado del golpe poderoso,
 O que del signo triste el paso tardó.
 Allí acabó su curso perezoso,
 Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
 Reynaldos al sepulcro temeroso,
 En cuya compañía el fiel caballo.
 Muerto, nuevo dolor ponía mirallo.

Asombró el golpe los vecinos valles,
 Y volvió el mas distante la cabeza;
 Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
 Y de la herida viendo la fiereza:
 "¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
 Donde hoy cae del imperio la grandeza!
 Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!
 ¿Cómo tal fin á tal principio has dado?"

Traspasa este dolor su pecho ardiente,
 Y á matarle ó morir sale arrogante,
 Cuando en tropa gentil resplandeciente
 El paso le atajó un gallardo amante;
 El bello Ascanio, hijo del valiente
 Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante
 Volvia de matar por su persona
 Cien franceses, y un duque de Bayona.

Era el brioso jóven heredero
 Del muerto duque, y príncipe de Parma,
 Á quien la seda, mas que el duro acero,
 La flor de sus lozanos miembros arma;
 Mas aunque niño y tierno es altanero,
 Y así el brio en su pecho toca al arma,
 Que despreciando el ocio de su tierra
 En busca de su honor vino á la guerra.

De la prudente Emilia, dulce hermana
 Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,
 Unico alivio y prenda á la temprana
 Muerte infeliz de su querido esposo:
 Deseo del tierno primo, y de honra vana,
 Al bello Ascanio le quitó el reposo,
 Y entre una escuadra de toscana gente
 Á la guerra le trajo á ser valiente.

De cien mancebos de su edad ceñido
 De armas grabadas y plumeros bellos,
 Con ricas sobrevistas de encendido
 Carmesí y oro, que alegraba el vello;
 El fresco, altivo jóven, que al florido
 Rostro apuntaban los primeros bellos,
 En caballo tambien lozano y niño,
 De la color de un no manchado armiño.

Hechas de la alheñada clin á trechos
 Bellas gudejas encrespadas de oro,
 La alta frenta, y los fornidos pechos,
 Llenos de un grave y bárbaro tesoro:
 Del precioso jaez los trozos hechos
 De varias piedras, que en crujir sonoro
 Hacen con orgulloso movimiento
 Temblar las plumas, y asombrarse el viento.

Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,
 De carbuncos cuajadas y diamantes,
 De alegres rayos dan luces ardientes,
 Que los aires abrasan circunstantes:
 La celada de plumas éminentes
 Blancas perlas esgrime por pinjantes,
 Sembrado el resto á trechos de follajes,
 Alcachofadas piñas, y plumajes.

La roja espada de oro guarnecida,
 De cristalina pedrería sembrada,
 De los bordados tiros detenida,
 En rica vaina de marfil grabada:
 La varia sobrevista entretejida
 Por su celeste azul plata escarchada,
 Y en sus bordados por divina traza
 Del bello Adonis la imprudente caza.

Vianse del fiero jabalí vengados
 Entre claveles sus perdidos tiros,
 Que si allá fueron flores de los prados,
 Aquí rubíes ardientes y zafiros :
 Los bellos ojos del amor preñados
 De aljósar, y los labios de suspiros,
 Y su cárdeno cuerpo entre las flores
 Vertiendo sangre, y derramando amores,

Con tan bello primor, que sobrepuja
 Á la verdad la historia dibujada,
 Dulces cuidados de la diestra aguja
 De su tierna y ausente esposa amada ;
 La limpia lanza en la dorada cuja,
 La vista alegre, el alma enamorada,
 Cuyo capote y ceño, si se aíra,
 Da gusto y regocijo á quien lo mira.

Era el luciente yelmo que traía
 De perlas y diamantes estrellado,
 Donde un bello zodiaco ceñía
 La alta cresta y el gorjal labrado :
 Los signos de diversa pedrería,
 Y en el vellon de Colcos de un dorado
 Topacio hecho un sol, cuyo secundo
 Rayo un nuevo verano abria al mundo.

Mas cuando en el fervor de la batalla
 Con su aliento el bruñido acero entibia,
 Del grave peso, y su dorada talla,
 Buscando aire el cabello crespo alivia ;
 Y al que delante su ventura halla,
 Aunque sea el risco del Peñol de Libia,
 De amores vence, y mata con la vista,
 Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.

Traía en el valiente y ancho escudo,
 Para mostrar la gloria que profesa,
 Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
 De Alcides las columnas por empresa;
 Y señalando con lenguaje mudo
 La hermosura que en su alma vive impresa,
 En torno escrito de rubíes, "si os viera,
 Sobre vuestra belleza las pusiera."

Agrada á todos su hermosura y brio,
 El solo ni se estima, ni se precla,
 Que con desdenes, y áspero desvío,
 Su blanda condicion quiere hacer recia:
 Mas, por bien que en compuesto señorío
 Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
 Nunca su agrado pierde deleitoso,
 Que mientras mas airado es mas hermoso.

Vuelven sus enemigos á otra parte
 Las lanzas por no herir el rostro bello,
 Y él de ese amor se ofende de tal arte,
 Que los querria despedazar por ello:
 Atiza sus enojos, y reparte
 Ira suave entre el placer de vello:
 Mas ya destas sus flores placenteras
 Las parcas van hilando las postreras.

¡Oh bello jóven! diestro en el bullicio
 De la caza sagaz y sus engaños!
 ¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio
 En lo mejor de tus floridos años?
 Aquel ya de tu edad fue propio oficio,
 Y tú incapaz de otros mayores daños;
 Mas dióte el hado en sangre y hermosura
 Mucho de estado, y poco de ventura.

¡Miserio! que fiado en tus engaños
 De Marte sigues el clarin sonoro,
 Para causar deleite á los extraños,
 Y á tu madre infeliz tormento y lloro;
 ¿Quién volvió azar tus florecientes años,
 Y agüero tus grabadas armas de oro?
 Rico trofeo, en quien la adversa suerte
 Principios dió de gloria, y fin de muerte.

Habia con su gallarda escuadra hecho
 Vistosos lances en la franca gente:
 Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
 De la region gascona el mas valiente:
 Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho
 Esquilo, en dulces versos eminentes;
 Y á ti, sesgo Foscion, que no supiste
 Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.

Pasó en diestro venablo la garganta
 Á Démedes voraz, gloton, hambriento,
 Que despues que pasó á su vientre cuanta
 Renta dejó de Sergio el testamento,
 Se hizo alferez; y al fin por donde tanta
 Hacienda entró, tambien entró el violento
 Hierro, y fue en el tragar tan bruto y fuerte,
 Que cuando mas no halló tragó la muerte.

Cual cachorro leon de poca prueba,
 Pór los rebaños de Getulia ardientes,
 Que antes la madre le traía á la cueva
 Conformes á su edad pastos recientes,
 Sintiendo al cuello la guedeja nueva,
 Las corvas garras, y los limpios dientes,
 Corre lozano en torno la campaña,
 Y á volver á su cueva no se amaña;

Así el hermoso Ascanio tras su muerte
 Por el francés ejército corria,
 Y en medio puesto de su escuadra fuerte
 Lucero entre celajes parecía;
 Cuando el rigor de la infelice suerte
 Al paso le sacó donde venia
 Del fiero conde Orlando la pujanza,
 A tomar en Bernardo cruel venganza.

Asombróle el furor del francés fiero,
 Tembló en ver el denuedo que traía,
 Faltáronle las fuerzas, y el entero
 Brio que en su alma nueva amanecía:
 Vió que la guerra pide mas que acero,
 Y que no es la imprudencia valentía,
 Echa de ver que es niño, y no bastante
 Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atrás, mas no le deja
 La honrada sangre que en las venas tiene;
 Teme el ir adelante, y en perpleja
 Lucha el miedo y la honra le detiene:
 Cúbrele un frío sudor, que la guedeja
 De oro á llover menudo aljósar viene,
 Y en triste agüero una amarilla sombra
 Volando en torno con temor le asombra.

Cual blanco cisne á su cantar atento,
 Si de las frescas juncias del Pó mira
 El águila de Júpiter, que al viento
 La sombra en torno de sus plumas gira,
 No hallando abrigo á su furor violento,
 Tiembla, suspende el canto, y se retira,
 Y en la tierra quisiera entrarse al centro
 Por huir de sus uñas el encuentro;

Tal el hermoso jóven, que se halla
 Al golpe puesto del Francés gallardo,
 Sin esperanza cierta en la batalla,
 Ni á su espada cruel hallar resguardo:
 No viendo ya razón con que excusalla,
 De un frio miedo impedido el brazo tardo
 Contra el conde le alzó, mas por defensa,
 Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
 Que viendo á su querido primo muerto,
 Al tierno Adonis, y á su bella amante
 Que hallará, atropellará sin concierto;
 Al romano gentil que vió delante,
 De plumas, oro, y pedrería cubierto,
 Cual hambriento león, que en diente y garra
 Tierno cordero á su sabor desgarra;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente
 En el bravo español que le ha ofendido,
 Hallando sin pensar el inocente
 Pecho, dió en él la furia y el bramido:
 Retira el paso, oh jóven excelente,
 Da lugar á que acuda tu querido
 Primo, que ya á valerte con su escudo
 La vuelta daba, mas llegar no pudo,

Que con tal furia á Durindana embiste
 El conde sobre Ascanio, que á su acero
 Ni el suyo basta, ni rigor resiste,
 Que escudo y peto rebanó el primero:
 Al segundo, anublado en muerte triste
 El semblante poco antes placentero,
 Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte,
 La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo, que al morir su primo amado
 En la defensa de su amor llegaba,
 Con el nuevo dolor quedó atajado
 De ver la prenda tal que en tanto amaba:
 "¡Oh bello jóven, dijo, malogrado!
 ¡Oh enemigo cruel! ¡oh furia brava!
 El poder todo que hay en los humanos
 No te podrá dar libre de mis manos."

Cual generoso leon, que entre el rebaño
 De algun collado de Getulia estrecho,
 Cansado de matar, y de hacer daño,
 Las garras lame, y el sangriento pecho,
 Si un dragon ve venir de bulto extraño,
 La oveja que á matar iba derecho
 Deja, y en crespa clin, y aire brioso,
 Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español, viendo de lejos
 Lucir las armas del señor de Anglante,
 Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
 Feroz sale á ponérsele delante,
 Herida el alma de los tristes dejos
 Del malogrado primo y tierno amante;
 Bien que el Marte francés al desafio
 No salió con menor aliento y brio.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
 Y en deseos de venganza: "¡oh fiero hispano,
 Dijo, que el mundo á golpes has deshecho!
 ¿Quién te dará ya libre de mi mano?
 Bien que la recompensa al daño hecho
 Será buscarla igual cuidado vano,
 Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
 Si no el agravio, la honra reparada."

Así dijo, y cual dos dragones fieros,
 Que en los marsilios campos con la ardiente
 Ponzoña que vomitan los postreros
 Arboles se arden, y su hervir se siente,
 Gimen las costas y escamados cueros,
 Tiembla del grave monte la eminente
 Altura, y ellos la abrasada arena
 De roscas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
 En su horrible batalla andan cubiertos
 De espantosas heridas, y valientes
 Golpes, furias, coraje y desconciertos;
 Rotas las finas armas, los ardientes
 Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
 Sus penachos, escudos y testeras
 Ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
 A dos manos un golpe en el escudo,
 Que ni el temple acerado, ni la sana
 Pasta valerle en su defensa pudo,
 Que ya partido en dos hasta la grana
 De sus venas no entrase el filo agudo,
 Matizando el color la malla toda
 Del fino rosicler de sangre goda.

Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
 Y sin provecho el dilatar la muerte
 De un enemigo tal como le ha hecho
 El cielo en brazo poderoso y fuerte;
 Alta la espada, y levantado el pecho,
 Su agudo filo envió de suerte
 Que le partiera en dos, si la visera
 En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
 Lengua el eco sonó por las cavernas,
 Y al darle la encantada Balisarda
 Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
 Que si las firmes armas su bastarda
 Cuchilla no halló del todo tiernas,
 Tampoco en la dureza que primero
 Mostraba al mundo su inviolable acero;

Antes , llevando á cercen la alta cresta
 Del encantado yelmo sin segundo,
 Bajando al hombro la cruel respuesta,
 Vivo llegó su filo á lo profundo:
 Corrió la primer sangre á la floresta
 Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
 Y él de ver su arnés roto , y él herido,
 Quedó mas que del golpe sin sentido.

La vista absorta , y el cabello yerto,
 La sangre le cuajó un sudor helado,
 Y el negro bulto de su primo muerto
 En triste sombra se le puso al lado:
 Mas ya del breve frenesí despierto,
 De todo el golpe de su honor llevado,
 Uno y otro redobla al godo altivo,
 Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunque de Vulcano,
 Sobre las derretidas masas de oro,
 Labrando rayos á la diestra mano,
 Que sola rige el estrellado coro,
 Con los membrudos cíclopes el vano
 Aire retumba en eco mas sonoro,
 Que el valle á las confusas estampidas
 De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre , y los paveses
 Por el campo sembrados ; los caballos,
 De las vueltas, vaivenes y reveses
 Ni ya pueden aquí ni allí llevallos ;
 Hechas sangrientas rajas los arneses,
 Por ver si así podrán mejor quebrallos
 Á brazos se asen , y en alientos mudos
 Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
 La de los dos caballos trajo al suelo,
 Donde saltando cada cual se esfuerza
 A mostrar la que en él ha puesto el cielo :
 Crecen los nuevos golpes , y refuerza
 El honor lo que falta ; que el recelo
 De perderle en el alma que le estima ,
 La punta es de rigor que mas lastima.

Dió el Francés á Bernardo una herida
 Tan á sazon , que pudo desarmalle
 Todo el hombro siniestro , y de encendida
 Sangre darle una nueva fuente al valle:
 Corrió notable riesgo de la vida ,
 Mas cuando ya volvía á segundalle ,
 Tan recio entró con él , que por las faldas
 De un gran peñasco le hizo dar de espaldas

Y antes que hallase tiempo conveniente
 De rehacer su furia , con dos manos
 Alta la espada , sobre el yelmo ardiente
 Bajó gimiendo por los aires vanos :
 La celada rompió el golpe valiente ,
 Sonó el eco en los valles comarcanos ,
 Y aunque no cayó el conde , del ruido
 Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar , y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar , y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa :
"Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas , oh alma dichosa;
Muere ahora, cruel , muere , homicida,
Que aquí todo se paga con la vida."

Dijo, y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre él la fiera arma encantada,
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heróica frente , y la enemiga espada ;
Cayó muerto Roldan , quedando vivo
Su eterno nombre , su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera , y su gallardo
Cuerpo á los pies cayó del gran Bernardo.

NOTAS Y OBSERVACIONES.

Pág. 5.

C A N T O I.

Perteneciendo á una misma obra todos los fragmentos que se incluyen en este tomo, y presentando, por el método que se ha seguido al ordenarlos, la apariencia de un todo regular, ha parecido conveniente darles el nombre de *cantos*, como si fueran divisiones de un poema completo. No se ha adoptado el de *libros*, que llevan las de las obra original, por evitar la confusión que resultaría de una identidad de título, siendo diversa la distribución de la materia.

No se crea, por eso, que hemos tenido el intento de construir un poema nuevo con los materiales del antiguo: esto no era conveniente, ni posible. Lo que se ha procurado es, que los episodios y trozos escogidos tengan algun enlace y relación entre sí, de modo que produzcan mas interés y agrado, que el que resultaría de trozos absolutamente aislados y dispersos. Las transiciones á la verdad no son siempre tan oportunas y claras como debieran; y aunque esto hubiera podido remediarself variando algun tanto el sentido en ellas, semejante licencia está expuesta á mayores inconvenientes, y se ha tenido por mejor guardar todo respeto al texto, y que no haya un verso, una palabra sola, que no sea de Balbuena. Para la inteligencia de los pasajes mas oscuros bastarán las ligeras explicaciones que van al fin de estas notas.

Pág. 7.

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana.

Hay dos exposiciones diferentes en el Bernardo : una la de Alcina á Morgana que está primero , y otra la de D. Teudonio al conde de Saldaña en el castillo de Luna que va despues , enlazadas , ó por mejor decir , confundidas é interrumpidas extrañamente entre si. Para graduarlas algun tanto mejor, se ha invertido su colocacion , y puesto primero la de D. Teudonio , con lo cual á nuestro parecer adquiere la narracion mas despejo y claridad.

Pág. 51.

*Y yo al sabor de su parlar atento,
Tambien bebi de su discurso el viento.*

¡Extraño descuido! Suponerse el autor oyendo la conversacion de las dos Hadas , sin que antes ni despues se vea suposicion , ni invencion ninguna que lo apoye y justifique. Esto manifiesta la precipitacion con que Balbuena escribia.

Pág. 52.

C A N T O III.

Aqui empiezan las aventuras de Ferragut , que se enlazan muy poco con la accion principal , y no tienen en la obra su terminacion conveniente. Lo mismo sucede despues con las de Cardiloro, Argildos y Florinda , y con las de Orimandro y Angelica , aunque estas ultimas tienen mas conexion con los sucesos de Bernardo. Pero unas y otras estan muy agradablemente contadas , y las bellezas poéticas que ofrecen, no permitian que se las desechase entre el monton de los demas episodios omitidos. Conviene siempre tener presente lo que se

ha dicho arriba , que en la serie de estos extractos no se pretende formar un cuadro ajustado y regular.

Pág. 18.

*Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.*

Tum conata quater flammis imponere ramum,
Coepit quater tenuit. OVID. MET. Lib. 8.

La fábula de Calipso y Dulcia es una imitacion de la de Áltea y Meleagro en Ovidio , de la misma manera que la de la Ninfa Iberia lo es de la de Aretusa ; en las cuales , como en otras ; Balbuena rivaliza en facilidad y abundancia con el poeta latino. Esta de Dulcia es la mas feliz de todas; y el entusiasmo de su amor , sus quejas lastimeras cuando se siente morir , y sus expresiones tiernas á su hermana Crisalba , en cuyos brazos espira , no tienen modelo ninguno , ni en Ovidio , ni en otro poeta ninguno de su clase. Aquí se ve lo que Balbuena podia haber hecho en la poesia patética, asi como en la personificacion del Pirineo y otros altos pasajes , hasta donde alcanzaba , cuando se proponia ser grande y su ingenio le sostenia.

Pág. 85 de la Introducción.

Dijimos allí, que ofendian sobremanera los destinos de vieja delirante , que alguna vez se permitia Balbuena ; y nos referimos por prueba á la descripcion de la gruta del mago Tlascalán. La descripcion es la siguiente :

*Era esta cavernosa cuadra hecha
De un anasado risco de esmeraldas ,
Que un fresco mirador arroja y echa
Del jardín bello á las floridas faldas ,
De á donde un cielo ve y un mundo acecha ,
La vista al sur , y al norte las espaldas ,
Con un río que al romper de peña en peña ,
En verde juncia y ovas se despeña .*

*A cuyo ruido el canto de las aves
De altivo sirve y dulce contrapunto,
Y el tiple agudo en los bemoles graves
Afindndose mas sube de punto:
Al fin juncias, bemoles, cantos suaves,
Río, flores y peñas, todo junto,
Entretiene, suspende, alegra, engaña
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.*

*Aquí el mago tenía de sus ciencias
El estudio, instrumentos y aparato;
Aqui su anatomía y experiencias
Con vigilancia hacia, y con recato;
Aqui de globos varias diferencias,
Ó por necesidad, ó por ornato,
Que en paredes y bóvedas colgaban,
Alegre asombro á quien las vía daban.*

*En huecos bultos de sombrias figuras
Sus malogradas almas detenidas,
De las regiones lóbregas y oscuras
Por nuevos rumbos mágicos traídas;
Y aunque á la vista son simples pinturas,
Estrechas gozan y espantosas vidas,
Dando al mago en diversos tiempos juntas
Sospechosa respuesta á sus preguntas.*

*Tiene de yerbas, raíces y de gomas,
Venenos, piedras, serpes, monstruos, fieras,
En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,
Varias sumas de hechizos y quimeras;
De agua del río Averno dos redomas,
De las tres furias nueve cabelleras,
Hollín del barco de Caron, y entero
Un colmillo y dos uñas del Cerbero;*

*De pardo lobo ayuno, que enmudece
Los perros con su vista, buche y pelo,
Cabellos de Proserpina, y el pece
Rémora, que á un navío entume el vuelo,*

*Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
Al pescador el brazo del anzuelo,
Un grano de alcansor, y otro de helecho,
Y de dos escorpiones cuello y pecho:*

*Un aspid soñoliento, una escamosa
Piel de serpiente azul de manchas llena,
Corrupta sangre de mujer zelosa,
Mortal cicuta, mágica verbena,
Plumas de salamandria calurosa,
Espuma de doblada ansesibena,
Soga de hombre ahorcado en acebuche,
De arpia las garras, y de un buho el buche:*

*De la serpiente emórrois el veneno,
Que despide en sudor la sangre humana;
De la sedienta hidra el cuero lleno
De ponzoña, y del sirio can la lana:
La ala del presto ydculo, que al seno
De la peña se arroja mas cercana;
Dipsas, que al que su tósigo salpica,
La sed hasta la muerte multiplica:*

*Un corazon de niño, que la hambre
Los huesos enjugo y secó la vida,
De la rueca de Cloto el blando estambre,
A quien del munlo está la hebra asida:
Una cabeza de encantado arambre,
De contrahecha voz, y alma singida;
Los ojos de un dragon y un basilisco
En sangre de camello berberisco:*

*Dientes de cocodrilo y elefante,
Dos buches de avestruz, menstruo de vieja,
De la grulla la piedra vigilante,
Y la electroria húmeda y bermeja:
Del buho el ojo izquierdo penetrante,
El diestro de la aguda comadreja,
Con la piedra de la águila, que dentro
Va con preñados senos d su centro:*

*Yerba del pito contra el hierro duro,
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,
Estéril tierra de sepulcro oscuro,
Dos huesos de abubilla y papagayo,
Yedra cortada de arruinado muro,
Ruda encantada con rocio de mayo,
Pares de un abortivo , y la testera
De unicornio , habuela , y de pantera:*

*Un cuerno de cerasta , que en la arena
Arma escondida venenosos lazos ;
De la engañosa y lóbrega hiena
Las azules escamas de los brazos ,
Con que en las tristes sepulturas suena ,
Haciéndo los caddveres pedazos ;
De la ave fenix una roja pluma ,
Y de una hidra el tósigo en espuma.*

*Y en mas virtud y adorno de la cueva ,
En maga ostentacion y fuerza oculta ,
De noble pedrería un cielo lleva
En realces de oro por la peña inculta ;
Así en signo observado y luna nueva ,
Que de su variedad y luz resulta
Belleza al muro , estimacion al arte ,
Y d la mágica ayuda por su parte.*

*El cristalino erindro , que humedece
Con su frialdad el aire circunstante ,
Y dando siempre lagrimas , parece
De algun ausente gusto tierno amante :
La dura celosia , d quien no empece
El fuego , y el zelonte penetrante ,
El adivino y verde silenite ,
Que con la luna en la inquietud compite:*

*Las castas esmeraldas , el topacio
Contra el vacío tumor de la locura ,
El balax , casa hermosa y real palacio
Del carbunclo , y la onix triste y oscura ,*

*La verde orites, que en pequeño espacio
Bebida hace abortar la criatura,
Y la andromata de agradables rayas,
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.*

*La roja peridonia, que las manos
Con su disimulada lumbre quema ;
La preciosa bezdr, que los lozanos
Ciervos del buche crían en la flema ;
La dgata, llena de manchados granos ;
La encendida amatista, que desflema
De Baco el humo ; el zafiro, y á este
El jacinto, salud contra la peste :*

*La amandrina de agudos resplandores ,
De agoreros autora y adivinos ;
La acates de jardines y de flores
Llena , y rasguños de oro peregrinos ;
La aquelonia sembrada de labores ,
Los duros inmortales abestinos ,
En quien si el suego prende sus centellas ,
Ni ellos se gastan , ni se apagan ellas .*

*No saltó la pantera á maravilla
De encontradas colores salpicada ,
Ni la que en su celebro la abubilla
A entender da los sueños aplicada ;
Ni d tí , liparis bella , saltó silla ,
Que de flecha jamas fuiste hallada ;
Ni d tí , diácodos , que á las noches manas
Vanos asombros , y fantasmas vanas .*

*De este cielo de estrellas amasado
La alta bóveda el suyo compónia ,
Y un elítrepio en humedad bañado ,
Que entoldar suele de tiniebla el dia ,
Con la que del celebro coronado
Del gallo nace ; y de su humor se cria ,
A vueltas de diamantes y rubazos ,
Que alegres hacen y vistosos lazos .*

*Y en medio los festones y guirnaldas
Que tejen de grabada enlazadura ,
Rojos rubis y alegres esmeraldas ,
Como pomposo rey de la hermosura ,
Dando centellas de oro y luces gualdas ,
Hacia un carbunco de la sombra oscura
De aquel rico desvan , si sombra habia ,
A pesar de la noche eterno el dia.*

BERNARDO: LIB. 18.

Parece imposible que la imaginacion humana pueda reunir en tan breve espacio tantos y tan grandes desatinos.

Pero como no seria agradable terminar esta obra con el mal sabor que ellos dejan, leáse este otro pedazo, en que ya Balbuena muestra lo que es cuando su buen Genio no le abandona. Trátase en él del descubrimiento del Nuevo Mundo, y debe tenerse presente que los que conferencian sobre esto son el sabio francés Malgesi, Morgante y Orimandro, que van viajando en un barco encantado por los aires.

*Así el sabio francés volando abria
Camino por las nubes con su barco ,
Que ya por cima el Betis revolvía
La proa d ver de Océano el gran charco ,
Y un nuevo curso comenzar quería ,
Que al mundo haga con su vuelta un arco ,
Y como el sol en su carroza bella
Le ciña en torno tras los rastros della.*

*Cuando de Persia el rey, que en gusto atento
De la sabrosa historia iba colgado ,
Y sin perder accion ni movimiento ,
En su sabio discurso embelesado ,
Alegre al discurrir del dulce viento ,
« Señor, le dijo , pues habeis tomado
Por gusto nuestro tan hermosa punta ,
Satisfacedme ahora una pregunta .*

*He oido que hay dudosas opiniones
De sábios hombres, y de cuerda gente,
Que tienen por soñadas invenciones
Los que Antipodas llama el vulgo ausente:
Y que de cinco, solas dos regiones
El mundo goza en temple suficiente
De poderse habitar, y el demás suelo,
Ó lo abrasa el calor, ó abruma el hielo.*

*Deseo saber ¿si el Orion armado
Dejó tal dia de cernir su nieve?
¿Si el frio Bootes tiene el mar cuajado,
Ó cual los otros él sus olladas mueve?
¿Si el Sirio Can en llamas abrasado,
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,
Tiene algun temple en su tostada estrella,
Ó siempre humean los carbones della?*

*¿Dónde este inmenso mar se acaba? y ¿dónde
Sas olas hallan término y ribera?
¿A dónde el sol, cuando de aqui se esconde,
Con sus dorados rayos reverbera?
¿Si es de creer que allí la luna ronde
En perpetuo silencio y noche entera?
¿Ó el dia le dé lumbre y luz diversa?"
Dijo, y el sábio así respondió al Persa:*

*"Ha estado en opinion, y lo está ahora,
¿Si hay otro mundo mas que aquí parece,
Ó si es gente soñada la que mora
Donde ni el dia crece ni descrece?
¿Si hay pueblos adelante de la aurora,
Y el sol á otras naciones amanece?
¿Ó cuando esconde aquí su luz divina
Es todo soledad cuanto camina?"*

*¿Si en el aire la tierra está colgada,
Y por abajo la rodea el cielo?
¿Si anda la gente en ella trastornada,
Y es posible tenerse en aquel suelo?*

*¿Si es region firme, ó solo imaginada?
¿Ó si el rojo calor, ó el blanco hielo
Con su rigor la tienen consumida,
Sin cosa en ella que sustente vida?*

*Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,
Que al ancho mundo en torno le abrazaba
Un vacio de inmenso circuito,
A quien llegando sin pasar paraba,
Y en que podia volar tiempo infinito,
Quien se arrojase á su profunda cava,
Sin le hallar eternamente suelo,
Ni él recibir cansancio con su vuelo.*

*Otro que estaba, dijo, sobre Atlante
La columna que al cielo sostenía,
Y que la tierra y mar de olli adelante
Con rojo fuego en su calor hervia:
Y para hacer mas mundo en lo restante
Otras varias quimeras componía
De sombrios centauros y dragones,
Pigmeos menudos, y anchos Patagones.*

*Son fábulas del vulgo así admitidas,
Que tiene por error verlas dudadas,
De ignorancia engendradas y nacidas,
Y con la larga edad acreditadas:
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas
Las gentes que detrás del mar sentadas
Aparte hacen su mundo y vida ahora,
Y nuestra noche tienen por aurora.*

*Entonces se verd, que aunque colgada
La tierra tenga el aire, está sujetá
A ser de humanos pies toda pisada,
En firme globo de igualdad perfeta:
Y llegará esta edad de oro cargada
El dia que España á hierro y fuego meta
La grave carga que ahora le hace guerra,
Y de una ley y un Dios haga su tierra.*

*Entonces sus banderas victoriosas,
Llevando al sol por relumbrante guia,
Tremolando dardn sombras vistosas,
Donde se acaba y donde nace el dia :
Verdn pueblos y gentes monstruosas,
Y descubriendo cuanto el mar cubria,
Podrdn decir que hallaron y vencieron
Mas mundo que otros entender supieron.*

BERNARDO: LIB. 16.

EXPLICACIONES

para la inteligencia de algunos pasajes oscuros.

PAG. 12: OCT. 1.^a— *En esta insigne casa de contento,
De alcaide el fiel Garilo nos servia.*

Este dictado de *fiel* es aqui irónico. Garilo era un falso catalán, compañero de D. Teudonio en muchas de sus expediciones y empresas. En la ocasión mas grande de su vida le había urdido una traición, que por falta de tiempo no pudo lograrse. Alcaide después de Miduerna, por gusto de Arlinda, esposa de D. Teudonio, tenía inteligencias secretas con Mahamud, un moro comandante en Mérida, el cual queriendo vengarse de Alfonso, y bajo el pretexto de enviarle una embajada y un presente, dispone, ayudado de Garilo, la emboscada que ocasiona el encuentro que D. Teudonio va á contar, el peligro del Rey, y la primera hazaña de Bernardo.

PAG. 20: OCT. 3.^a— *El herido doncel tras un caballo:*

Ha sido preciso abreviar mucho la relación de este combate, que en el original está algo confuso y sobradamente prolífica. El verso citado alude á una herida que recibe Bernardo en su choque con uno de los tres gigantes, el cual se ha omitido por fantástico y no necesario.

PAG. 28: OCT. 1.^a— *La guerra que con Francia está aplazada*

*Del mundo ; sin porqué , mortal ruña,
Es toda de ambición ocasionada,
Y de imprudente traza repentina.*

Este último verso alude al nombramiento de Carlo Magno para sucesor del Rey Casto, hecho por este sin conocimiento de sus vasallos. Ellos repugnando ser súbditos del Emperador, logran de Alfonso que aquel nombramiento se revoque solemnemente. De aquí la guerra entre los dos estados: queriendo Carlo Magno sostener su elección á fuerza armada, y los españoles su independencia.

PAG. 120: OCT. 2.^a— *El moro que el caballo antes seguía.*

Alude á la aventura del caballo Clarion, animal encantado, y estrago y perdición de todo el que le montaba. Ferragut, prendado de su hermosura, le había ido siguiendo mucho tiempo para cogerle y apropiársele: pero el caballo se le escapaba siempre, y el moro fatigado había renunciado á su intento, cuando dió con la tienda de Arleta.

PAG. 192: OCT. 2.^a— *Arrojarse la luz tras quien venia.*

Esta luz es una doncella hermosa, sentada sobre una cierva, que se había aparecido á Bernardo y Gundemaro, y entrándose por un bosque, los dos la seguían por diferentes caminos.

PAG. 203: OCT. 3.^a— *No los negros moscones , ni las fieras
Llamas , etc.*

Alusión á una batalla alegórica que antes habido Bernardo con un gigante, de cuya cabeza al hierirle salian, en vez de sangre, bandas de moscas negras y abispas.

PAG. 235: OCT. 2.^a— *Dió por verdugo la disforme fiera,
Que le vengdra, si por mí no fuera.*

Dragon monstruoso, enviado á Creta por Mercurio en venganza de la muerte de Dulcia. Orimandro le habia combatido y muerto, para libertar á Angélica la bella, que el dragon se llevaba entre sus garras.

PAG. 260: OCT. 3.^a— *De donde la alemana huyó discreta.*

Esta alemana es Gloricia, duquesa viuda de Colonia, madre de Tifeo, rey de Creta, y abuela de Crisalba.

PAG. 263: OCT. 1.^a— *Vuelan los tres las dos pequeñas millas.*

Bernardo, Olfa, y una doncella griega, á quien Bernardo habia libertado de un león, y en cuya boea pone el poeta la relacion de los hechos que motivan las fiestas de Acaya.

PAG. 291: OCT. 2.^a— *Todos prisa se dan: á mí dejalle
En esto la que tengo me convida,
Que veo á Orlando, etc.*

Para entender esta transicion, bien oscúra por cierto en el original, conviene tener presente, que Garilo, el traidor catalán de quien se habló en el primer canto, ha robado diferentes veces á Orlando y á sus compañeros; y que persiguiéndole el conde para cobrar de él su caballo Brilladoro, los dos habian entrado en el castillo del Engaño, habitado por un alquimista. Allí el conde, aunque cobró su caballo, no pudo castigar al robador, el cual despues de hurtar al alquimista el anillo encantado de An-

gérica , vuelve á despojar al conde de Brilladoro ; y huyendo, cae en las manos de Dudon y de su tropa.

PAG. 341: OCT. 3.^a—*Y entanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar ejércitos se tarda.*

Alusion al armamento que hacian los moros en África , para venir á la guerra de España , de cuyo ejército ha hecho el poeta reseña anteriormente.

ERRATAS.

INTRODUCCION.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
77	15	hijo del Amor	hijo del amor
85	22	ocupan	ocupa

TEXTO.

TOMO I.

136	13	ragedias	tragedias
id.	16	lustrar	ilustrar
486	4	indomita	indómito

TOMO II.

4	42	colección	edición
17	7	Aljabas	Aljubas.



